

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS COMPLETAS
DE
VARGAS VILA
PUBLICADAS

LA DEMENCIA DE JOB
EL MINOTAURO

RUBIÑOS.—EDITOR

PRECIADOS, 23

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE

M. García y G. Sáez

ESPECIALIDAD EN OBRAS,

REVISTAS, FOLLETOS, PE-

RIÓDICOS, PUBLICACIONES

Y TODA CLASE DE TRA-

:: BAJOS COMERCIALES ::

Mesón de Paños, 8.—MADRID

Obras completas de Francisco Villaespesa

TOMOS PUBLICADOS

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
- II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
- III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
- IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSDIAS.

EN PREPARACIÓN

- V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
- VI.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDENALES.
- VII.—EL LIBRO DE LOS MILAGROS.
- VIII.—JUDITH.—UNA PARTIDA DE AJEDREZ.
- IX.—LAS GRANADAS DE RUBÍES.—LAS GARRAS DE LA PANTERA.
- X.—CANCIONES DEL CAMINO.—GUIRNALDAS DE ROSAS.
- XI.—FIESTAS DE POESÍA.—VIDA Y ARTE.
- XII.—EL REY GALAOR.—LA DANZA DE LA MUERTE.

AÑO I

NÚM. I

CERVANTES

71

Madrid, Agosto 1916

REVISTA MENSUAL

COLABORACIÓN:

Vargas Vila.—José Ingenieros.—Francisco Navarro Ledesma.—Pompeyo Gener.—Francisco Villaespesa.—Enrique Larreta.—Gabriel Miró. Gabriel D'Annunzio.—Luis G. Urbina.—Julio Dantas.—Eugenio de Castro.—Rufino Blanco-Fombona.—Rubén Darío.—Amado Nervo. Carlos Bosch.—César Arroyo.—Francisco Orozco.

147274
9/10/18

IMP. DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ. MESÓN DE PAÑOS, 8

AP
60
C4
1916
agosto-
oct.

11/10/16
11/10/16

PALABRAS SOBRE DON QUIJOTE

Puesto que la Junta directiva de esta Asociación me ha instado para decir en esta fiesta unas palabras, vengo á decirlas.

No haré un discurso. El tiempo y la materia están ya agotados.

En una fiesta hispano-americana, se impone, por lógico, que, los que americanos somos, vengamos aquí á hacer constar, cómo, el corazón de América, late unisono con el corazón de España en esta apoteosis del Genio Nacional. Nuestra presencia aquí lo corrobora; nuestra palabra viene á afirmarlo.

La América ama á Cervantes.

Su asombrosa y épica creación le es familiar.

El Caballero de la Triste Figura, ha prolongado su viaje más allá, mucho más allá, de las llanuras polvorientas de la Mancha.

Don Quijote ha viajado por América; viaja aún allí.

Todos le hemos visto, lanza en mano, adarga al brazo, caballero en su rocín, recorrer el silencio de

nuestras selvas, mirarse melancólico en el cristal de nuestros ríos, ascender nuestras cuestas agrietadas, para perfilar, desde las cimas, su silueta angulosa, sobre los valles pensativos.

Su locura nos ha encantado y nos ha contagiado á todos.

Y todos hemos saludado con respeto, esa alta y noble figura, idealizada de heroísmo y castidad.

Su grandiosa y conmovedora epopeya, es todo el poema de la vida humana. Esa divina tragi-comedia, es la verdadera divina comedia de la vida.

Y porque Cervantes no escribió un libro, sino *el libro*. Porque no pintó el alma española, sino el alma humana. Porque no retrató un hombre, sino el hombre. Porque no contó una vida, sino cantó la vida. Por eso, aquella Biblia del Dolor Heroico, es universal.

Todos lo amamos.

Y, en América, pueblos de idealidad y quijotismos agudos, donde vivimos en eterna vela de nuestras armas, y en culto perpetuo de la guerra, amamos á Don Quijote, porque es á nuestras almas bélicas la más genuína representación del heroísmo. Pero del heroísmo auténtico; de ese heroísmo, desequilibrado y visionario, que lleva sobre el casco, amellado por todas las derrotas, un divino rayo de ideal.

La heroicidad que razona, es la vanidad que obra.

Sólo en el seno ilúcido de la divina demencia, es que el hombre adquiere la talla portentosa de los héroes, ó la silueta enorme de los mártires.

Todo gesto heroico, es extrahumano.

Todo sacrificio, es la demencia.

La locura, es una vía láctea, cuajada de soles.

El zodiaco de la inmortalidad, está hecho de dementes.

Ellos alumbran, como un sol compasivo, el rebaño inacabable de los hombres normales, y se vengan dejándoles la razón. Ellos, se llevan el Genio.

Los espíritus equilibrados, ni sienten, ni comprenden la divina neurosis.

La odian. Su insulto al Genio, tiene eso de inocente: que es inconsciente.

La primera condición del Genio, es no ser comprendido. La segunda, es ser insultado.

La popularidad, es el lote y el distintivo de la mediocridad.

Los genios, no son populares. Son, orgánicamente, antipáticos á la muchedumbre.

El Genio y la multitud, son rivales.

Los genios, no van en tropel, como los cerdos, como las ovejas.

Los genios viven solos, van solos, como los leones, como las águilas.

El desierto es su apoteosis, la soledad es su aureola.

La gloria del Genio, es ser lapidado. Su castigo sería, ser olvidado.

El Destino, no castiga al Genio. Sólo castiga á los pueblos que no saben admirarlo.

El Genio, no es el sentido común, es su antípoda.

El Genio, es el visionario anormal. El Genio, es Don Quijote.

El Sentido común, es la mentalidad equilibrada, la mediocridad razonadora y normal: el vientre que razona. Es, Sancho Panza. El alfa y el omega de la intelectualidad. Los dos polos inmóviles del espíritu humano.

El Sentido común, también escribe... Y, á veces, mucho.

Pero, sólo el Genio hace obras: Obras inmortales.

Nosotros, en América, amamos el Genio y lo honramos.

Amamos á Cervantes, el Manco inmortal.

Amamos á Don Quijote, el Loco inmortal.

Pueblos de rebelión y de heroísmo, nosotros amamos á Don Quijote porque representa, á nuestros ojos, la más alta, la más noble, la más excelsa de las virtudes humanas: la santa virtud del entusiasmo.

Fuera del entusiasmo, la vida es un marasmo.

¡Desconfiad de los pueblos y de los hombres sin entusiasmo! Ellos son pueblos y hombres sin grandeza. Allí donde el entusiasmo es condenado, tened por seguro que el heroísmo es burlado.

¡Despreciad las almas y los pueblos que ríen de los gestos heroicos! Ellos han perdido el respeto noble de la gloria. Allí donde la burla tiene su imperio, es porque lo sublime ha perdido el suyo. El pueblo que llega á reir de las cosas heroicas, es un pueblo destinado á desaparecer entre la risa de los otros.

¡Tened piedad de la hora en que la risa impera!

¡Allí donde la risa reina, la catástrofe germina! Los pueblos sin heroísmo mueren riendo, con un rictus de risa triste en los labios, como el de aquellos que mueren bajo la nieve.

He ahí por qué yo bendigo la hora actual. Esta hora en que se glorifican el Genio y la Locura.

¡España, ama aún la idealidad! ¡España ama aún los gestos heroicos! Este apoteosis del Quijote lo demuestra.

España, ama aún el entusiasmo. España ama aún el heroísmo. ¡Bendita España!

El pueblo que glorifica el entusiasmo, es aún capaz de sentirlo. El pueblo que dignifica el heroísmo, es aún capaz de imitarlo.

Coronar la Gloria, es la manera más alta de representarse digno de ella.

Un pueblo que renuncia al heroísmo, es un guerrero muerto bajo el escudo, cuando no es un esclavo muerto bajo el azote.

Cuando un pueblo llega á creer que el entusiasmo es demencia, y lo proscribe, ese pueblo ha recobrado la razón.

Y cuando Don Quijote recobra la razón, no le queda otro camino que morir.

VARGAS VILLA

LOS CRÍTICOS PROFESIONALES

Si existieran dos cofradías distintas, una de autores y otras de críticos, nadie querría pertenecer á la segunda.

¿Significa ello que todos los críticos son autores? De ninguna manera. Revela, simplemente, que los críticos profesionales se creerían capaces de producir obras iguales á las que se atreven á juzgar. ¿Por qué entonces prefieren rumiar lo ajeno á engendrar lo propio? La respuesta es fácil: el crítico profesional suele ser un autor fracasado.

Nadie se ornaría de tal título si se sobreentendiera esa definición. Es evidente que los interesados no pueden aceptarla; prefieren medrar á la sombra de un equívoco.

Es muy sencillo.

Existe un género literario especial, la crítica, cultivado por escritores que elucubran, sobre temas planteados por otros; esos críticos pueden ser excelentes autores, dignos de admirarse por lo que piensan y dicen. Son fecundos; crean prole vital. Enri-

quecen las obras que estudian; donde ponen la mano dejan un rastro de su propia personalidad. Todo buen escritor gusta de sus juicios, escasos de elogios, pero empuñados de enseñanzas. Los hombres de mérito son ecuanímenes para juzgarse entre sí; diríase que se reconocen una consanguinidad en línea directa; el émulo no es nunca un enemigo. Un verdadero crítico es, simplemente, un buen autor que comprende á sus iguales.

Los otros, los profesionales que se invisten ante el público de esa función, suelen ser escritores subalternos que han renunciado á crear nada propio; esa incapacidad los impulsa á empuñarse toda obra que ellos no sabrían escribir.

El autor-crítico opina sobre lo que sabe; el crítico profesional sobre lo que ignora. Siendo imposible saberlo todo, el primero escribe solamente sobre ciertas cosas y se ruborizaría dando un parecer sobre las demás; el segundo sentencia con impavidez sobre materias heteróclitas, fundándose en que las ignora todas por igual.

La autoridad que se atribuyen éstos radica en su confusión con aquéllos. Fuerza es reconocer que alguna tienen, muy efectiva, sobre los malos autores: son sus iguales. Y se comprende. Las características del autor abocinado son dos: desea el elogio de los críticos y teme sus censuras. Los escritores banales dudan de sus propios méritos hasta oír el aplauso de la crítica; sólo pueden crecer en esa atmósfera, como los hongos en la humedad.

Comparados con estos últimos, los críticos tienen una superioridad: instituyen su situación de fracasados y se avienen á ella. Entre cien malos poetas, que siguen escribiendo versos, adquieren autoridad indiscutible los pocos que desisten de hilvanarlos y se dedican á deshilvanar los ajenos. El peligro está en que no se limitan á criticar á sus iguales, accesibles á su entendimiento; la profesión los saca de quicio y osan juzgar obras que están por encima de su nivel ó fuera de su horizonte cultural. Entonces naufragan en su propia vaciedad. Los buenos autores los ignoran ó no atribuyen la menor importancia á su opinión; saben, de fijo, que los leen y los admiran, aunque lo callen, resignados á envidiar en silencio. La certidumbre es absoluta si escriben para empañar su reputación: en sus alfilerazos desborda la admiración incontenible, como un homenaje á contrapelo.

El crítico profesional puede alabar á un buen escritor; comprenderlo, nunca. Esa es la clave de su psicología. Supone que el criticado es su igual, fundándose en que ambos llenan cuartillas con la misma tinta. No comprende que, de entre mil escritores, uno es bueno y los demás pueden hacerse críticos: muchos carbones hacen falta para que brille un solo diamante. ¿Podría éste ser comprendido por aquéllos?

He aquí una definición sintética: los críticos profesionales son malos escritores que no comprenden á los buenos. Pueden sospecharlos, á veces; vengan entonces su propia incomprensión opacando ese brillo á que sus ojos permanecen refractarios. Si pudieran

comprender, admirarían; nadie ignora que comprender es igualar.

Cada hombre entiende á sus iguales; nunca á los superiores y á los diferentes. El crítico no es una excepción. Mira desde su nivel y hasta el límite de su miopía, es decir, de acuerdo con su temperamento y dentro de su ilustración. Se avergonzaría de ser crítico si comprendiera la psicología de los escritores. Ignora que los buenos son todos diferentes.

Las ideas y el estilo reflejan toda la personalidad del autor; no es posible juzgar abstractamente una obra prescindiendo de su artífice. ¿El temperamento de cien buenos escritores puede ser comprendido por uno malo?

La desigualdad intelectual es el trasunto de un hecho común á todos los hombres. Varios niños colocados ante un mismo objeto, é invitados á describirlo, producen composiciones substancialmente distintas, caracterizadas por rasgos que permiten clasificarlos en varios grupos. Algunos detallan con escrupulosa precisión las formas y dimensiones de las cosas, procurando fijarlas en datos concretos: son objetivos, realistas, embrionariamente científicos. Otros exornan la descripción con imágenes y lucen ingenuas galas de estilo, deteniéndose en los detalles estéticos que excitan su fantasía vivaz: son soñadores é imaginativos, dejando transparentar en gérmen sus inclinaciones literarias. Los hay, en fin, que se atreven á invadir el dominio de las hipótesis y de las analogías, razonando más de lo que permite su exigua

experiencia y arriesgándose en frágiles especulaciones que denuncian una rudimentaria tendencia filosófica.

Estas desigualdades se acentúan si una educación niveladora no las agosta en flor. En condiciones propicias los temperamentos se acentúan con el desarrollo mental; el hábito de escribir permite fijar en el estilo esas diferencias. Todos los buenos escritores van asumiendo un tipo característico: estético, científico ó filosófico. Por eso un mismo fenómeno ó acontecimiento impresiona de manera diversa á observadores distintos.

No es ecuánime juzgar á todos ellos con el criterio único de que dispone el crítico profesional: su cerebro de autor malo no puede ser la medida de todas las obras buenas. El uno medirá las de Luis Vives con la vara usual de la crítica literaria; el otro aplicará á las de Teresa de Jesús el doble-decímetro de la crítica científica. Ambos se equivocarán sin esfuerzo y harán reír sin premeditación.

La inconciencia de la propia opacidad los sobrepone á todos los obstáculos. Opinan sobre cuantos libros el azar coloca entre sus manos, sin comprender que algunos excedan el horizonte de su incultura y otros son inaccesibles á su temperamental. Esa falta de elemental prudencia los induce á desconcertantes predilecciones. Hay sabios y filósofos que repultan su clientela entre personas carentes de nociones científicas y filosóficas; es notorio el extraordinario favor dispensado en el mundo literario á la pseudociencia

de madama Blawatsky y á la pseudofilosofía de Tolstoy.

Aunque se contuvieran dentro de su propio horizonte cultural, los críticos profesionales estarían impedidos de juzgar por las diferencias de temperamento y de nivel intelectual. Ellos parecen ignorarlo. Fácil es, sin embargo, distinguir varias categorías de escritores, cuyas mentalidades son heterogéneas.

Forman un grupo bien definido los que están dotados de una gran receptividad cerebral; son fácilmente impresionables y poseen buena memoria. Saben observar y pueden ser eruditos; su variedad se escala desde humildes archivistas hasta sabios investigadores. Sus cerebros son prolijos cinematógrafos; su labor es producto de la paciencia y puede ser útil, aun sin la complicitad del talento. Para llegar á este último se requiere, además, un gran equilibrio y plasticidad mental, cualidades harto raras.

En otros escritores toda sensación es cogida en un complicado engranaje disociativo, descomponiéndose en sus elementos más simples. Diríase que los analistas tienen un prisma en cada célula cerebral, encargado de fragmentar las imágenes, refractando en iris polferomo sus cualidades primordiales.

Contrastan con ellos los cerebros aptos para las visiones de conjunto, fáciles para la analogía; son flexibles, asociativos, generalizadores: funden los datos particulares dentro de grandes principios comunes.

Otros interpretan de manera subjetiva sus impresiones. Se apartan de la realidad. la detorman, pro-

yectándola en sus propios sentimientos como una imagen sobre un espejo curvo: la imaginación se enseñorea de su labor agregando caprichosas volutas de fantasía á todo lo real; idealizan las cosas, observándolas á través de un tal ilusorio y fugitivo.

Esos tipos mentales no se observan jamás en estado puro y excluyente. Es raro un escritor exclusivamente descriptivo, analítico, generalizador ó imaginativo. Lo común es que alguna cualidad predomine sobre las otras y sea la nota dominante en la personalidad.

Hechas esas distinciones, no puede admitirse que un mal autor, de tal ó cual especie, pueda juzgar á los buenos escritores de todas las demás. Si lo hace de buena fe, raya en la tontería. Si un crítico profesional leyera un artículo de Ganivet sobre Fray Luis de León, diría que el primero no tiene autoridad para criticar al segundo: y se la negaría á Campoamor si opinara sobre la menuda filosofía de Baltasar Gracián. Pero á si mismo se otorgaría esa autoridad que rehusa á Campoamor y á Ganivet, escribiendo con enternecedora incompetencia sobre Fray Luis y Baltasar.

Conviene, en suma, no confundir los ensayos escritos por buenos autores, capaces de comprender á sus iguales, dentro de un horizonte determinado, con la desvalida crítica profesional, á cargo de escritores incomprensivos, volcada indistintamente sobre todos los dominios de la cultura. Aquéllos constituyen un género literario útil y respetable; ésta es un simple refugio de malos escritores necesitados.

Si éstos no saben hacer, menos pueden deshacer. En definitiva, no juzgan á nadie. Los buenos escritores no se creen honrados por elogios oscuros ó anónimos; el mismo público no cree en sus equivocaciones. Cada obra se dirige á una masa particular de lectores; hay entre éstos cierto número que puede comprenderla y juzgarla. Son esos árbitros los que forjan las reputaciones ó las anulan, sin tomar en cuenta las loas y las diatribas de los censores inexpertos.

El buen escritor—literario, científico ó filosófico—sólo puede ser juzgado por sus iguales: dentro de su horizonte, según su temperamento y á su propio nivel.

Los genios—muy pocos en cada siglo—están más altos que toda crítica. En vida nadie los juzga: son admirados ó combatidos. Después de su muerte sus obras se tornan clásicas.

Eso no impide que algunos críticos profesionales sigan maldiciendo de sus obras. El mayor número, sin embargo, se muestra más benévolo con ellas: no las lee.

JOSE INGENIEROS

LOS JARDINES DE ESPAÑA

EL JARDÍN DEL REY CRUEL

Manoseada por los dramaturgos y emplebeyecida por los noveladores baratos, la fiera y arrogante figura del Rey D. Pedro, ha perdido lo más y mejor de su varonil belleza trágica. Si queréis hacerla revivir, sentirla tal como era, no vayáis á la árida llanura de Montiel, porque este Campo de la Traición ya fué purificado y ennoblecido al cruzarle el Ingenioso Hidalgo con la carga gloriosa de sus ideales; no la evoquéis tampoco en la tierra del Ricohombre de Alcalá, ni en la del Infanzón de Illescas. La visión guerrera del vencedor de Nájera y la melancólica visión del humillado en Toro no os hablarán del Rey cruel tal como debemos comprenderle, tal como debe amarle quien sea hombre para ello, como le arman los que están fuera del mal y del bien, los que sienten sus espíritus por cima de las fuerzas humanas.

Evocad á Don Pedro I en los jardines del Alcázar sevillano. Las sombras de las palmeras, de los naranjos y de los magnolios taparon su sombra más de una vez.

Las aguas que saltando de los surtidores parten los aires claros también le contaron á él, como á nosotros nos narraron, las arcanas historias de la tierra. El Guadalquivir, con su voz mansa, arrulló sus amores. El sol poniente, dorando las diversas perspectivas del Ajarafe, le habló de las tristezas de morir joven. Y la Giralda, la torre que sonríe jacarandosa, miró picaresca sus retozos y le perdonó sus crímenes, como perdona á sus hijos presidiarios ó muertos en el patíbulo, esas «mares» andaluzas que andan por todas las coplas de soleares ó carceleras.

Porque Don Pedro era un sevillano puro y hasta sabemos que tenía acento «E ceceaba un poco en la fábla», dice el canciller Pero López de Ayala. tan escrupuloso en estas pequeñeces como poco mirarlo en las cosas de entidad.

En medio del jardín hay un magnolio «el más grande que se conoce en el mundo», asegura así el guía sevillano, enjuagándose la boca con la ponderación.

Es un árbol viejísimo, contemporáneo tal vez del monarca; es un árbol supremamente alegre, lleno de lozana juventud: un árbol de amor que en Primavera, entre las grandes hojas lustrosas, gigantescas flores de color de mejillas vírgenes muertas de celos, arrojan á la atmósfera un olor penetrante, perturbador, de fecundidad humana. Estamos en Otoño, casi no hay flores en el jardín, y, sin embargo, es menester esforzarse para sentir en este sitio segura la cabeza. Junto al baño de la Sultana un «clergyman» inglés, anona-

dado por el sol y por el ambiente, se ha dejado caer en un banco.

Cerca de él, dos señoras rubias, de edad indefinible (su mujer y su cuñada), contemplan el horizonte con cuatro ojos inquietos de gacelas perseguidas.

Por ante las cejas albinas del pastor protestante están pasando sin duda todas las ardorosas imágenes del Antiguo Testamento, aquellas mujeres febriles cuyos nombres, en Inglaterra, le parecerían inscripciones de tapiz viejo ó rúbricas de misal, y aquí, en Sevilla, se le antojan fantasmas de sangre y de fuego.

El viento, en los penachos verdes de las altas palmeras, murmura frases de tentación victoriosa. El oro de los dátiles y el oro de las naranjas hablan de corrupción gustosa y de halagüeño pecar. Y el clérigo dobla la cabeza lleno de la placentera pesadumbre del vivir, mientras las mujeres, confusas, no se atreven á rechistar.

Porque en este jardín tremendo las voces suenan á caricias y los pasos á danzas demoníacas.

¡Ah, si el clérigo y sus compañeras supieran ó sospechasen la fuerza feroz de las pasiones que en estos sitios ardieron! ¡Ah, si oyesen, como oímos nosotros, sonar los choquezuclos de Don Pedro y juguetear los chapines de Doña María de Padilla en las enarenadas calles de boj y de arrayán! ¡Ah, si pudiesen imaginarse á la gallarda andaluza mostrando su cuerpo desnudo en el baño, que hoy es un sótano, pero que entonces se hallaba al aire libre... y, como el sol besaba las carnes auburnas y los cortosanos, trémulos, no osa-

ban parecer ni muy exagerados ni muy remisos en elogiar á la hermosura de la favorita, por miedo á que el Cruel los creyese demasiado fríos ó harto calurosos!

¡Qué sería el ver salir del baño aquel cuerpo menudito y airoso y enjugar las mojadadas formas en las melenas de oro del león manso que andaba por el Alcázar del Rey Don Pedro! ¡Con qué placer indefinible se pasearían las miradas regias desde el león á la mujer y desde la mujer al león! Y ¡qué artista refinado y decadente ha podido regalarse con más sabrosa voluptuosidad que la de usar como espejos las nobles pupilas de un león para contemplar en ellas la desnuda effigie de la mujer amada! ¡Quién soñará más tormentoso amor? ¡Oh, no, el buen «clergyman» no comprende estas cosas que de Oriente vinieron hace lueños siglos! Y nosotros viendo huir por entre las sombras de las palmeras los espantados bultos de los cortesanos que, estremecidos, presentían, al lado del amor, la muerte, caemos en la cuenta de que Don Pedro es un monarca oriental extraviado entre una ringle de reyes eclesiásticos y de reyes militares, y así nos explicamos la amistad y protección que dispensó el granadino Mohamed el Nasari, y comprendemos que la traidora muerte que dió al Rey Bermejo Abu Said, no fué sino un eco de las matanzas de los Reyes y Principes de Damasco y de Besorah; y tantas otras sanguinarias aventuras y tantos fatales casos de su vida no hemos de achacarlos sino á obscuros atavismos de la sangre de Oriente, que no sabemos cómo, al parecer, corría por sus venas. Por eso le era particular-

mente odioso el pardo terragal de Castilla; por eso amaba la palmera y el naranjo, el león y la mujer ajena, y no podía resistir á la propia «magüer que era en edad de diez e seis años e magüer bien fermosa e del linaje del Rey de la Flor de Lis» como dice el viejo cronista.

¿Nos será, pues, necesario recurrir á la fantasmagoría romántica para representarnos á Don Pedro tal como fué? Si queremos rehacer una vida lejana ¿no será mejor que asirnos á nuestras inducciones de una lógica arbitrarias visitar los sitios donde el muerto tuvo sus amores? «Aquí vivió», es algo, «aquí amó», lo es todo. Y aquí, en estos jardines donde estamos, se holgó el rey con la única mujer á quien quiso, con aquella á la cual volvía después de sus rotas y desengaños como al único puerto de su existencia, porque sabía que en estos calientes, encantados jardines, había de hallarla siempre sumisa, enamorada y un poco temblorosa, para mejor sazonar el gusto que nada vale sino tiene una parte del agrio entre dos del dulce. Que aun el parcial cronista confiesa como Doña María de Padilla padecía infinito con las crueldades y descomunales desafueros del rey, «ca ella era dueña muy buena e de buen seso e non se pagaba de las cosas que el Rey hacía.» ¿No os imagináis á esta buena señora de tan tierno sentir, con el corazón desgarrado al palpar en torno suyo la muerte, de noche y de día, en las cámaras moriscas del «Palacio del Caracol» y entre los mirtos é higueras del jardín? ¿No veis la angustia y zozobra de esta mujer de buen seso

al ver salpicadas las falditas de sus inocentes hijuelos con la sangre del caballerizo Sancho Fortun, á quien el Rey mató en la misma habitación donde los niños jugaban, apuñalándole con una broncha que llevaba en la cinta? Y vosotras, mujeres amantes, ¿no sentís el escalofrío de triunfadora alegría con que esta dueña, aunque no se pagaba de semejantes crímenes, hallábase poco después agasajada, amorosamente, en aquellos brazos duros que sabían asesinar sin piedad, y sentía latir, á compás del suyo, aquel corazón rencoroso en que la llama del odio ardía inextinguible, sin que ríos de sangre la aplacaran? Si no lo sentís, si no lo comprendéis, venid á Sevilla, recorred estos jardines, oid cantar una de esas coplas hondas en que se habla de puñaladas y de cementerios; visitad el camposanto: no faltará sevillana que, con voz abaritonada, os aconseje ver la tumba del Espartero; y si le visteis vivo, recordaréis aquella figura siniestra, aquellos alamares siempre rotos, pingajos de oro y seda, llenos de sangre, que le colgaban del brazo derecho, aquellos ojos trágicos, que miraban como los de un loco, al dejar la vida... y observar que en Sevilla aún laten muchos corazones al recordar al hombre que impávido supo jugar con la muerte y arrojar-se en sus brazos, cruel para sí mismo, cual lo hubiere sido para los demás á nacer monarca en el siglo XIV. Porque en esta tierra la vida es hermosa, pero trivial, por lo fácil, y el ganarla ó perderla no tiene importancia.

Tonto ha de ser quien no vea, en tales maneras

de sentir, reflejos y espejismos del sol que acaba de atravesar el desierto y viene de una tierra donde la vida y la muerte se confunden y el hombre no vale más que la planta del árbol, porque allí el panteísmo está en la naturaleza.

Así para Don Pedro nada valían las existencias de los que intentaban acorralarle ó estorbarle en su autoridad ó en sus apetitos, pero al mismo tiempo, los misteriosos efluvios perturbadores de la magnolia secular, fatalmente, lo arrojaban, con las manos tintas en sangre, á los pies diminutos de la dueña de buen seso que de su corazón era señora. Para ella y para el manso león, eran todos los halagos. Quizás sólo ella y el león los merecían, en aquel tiempo alevoso, cuando se llamaba infieles á los únicos hombres que sabían guardar la fe como caballeros, cuando la unción divina caía lustral sobre las sienes que estaban premeditando el fratricidio, ó recordándolo con íntima fruición. Lo difícil para nosotros, hombres de ideas, no es forjarnos un Don Pedro, hombre de sensaciones solamente; lo difícil y, por consiguiente, lo justo, es calcular cómo eran los otros, cómo era la época, creando y juntando de nuevo la figura, no con lo que en ella hubiese, más con lo que había fuera de ella y alrededor de ella. Para esta labor velasquina que consiste, no en dibujar y colocar el «yo» de cada personaje, sino el «no yo» en que esté envuelto, no tenemos aquí otros colaboradores, sino la luz y el agua: esos dos femeninos eternos que sólo coquetean, y parecen volubles, con quienes no los saben tratar,

pero que en realidad son lo más firme y estable de este mundo. La luz y el agua nos dicen los colores, los matices, los ruidos y los susurros en que el Cruel se complacía. Toda su crueldad queda justificada y absuelta. Era él, un hombre que volvía la cara á Oriente de donde viene la luz, como la volvió su tatarabuelo el Rey Sabio, gran amigo también de moras y de judíos. Criminal en defensa propia ó en la de su buen amigo Mohamed el Nasari, los ojos de la buena dueña seguían mirándolo benévolos y enamorados.

—Así—le diría su amigo Mohamed—miran las huríes prometidas por el Profeta á los valientes caballeros que llegan al Paraíso chorreando sangre.

—No de otra manera—decimos nosotros al misterioso hálito del Rey que por estos jardines vaga—no con menos pasión miraron miles de mujeres al «leco vestido de máscara», al torero suicida que les hacía estallar los nervios y cuyo cuerpo destrozado yace bajo una columna rota, no lejos de la fosa común, que en este país donde nada importa la muerte ni la vida se llama «la tertulia».

Guiados por este recuerdo vamos á ver la tumba del Rey Cruel. Está en una cripta de la Capilla Real, debajo del sarcófago que encierra el cuerpo del Rey Santo. La negra hipocresía de Occidente, que mató á Don Pedro y coronó á su asesino, bien se ha vengado del amante de Doña María. En un recinto estrecho y oscuro, junto al altar de la Virgen de las Batallas, se ve el ataúd de Don Pedro, empotrado

entre otros cinco ataúdes de infantes ó príncipes cualesquiera. Aquellos muertos están más estrechos allí que en «la tertulia». Los féretros son todos iguales; negros, con unas cantoneras de plomo, sin grabados ni blasones. Unas miserables letrinas modernas y prosaicas, confiesan al parecer avergonzadas, que allí están los restos del Rey de Castilla. Nadie reza por él; nadie se acuerda de él.

Supongamos, poéticamente, que Alá se habrá apiadado de sus delitos y que el Profeta Mahoma, le habrá llevado de la mano al jardín de las huries, que será un jardín como los del Alcázar de Sevilla...

F. NAVARRO LEDESMA

FIGURAS CONTEMPORÁNEAS

VILLAESPESA

Conocí á Villaespesa hará unos diez años, en Madrid. Hallábame allí con varios otros autores dramáticos catalanes, cuando un amigo me presentó á ese poeta andaluz en la cervecería que está al lado del teatro de la Comedia. Entonces él era muy joven, y con otros jóvenes intelectuales redactaban una revista titulada *Renacimiento Latino*. Me mostró un par de números en que había versos suyos, y vi en él un verdadero poeta, y para animarle le entregué algún trabajo para su revista, prometiéndole hacer lo posible para darla á conocer en Cataluña y América. Durante el tiempo que estuve en Madrid nos veíamos cada noche en la Comedia y hablábamos de Literatura, de Arte, de las nuevas tendencias que se iniciaban en el Extranjero, etcétera, etc., y siempre estábamos conformes en que en el arte para el Genio no hay modas,

pues es él el que las crea para los meros fantasmas que le siguen, y en que, por lo tocante á la manera de producir, no hay más que dos: hacerlo bien ó hacerlo mal.

Desde esta pequeña temporada en que yo tuve el gusto de tratar personalmente á Villaspesa, no he vuelto á verle más, pero le he seguido en sus obras. Y éstas me han confirmado la opinión que de él tenía formada, y es la de que era un poeta genial, pero de un arabismo atávico.

Villaspesa es un caso patente de atavismo, un *revenant*, como se diría en Francia. Por uno de esos cursos raros aun no bien fijados por la ciencia antropológica y que á veces se nos presentan como si la Naturaleza se hubiera equivocado, Villaspesa nació varios siglos después de lo que, según la lógica vulgar, parece debiera haber nacido. Es un alma errante de un vate persico-árabe, que anda perdida á principios del siglo xx. Con una mente creadora como la de los que redactaron el Mahabaratra y el Bundahes, ve una realidad ambiente que le extraña, y su pensamiento creador funciona en el presente como en aquella época en que se engendrabán y modelaban los mitos antropomórficos. Su psicología es verdaderamente ancestral é irania.

A él la Virgen María se le presenta cual Selené, la Diana casta ó la Diosa María; Santa María es para él como una mujer divina, personificación de la buena Naturaleza nocturna ó una divinidad propicia en forma de mujer que sólo sale de noche para prolongar la vida y ser consuelo de afligidos. Ningún autor de ninguno Apocalipsis, ni de Evangelio alguno, nos la presentó jamás tan buena, tan humana y tan real. Así la ve por la noche

«por los molinos y por las granjas
dando á los niños pan y naranjas.»

Añadiendo al sentir su fragancia

«Olor á rosas dejan sus huellas.»

Y en sus excursiones nocturnas la describe diciendo que

«Lleva un manto lleno de estrellas;
sopla en las ramas y brotan flores;
suspira, y cantan los ruiseñores...
Su cabellera mana rocío,
y se abre en semillas de plata, el río,
para que pase por la ribera,
sin que se moje su pie siquiera.»

Según refieren los viejos de la alquería
cuando

«Ronda de noche por los casales,
grana la espiga de los trigales,
y con sus manos llenas de luna
madura el fruto de la aceituna.»

Hasta los perros callan á su paso y van á lamerle sus blancos pies desnudos, como si presintieran que va á ejercer la caridad sublime de amamantar niños que carecen de nodriza. Vedla cómo

«Del huerfanito, se acerca al lecho,
limpia sus ojos y le da el pecho,
y el niño duerme feliz, soñando
que con los ángeles está jugando.»

Y por la madrugada, cuando va á apuntar el día, en la hora en que los enfermos de muerte exhalan su postrer suspiro

«Se inclina al lecho del moribundo,
y cuando lanza su adiós al mundo,
recoge el alma y emprende el vuelo
hasta su hijo que está en el Cielo.»

Que se busquen en los Vedas, en los poetas

iranios ó en las creaciones de los Aedas, una antropomorfización más poética y más hermosa de la divinidad nocturna.

Por eso afirmamos que en Villalpessa hay la reaparición de un alma mezclada de persa antiguo y de árabe, pues en sus ficciones creadoras integra el elemento mazdeísta, dominando el semítico. Y tanto es así que hay momentos en que en él reaparece un cantor iranio de los tiempos de Zarhatustra, soldado del Bien y servidor de Ormuzd, el Dios esplendoroso de la luz y de la vida, aunque esto sea á través del apasionamiento árabe. Mas si tiene el apasionamiento sensual del árabe en varias de sus composiciones, siempre éste está sostenido por un ideal noble.

Aunque en el fondo de algunos de sus cantares el impulso sensual se manifieste ardiente, siempre está velado por las vaporosas gasas de una poesía que se eleva cual nube de incienso y mirra.

De súbito la nube se le disipa y entonces se encuentra extraño en nuestro medio ambiente y vuelve la vista á otros tiempos. Mas si mira hacia atrás, es impulsado por tendencia caballeresca y noble como el Quijote al soñar con una caballería no existente. Pero, como hemos dicho,

sueña en tiempos más remotos que el héroe manchego. Su musa arcaica sale de las fuentes luminosas y sonoras de la España árabe de los Omeiyyas. Parece que fuera la que inspiraba los poetas de Córdoba en la fastuosa corte de Hakan II.

Él mismo siente y declara que vino al mundo en una época que no es la suya; pero se equivoca al querer determinarla. Oídle cómo exclama:

«Yo nací con tres siglos de retraso;
amo el justillo y el jubón de raso,
el chambergo de plumas y la espada...»

¡Sí! Él nació retrasado, pero no procede de la época del colete, el chambergo y la espada de cazoleta ó de lezo, sino de otra muy anterior, que de tan distante como está de él no la divisa sino cuando esté en los momentos de su inspiración culminante. Su época fué aquella de las cotas de finas mallas cubiertas por caftanes recamados de bordados orientales, de turbantes verdes manzana y pumiagulos cascos damasquinados con lemas cual éste: «Mira recto y piensa alto»: de rodajas con versículos de oro incrustados como aquel que dice: «Sé como el soldado que se fuma hasta el hacha que lo parte»: de espadas de guardas caídas y de anchas

hojas con inscripciones como éstas: «Nunca contra el débil ni contra la mujer.» «A la mujer no se la puede pegar ni con una flor.»

Su alma en aquellos tiempos vió justar caballeros árabes con caballeros cristianos, oyó las discusiones del Filsafet, conoció á Abulfaradaj y á Alkindi, y tal vez saludó á Averroes, mas no asistió á autos de fe, ni pasó en Flandes ciudades á degüello, ni como él se figura, atravesó á nado las Dunas, ni entró tambor batiente y enseña desplegada en ninguna parte.

Y la prueba es que cuando evoca su españolismo de la época de los Austrias, lo pinta cual no fué, y no lo siente con la fuerza que siente otras épocas cuya manera de ser fué más similar á la suya.

Se ha dado por decir que Villaespesa es el poeta esencialmente español, y aquí hay que definir lo que por español se entienda. España, ya lo hemos dicho en otros libros (1), es un conglomerado de razas, de pueblos, de estados y de civilizaciones diversas. En la historia existe Iberia como un territorio poblado por razas distintas. En ese territorio se han originado civilizaciones y estados diferentes. En las costas de

(1) «Herejías», «Cervantes y España».

Levante hasta el Ebro los autóctonos Celtas se cruzaron con Rodios y Focios, luego con Romanos ó gentes del Lacio. Los Godos estuvieron de paso, los Arabes fueron rechazados en seguida. Esto produjo la civilización Lemosina como en el Languedoc y la Provenza francesa. En Galicia y Portugal el elemento céltico autóctono fué cruzado con latinos, y luego con suevos y godos. En el centro el elemento latino se cruzó poco con el autóctono; allí impuso su civilización más que su raza. Hay quien afirma que los autóctonos del centro eran de la misma raza altaica que los vascos. Otros hablan de una invasión de negroides en los tiempos prehistóricos. Por fin los godos dejaron hondo sedimento en las Castillas, y sobre todo los árabes, sarracenos, moros y demás invasiones mahometanas, aunque de razas distintas. En Andalucía, aunque la raza primitiva tuviera los mismos componentes de la castellana, obtuvo mayor parte de latina, y con Murcia y Valencia, recibió fenicios, cananeos y cartagineses, que sentaron en esos territorios sus colonias. Y sobre todo esto cayeron los árabes-persas, con griegos nestorianos, y más tarde, después de Almería, musulines africanos de varias razas.

Por causas políticas y diversas, la raza cante-

llana predominó, y la Unidad española se hizo con la hegemonía castellana, y durante ésta conquistóse el Nuevo Mundo y parte del Antiguo. Así se originaron varias civilizaciones, hasta que se perdió todo á fines del pasado siglo.

Así hay españoles de varias épocas y de varias razas, puesto que lo de ser español no quiere decir más que ser súbdito de un gran estado político que fué absolutamente católico y monárquico.

De Marquina se ha dicho que no era el poeta español por ser catalán-aragonés educado en Cataluña y en Francia. ¿Qué españolismo, pues, representa Villaespesa? ¿El de los Austrias? No. ¿El de los Borbones? Tampoco. ¿El de los Reyes Católicos, conquistadores de Granada y expulsadores de moriscos? Menos. Villaespesa es un iranio cruzado de árabe y lo que representa su alma, y de lo que siente la confusa nostalgia, es de la civilización arábigo andaluza de los Omeiadas. Le falta aquella Córdoba, aquellos jardines y aquel libre pensar, libre sentir y libre trovar en los más sublimes casos. En su manera de ser se ve uno de los componentes típicos del alma policroma española. ¡Sí!; pero es ese elemento arábigo persa que marchó á la conquista del mundo y conquistó Egipto, á Alejandria y de Alejan-

dría al país Ibérico, para extenderse por Europa. Su espíritu transmigrador en el espacio, como el de sus antepasados al transmigrar en el tiempo, á veces adopta la forma ambulante poética de un peregrino, que pasa, que va... ¿Dónde? ¿Quién sabe?

Él mismo lo ignora, y pide albergue y amor, y si lo obtiene, se va al día siguiente como impulsado por una fuerza misteriosa que le obligue á andar, lo mismo que si se lo rehusan. Y anda sin guía ni norte, pues, para él

«El pasado es una sombra,
es una niebla el futuro
y un relámpago el presente...»

Y deslumbrado por el relámpago, que en él atenúan las sombras del pasado, no divisa en la niebla del futuro el punto que busca. Así su marcha es incierta

»porque al caminar pudiera
tropezar en el sepulcro.»

Y este relámpago del presente tampoco lo ilumina, para ver claro lo actual. Perdido en este siglo, que no es el suyo, él lo encuentra sin ideal y vuelve hacia atrás y se dirige en busca

de ideales á otros, cosa muy natural, por la ilusión propia de lo que fué, tan bien descrita por Jorge Manrique cuando exclama:

«Como á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Así salta de época en época, errante, en busca de ese algo que sólo entrevé confusamente.

«Nuestro siglo no tiene ideales», exclama, sin verlos; pues no los reconoce por tales cuando los encuentra á su paso. Y nuestro siglo los tiene, y demasiado imperativos por desgracia, pues las masas no pueden prescindir de tiranía, y destruida una se crean otra. El prescindir de ídolos es sólo reservado á los espíritus superiores. Los ídolos del proletariado moderno no son ni el Molok de Cartago, ni el Crucificado sangriento que conducían á la hoguera á millares de víctimas: pero conducen á los pueblos á conmociones, á revoluciones violentas, y en ciertos casos, aun á guerras de exterminio. Son abstracciones absolutas, ídolos del cielo lógico que las masas ven delante. Sí! La Justicia igualitaria, la nivelación social, la libertad en sí, el deber imperativo, etcétera, etc.

Antiguamente las fuerzas cósmicas eran personificadas, divinizadas y constituían la idolatría cosmológica del paganismo. Después, con la unidad de lo divino, vino el cielo teológico, que estaba encima de nosotros y fuera de la vida, otra clase de idolatría tiránica. Mas hoy, las multitudes no creen en él fuera de la vida y quieren realizar los absolutos en esta vida, y los ven delante en un cielo lógico que se han forjado lleno de mitos, y estos ídolos los tiranizan como los otros, bajo la forma de ideas absolutas que siempre son irrealizables. Ojalá predominaran ideales menos imperativos y más dubitativos! Una duda discreta, un grano de escepticismo humanitario, como tuvieron Erasmo, Rabelais, Montaigne, Voltaire y el Carlyle humorista, han hecho más bien á la especie humana que todos los ideales absolutos.

El alma de Villaespesa no es de las que puedan ser sugestionadas por esos ideales imperativos. El es más bien un contemplativo que mira al mundo como un espectáculo, y sus ideales son humanos, sensuales y poéticos. Por eso toma á manos llenas la ola del ingenio allí donde la encuentra. Así en él se hallan aliadas la métrica castellana antigua con la lemosina y aun diré con la italiana, y dan ritmos nuevos, sonoros y

mágicos que su concepción creadora modela con intensa fantasía. Con una gran potencia de color, con luminosidad irisada hace resplandecer frases que parecen las piedras de una joya bizantina, ó las bordaduras arabescas de un tapiz de Oriente. A veces, con una lánguida suavidad sonora nos hace soñar en las caídas de las tardes en Florencia ó en Venecia, ó con melancolía triste y dulce, como la de un retablo sobre dorado fondo, nos hace ver otra Andalucía que no es la de busto moreno y castañuelas que repiquetea mientras serpentea su cuerpo y se agitan los largos flecos de su pañolón de Manila.

Andaluz por esencia, la melancolía le invade en sus momentos de calma, tomando á veces la forma cruel de los cantares de aquella tierra, en los cuales campean cárceles, hospitales, cementerios y ejecuciones. Así gime en uno de esos momentos:

«Por tu causa, por tu causa,
me llevarán al patíbulo,
con las manos amarradas
y vestido de amarillo!»

Pero pronto se vuelve á elevar y exclama:

«Granada, Granada mía,
quién pudiera á ti volver,
aunque tuviera que ir
destrozándome los pies,
pidiendo de puerta en puerta,
sin dormir y sin comer.»

Siempre es un gran poeta que vive soñando,
ya sea en Andalucía ya en otro sitio, y al ver
una mujer hermosa sueña en que la vida es una
novela.

«¡Ah, quién hiciera — me decía, --
de mi existencia una novela!
¿Graciela,
Werther ó María?»

Tal es Villaespesa, poeta atávico, soñador
romántico, oriental, con todos los refinamientos
de las civilizaciones esplendorosas á punto de
agotarse, que anda cantando amor y recuerdos,
perdido en un presente que no es el suyo.

POMPEYO GENER

LA FUENTE DE LAS GACELAS

CARACOLA MARINA

¡Oh, amargo corazón, tierra baldía
donde no brotan flores, ni siquiera
un cardo gris, ¿por qué la Primavera
te hace soñar con rosas todavía?

Tu estéril soledad, ¿en qué confía?
¿Qué milagroso florecer espera?...
Sin roca y sin Moisés, tu vida entera
es la sed de un desierto de agonía!

¡Ni una gota de agua, ni una sola!
Arena y más arena: y en la arena
— perdidas glorias evocando en vano —

alguna calcinada caracola
en cuya estéril oquedad resnara
el confuso rumor del mar lejano!

MILAGRO

De mi esperanza la ilusión postrera
marchóse para siempre de mi lado...
(Una casita, y un jardín sellado:
mi otoño gris, y tu áurea primavera!...)

Y viéndome tan solo, á la ceguera
de mi propio destino abandonado,
á Dios volví los ojos, y postrado
en tierra, dije con el alma entera:

— ¡Un milagro, Señor!... ¡Tornadla mía,
y en cambio haced mi corazón pedazos!...—
En la ventana azuleaba el día...

Un leve golpe resonó en mi puerta...
¡El milagro cumpliósese!... Y en tus brazos
la viste, Amor, pero la viste muerta!

EN EL SILENCIO

— ¿Tú le viste? — Jamás vió su semblante
ojo mortal. Con la visera echada,
su sombra fugitiva y enlutada,
sobre un negro corcel galopa errante!

A su paso, la encina más gigante
se desploma, de pronto, desgajada,
y todo cuanto alumbra su mirada
palidece y se agosta en un instante!

El tic-tac del reló se paraliza;
el mastín, espantado, el vello eriza,
y un largo aullido prolongado vierte,
y rechinan las puertas de la casa,
cuando en las sombras galopando pasa
el negro caballero de la Muerte!

LA ESTATUA

En medio de un jardín abandonado
hace ya siglos, donde ni una planta
se viste en flor, ni una fontana canta,
ni trina un ruiseñor enamorado,

sobre musgoso zócalo gastado
que en árida glorieta se levanta,
al luar, melancólica, abrillanta
una estatua su mármol mutilado!

En una tumba abierta en una roca,
sobre el eterno abismo suspendida,
hace pensar su solitaria calma!...

¡Y su tristeza, á mi tristeza evoca,
en medio de las ruinas de mi vida,
la estatua mutilada de mi alma!

LA MUERTE

La muerte para mí no es esqueleto
que oculta en el sudario su guadaña...
Es un Arcángel de belleza extraña
que á las almas revela su secreto!

Es libertad suprema; no es un veto!
No es sombra, no; es claridad que baña!
No es silencio; es salterio que acompaña
el ritmo á que la vida está sujeto!

Su sombra llena el hueco de la Nada,
y los mundos son polvo de sus huellas!...
¡No palidezcas, hombre, á su llegada,
que en sus eternas manos milagrosas,
nuestras almas se truecan en estrellas
y nuestra carne se transforma en rosas!

LIBROS VIEJOS

¿Por qué este anhelo de ascender, Dios mío,
si agobiada por tanta pesadumbre,
sola y desnuda, en la gloriosa cumbre,
el alma amoratada está de frío?

Altura es soledad, hielo y vacío...
Y allá en el fondo, un valle, hogar con lumbre
y amor, y la florida mausedumbre
de una casita blanca junto á un río!...

En vano, sobre un libro encanece mos...
¡Volvamos á ser puros, y olvidemos
tanta estéril verdad como aprendimos

entre el polvo de tantos viejos tiempos...
¡Y dejemos de ser como ahora somos
para volver á ser como antes fuimos!

EL CIEGO DEL VIOLÍN

¡Qué tristeza más íntima despierta
el vetusto violín del pobre ciego,
que va, como un sonámbulo andariego,
mendigando piedad de puerta en puerta!

¿Qué sonará, mientras la mano experta
llora en las cuerdas lágrimas de fuego?
Se detiene al tocar, y se va luego
con la inconsciencia de una cosa muerta!

En la oscuridad de su mirar vacío
hay una angustia inmensa, incomprensible,
de eternas é infinitas ansiedades...

Se ha perdido su voz... ¡Corazón mío,
tú también pasas ciego por la vida,
llorando en el violín tus soledades!

CRISTO

El mundo estaba de Belleza lleno,
y hoy ciego de terror, lágrimas vierte...
Por las venturas que perdí, al creerte,
¿qué le has dado á mi alma, Nazareno?...

Dijo al hombre la voz del mundo heleno:
— La vida es fuerza y luz... Sé bello y fuerte! —
Y tu fe: — Nuestra dicha está en la Muerte.
Resígnate á sufrir... Sé humilde y bueno! —

Con tu figura y tu palabra triste
huir á los Dioses para siempre hiciste,
y hoy apenas sus templos tus vestiglos...

Ciego de espanto, entre tinieblas muero,
porque sangro hace más de veinte siglos,
clavado por tu culpa, en tu madero!

LIBERTUS HOMO

— En su rojo corcel pasa la guerra.
¡La libertad! ¡La libertad!... Hermanos,
luchemos contra todos los tiranos
que imperan en los cielos y en la tierra!

¡Rompanos la prisión que nos encierra,
los hierros que encadenan nuestras manos!...

— Así también exclaman los gusanos
que el pudridero de tu carne encierra.

— ¡Hosanna! Su prisión el hombre ha abierto!
De sus bastillas ya no queda un muro...
¡Ya los tiranos para siempre han muerto!...

— La exaltación de tu entusiasmo acalma,
y dí, barro mortal, ¿estás seguro
de que no llevas grillos en el alma?

DIÁLOGO

— ¡En mis regios alcázares apiño
áureos joyeles de irisadas gemas;
y gloriosas y fúlgidas diademas
sobre mi frente triunfadora ciño!

Tengo mantos de púrpura y de armiño...
— Que me seduzca tu esplendor no temas!
Prefiero á tus tesoros, mis poemas,
y á tu poder mi ingenuidad de niño!

-- Mis bajeles son dueños de los mares
y del mundo mis huestes... Centenares
de reinos subyugó mi noble espada...

Tengo el poder, la fuerza, el fanatismo...
— Yo tengo más que tú: no tengo nada...
y soy, en cambio, el dueño de mí mismo!

LAS DOS VOCES

— Era mi única luz, y se ha apagado!

¡Era mi única voz, y ha enmudecido!

— Para el que tiene fe nada hay perdido.

¡Volverá á ser presente lo pasado!

— Por su aliento el espejo está empañado,
y aún tibio el lecho está donde ha dormido...

— A tu hogar volverá como se ha ido...

Todo vuelve á morir donde ha brotado!

— La perdí en el camino, y no la veo...

— Si tu mano su túnica no alcanza,

la alcanzará el fervor de tu deseo...

— ¿No es su acento lejano que me nombra?...

— ¡Tiembra morte! Tu última esperanza
como tú, como todo, es polvo y sombra!

Á LA FORTUNA

Cuatro muros de cal, libros, y una
ventana al campo, y en la lejanía
las montañas ó el mar, y la alegría
del Sol, y la tristeza de la Luna:

eso á mi eterna laxitud moruna,

para vivir en paz le bastaría...

¡Bien poco es lo que pides, alma mía,
pero menos te ha dado la Fortuna!

Echate, alma, á recordar... Infancia
sin madre, adolescencia sin amores,
juventud sin placer!... ¡Así has vivido!...

Y ahora, un caduco Otoño sin fragancia,
un pálido luar sin ruseñores,
y un amor imposible sin olvido!

DE CAMINO

¿Qué ruta has de seguir, pobre viajero,
si nadie espera el fin de tu viaje?
Reposa aquí: lo agreste del paraje
rima bien con tu espíritu altanero.

Agria la tierra es, hosco el sendero,
los campos rudos, y áspero el ramaje;
y la luz cenital le da al paisaje,
su gris y roja austeridad de acero!

¿Qué es eso? Sobre un álamo del río
un ruseñor enamorado encanta
los ecos de estas tristes soledades...

¡Como ese ruseñor, corazón mío,
para ti sólo, en tu camino canta
de otros viejos caminos las saudades!

LAS ALAS ROTAS

Anhelos de mi altiva fantasía,
¿qué ha sido de vosotros?... Para el sueño
de mi orgullosa juventud, pequeño
el mundo fué... ¿Recuerdas, alma mía?

¡Alas de gloria mi ambición tenía!...
Mas, ¿qué pasó?... La vida... Un torpe empeño
de conocerlo todo, y un risueño
labio que amor eterno me mentía!...

¡Todo eso, y algo más, causas han sido
de este obscuro vivir, y de este olvido!...
Las ambiciones de mi ensueño vano

fueron vencidas sin sufrir derrotas...
¡Oh, la tristeza de mis alas rotas
sobre el oro enfermizo de un pantano!

LA SOMBRA

¡Remansos del crepúsculo! Lejanos
amores de una copla campesina...
De los cielos desciende una divina
paz, sobre el sueño de los verdes llanos.

Vuelven á perfumar los sueños vanos;
y yo no sé qué angustia nos domina,
que se cierran los ojos, y se inclina
la frente, pensativa, entre las manos!

Por el azul magnífico del cielo,
sobre la frente que el dolor abrasa
y en las manos se apoya dolorida,

tiembla la sombra rápida de un vuelo...

— ¡Esa sombra, mortal, que rauda pasa,
es la fugaz imágen de tu vida!

LUCHA ESTÉRIL

El cansancio infinito de la senda
interminable y áspera y oscura,
sin que ría una fuente en la espesura,
sin que una estrella en su negro se encienda!

Esta sed de imposibles... La contienda
del ala azul con la materia dura;
y la vulgar y bárbara tortura
de soñar sin que nadie nos comprenda!

En cada instante mi sufrir renuevo
y me azotan más hoscas tempestades...
Todo cansancio el corazón encierra,

que á veces, pienso que en mis hombros llevo,
por una eternidad de eternidades,
todo el dolor del cielo y de la tierra!

EL CONVIDADO DE PIEDRA

— ¡Verted lluvias de rosas!... De jazmines,
bellas esclavas, coronad mi frente...

— Y el Dolor, llegará calladamente,
convidado de piedra, á tus festines!

— ¡Que la música alegre los jardines!
¡Entona, Amor, tu canto más ardiente!...

— Mas llegará el Dolor, y de repente
se romperán de angustia los violines!...

— ¡Ganímedes, en mi áurea copa escancia
el Falerno más rancio que atesoro!...

¡Bebamos, compañeros, su fragancia!...

— Mas llegará el Dolor, y con espanto,
al apurar tu gran copa de oro
encontrarás que el vino sabe á llanto!

F. VILLAESPESA

LA LÁMPARA DE BARRO

DEDICATORIA

«Al Sr. Maurice Barrés.

Aun cuando no fuéreis tan grande amigo mío como sois, y aunque sólo os conociera por vuestra obra literaria, es á vos, asimismo, á quien hubiera querido dedicar esta muy pagana y muy cristiana tragedia.

Fábula impura y pura á la vez, de extravío y de remordimiento, de barro y de llama, ella responde, si se atiende, sobre todo, á su místico sentido, á esa misma angustia «pascaliana»—ocúrreseme llamarla de ese modo—que presta, en cada página, febril y profundo encanto á todos vuestros escritos.

Pero quisiera también que aceptáseis este humilde homenaje en recuerdo de aquellos dos días de España y de Francia en que conducido, sin duda, por el Arcángel San Rafael, protector de romeros y caminantes, fuéme dado experimentar en vuestra compañía dos impresiones harto distintas una de otra; pero una y otra llenas de viva y rara lucidez.

Fué primero en Toledo. hace más de doce años,

cuando recorría yo el país de mis antepasados con el intento de concretar en un solo libro el vigoroso clarooscuro del alma ambiciosa y ascética de España. Todo tomaba entonces á mi alrededor vida mágica. No ignoraba yo, por cierto, que la más profunda inspiración puede brotar del p. menor más fútil y pasajero, de una de esas revelas infinitas que fueron á veces simiente de una obra inmortal.

Cierta mañana, después de haber recorrido durante dos ó tres horas el viejo arrabal de Antequerrita, de sarracenos blancuar, y al por junto á la solada plazuela del Ayuntamiento, antejósense p. entrar en la obscura catedral en busca de sombra y de descanso. Ya sabéis vos que es una luz daleitable, en un día de sol abrasador, la tendrosa frescura de las iglesias de Castilla. En ese momento un hombre alto y ceniciento, con lúida fecha morada, solía de la capilla murzable. Erais vos mismo. Imposible imaginar mejor ocasión de conocer al autor de un libro admirable que acababa yo de leer y releer entre Avila y Toledo. Minutos después éramos amigos y hablábamos de mil cosas: hablábamos de «la sangre», hablábamos de «la volutuosidad», hablábamos de «la muerte».

Aquella misma tarde me invitasteis á visitar junto á sobre la ribera opuesta del tajo, un sitio desde el cual se disfrutaba de la más hermosa vista de Toledo. ¿Habría yo conocido jamás la ermita de la Virgen del Valle si no hubiera tenido la dicha de tomar entonces tan extraordinario guía?

El. el acababa de ocultarse detrás de las ruinas del

castillo de San Servando. Asomados al borde del risco vertical veíamos á espantosa profundidad, cual ilusorio paisaje de otro mundo, el agua triste del río, sus orillas estériles, los velos de vespertinos vapores que, retorcidos y estirados por el aire de la angostura, parecían envolver ánimas en pena en flotantes actitudes de pensativo dolor. Frente á nosotros, coronando el escarpado peñasco, la imagen de la ciudad vibraba á través del abismo, con mustia coloración de cosa soñada, mientras en la parte más alta los vidrios del Alcázar despedían legendarios fuegos, como si se celebrase en el interior alguna fiesta de corte. Acordéme al pronto que el emperador Carlos V había habitado, en toda su gloria, aquel palacio melancólico, y penetrado súbitamente por la inspiración pensé con toda la fuerza de mi entendimiento en la prodigiosa epopeya de España.

De pronto, todas las campanas de la ciudad rompieron á tocar las oraciones. Hubiérase dicho las últimas voces delirantes de un coro de monjas. Evocado, sin duda, por los espíritus del río, el imperial Espectro se levantó entonces ante mí, ora vago, ora preciso, en el ambiente casi nocturno; pero llevaba ahora el vestido monástico, el tosco sayal del convento de Extremadura.

He pensado después que fué esta insólita alucinación la que me hizo dar á mi obra su doble color de gloria y ceniza...

Por otra parte, en vuestro libro «El secreto de Toledo» habéis fijado vos mismo, con palabras de hechi-

cera belleza, la poesía de aquella tarde, riberas del Tajo.

No ha mucho, durante nuestra excursión en Lorena, volvimos á subir juntos á otro monte, á otra colina, desde la cual se dominaba todo el ribazo del Bois-le-Petre, y un dilatado y romántico valle surcado tan sólo por arenosas trincheras que se alejaban en zig-zas hacia la Seille.

Por segunda vez, en la rotación de los tiempos—Catacumbas de Roma, trincheras de Francia—, la tierra maternal ha cobijado y reconfortado en su seno entreabierto al Ideal y al Sacrificio.

Mientras los cañones franceses contestaban con atronadora saña á los cañones enemigos, y terribles nubes de humo fulminaban á ras del suelo y en los aires, me explicasteis, como embriagado por el peligro, la historia de aquel peñón en que nos hallábamos; adarve natural que, desde los tiempos de Atila, debió siempre soportar el primer embate de las invasiones y que, erizado ahora de férreas bocas flamigeras, hace pensar en la testa de Medusa sobre el pecho de Palas.

Ya sabía yo, harto bien, de que modo se yergue la altivez de vuestra raza al primer rebato del sentimiento patriótico; pero fué en Lorena, sobre la colina de «Mousson», entre las voces de guerra de vuestros soldados, en donde surgió á mis ojos la más viva imagen de Francia guerrera—aquella con que soñaba nuestro amigo Déroulède—, aquella de gesto antiguo y heroico, sosteniendo en su mano, tendida hacia los

pueblos libres, una Victoria augural con la túnica rizada como una ola por las auras del porvenir.

Hubiera deseado dedicaros obra menos indigna de esas grandes impresiones que ornarán siempre nuestra amistad con su doble recuerdo: pero ¿qué hemos de hacerle! Mis actuales afanes no me permiten ofrecer obras pacientes y maduras.

Este poema dramático, escrito en una lengua que no es la mía—y cuyas dificultades me desconciertan más y más á medida que la ignoro menos—no debe ser mirado sino como uno de esos fragmentos de friso que se desprenden de alguna ruinoso basílica: para unos no pasará de ser vano trozo de mármol; otros, acaso, verán gracias á él todo el antiguo templo, recortado en el éter azul: las palomas, la hiedra, la serpiente.

ENRIQUE LARRETA.

BARABBAS

«Por la solemnidad de aquel día, se dejaba libre el preso que el pueblo escogiese. Y había entonces uno muy famoso, que se llamaba Barabbas.»

Evang.—S. Mateo: XXVII, 15, 16.

Tierras de Nehel'stol, comarca del Hebrón... Allí, todas estaban plantadas de higueras y de viña que empezaban á retallecer frescamente.

Era un llano hondo y pedregoso; y, lejos, se lincchaba como un pan, haciendo un alcor blando y moreno. En su solana había una aldea, con sembradura tierna delante, y viejos sicómoros y granados amparando las norias de los huertos.

Cambreneras y albarradas rodeaban los bancales; en medio, todos tenían la choza ó torre para guardar el viñedo cuando se maduran los racimos. Porque son campos predilectos de Israel. El amor y la ancianidad suspiran por la sombra de la viña y de la higuera. La mujer fuerte trabaja el lino; no dejan sus dedos el huso; se levanta de noche para prevenir

todas las haciendas; que con el fruto de este ahinco quiere mercar una tierra y plantar su viña.

... Había llegado el tiempo de la cava de los alcorques, de ahondarlos y apretarlos para que las lluvias de primavera remansen junto á la copa y calen bien la raíz.

Tan grande era el reposo campesino, que se oía el croar de los cuervos remontados en el azul, sobre los barrancos del Hebrón, donde siempre se deshace la carroña de una mula ó de una res despendida; y las azadas de los vinadores resonaban truenos y profundas como dentro de un aljibe.

Entre las bardas de dos heredades, pasaba el camino de los rebaños, liso, seguido hasta la aldea. Entonces, todo recibía el sol poniente, y las moradas sombras de un grupo de caminantes se tendían pesadas y largas. Andaban despacio y parándose mucho; á veces, se hacía un rebullicio del hablar de todos; y, después, quedábase sola una voz que resbalaba en el silencio como si la tarde fuese un recinto y estrado de intimidad; y era una voz callente y sencilla que hacía sentir con más pureza el vuelo manso del aire, el olor de la tierra cavada y el goce de la holgura, y daba sabor de jugos de sementuras, de claros hontanares, de mieles de frutos.

Y decía esa voz:

— ... Ved, también, otra semejanza del reino de los cielos: un padre de familias salió muy de mañana, y ajustó trabajadores para su viña por un denario de jornal...

Sobre la cerca alzóse una azada, y estuvo resplandeciendo en el hombro del cavador que se había quedado escuchando.

Uno de los caminantes exclamó:

— ¡Maestro, son los campos de Canaán!

— Fué aquí donde vinieron gentes de Moisés; y cogieron higos y granadas y cortaron un sarmiento con su racimo, y tanto pesaba, que lo llevaron dos hombres atravesado en un varal!

Y mediaban, se interrumpían y disputaban todos:

— ¿Por ventura es esto el «torrante del racimo?»

— ¡Llévanos, Rabbi, á donde está la tierra bermeja con la que amasó tu Padre al primer hombre!

Y el Maestro esperaba; y después, seguía su parábola:

— ... Y á la hora de tercia, atravesó el padre de familias por la plaza, y llamó más hombres que estaban...

Otro del corro, de barba roja, que traía remendada la túnica, llegóse al vallado. Y el viñador le dijo:

— Os cogerá la noche por el camino si no andáis más afina!

Y aquel le respondió:

— No teme el Rabbi el descampado aunque no halle donde reclinar su cabeza! Y esos se piensan que puede uno mantenerse de las palabras de ese hombre!

— ¿Cuál es el Rabbi?

— El de manto azul y turbante rayado que ahora se lo sube para verte...

— ¡Me mira como nadie me miró! — Y el viñador sentía el latido de su cuerpo, más hirsuto que un lobo de Galaad. Sus ropas y su carne eran de la misma color de la tierra; y en su rostro, que semejaba de recia talla de encina, siempre avanzaba el frío de la blancura feroz de sus dientes.

Y prosiguió cavando para apartarse de los ojos que le penetraban en sus entrañas y en sus pensamientos. Y cuando se alejó el ruido de las sandalias de los caminantes, asomóse con cautela de chacal.

Una mano del Rabbi se recortaba sobre la gloriosa hoguera del crepúsculo, y aún se oía su voz en la quietud:

— Y llegada que fué la noche, dijo el dueño de la viña á su mayor lomo: «llama á los trabajadores...» De súbito volviése el cavador y salió al camino. Venía un anciano montado en su jumenta; de los arzones colgaban las dos tolegas de los jornales.

Y el anciano le estuvo mirando con la mano encima de su frente de bronce, y le preguntó:

— ¿No eres Jesús Barabbas, el que vino pidiendo trabajo á la hora de prima?

Y como el siervo se le humillase, todavía dijo el de la cabalgadura.

— ¿Por qué estás lejos de los otros trabajadores y saltaste la albarrada?

Y doblóse más el criado murmurando:

— Esto me mandaron: Aguardarás al mayordomo para decirle: «No vayas, señor, rehuyendo la heredad porque los enemigos de tu casa te colan, sino que

entra conmigo, y en la terra te juntarás con tus gentes.»

Y cuando el anciano bajaba de la jumenta para seguirle, Barabbas hirióle con su azada, todavía húmeda y olorosa de lo tierno de la tierra, y le mató.

Luego, arrancó de la bestia las bolsas de los dineros, y escapóse llevando los hondonos, atravesando granjas...

... Los viejos palmeres daban sombra á los pozos salobres abandonados. Delante iba subiendo, polvoroso y cansado, el camino de la ciudad. La ciudad se asomaba encima de tres oteros, ceñida de verjeles; todos sus muros, insignes y hermosos: todas sus casas, blancas, y el sol, grande y bueno, la bañaba en su cumbre que tanta la graciosa desnudez de la mañana.

Y unos hombres mirarables, se renovian como gusanos en la tierra del palmeral.

Y miraban la ciudad aborreciéndola y odiándola, lo mismo que el esclavo mira á una mujer bella y parricia, sorprendida en sus encantos de tentación, porque acaso no siente ella pudor en la presencia de quien no puede ser gozada.

Y cuando aparecian gentes por el camino, clamaban los hombres de los pozos:

— ¡Parte con el hambriento tu pan!

— ¡No despreciéis vuestra misma carne!

— ¡Acordaos de que todos servimos en Egipto, y el Señor os dará reposo y regará vuestros huesos!

Y sus alaridos atravesaban la mañana, y alaban el

silencio como un graznar de grujos sobre las hazas sembradas.

Llegábanse los criados de los viajeros, y les arrojaban óbolos y las sobras de su mantenimiento.

Los afligidos besaban el polvo; y, después, subían sus brazos al Señor Dios, bendiciendo la diñiva. Y devoraban los mendrugos resonándoles las quijadas insaciables.

... Y, á la mitad del día, apareció entre las palmeras una muchedumbre de jornaleros andrajosos, de frentes aciagas, de labios crispados. Y un hombre robrizo, de dientes de nieve, de túnica rozagante, en cuyo cingulo brillaba desnuda la hoja de la sica, les gritaba sonriendo con altanería:

— ... Jehová permite vuestru hambre y abominación porque vosotros consentís, como perros castrados, que los amos quebranten la Ley. ¿No recordáis que Moisés mandó: «No negarás la paga á tu hermano menesteroso?» ¡Pues vosotros no osais levantaros contra la iniquidad!

Entonces, uno de los jornaleros, sumido, lívido, desdentado, dijo con voz que silbaba:

— Engaño hay en las palabras de Barabbas. Nosotros trabajamos toda la noche en los albañales; y al venir el día nos despidieron de esta manera: «vuelve cuando ya caiga el sol, y recibirás vuestra ganancia.» Porque escrito está: «no negarás la paga á tu hermano; sino que en el mismo día, antes de la puesta del sol, le darás el salario, no sea que alce su grito contra ti al Señor.» ¿Y por ventura no es éste el mismo

sol que nos alumbraba cuando salíamos de la faena?

Y difundióse el rumor de la muchedumbre como si un recio viento menease el palmar.

Barabbas hizo una risada de burla:—¡Merecido tenéis vuestro oprobio como estos ruines que mendigan revolcándose junto á los pozos amargos, y se alimentan de las inmundicias de las caravanas!

Un día, otros hombres hambrientos quisieron escucharle: y se tornaron fuertes contra los que escarnecen nuestros Libros Santos; y gozaron hartura.

Relumbraron de ferocidad algunas miradas.

Muchas voces aullaban:

—¡Sea este el caudillo! ¡Que él nos guie y nos remedie!

Y el viejo desdentado brincaba por los brocales y se hería el cráneo con sus manos flacas, repitiendo:

—¡No matarás, no matarás!

Los otros subieron al camino. Las gentes les huían abandonándoles sus dineros y su manto. Y penetraron en la ciudad: y los siervos y los que odiaban el regimiento de Roma y la dureza y la abundancia de los poderosos, se juntaban á la revuelta.

Acudieron los legionarios; hundían sus lanzas en los cuerpos harapientos que retumbaban como losas de bóveda y crujían como el bálago en la era; y sonaron blasfemias y rugidos; y hedía el aire por la miseria removida. La espada del facineroso se hincó hasta el puño en la boca de un pretoriano que derribóle clavándose en la muralla. Un decurión arrojó su potro contra Barabbas, y él huyó por los ramblizos. De

una granja le tiraron piedras; y los mastines le alcanzaron desgarrándole la túnica. Le sangraban los pies y un hombro. Vinieron los enemigos y lo ataron á las crines del caballo del decurión que le punzaba con el hierro de su cáliga, y le decía:

—Una cruz de pino fresco te guardamos. Era para un incendiario que no quiso sentarse en el «cuerno» ni colgar de las ramas, y se quebró la frente golpeándosela contra sus rodillas. —

Barabbas escupió en la pierna depilada y gorda del romano.

... Y sentía el reo en su frente una caricia sutil como de aire, de humo, de niebla, de cabellos fríos. Y vió que, de la bóveda de su cárcel, colgaba y se mecía una araña dejándole una hebra de lumbre blanda como no cuajada todavía.

Y Barabbas recordó sus bancales aldeanos. En los terrones tiernos de pelusa y hierba recién nacida, en la margen mullida de las acequias, en los nudos de las higueras brillaban los telares de las arañas con un menudo aljófár del relente ó del riego que luego se derretía bajo el sol... ¡Y allí, en la cueva, se afanaba tejiendo esa desventurada rugosa y peluda! Y la odió. Y como tenía atadas las manos, recogióse con la lengua una lágrima; y brincó y reventó entre sus dientes al pobre insecto. Una red levísima y helada se le deshizo por las encías, por las fauces sedientas.

... Ya muy tarde, desgarróse la entrada de su prisión, y penetraron dos hombres. Quiso acostarse uno, y el otro se dobló gimiendo, porque estaban atrailla-

dos con correas de camello. Se les oía resollar y herirse en las baldosas y morderse las ataduras.

Barabbas les tocó y removió los andrajos con su pie desnudo; y parecióle que se le había hundido en un fosal. Y los dos hombres se fueron encogiendo y anillando en una rinconada. Pero él les dijo:

—No temáis de mí, porque acaso juntos hemos de beber el «vino de la misericordia» y veremos los mismos cuervos sobre nuestras cruces...

Y una voz fonda le respondió:

—¡Ahora te conocí; tú eres el que mató al de la cohorte, y á mi lado estuviste un día del mes de Tischri, mirando cómo crucificaban á un hermano entre dos árboles; y á las dos tardes volvimos y aún vivía; pero se iba rajando por los muslos y se le habían podrido los ojos de moscardas de estercolero...

Barabbas le maldijo, y el otro se reía; y era su risa siniestra, de locura, como si alguien que le aborreciese á él mismo se riera dentro de sus entrañas.

Llegó el balar de los recentales que pasaban para el mercado de la Pascua. Después rugió un vocerío de turbas; y cerca de la reja una mujer gritaba:

—¡Es la sandalia del Rabbi; se le ha caído al Rabbi!

Y ya hundióse la noche en una quietud desoladora.

Cerca del alba, un reo tuvo la pesadilla del suplicio.

... Y caminó Barabbas mucho tiempo y llegó á la tierra toda plantada de viña.

Ya estaba crecido el pámpano, y los viejos sicomoros y los altos sembrados cegaban de verdura la aldea.

Oía en la paz de la mañana unos golpes hondos y

causados de azadón que le cavaba la vida porque era el palpar de su costado y de su garganta. Y se afli-gió, y miró al cielo. En el cielo hilaban arañas de cár-cel. Llevóse las muñecas á sus ojos, todavía creyéndolas atadas; y sonrió de sí mismo. Se le mojaron los dedos. Barabbas lloraba con infantil congoja. Porque se vió hijo y se vió desgraciado y solo. ¡Nunca había sentido la soledad, Señor!

Y llorando, comenzó á redundarle el abrigo y la luz de una mirada; todo su cuerpo henchido de la triste-za y claridad de unos ojos como un vaso traspasado de sol. Los ojos del Rabbi estaban en el camino y en la viña y en todo el aire; los ojos del Rabbi, bajo el turbante alzado para verle; los mismos ojos que reco-gieron su terror en el pasadizo del Pretorio. Pilato, envuelto en su toga que semejaba de piedra pulida, le mostró á la plebe. Rebramó la multitud aclamán-dole.

Y el Rabbi le miraba. Una turba le arrebató sobre sus hombros; y las mujeres le daban peces ahumados y pan tierno y agua de miel y de aromas. Y otra vez los ojos del Rabbi desnudo, tendido en su cruz! Todos se fueron apartando de Barabbas, y braceaban y algunos arrojaron cortezas de naranja al Rabbi.

Y bajó Barabbas del cerro de la ejecución, y aquellos ojos le miraban. Le acompañaron toda la noche y estaban en todo el azul del día...

Y contempló el paisaje. Tenía en su frente y en su mirada una dulce resignación. Acercóse las manos á

la boca, y besó las desolladuras que le dejaron los cordeles en los pulsos.

Después, prosiguió caminando, muy despacio, entristecido y bueno.

Un perrico lisiado le seguía, y él lo tomó, llevándolo en brazos hasta la aldea.

... Y pasó los umbrales de una casa, y su cabeza de oso derribó la mesusa ó arquilla, que cuelga del dintel, y guarda los pergaminos con las palabras que dispone el Deuteronomio.

Salió un hombre voceándole, y él le dijo:

—¡Se ha cumplido el año que mataron y robaron á tu padre!

Y llegándose más, ofrecióse sonriendo serenamente:

—¡Mira aquí su matador!

El huérfano dió un grito, y revolviéndose tomó una hoz que había entre los aperos y la clavó en el vientre del homicida.

Revolcóse Barabbas, sin un quejido, sin secársele la sonrisa, y exhalaba:

—¡Los ojos del Rabbi me miran!—Y temblábale el pomo del arma por el regurgitar de la sangre y las convulsiones de sus entrañas segadas...

GABRIEL MIRÓ

SONETOS

I

ELIANA

En la noche, el palacio de Eliana
duerme, cual domo gótico de argento,
y parece en la luz, sin movimiento,
algún frágil encanto de Morgana.

Tan harmoniosa como un instrumento,
ábrese en torno la sombra silvana,
y al pie de la escalera, la fontana
solloza, en el silencio, un ritmo lento...

Sobre las balaustradas, ya desiertas,
como nieve en el aire silencioso,
descienden nubes de blancos pavones...

¡Son las esposas de lplacer ya muertas,
que van buscando el último reposo!...
Y el bosque lleno está de imploraciones!

II

LA IMAGEN

¡Tristeza horrible de la carne inmunda
cuando su llama apágase en el hielo
del deseo saciado, y ningún velo
de amor la inerte desnudez circunda!

(¡Y tú, surges del ánima profunda,
pura Imagen! Cual fúnebre asfodelo,
inclinase, en su blondo desconsuelo,
sobre el cuello, tu testa moribunda!)

¡Tristeza inmensa de la carne ahita
cuando en el pecho el corazón palpita
tan sólo como en una sepultura!

(¡Y en la tristeza tu pureza asoma;
y miras sin cesar, Imagen pura,
con tus tiernas pupilas de paloma!)

III

SUEÑO DE UNA NOCHE DE PRIMAVERA

Por las gradas, con pompas orientales
desciendes; tras tus pasos una hilera
de mujeres, radiando en la escalera
negra, sus blancas formas floreales.

Cual si fueses á orar, tiendes ligera
los brazos á la tierra. A tus señales
vuela ágil de las bocas sensuales
el cántico á la nueva Primavera.

Las testas, con un lento ondulamiento,
muévense al ritmo, y por el alba abierta
en lontananza el dulce canto expira...

Se oye, cuando el clamor muere en el viento,
la larga escala de ébano, cubierta
de mujeres, vibrar como una lira!

IV

LA LITERA

Convaleciente de exquisitos males
ella cruza la villa en su litera.
Se inclina á veces lánguida, y espera
contemplar en los tácitos viales,

el mármol de una estatua entre rosales.
á los reflejos de la luz primera...
Ríen, en torno de su faz de cera
pintadas historietas pastorales!

¡Come es blanca la frente y como es fina!
Para loar su gracia peregrina
el abate no encuentra madrigales,

mientras del alba á la ilusión primera,
ella cruza la villa en su litera,
convaleciente de exquisitos males!

V

LA DAMA DEL SARCÓFAGO

La extraña Dama, en actitud real,
sentada en un sarcófago romano,
donde una ignota y admirable mano
ha esculpido una pompa funeral,

¿esperará al Edipo que fatal
resuelve el gran enigma sobrehumano,
ó á la Muerte, esa hermana, que el profano
sueño encierra en el mármol sepulcral?

Nada revela el labio adusto y serio...
¿Quién libará de la sangrienta pulpa
de aquel fruto, la esencia del Misterio?

Espera... Y por sus ojos infinitos,
sombreados ya por la futura culpa,
pasan antiguas sombras de delitos!

SVSPIRIA DE PROFVNDIS

I

¿Quién me dará reposo? ¿Quién el sueño
conducirá de nuevo á mi almohada?
¡Vosotras, caras manos, que en la muerte
me cerraréis los ojos apagados
(¡yo no podré mirar el gesto último!)
vosotras, ¿no podréis hacer que duerma?

¡Es tan dulce dormir, en la alta noche
gozar del sueño en el profundo lecho!
¿Qué mal os hice, en qué pequé, Dios mío?
¿Por qué me niegas, dime, este reposo?
¡A todo, á todo, hasta la luz renuncio!
¡Ciégame! A la muerte ya me ofrezco.
¡Venga y me oprima en sus helados brazos.
la muerte!... A ella me ofrezco. ¡Entre sus brazos
dormir, no ver la luz, cerrar los ojos
para siempre, Señor, al postrer sueño!

Mas, ¿por qué también tú quieres negarme
este reposo?... En qué pequé, Dios mío?

— En vano!, que es tu Dios un Dios terrible!
En vano, en vano, llamas á la muerte!
No morirás; no encontrarás reposo;
tú no podrás, tú no podrás dormirte!
¡Ha muerto el sueño, el dulce amigo, el sueño!
No morirás!... La luz para ti, siempre;
aun hallarás la luz en las tinieblas!...
¡Siempre la luz!... Tu Dios es Dios terrible!

— ¡Ay, misero de mí, porqué ni el sueño
ni la muerte, podrán cerrar mis ojos!...
¡Oh, no es verdad... Vosotras, caras manos,
¡haced que duerma al fin; reposo dadme!...
Pálidas manos, concededme el sueño,
cerrad mis pobres párpados! Las luces
son como dardos... ¡Caras manos pálidas,
haced que duerma! Hasta mi Dios alzaos

cruzadas! Para mi pedid la muerte,
si es para mis pecados dulce el sueño!

No quiero el sueño. Solamente pido
no ver nunca esta luz hórrida y fría!
Solo la muerte dadme y su reposo...
¡Y dormir, oh, mi Dios, eternamente!

II

Oyes tú? Oyes tú? Estos rumores;
siempre el mismo rumor... ¡Escucha! ¡Escucha!
¿Quizás, hermana, duermes? En paz duerme.
Y sueña... En el silencio, de su sangre
no llega ni un rumor. Respira como
un oleaje lánguido y remoto...

¡Y van sus mudos sueños tan lejanos!
La noche inmensa... Los rumores mueren.
Cual lejano oleaje, igual y plácido,
respira el blanco pecho... ¡Anima, escucha!

Ella, durmiendo, genera el silencio;
una onda de paz crea su pecho.

¡Oh, memoria! Del cielo, á las riberas
descendía la paz. El agua ardía.
Sobre el silencio azul la Luna pende;
en el agua y los árboles oíase
rumor alterno, como de palabras...
Mas ella al respirar, lo ahogaba todo.

Los círculos de estrellas, en aquella
paz, con su aliento, al respirar movía.
Ahora duerme, con sueños... ¡Alma, escucha!
Un oleaje lánguido, lejano...

¡Ay, de mí! ¿No oyes tú? Estos rumores;
siempre el mismo rumor... ¿Dónde el silencio?
¡Oh, mi eterno deseo, ambicionado
silencio! Acaso se rompió el hechizo
de su respiración? Estos rumores
no me darán jamás la paz que anhelo?
Nadie, jamás, me llevará lejano,
hasta el fondo del mar, en un sepulcro?
Escucha, buena hermana! Alzate... Escucha!...

No oyes? En el silencio de su sangre
mi voz no llega. Se perdió en los sueños...
¡Yo respiro también el aire donde
ella bebe la paz!... Es cierto? Es cierto
que este rumor igual es un suplicio
tan sólo para mí? Anima, escucha!...
¡Oh, si fuese el zumbido de la Muerte!
Gran silencio, después, alto y lejano,
sobre los hielos de la eterna sombra!

III

Tú mirabas arder, en la otra noche,
mis ojos... Tengo sed... ¡Mi buena hermana,
arráncame el dolor, apaga esta
llama que me consume, mi mal cura!...

Tú no puedes!... Sanar no podré nunca!
Abre, te ruego... Quiero ver el cielo!...
¡Cómo, en el alba, resplandece el cielo!
¡Cómo palpita, en lentos estertores,
la noche que agoniza! No vi nunca
á la Osa lanzar tan vivas llamas!
De mi mal tienen compasión los astros,
santa piedad del gran dolor humano!

Yo gimo mis dolores en mi lecho.
Húmedo, al alba, el cielo azul sonríe.
Alzo mi frente augusta y dolorida.
Siento el alba, y los velos de la noche
se agitan por sus mil arcos de fuego!...

¿Quién os volverá á ver, ¡oh, noche!, ¡oh, cielo!?
Yo ya he escuchado responderme: —Nunca!,
cuando, sobre mi alma dolorida,
la plegaria surgió, como una llama!
Sin embargo, del cielo, baja muda
una promesa, y en la inmensa noche
parece ahora mi dolor pequeño.

Mi mal es tan profundo, hermana mía!
No curaré, no curaré ya nunca!
Si á lo menos muriese! Si á lo menos
fuese esta noche mi postrera noche,
y este dolor el último, al amparo
de esta divina suavidad del cielo,
y se apagase ya la ardiente llama!

¿Por qué me miras tú? ¿Miras, acaso,
cómo el mal me devora? Yo te veo
sobre los cielos, semejante á un lirio.
Jamás sobre mi mal te vi tan pálida!

Como un Lirio en la noche, así te miro!
¿Por qué me miras? Ves crecer la llama
en mis ojos? Mi mal, miras, acaso,
trocar en Muerte? ¡Oh, sonriente cielo!...

GABRIEL D'ANNUNZIO

CERVANTES

No olvidaré nunca aquellas mañanas de entusiasmo escolar, durante las cuales, explicaba yo, año por año, la vida y la obra de Cervantes; y luego, de acuerdo con el programa universitario, leía y comentaba fragmentos de los libros gloriosos. Mi clase tomaba, en esos días, aspecto de fiesta. Desde el principio del curso, me complacía yo en ir preparando la curiosidad juvenil, el interés de los alumnos, para cuatro ó cinco figuras soberanas de la Historia de la Literatura Española, las de más relieve y representación, durante la famosa «Edad de Oro».

He de recordar siempre cómo cargado de volúmenes, me apresuraba á subir por la claustral y monumental escalera de mi Escuela Preparatoria; cómo me esperaban ya, impacientes y risueños, los muchos amigos, los serviciales y afectuosos discípulos que suelen no faltar alrededor de un maestro empeñado; cómo los asientos del aula quedaban instantáneamente ocupados por la multitud alborotadora que, después de oír pasar lista, hacía un esfuerzo para mantenerse en larga y silenciosa quietud; cómo, en

suma, ante el auditorio de colegiales, dispuesto á escucharme con agrado, me sentía lleno de bienestar, harto recompensado por mis esfuerzos, no malquisto con mi conciencia y satisfecho de ocupar mi sillón de profesor que no hubiera cambiado por una curul en el Congreso.

Mi seguridad era plena, honda mi convicción de que la exagerada, y, por lo tanto, extraordinaria atención de los estudiantes—cuyas cabezas en filas apretadas miraban con fijeza y sonreían con anhelo—no se iba á deber á mi palabra, clara, apacible y hasta un poco pintoresca, pero no elocuente, ni á mi erudición, que, á tenerla, no hubiese encontrado allí útil empleo, puesto que no se trataba de una cátedra de estudios superiores y especiales; ni tampoco á mi prestigio que fué más grande por mi dedicación que por mi sabiduría. La reverente seriedad manifestada, en aquel recinto luminoso y severo, debíase casi exclusivamente, al asunto: Vida y obras de Don Miguel de Cervantes Saavedra.

Conforme el relato avanzaba, y, de la niñez viajera y pobre, á la mocedad aventurera y atrevida, á la madurez opaca y triste, á la abandonada y piadosa ancianidad, se iba desarrollando la existencia del ingenioso hidalgo, las almas de los oyentes—almas nuevas y sedientas de ideal—comenzaban á sentir el cosquilleo de la emoción y á seguir con las trémulas alas de colibrí de la fantasía, los incidentes y episodios de la novela vivida, real hasta la truhanería como narración de pícaros, espiritual hasta el sacrificio sublime,

hasta el dolor transfigurado, hasta la valentía fabulosa, hasta la muda resignación, como poema de santos y de héroes.

Sí, escuchaban los jóvenes la más apasionada y movida de las «Novelas ejemplares»: el hijo del paupérrimo cirujano, que, en famélica peregrinación, va de Alcalá á Valladolid, de Valladolid á Madrid, de Madrid á Sevilla; el criado del Cardenal Acquaviva, que se parte á Italia en busca de fortuna; el jarifo soldado (de la compañía de don Diego de Urbina), que anduvo ruando por Milán, Roma y Nápoles, y que temblando por el frío de las tercianas y el ímpetu de la ira, luchó en una galera de Lepanto hasta que una hacha berberisca, le hendió, por la mano, el siniestro brazo; el herido del hospital Mesina, el vagabundo de los olvidados tercios españoles, el cautivo de Argel, rescatado después de cinco años de peripecias y tentativas de evasión; el misterioso enamorado de Portugal, el grave desposado de Esquivias, el andariego de Andalucía, el alcabalero de Granada, el prisionero de Sevilla, el vecino de Madrid, el sospechoso en el proceso de la muerte de Ezpeleta; ya viejo, ya cansado, ya desencantado; pero decididor y orgulloso todavía, zumbón en el abandono y la ingratitud, gracioso en la penuria, virtuoso en la necesidad, caballeresco en la indigencia, rondador desdeñado de la fortuna, secreto amante de la gloria, profundo y risueño observador del pueblo y de la época, y que, *puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte, en una serena y cristiana agonía tiene alien-*

tos aún para escribir á su protector el Conde de Le-
mos, una carta donosa; el hombre agitado y des-
tutado, el hidalgüelo pobretón y altivo, el poeta tan
grande en el ingenio como en el infortunio, el que
creyó en la amistad inútil de Mateo Vázquez, el que
sufrió la enemistad humilladora de Lope, es una fe-
cunda y estimulante lección de energía, de grandeza
moral, de robustez de espíritu, de vida humana, pu-
rificada por el dolor, y no esterilizada ni vencida por
la adversidad.

Los muchachos aplaudían los pasajes más intensos
de la complicada crónica, en la cual intercalaba yo
pertinentes citas, lectura de páginas biográficas, ca-
pítulos de la vivaz resurrección de Navarro Ledesma,
narraciones, en prosa y verso, de sabor quinientista,
del mismo Cervantes, todo cuanto pudiera explicar lo
confuso, animar lo muerto, esclarecer lo obscuro, dar
realce á la existencia penosa y gloriosa de aquel her-
moso tipo, dilecto juntamente por la desventura y
por el arte.

Y noté, año por año, durante diez ó doce cursos
escolares, que, conforme avanzaba la relación, los es-
tudiantes que me oían, iban transformando su curio-
sidad en asombro, su asombro en admiración, su ad-
miración en simpatía, y su simpatía los empujaba y
los dejaba en las cumbres del amor y la veneración.

Cuando llegaba la hora de la lectura escogida entre
la vasta obra cervantina, del juicio sintético, del co-
mentario oportuno, los alumnos entendían mejor, y
paladeaban con visible agrado, ya la descripción egló-

tica de la «Galatea», ya el entonado parlamento de la «Numancia», ya el discurso sobre las armas y las letras, ó la defensa de la pastora Marcela, ó los dichos de arrieros y cabreros, ó las nobles y sutiles razones del avellanado manchego, é los refranes intencionados y groseros de su obeso acompañante, que corren por ventas y majadas en la inmortal y cómica epopeya; ya las rimadas y campanudas galanterías del «Viaje al Parnaso»; ya, por último, la melancólica introducción del «Persiles y Segismunda», por la cual pasa hidrópico, amarillo, manco, desconyuntado y triste, con sus largos *cabellos de plata que no ha muchos años eran de oro*, el buen don Miguel Cervantes Saavedra, luminoso todavía, y magnífico en su tristeza, tal como un sol poniente.

Todo lo que en los hispano-americanos hay, por ineludible ley, de espíritu de raza, sentíase satisfecho entonces, frente á uno de los prodigiosos arquetipos del pueblo progenitor; pero, por encima de esta circunscrita impresión de envanecimiento, otro sentir más elevado y amplio, fortalecía y entonaba, á discípulos y maestro. Experimentábamos, para no olvidarlo jamás, para recordarlo siempre y acrecentarlo, en presencia de los grandes hechos, el orgullo de que nos habló el poeta; el inmenso orgullo de ser hombres.

Y yo sentía, además, el pequeño orgullo de haber sacudido un instante, frente á las atónitas miradas de aquella turba de rapaces ingenuos, la antorcha inextinguible del ideal y de la fe.

Hoy, ha variado la situación; hoy, á zancos y barrancos, escribo un artículo de periódico, en un cuarto de posada, sobre una mesa sin libros; á solas, en medio de cuatro paredes que, por su desnudez, traen á la memoria los aposentos de las ventas manchegas. Pero mi entusiasmo y mi fervor por la vida y la obra de Cervantes, permanecen intactos, más firmes quizás, á la manera de esas antiguas construcciones, cuyos sillares asienta y maciza, como tenaz alarife, el tiempo que pasa.

Por eso me duelo de que, mientras el Centenario de la muerte de Shakespeare—ese otro divino creador de almas—se celebra con ardientes fiestas de cultura por los extensos ámbitos en que resuena la lengua inglesa, el Centenario de Cervantes, se deslice obscurecido, opaco y frío, en los países de allende y aquende el mar, donde millones de seres expresan sus pensamientos, sus anhelos, sus esperanzas, sus pasiones, en este verbo de vibraciones metálicas, flexible y rico, preciso y diáfano, que ora es lámina de batihoja, ora cristal de ánfora, ora mansa linfa para la ternura, ora torrente rabioso para el arrebató, y que se extiende terso como la seda, ó se encrespa, espumante como la ola, y que todo lo dice, todo lo hace vivir, todo lo exterioriza, matizado y modelado, fresco y sonoro, rítmico y musical.

Cervantes, que no nació como un hongo en el campo de la literatura castellana, es, para mí, el más vigoroso eslabón en la áurea cadena de las letras ibéricas.

Los eslabones antecedentes estaban forjados á maravilla, en vernáculo y formidable yunque; Juan Ruiz martilló con su mano vellosa y gorda, y su *trefudo brazo*, el anillo de hierro medioeval, incrustado de diamantes, del «Libro de Buen Amor»; en esta tarea hercúlea, le ayudó, con su pintoresca y libre sátira, el bachiller D. Alfonso Martínez de Toledo, arquipreste como el otro y como él, excelente *doneador* y mundólogo; Garcí Ordóñez de Montalvo, trajo de Portugal, el anillo fúlgido, de formas retorcidas y extravagantes, del *Amadís*; don Fernando de Rojas colocó, sombrío y coruscante, el estupendo eslabón de «La Celestina», y muy cerca ya, unos dedos misteriosos labraron la fábula de acero despulido del picaresco «Lazarillo», y otros dedos finos y marfileños, los del lusitano Montemayor, tejieron la cadenilla italiana de la novela pastoril. A lo lejos brillaba, como una montaña de oro fabuloso, el «Romancero».

Ni fué tampoco extraño á la forjadura el trashumante Lope de Rueda; mas, de este eslabón del teatro se asió mejor y con más poderosa garra, el «Fénix de los ingenios».

Cervantes es el anillo construído por la raza con todos los metales y las gemas de los ingenios anteriores y fundido en un molde peculiar que abarca y comprende, no sólo el alma del pueblo que produjo tamaño portento, sino el alma humana en su inquieta é infinita variedad.

De aquí que si vemos en Lope de Vega á toda España, con su lírica portentosa y su teatro inagotable;

y, vemos en Calderón á toda España, y á todo un siglo católico y cortesano, galante y plateresco, que prendía al terciopelo negro de su devoción, la cruz de sangre de su honor exaltado, en Cervantes vemos á toda España también; pero, á la vez, más allá de una nación, y de una época, y de las costumbres y de las creencias, á toda la humanidad, que reducida á símbolo pasmoso, se encierra en las antitéticas figuras del caballero y del escudero, uno largo y rígido, picando el firmamento con la punta de su lanza; el otro, bajo y ventrudo, inclinado hacia la tierra para ver y sortear las escarpas luras del camino. Así van, por los siglos de los siglos, los dos emblemáticos personajes, destacados en negro, dentro de un enorme arco de luz, como en la ilustración dantesca de Gustavo Doré.

* * *

Averiguado está que la realización del símbolo, no fué en Cervantes calculada labor de estudio y rebuscamiento. Acerca de este punto la crítica llegó á resultados concluyentes. Un penetrante trabajo de análisis, el de don Manuel de la Revilla, destruyó desde hace treinta años las telarañas de sutileza que se urdieron en torno del metafísico problema. Cervantes se propuso un día ridiculizar la insana influencia de

los libros de caballerías, que perturbaban el juicio popular, al alejarlo, en seguimiento de milagrerías y gestas, de la llana ruta de la verdad. Nada más eso.

Mas su corazón heroico se apasionó, y su buen sentido le salió al encuentro, y entre burlas y veras, trabóse el combate descomunal del ensueño y la realidad. Los arquetipos, iban delineándose con marcada precisión en el desarrollo de la tábula, y de los choques y contrastes, como chispas de piedras que se golpean una con otra, salían estos conceptos opuestos, estas imágenes inversas, estos cruzamientos de la ilusión que se hace ideal y del instinto que se vuelve cordura.

Y el anhelo, la aspiración, la febril ala de la esperanza forcejearon cómicamente con la ruda experiencia, con las enseñanzas de la miseria, con la práctica del existir; y enredándose y mezclándose, compusieron un libro bello, profundo, doloroso y risueño que caracteriza á un pueblo, y retrata una época, y corre á través del tiempo y simboliza la eterna lucha del hombre sobre la tierra.

La alegoría de Cervantes tiene la inconsciencia del genio. En fuerza de infundir á la imaginada historia alientos de inspiración y clarividencia, adquiere ella las proporciones monumentales del símbolo, y, saltando sobre las márgenes estrechas del propósito inmediato, la corriente de la sátira se ensancha hasta las cimas de la filosofía. La alegoría no es, por cierto, semilla que reviente y fructifique, en los campos de la psíquis castellana. La tentativa de Juan de

Mena se conserva como estudio arqueológico de la lírica española. El «Laberinto» es una infeliz imitación de la «Divina Comedia». El espíritu de la raza gusta de la acción admirable, no de la incomprensible. No le placen horizontes nebulosos, sino limpios, y prefiere el deslumbramiento á la vislumbre.

Sin embargo, cada vez que un poeta supremo penetra en la vida y la reproduce, en su aparente simplicidad, ahonda, sin quererlo, en las simas del simbolismo. Es que su mirada posee la virtud mágica de ver al trasluz de lo perecedero, lo eterno.

* * *

Cervantes, que por entre los vericuetos azarosos de la suerte, vió y pensó y sintió mucho, no perdió jamás los dones adorables de su altivez, de su paciencia y de su gracia. Como las gentes de letras de sus tiempos—por mitad de menesterosas y fantarronas—el soñador del Quijote aduló á un noble adinerado, pero con pródiga mano y brillante agudeza, pagó siempre los maravedíes en donaires. Liviano era y alado su buen humor, y bien le han aplicado el madrigalesco símil de la abeja, que pasa zumbando, pica y deja en la herida una gota de miel.

Y no por esta natural inclinación de su ánimo á la ironía, dejaba de volver con frecuencia el corazón y

el pensamiento hacia el rumbo opuesto, hacia el lado de la melancolía. Era igualmente burlón y tierno, y, como sabía del vicio y del mal, era también, por lo tanto, indulgente y piadoso. Su fantasía como su estilo, corrían en venas diáfanas, vivas, inagotables.

El estilo de Cervantes difiere, por la sencillez del estilo, de otros célebres escritores contemporáneos suyos. La prosa de Lope, por ejemplo, es pura y atildada, muestra artificio y compostura, se enreda, adrede, en arabescos retóricos, de los que suele salir airosa y elegante, como que las palabras están acostumbradas, á vencer, no éstos, sino los obstáculos y dificultades de la rima. Quien haya reeleído la «Arcadia» ó la «Dorotea» se entretendrá sobremanera con las gallardías y donosuras de un lenguaje animado que, á veces, echa de menos, la ajustada ropilla del verso.

La prosa de Cervantes, pulcra también, es más suelta y desparpajada, y da la impresión de que está acostumbrada á charlar con el pueblo, por aldeas y cortijos, por garitos y tabernas, por calles y plazas, en un abierto desenfado que no le impide ser, á un tiempo, bizarra, señoril y eurítmica, y de llevar con dignidad principesca, los brocados y joyas con que la atavía la Retórica. Y siendo tan genuina en sus modismos y movimientos, tan peculiar y castiza en su armonía, se le conoce que vivió en Italia, y que trajo de allá tal ó cual vocablo advenedizo, que prender como flor exótica á su tocado de española.

No alcanzó Cervantes la perfección del verso, que

en muchos trabajos de Lope, principalmente en las redondillas y romances de sus comedias, llega á lo incomparable, ni tuvo, como el «Fénix», tan insomne y desparramada la fantasía, y la facultad poética tan atrevida y varia, y la facilidad tan dócil y segura. Más reposado y cauto, más firme y prudente, el autor de las «Novelas Ejemplares» — cuadros magníficos de realismo adoptado á la moral — sujetaba, con los fuertes rendales de la atención y la observación, el corcel imaginativo, y tal vez, por eso, sólo en momentos rápidos, se deja arrebatar, cuando versifica, por los vientos locos de la lírica.

En cambio, en su prosa, mórbida, plástica, con ductilidad de cera, hace espontáneamente, prodigios. Acordáos de las parodias primorosas del «Quijote», de las coloridas descripciones del «Persiles», de la frescura, de ramaje en flor, de la «Galatea».



No comprendió á Cervantes el pensador francés que dijo, que el mejor libro español, el «Quijote», era el que se burlaba de todos los demás. No lo entendió tampoco el esplenético barlo inglés que, en briososa estrofa, lo apostrofó, por haber echado abajo, con su risa inmortal, el valor caballeresco.

El soñador hispano comprendió la vida, que mar-

cha, á pesar de todo, en constante indecisión, entre el bien y el mal, entre la razón y la locura, entre el egoísmo y la misericordia, entre el interés sórdido y la aspiración generosa, hacia los términos luminosos de un progreso indefinido. Triste es el fondo de la fábula, aunque toda ella está tramada de episodios cómicos y repleta de personajes caricaturescos; y el incommovible palacio de la literatura castellana esté arquitecturado por todas partes con sillares de risa, columnas de donaire y mármoles y pórfidos de burla. Triste, no por la insania refulgente del héroe, sino por la aviesa hostilidad del ambiente, por el aplanado rebajamiento del buen sentido, por la crueldad de los yangüeses, por la cobardía de los galeotes, por la ingratitude de Ginesillo, por las travesuras de los duques, por la impudicia de las mozas del partido, por la brutalidad de los arrieros, por todo cuanto la existencia humana tiene de inferior y torpe, de grosero y primitivo.

Mas el *Caballero de la triste figura* nos inspira piedad, no desdén, y antes estimula nuestros anhelos que debilitarlos y desencantarlos. No es repugnante su locura, por ridícula; es contagiosa, por sublime. Adentro la llevamos y nos la remueven las aventuras de Alonso Quijada. He aquí por qué el libro ha recorrido el globo y está vertido á todos los idiomas.

Hoy, todavía, en medio de este trastorno universal, de esta lucha de fieras, de este terror que nos sobrecege, de esta angustia que nos oprime, de este ciego frenesí que arroja al abismo de la muerte. los ejem-

plares más dignos de la vida, el Ideal es la bandera enarbolada en la cumbre para que la persigan y contemplen los triunfadores y las víctimas; hoy, todavía, nuestro buen sentido, nuestro Sancho socarrón y taimado, duda de la eficacia de los sacrificios, de la victoria del Derecho sobre la Fuerza, de la sinceridad de los pregoneros de la civilización y de la cultura, y, como si viese molinos de viento en los gigantes, carneros en los ejércitos, y Alonzas en las Dulcineas, todavía maliciosamente se pregunta:

— ¿Se habrá vuelto loco mi señor, el Ideal?

LUIS G. URBINA

Abril 23, de 1916.

DEL PRÓXIMO LIBRO "ELEVACIÓN"

SI ERES BUENO...

Si eres bueno, sabrás todas las cosas,
sin libros..., y no habrá para tu espíritu
nada ilógico, nada injusto, nada
negro, en la vastedad del universo.
El problema insoluble de los fines
y las causas primeras,
que ha fatigado á la Filosofía,
será para ti diáfano y sencillo.
El mundo adquirirá para tu mente
una divina transparencia, un claro
sentido, y todo tú serás envuelto
en una inmensa paz...

NO ME MUEVE MI DIOS PARA QUERERTE...

Señor, sin esperanza de un bien terreno
ni celeste, sin miedo de tu grandeza,
he de ser bueno: en nombre de la belleza,
del ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Y quiero estar sereno, siempre sereno,
como la santa madre naturaleza
en las tardes de Otoño, con la realeza
de un mar que late en calma como un gran seno.
Y quiero amarte sobre seres y cosas,
porque de las criaturas esplendorosas
eres el Arquetipo y el Soberano.
Porque encarnas en todas las mujeres hermosas,
porque enciendes los astros y perfumas las rosas
y dilatas la hondura del rebelde Oceano!

EL MONJE MUERTO

Aún vibra en mi oído tu acento sonoro,
aún veo en mi sueño tu faz monacal,
tu lejano aspecto de leyenda de oro,
tus largos cabellos, tu barba fluyal.
Aún miro tus manos exangües y largas,
pródigas de dones y de bendición,
subrayar las prédicas unciosas ó amargas
que me conducían á la perfección!
¡Oh padre, oh custodio!, ¿por qué te me fuiste?
Bien ves que me faltas, bien ves que me pierdo,
en los laberintos de la vida triste,
y que ansiosamente, desde que partiste,
vivo asomado á tu recuerdo!

AMADO NERVO

EL PRIMER BESO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

PERSONAJES

LA MAYORAZGA DE LA ROSA.

EL MAYORAZGO DE AMARAES.

EL GUARDIÁN DE SAN FRANCISCO.

DOS LACAYOS. DOS FRAILES.

La acción, en Portugal, entre el Duero y el Miño.
Siglo XVIII.

ACTO UNICO

Parte del claustro de un convento de San Francisco.

A la derecha, en primer término, resguardada por una verja de hierro forjado, cuya entrada permanece abierta, una capilla de azulejos. En el centro de la capilla, una piedra tumular, sostenida por dos cachorros de león, con las armas de los Malafayas y de los Albuquerque. Sobre el túmulo rosas frescas, y cerca de él, un reclinatorio forrado de damasco carmesí. Pendiente del techo de la capilla, una lámpara de cobre, encendida. Al fondo, el jardín del claustro, con su pozo. Día de sol.

ESCENA PRIMERA

(Entran por el fondo el Mayorazgo de Amaraes y el Guardián del convento. Los siguen dos frailes. Se ven pasar las cuatro figuras detrás de las arcadas del claustro. El Mayorazgo, anciano de sesenta años, viste de seda negra, redingote, calzón y chupa, zapatos con grandes hebillas de plata, sombrero holandés, cadena de oro y bastón con puño de Limoges. Trae el rostro rasurado. Antiguo régimen.)

GUARDIÁN

Indicando el camino.

Por aquí, señor Mayorazgo.

MAYORAZGO

No se moleste más vuestra Paternidad. Profundamente conmovido, le beso las manos por todo cuanto le debo. Mi corazón me enseñará el lugar donde reposa mi hijo.

GUARDIÁN

Si mi presencia no le es molesta á su señoría, permitid que yo mismo os guíe á la sepultura donde él duerme. Perdonad á este pobre viejo que tanto amó á la casa de los señores Mayorazgos y á la de los Patronos de este convento, que ofrezca este acto de ternura á la memoria de los dos jóvenes. Dios no quiso que los uniese en vida; pero me fué dado, antes de ser ceniza y tierra, unirlos en la muerte.

Deteniéndose junto al túmulo,
lo, con dolorosa gravedad.

Señor Mayorazgo de Amaraes, esta es la sepultura de vuestro hijo!...

MAYORAZGO

Quitándose el sombrero, profundamente conmovido, y queriendo besar la mano del guardián, después de un silencio de recogimiento y de oración.

Gracias!...

En un sollozo, amparándose en el hombro del Guardián

¡Mi pobre hijo!... ¡Hijo mío!...

GUARDIÁN

¡Y pensar que muy pronto, por San Silvestre, hará tres años!... ¡Va á hacer tres años, señor Mayorazgo!

MAYORAZGO

¡En la flor de la vida!... ¡Tan joven, tan valeroso, con un alma tan noble, Fray Esteban!... Yo no tenía otro hijo... El era mi alegría, mi juventud y mi gloria...

Con vehemencia.

¡Ay, Fray Esteban!... ¡Ay, Fray Esteban!... ¡Que Dios haga caer sobre los que lo asesinaron tantas maldiciones como lágrimas de sangre he llorado sobre su memoria!...

GUARDIÁN

Dios cubre con su infinita misericordia á aquéllos que saben perdonar!...

Mostrándole el túmulo.

Como podéis ver, es una sepultura humilde. No pu-

dimos darle otra dentro de esta clausura de San Francisco. Apenas una lápida, con el nombre de él y el nombre de ella. Un Padrenuestro y un Avemaría. Dos leoncillos tumulares y las piedras de armas de las dos casas. ¡Quién había de decirme, señor Mayorazgo, que se habían de juntar aún, en la misma sepultura, el ala bermeja de los Albuquerques y el castillo de plata de los Malafayas!

Después de un silencio, durante el cual el Mayorazgo parece que reza, con las manos cruzadas.

No aguardó esta comunidad su presencia ni la de los señores Patronos, padres de la pobre niña, porque mis ochenta años, señor Mayorazgo, ya no me dejarían esperar mucho tiempo. Después de la desgracia que hirió á ambas casas, tanto vuestra señoría como nuestros patronos, los señores Mayorazgos de la Rosa, cerraron sus palacios y se alejaron de aquí. Los señores de la Rosa para la Corte y vuestra señoría fuera de estos reinos... Pensamos que no volverían más. ¡Con qué empeño trabajaron el padre Provincial y el Arzobispo hasta conseguir de vuestra señoría y de los señores Patronos autorización para unir en una sola las dos sepulturas. ¡Durante un año entero fué este el único sueño de mi vejez!

Con ternura, enjugándose una lágrima con la manga del hábito.

¡Aquí les tengo ahora, juntos, en la misma mortaja, á aquellas amadas criaturas que yo bauticé y que

Dios no había hecho para este mundo!... Quedaron, con las manos juntas, en una sonrisa, como si estuviesen durmiendo!...

MAYORAZGO

En el seno de Dios, sus almas, bendecirán á vuestra Paternidad, por haberles dado, en la muerte, lo que el odio de sus padres les negó en la vida!...

Después de un silencio.

En cuanto á mí, tengo ya mi resolución formada, Fray Esteban. Mi alma me pide la consolación de vuestros santos hábitos...

GUARDIÁN

Dios lo ilumine con su gracia, hermano!

MAYORAZGO

Me agrada acabar aquí mis últimos días. Tuve un hijo, y me lo asesinaron. Quedóme una mujer, y la mató el dolor y la saudade, en tierra extraña... ¿Qué me queda ya, sino la estameña de ese hábito y esta sepultura?... Adiós. Concededme, como una limosna, el que me quede solo con mi hijo. Quiero darle el último beso de su madre... Dios se lo pague, Fray Esteban. Siempre fuisteis un gran amigo de nuestra casa.

Conmovido, con la voz ahogada, en sollozos.

¿No sabéis lo que os agradezco más que todo? Estas flores!... ¡El, amaba tanto á las rosas!... Vuestra Paternidad no lo ha olvidado!...

GUARDIÁN

Las flores, señor Mayorazgo, no son del convento!

MAYORAZGO

Mas fué vuestra Paternidad quien las colocó sobre este túmulo.

GUARDIÁN

No he sido yo.

MAYORAZGO

Quizá alguno de estos buenos frailes. Dele las gracias en mi nombre, Fray Esteban!... Serán en breve mis hermanos.

GUARDIÁN

No ha sido tampoco ningún fraile de este convento!...

MAYORAZGO

¿Quién entonces, si mi hijo no tenía nadie más en este mundo?...

GUARDIÁN

Olvidáis, señor, que no es sólo vuestro hijo quien reposa en esa sepultura!...

MAYORAZGO

Comprendiendo, sobresaltado.

Ah!...

GUARDIÁN

La pobre niña tiene también quien la llore!...

MAYORAZGO

Bruscamente.

Volvieron?... Esa gente volvió?... ¡Decídmelo, padre Esteban!... ¡Decídmelo, por misericordia!... Mandaré preparar mi litera y huiré para siempre de estos lugares!...

GUARDIÁN

Con sencillez.

Mas no volvieron los dos... Al señor Mayorazgo de la Rosa, le llamó Dios á su presencia!... Regresó sola la señora Patrona, entristecida con las mortificaciones de su saudade y de su viudez.

MAYORAZGO

Después de un silencio.

Viuda?... Y viene á aquí, á rezar sobre este túmulo?

GUARDIÁN

Con el mismo derecho que vuestra señoría!

MAYORAZGO

Todos los días?

GUARDIÁN

Todos los días!

MAYORAZGO

Casi con ternura.

Fué ella, entonces, quien trajo estas flores?

Cambiando de nuevo de expresión.

Mas las trajo para su hija!...

GUARDIÁN

Quién os lo ha dicho?...

MAYORAZGO

Ella sólo puede recordar a mi hijo con odio!...

GUARDIÁN

Señalando el túmulo.

Por ventura, sólo con odio os acordáis de aquella pobre niña?...

MAYORAZGO

Mas yo soy padre!

GUARDIÁN

Y ella es madre, señor Mayorazgo!... Hasta me atrevo á afirmar, que cuando yo salga de aquí, vuestras oraciones y vuestras saudades serán tanto para vuestro hijo, como para la niña inocente que él amó como se ama sólo una vez en este mundo!...

MAYORAZGO

Quién os lo ha dicho, Fray Esteban?...

GUARDIÁN

Mi corazón, que tan bien conoce al corazón humano. Muchas veces, el odio, señor Mayorazgo, no es sino el orgullo. Quien trajo esas flores, trajo también la mitad de ellas para vuestro hijo.

Oyese una campana, llamando para el coro.

Están tocando á vísperas. Es la hora del coro. Perdoneme vuestra señoría.

El Guardián, seguido de dos frailes, sale por el fondo.

ESCENA SEGUNDA

EL MAYORAZGO, SOLO

Viuda!... Ella también está viuda!...

Arrodillándose junto á la sepultura, profundamente conmovido.

¡Oh, memorias de mi juventud, deshojáos sobre este túmulo!

La campana continúa tocando á vísperas. El Mayorazgo reza silenciosamente, apoyado en el reclinatorio de damasco carmesí. Al fondo del claustro se para una litera dorada con las armas de los Malafayas en las puertas. Desciende de ella una señora de cerca de cincuenta años, extremadamente distinguida, con los cabellos empolvados de blanco, toda envuelta en un amplio luto de terciopelo rojo, Luis XVI. y con un gran ramo de rosas frescas en la mano.

ESCENA TERCERA

El Mayorazgo de Amaraes y
la Mayorazga de la Rosa.

MAYORAZGA

Al criado, que le ayuda á
descender.

Traiga la almohada!

Viendo que alguien reza jun-
to al túmulo.

Ah!...

MAYORAZGO

Levantándose al oír la voz y
encontrándose frente á frente
con la Mayorazga.

Ah!

MAYORAZGA

Reconociéndole, vacilando y
dejando caer las rosas á los
pies del Mayorazgo.

Perdón...

MAYORAZGO

Levantando el ramo, casi con
miedo, y acercándose para en-
tregárselo.

Perdón!...

La Mayorazga recibe las flo-
res, saluda secamente é inten-
ta alejarse.

No sois vos quien debe alejarse... Soy yo!

MAYORAZGA

Como queráis.

MAYORAZGO

Saludando y encaminándose
hacia el fondo.

Mi señora!

MAYORAZGA

Perdonadme, si perturbé con mi presencia, vuestras oraciones. No hubiese venido aquí, si hubiese podido sospechar que iba á encontrarme con alguien.

MAYORAZGO

Encontró, apenas, una sombra de su pasado, mi señora! Las sombras se desvanecen y desaparecen.

Volviéndose hacia la capilla.

Permitidme que le dé mi último adiós á la sepultura de mi hijo.

Envía, desde lejos, un beso al túmulo, en un gesto lento y grave.

Desde hoy en adelante podréis entrar, señora, sin recelos en este claustro. Ningún mal encuentro os molestará.

MAYORAZGA

Al Mayorazgo, que va á salir por el fondo, y se olvida el bastón sobre el reclinatorio.

Es vuestro este bastón?...

MAYORAZGO

Tomando el bastón y encaminándose de nuevo hacia el fondo del claustro.

Beso vuestras manos, señora!

MAYORAZGA

Después de un instante de íntima lucha.

Quédese.

MAYORAZGO

Es una orden?

MAYORAZGA

Es una súplica.

MAYORAZGO

Por lo visto, señora, no me habéis reconocido.

MAYORAZGA

Por qué decís eso?...

MAYORAZGO

Porque las súplicas sólo se hacen entre personas que se estiman.

MAYORAZGA

Ambos nos conocemos muy bien!...

MAYORAZGO

Mirándole frente á frente.

Muy bien!...

Somos los representantes de dos familias que se odian.

MAYORAZGA

Dulcemente.

Somos, sólo, los padres de dos criaturas que se amaron. Ya no sé odiar, señor Mayorazgo. Nunca supe, en toda mi vida, sino sufrir. Perdonadme, si os molesté, suplicándoos que os quedarais. Ambos tenemos el derecho de llorar juntos sobre ese túmulo. Si Dios quiso que se uniesen las dos sepulturas, ¿por qué no han de unirse nuestras oraciones?...

MAYORAZGO

Mis saudades nada tiene común con vuestros remordimientos!

MAYORAZGA

Mi conciencia está tranquila. Hice, por la vida de mi hija, hasta el último instante, todo cuanto puede hacer la ternura de una madre. Dios bien lo sabe!...

MAYORAZGO

Y por la vida de mi hijo, ¿qué hicisteis, señora?...

MAYORAZGA

Si pudiese, la hubiera defendido con mis lágrimas!

MAYORAZGO

Para mandarlo después asesinar por la espalda?... No valía la pena!

MAYORAZGA

Levantándose, con una actitud de dignidad y de dolor.

Señor Mayorazgo de Amaraes!

MAYORAZGO

Con una excitación creciente.

Asesino no es sólo aquel que mata: lo es también aquel que deja matar.

Dominándola, con un gran gesto.

Señora Mayorazga Patrona!... Vuestras manos están teñidas de sangre! No las levante á Dios en esta capilla!...

MAYORAZGA

Dejándose caer de nuevo sobre el reclinatorio, sollozando.

Podéis continuar insultándome! Estoy sola en el mundo!

MAYORAZGO

Volviendo en sí.

Me olvidé... Perdonadme!...

Después de un corto silencio.

Era á vuestro marido á quien debí pedir estrechas cuentas. El debió pagarme, gota á gota, la sangre de mi hijo. Mas ya está, respondiendo de su crimen, delante de Dios!

MAYORAZGA

No, señor Mayorazgo. Si mis sentimientos de madre y de cristiana, le merecen algún respeto, yo se le juro, se le juro sobre esta sepultura, por el alma de esta pobre niña, por las lágrimas que tengo derramadas, por mi vida entera de sufrimiento... Ni yo ni mi marido somos culpables de la muerte de su querido hijo!... Si pudiésemos, con el sacrificio de nuestras vidas, restituirselo, lo hubiéramos hecho. Bien sabéis cómo ocurrió la desgracia. Mi sobrino había sido desafiado por su hijo. Era una noche muy obscura. Vió relucir una espada delante de sus ojos. Defendióse. Y para no morir, tuvo que matar. Si hubiese sido él la víctima, nadie en el Palacio de la Rosa — ¡puedo afirmárselo, señor Mayorazgo! —, habría levantado la voz para acusar de asesino á su señoría.

MAYORAZGO

No era de creer que el muerto fuese su sobrino!...
Los cobardes van siempre acompañados!...

MAYORAZGA

En una protesta vehemente.

Mintiéronle, señor Mayorazgo!

MAYORAZGO

Entonces, cómo se explica que se encontrasen dos
espadas en el lugar en que cayó mi hijo?

MAYORAZGA

Eran dos los que se batían. Naturalmente tenían
que ser dos las espadas.

MAYORAZGO

En ninguna de ellas había señales de sangre. Mi
hijo estaba herido mortalmente. Fué, por lo tanto,
una tercera la que le hirió... Esto es evidente!

MAYORAZGA

Y quién no le dice — todo pasó junto al arco de su
palacio — que una de esas espadas no fuese de algu-
no de sus criados?...

MAYORAZGO

El arma que usan mis criados es la carabina. Con
ella dan caza á los lobos. ¡Lástima que esta vez no la
engatillasen á tiempo!..

MAYORAZGA

Con angustia.

¡Cómo ha de saberse!... Cómo ha de probarse!...

Su hijo era noble y digno!... ¡Si él hubiese podido hablar!... Si á lo menos, antes de morir, hubiese dicho una sola palabra...

Llorando.

Vería cómo fuimos inocentes!...

MAYORAZGO

La dijo!...

MAYORAZGA

Una palabra de denuncia?

MAYORAZGO

No! Una palabra de amor. ¡Ay, señora!... Todo su dolor de madre, centuplicado, no iguala al que yo sufrí en esa noche!... ¡Qué horrible noche!... Me emblanquecieron los cabellos!... Envejecí veinte años!...

Después de un silencio.

Mi hijo había estado junto á nosotros, muy alegre, hablándonos de los potros que estaba domando. Su madre — ¡Dios la tenga en su santa gloria! —, tocaba en el clave de la sala la cavatina de Jomelli. Habíamos encendido más luces. El señor capitán mayor venía á jugar á los naipes. Me acuerdo como si fuese hoy. De repente, notamos la ausencia de Ruy. ¿Dónde está?... ¿Dónde está?... El corazón nos presagiaba una desgracia... Recorrimos toda la casa... Su madre lo encontró en el oratorio, rezando de rodillas. Le pregunté qué tenía. — Nada, padre! — Sonríome con sus grandes ojos azules, muy tranquilo — ¡él nunca mentía!, — y me pidió mi bendición, diciéndome que iba á las caballerizas, á ver si estaban bien abrigados

los potros. Se marchó, y yo me quedé jugando á los naipes!...

Silencio corto, durante el cual se le transforma la fisonomía.

No pasó ni media hora... Los gritos atronaron el espacio, y los criados subieron en tropel las escaleras, gritando: — ¡Han matado al hijo del Mayorazgo! ¡Le han matado! — Y yo le vi entrar, señora Mayorazgo, le vi entrar en la sala, sostenido por un yeguerizo, desfallecido, pálido como la cera, con la camisa abierta y empapada de sangre... ¡Era mi hijo, mi único hijo, el orgullo y el báculo de mi vejez!... Le llamé, le hablé, le apreté en mis brazos, besándole la herida, suplicando, aullando, llorando... Abrió aún los ojos, sonrió y me dijo: — «Me muero sin haberla besado!... Dale un beso de mi parte, padre!...» Pronunció un nombre — el nombre de su hija, — y, en una bocanada de sangre, se me murió en los brazos.

Dolorosamente.

No pude cumplir su última voluntad!...

MAYORAZGA

Que le ha escuchado con profunda conmoción, resbala, de rodillas, desde el reclinatorio á las losas de la capilla, en una súplica.

¡Oh, Dios mío!... ¡Acoge amorosamente en tu santo seno las almas de estas criaturas, y si mi mortificación es necesaria para su gloria, mortifícame más aún!... Te lo pido, por tu misericordia infinita!

MAYORAZGO

No eran de este mundo. Por eso los llamó Dios á su santa gloria!

MAYORAZGA

El, que tanto la amaba, murió sin haberla besado; mas la tuvo que esperar poco tiempo!... Doblaban las campanas del convento para el entierro de vuestro hijo, y ella las oía sonriendo, en un éxtasis, como quien dice: — ¡Hasta muy pronto, amor mio! — Me parece que aún la estoy viendo, en su lecho de muerte, abrazada á un Crucifijo, repitiendo bajito, muy bajito: — ¡Ruy, mi Ruy!... — Y el padre, en la sala de al lado, gritando: — «¡A un convento! ¡Llevala á un convento!... ¡Maldita!... ¡Maldita!...» Era la ruina de todos sus sueños. Mi sobrino condenado por la muerte de un hombre; deshecho el casamiento; la hija sin poder partir hacia Inglaterra... — Ya estaba muerta, muy blanca, en su lecho estrecho, sobre un travesaño de flores, y aún la voz del padre gritaba, en la sala de al lado: — ¡Maldita!... ¡Maldita!

MAYORAZGO

Su odio nos dejó sin hijos.

MAYORAZGA

Si hubiese consistido en nosotros, serían tan felices ahora!...

MAYORAZGO

Casados, en un nido muy tranquilo, lleno de sol...

MAYORAZGA

Ya seríamos abuelos!...

MAYORAZGO

Con una sonrisa de beatitud.

Un nieto!... Saltando sobre mis rodillas... ¡Un nieto!...

MAYORAZGA

Que se pareciese á él!...

MAYORAZGO

No, á ella!... Ella era tan hermosa!...

MAYORAZGA

Y él!... Tan joven, tan gentil, tan alegre!... ¡Cuántas veces lo vi pasar, á caballo, muy firme en los estribos de plata, galopando al sol, entre una nube de polvo!... Y pensaba para mí:—¡Quién tuviese un hijo así!...

MAYORAZGO

Ella era el encanto de todos!... Un domingo, la vi descender de su litera, en la portería del convento, á la hora de la misa. Era un día de invierno, muy triste... Y, sin embargo, apenas ella salió de su nido dorado, á jugar, sonriendo, como una nube color de rosa, me pareció que todo era una primavera de encantos y maravillas... Así fué como mi hijo la vió por primera vez!...

MAYORAZGA

En unas ferias de Coimbra!...

MAYORAZGO

¡A los quince años!...

MAYORAZGA

Sonriendo.

¡Pobres criaturas!...

MAYORAZGO

Que le contempla durante un
momento, como en éxtasis.

Era vuestro mismo retrato!

MAYORAZGA

¿Aún os acordáis de mí?...

MAYORAZGO

¡Que si me acuerdo!... Una de aquellas figulinas
que danzan en los cuadros de Watteau, al son de las
flautas de marfil... La misma frescura, la misma
gracia...

MAYORAZGA

Y él?... El también era vuestro retrato!... Muy ru-
bio, muy esbelto, con los ojos muy azules... ¡Y á ca-
ballo!... El parecido era exacto!... Igual que cuando
yo os esperaba—¿os acordáis?—en el mirador verde
del Palacio de la Rosa...

MAYORAZGO

¡Hace treinta años!...

MAYORAZGA

Enmendando.

Treinta y dos!...

MAYORAZGO

¡Cómo no habían de amarse ellos!...

MAYORAZGA

Queriendo taparle la boca.

¡Oh! Cállese!...

MAYORAZGO

Tomándole la mano.

Si nosotros nos habíamos amado tanto!...

MAYORAZGA

¡Por el amor de Dios!... No prosiga...

MAYORAZGO

Fué nuestro amor el que cantó y floreció en el alma de nuestros hijos!... ¡No! No fueron ellos, María!... Fuimos nosotros que aún nos amamos á través de sus almas... La juventud era la de ellos, mas la ternura era la nuestra. En aquel jardín, ellos eran las flores, mas nosotros el perfume eterno... ¡Y pensar que se amaron siempre, desde lejos!...

MAYORAZGA

En un murmullo.

Como nosotros!...

MAYORAZGO

Que no conocieron, siquiera, la comunión dulcísima de un beso...

MAYORAZGA

Como nosotros!...

MAYORAZGO

¡Pensar que nuestras almas tuvieron, para besarse, la frescura de sus bocas, y que les dejamos que se marchitaran en ese túbulo!...

MAYORAZGA

Nos separó á nosotros el mismo odio que los mató á ellos...

MAYORAZGO

¡Quién nos diría que aún habíamos de estar tan juntos delante del Señor!... Cuando mi hijo se murió en mis brazos, dejéme el primer beso para su novia... Nunca pude dárselo!... Nunca pude cumplir su última voluntad!...

Aproximándose á la Mayorazga, con una expresión de inmensa ternura.

Antes que este túmulo se abra también para nosotros; antes que todo cuanto resta de nuestro amor de niños desaparezca para siempre en el hielo de la muerte, déjame soñar un poco!... Reposa tu cabeza sobre mi hombro... Nadie nos perturbará en la paz de esta capilla...

La Mayorazga, como en un sueño inclina la cabeza en el hombro de él.

María!... Mi pobre y dulce amiga... Me has comprendido?... No es verdad?... Tú me comprendes...

MAYORAZGA

Como soñando.

Antonio!...

El Mayorazgo la besa largamente en la frente. Ella, como despertando, en un movimiento brusco.

Dios mío!...

MAYORAZGO

Nuestros hijos se hacen ahora su primer beso!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y el Guardián que entra por el fondo. La Mayorazga, aún confusa, corre á besarle la mano.

GUARDIAN

Señora patrona!... Señor Mayorazgo!... Ha resuelto esta santa comunidad escribir al padre Provincial, participándole vuestros deseos de tomar el hábito en este convento... ¿Puedo escribirle la carta?...

MAYORAZGO

Después de un momento, á la Mayorazga.

Suplico á la señora Mayorazga que responda por mí á Fray Esteban...

MAYORAZGA

Graciosamente, á Fray Esteban, ya en el estribo dorado de la litera, hasta donde el Mayorazgo la ha conducido de mano.

Por ahora, no escriba vuestra Paternidad al padre Provincial!...

CAE EL TELÓN

SONETOS

I

CAMINO DE PARÍS

A los claros fulgores matutinos
marcho á París, atravesando España...
El tren se para en una aldea extraña
que un río alegra con sus chopos finos.

Tocan á misa; hay gente en los caminos;
y yo digo al azar que me acompaña:
— ¡Ser pastor, leñador, y en mi cabaña
pasar aquí mis días cristalinos! —

Y algo responde dentro de mi seno
— ¡Siempre nos gusta apetecer lo ajeno!
El mar quiere ser río, el río mar...

Si vivieses aquí, cuando sintieras
la humeante sombra de ese tren pasar,
marcharte en él, lejos de aquí, quisieras!

II

EL AMOR Y PSIQUIS

En busca del Amor que anda encelado
por una ninfa de mirada ardiente,
Psiquis, en medio de los bosques, siente
que hirió una espina su talón rosado.

A sus gritos, Amor, como un venado
acude jadeando y diligente;
la espina arranca cuidadosamente,
y le besa la herida enamorado.

Dice ella, mientras bosques y breñales
giran ante sus ojos de beoda:
— Si el precio de esos besos son abrojos,
¡oh, quién me diera, Dioses inmortales,
que los abrojos me sangrasen toda,
en el pecho, en los pies, y hasta en los ojos!

III

FRESAS Y VIOLETAS

Lydia, la de las cejas tenebrosas,
sol que doró mi senda con su brillo,
de fresas me ha enviado un canastillo,
orlado de violetas olorosas.

Brotaron fruta y flor, en las frondosas
sombras del luminoso jardincillo,
donde entre el boj, rosales y tomillo,
noviamos como un par de mariposas.

En las fresas, ¡oh Lydia!, hallo el sabor
de esa boca, y á mi alma le parece
en el perfume errante de esos ramos

sentir tu voz, pues nuestro muerto amor
victorioso revive en cuanto crece
del suelo donde ha tiempo le enterramos!

IV

SANTA CECILIA

El órgano, Cecilia, á solas toca,
y tocando aligera sus cuidados,
los ojos en la música clavados
y una sonrisa angélica en la boca.

Las aves al nidal y entre la roca
los reptiles, asómanse extasiados;
la corte celestial, de ojos pasmados,
escucha el canto, de entusiasmo loca.

Mas recelando Dios, que tan profundo
goce, al doblar la página se quiebre,
miró á un arcángel que á su lado estaba...

El arcángel comprende; baja al mundo,
se aproxima á Cecilia que arde en fiebre,
y le vuelve las hojas cuando acaba!

V

VIEJA AMIGA

¡Qué acabada te encuentras! Resta apenas
de tanta y tanta mística hermosura,
de tu sonrisa la ideal ternura,
bálsamo y cura de remotas penas!

¡Qué dulzura sorprendo en las serenas
caricias con que arrullas la criatura
que entre tus brazos se adormece, pura
cual ramo de silvestres azucenas!

Ya el gris tus negras trenzas amenaza;
tus ojos lloran su fulgor intenso;
tus labios gimen su frescor perdido...

— Ve, qué hermosa va á ser esta rapaza! —
dices, adormeciéndola... ¡y yo pienso
tristemente, en lo hermosa que tú has sido!

VI

MUCHOS AÑOS DESPUÉS

¡Ha mucho tiempo por aquí pasamos,
y se diría que fué ayer! Repara:
entona igual canción la fuente clara,
é iguales flores en los mismos ramos...

Allá, en la gruta donde sesteamos,
brota la misma hierba verde y rara;
como entonces, también alguien se para
tras los setos, á ver en donde estamos.

De arrugas lleno, como ruin espejo,
el lago deformó nuestro semblante
encendido en las ansias de las fugas;

y hoy á la sombra del jardín ya viejo,
brilla, sin una arruga, fulgurante...
¡Tan sólo en nuestros rostros hay arrugas!

VII

METEORO

Del triste invierno en la viudez severa
hay días de suavísima dulzura,
tan refulgentes y de luz tan pura
como un atardecer de Primavera.

Así, mujer, en mi existencia austera
fulge este día, viendo tu hermosura;
mi juventud revive á tu frescura,
y el corazón, sin esperanza, espera!

Mas ¡ay! tu florecer, de todo ileso,
con esto envejecer no se concierta!
Tarde mi senda iluminó tu lampo;

y al desear tu amor soy como un preso
que á la canción de un pájaro despierta
soñando con labrar su verde campo!

VIII

EL ABANICO

Marfil y tul y alguna lentejuela:
tal el viejo abanico que hoy extraje
del fondo de un arcón. Su varillaje
ocultó los rubores de una abuela,

al escuchar la amante cantinela
de un pálido doncel, en cuyo traje
la noble excelsitud de su linaje,
la cruz de Cristo, en el jubón revela.

Mientras la dulce confesión oía
temblando toda y con la faz inerte
¡quién dijera á su oído que algún nieto,

de manos de la Musa que le guía,
después de tantos años de su muerte,
hiciese á su abanico este soneto!

IX

ROSAS

¡Qué abundancia de rosas!... Todas ellas
vibrando entre las plumas de la brisa,
á los mimos del sol, dan su sonrisa,
radiantes como bocas, como estrellas!

Para ornar el altar donde destellas
tu lámpara devota de clarisa,
escoges, sin afanes y sin prisa,
entre todas las rosas las más bellas!

Ya has colmado dos cestas, y te inclinas
á cortar más aún... Blancas y aladas
en las rosas temblar tus manos veo...

Y al verlas tan traslúcidas y finas
me evocan dos monjitas maceradas
conduciendo educandas al recreo!

X

DIAMANTES Y PERLAS

Sobre un pasaje del Padre Manuel Bernardes, alusivo á la muerte del Rey Felipe II de España.

El soberbio Monarca, en vasto lecho
de ébano y oro, yace agonizante;
y á su lado su hijo, sollozante,
ostenta sedas y el Toisón al pecho.

Los nobles cortesanos en acecho
preparan finas drogas de Levante;
y en un anillo episcopal, brillante
la luz del sol, en gemas se ha deshecho.

En esto el moribundo abrió los ojos,
y en su heredero que solloza fijo,
levanta el blanco lienzo transparente,

mostrando el seno comido de piojos,
y triste exclama: — Ve en que paran, hijo
los diamantes y perlas del Oriente!

XI

FLORES SECAS

¡Un libro es un herbario! Resequidas,
dulce aroma suavísimo exhalando,
hojas y flores nos están mostrando
las páginas del texto preferidas.

¡Cuántos sueños, en horas bendecidas,
sobre estas hojas fuimos levantando!...
Mas te agostaste, lirio puro y blando,
de ojos fieles y manos doloridas!

Este clavel recuérdame un domingo;
en tu seno este lirio murió preso;
en estas algas oigo el mar lejano...

Mas viendo estos jazmines, no distingo
el que me diste con tu primer beso
de aquel que en tu ataúd echó mi mano!

XII

EL ERMITAÑO

«José de Sa, Ermitaño que era
actualmente en la capilla de la
Virgen de Nuestra Señora de Entre
Aguas.

Certificación de Óbito.»

Ese José de Sa, mi quinto abuelo,
hidalgo altivo y cazador de fama,
para cumplir lo que juró á su dama,
su vida, al enviudar, ofreció al cielo.

En la ermita, en sus horas de desvelo,
constantemente por su muerta clama,
cuya faz fué borrándose en la llama
de su memoria, como en rojo velo...

Mas la Virgen, sonriendo con deleite
al que tan bien y tanto le servía,
por las tardes, cuando él lleno de agobios

iba á encender su lámpara de aceite,
con las facciones se le aparecía
de su adorada cuando fueron novios!

XIII

MIS HIJOS

I

VIOLANTE MARÍA LUISA

Con las aves despierta... A pasos ledos
más que andar, vuela ansiosa hasta mi cama;
con suavidad sacúdeme y me llama,
y abre mis ojos con sus blancos dedos.

Al ver mis sobresaltos finge miedos...
— ¿Quieres besitos? — su áurea voz exclama;
y yo pago, en la dicha que me inflama,
sus fuertes besos con mis besos quedos!

¡Señor, qué hija me ha dado tu albedrío!...
¡Dale un camino blando y sin abrojos,
y á la Virtud por guía y compañera!...

Y procura también ¡oh Padre mío!
que la mano que hoy abre mis ojos
me los cierre mañana cuando muera!

II

MARTÍN

Nació: era un varón... Mi alma ambiciosa
soñó su porvenir tan halagüeño
que el mundo entero lo juzgó pequeño
para ofrecerlo á aquel botón de rosa!

¡Poeta insigne, conciencia luminosa,
héroe, santo tal vez!... Manso y risueño
no llenaba una cuna... ¡Y en mi sueño
bañaba en luz la vida tenebrosa!

¡Llévose la muertel!... Altas montañas,
¡cómo envidio ese musgo tan suave,
de vuestros picos rígidos y calmos!

Títulos y poder, glorias y hazañas,
cuanto soñaba yo, ¡ay! todo cabe
en un féretro blanco de dos palmos!

III

LUIS

¡No pido para mí! ¡... Fueron negadas,
fueron vanas mis súplicas, Señor!...
Yo que un trono soñara, soy pastor
de tristezas por sierras descampadas!

¡Yo que cegara ayer, viendo aureoladas
mis ambiciones, de un astral fulgor,
hoy contemplo, temblando de dolor,
montones de cenizas apagadas!

No me quejo, ¡Señor!... ¡Nada te exijo!...
Mas si merece al cabo, una presea
lo resignado que á mi suerte estoy,

compensa al padre humilde, alzando al hijo;
dale lo que me niegas, y que él sea
todo lo que soñé ser... y no soy!

IV

COSTANZA

Duerme... En la alfombra que mi paso acalla
sus zapatitos yacen, y al brillar
recuerdan esas conchas con que el mar
entretiene á los niños en la playa.

Mayor que los dos juntos, se desmaya
pálida rosa al resplandor lunar!...
Acostumbrados solamente á andar,
tristes aguardan que su dueña vaya!...

Sueño, y te miro, linda flor, crecida!
Con las manos humildes levantadas,
orando, á Dios suplican mis querellas,

que por todas las sendas de la vida
por donde pases, dejen tus pisadas
un argentino resplandor de estrellas!

V

MAFALDA ERMELINDA

¡Un nuevo astro iluminó mi casa!
¡Un nuevo ruiñeñor canta en mi nido!...
¡Ved, si no es ave que encantó mi oído!...
¡Ved, si no es luz que el corazón me abrasa!...

La frente, sobre el brazo en forma de asa,
igual que sobre un ala, se ha dormido!
Viéndola, acariniándola, he sentido
de súbito, un dolor que me traspasa!

Mientras confiado en Dios, estoy soñando
para mis hijos una vida bella,
hecha de días claros y serenos,

si comparo su edad, quedo pensando
que si ella es la más joven, será ella
aquella á cuyo lado viva menos!

VI

EPÍLOGO

Á MI MUJER

Llame á cien puertas en la noche agreste
en que el viento mugía como un toro,
antes de dar con el cancel de oro
donde á la luna blanqueó tu veste.

Quizás entre las páginas de este
libro, tu santo amor halle desdoro,
viendo pasar bajo un ciprés, el coro
de tanta amada de perfil celeste!

¡Más, no! Soy otro junto á ti. La vida,
soplo de paz, mi huerto ha florecido...
Y aquel que ahora divaga en las alfombras

de este libro, lunática avenida,
no soy yo, es sombra de lo que yo he sido,
una sombra saudosa de otras sombras!

EUGENIO DE CASTRO

NOTÍCULAS

I

PORNICHET

Hace quince días me reposo del *surmenage* y cobro fuerzas para el invierno próximo en esta playita de la baja Bretaña. La vida corre ociosa y grata, entre un bosque de pinos y el mar. Hago mucho ejercicio, ando, corro en bicicleta kilómetros y kilómetros, nado todos los días cuanto puedo, me acuesto á las nueve de la noche, me levanto á las seis de la mañana.

Se acabaron quebrantos.

Y todo en quince días de ver matas, de bañarme en el mar, de no escribir ni mi nombre, de no leer sino el diario, de no hablar sino con bretones, que vale decir brutones, de no vivir sino vida campesina, tranquila, animal, respirando el buen aire de los pinos, la buena brisa del mar, asoleándome, cansándome, sudándome.

¡Qué cerca estoy de la naturaleza! ¡Cómo se advierte que he nacido al pie de bellos montes, bajo el cielo del trópico!

Me hacen falta los árboles. Al verlos, al respirarlos, mi pecho se expande. El sol me pone alegre. Estoy colorado como un gallo. Por la mañana, al abrir una ventana que mira al Este, entra la aurora, al través de las copas verdes de los pinos: yo siento una alegría infantil, como ante un espectáculo jamás visto. Cuando lavado, vestido, desayunado, me asomo á la puerta de la calle para ver qué rumbo tomo, el sol tibio, la mañana fresca, la atmósfera luminosa, la brisa cargada del bosque, se diría que penetran en los poros de mi cuerpo, que pasan por mi piel como una caricia. Me parece que estoy sanando en un baño maravilloso, desde la raíz del cabello hasta las uñas de los pies.

¡Cómo he podido acostumbrarme á París! ¡Cómo he podido encerrar y marchitar mi juventud en las ciudades! En las ciudades, donde sólo se mira ladrillo y piedra, se limita el horizonte á diez metros, co-dea uno la grasa sudorosa de los demás; escucha lamentos de seres atareados, interesados, egoístas, odiosos; respira sentinas, vive física y moralmente una vida artificial, como la de un molusco fuera de la concha ó una planta sin las raíces entre los jajos nutricios, generosos y maternales de la tierra. Porque el hombre está hecho para no vivir en sociedad. La sociedad ó la sociabilidad es una degeneración.

Quizás por amar el campo y la soledad me estrujan el alma en ocasiones deseos violentos, imperiosos, irretardables, de salir de París. A veces pienso irme á vivir á Italia, á España. Otras veces, á México.

Otras veces al infierno, qué sé yo dónde, *any where out the world.*

* * *

Acabo de presenciar un espectáculo que hubiera deshonrado á los caníbales. ¡Y la cosa ocurre en Francia!

Un pobre diablo, uno de esos vendedores ambulantes de tapices de Persia falsificados y de mentidos objetos de Bazar de Oriente, uno de esos buhoneros medio negros que no sabemos si vienen de Egipto, de Turquía, de Persia, del fondo del Asia ó de qué orillas africanas del mar de Ulises, discutía en la estación del ferrocarril con un empleado.

El empleado—un mozo de cuerda—cobraba no sé cuánto al extranjero, por haberlo ayudado á introducir hasta el andén de la estación un lio de cachivaches. El buhonero quejábase del precio y no quería ceder. El mozo de cuerda insultó al vendedor de bujerías, llamándolo «extranjero», como si el ser extranjero constituyese demérito, ó como si el no haber nacido en Francia fuera un crimen, ó pudiera lanzarse á la cara como una injuria.

Varios colegas del cargador, extremando el espíritu de solidaridad profesional, unieron sus insultos y amenazas contra el buhonero. El buhonero no se mordía la lengua, y externaba su furia en un guirigay de loro.

La estación rebosaba en gente. Un tren iba á lle-

gar. Grupos de hombres elegantes esperaban el tren. Aquellos hombres elegantes tomaron parte en la disputa; y empezaron á apostrofar al pobre diablo diciéndole que él venía á Francia para robar á los franceses, que podía largarse á su país con su mercancía, que los franceses no iban á tierras ajenas á robar á nadie, que se haría bien en echar á todo forastero más allá de las fronteras de la república.

Estimulados y azuzados por aquellos franceses mundanos y elegantes, los cargadores, trocando la disputa en pugilato, empezaron, unánimes y furibundos, á golpear al buhonero. Este se defendió y echó á rodar, á pescozones y patadas, á tres ó cuatro mozos de cuerda. Entonces densa nube de ciudadanos de la República francesa, «el país más culto de Europa», hombres del pueblo, empleados del ferrocarril, viajeros pulidos y mundanos, le cayeron encima al pobre diablo, lo molieron á palos, y lo arrojaron á empellones fuera de la estación para que perdiese el tren que estaba esperando.

Pero eso no fué todo.

Hubo algo más vil, algo que no tiene nombre, algo que no tiene ejemplo: uno de los caballeros más apuestos y de más alfileres, uno que no tuvo siquiera valor para mezclarse en la refriega, tomó un fardo de tapices del miserable trashumante y arrojó aquellos tapices entre los rieles para que el tren, que estaba entrando en la estación, los volviera polvo.

Yo no pude ver impasible aquella escena. Grité, esgrimi el bastón, insulté á los cobardes. Sólo que,

entre los malvados y yo había una barrera infranqueable, la vía Dore y el andén. Ni siquiera me oyeron en medio del zaperocho.

Refiero este acontecimiento porque me ha producido hondísima impresión.

Quizás no existe otro pueblo en el mundo donde se odie hoy tanto á los extranjeros como en Francia. Un gran diario de París, *L'Action Française*, ¿no llega hasta pedir que se expulse á todos los extranjeros residentes en Francia? Fruto de la prédica contra los extranjeros era la escena de Pornichet.

Estoy acostumbrado á esa cruzada, contra lo extranjero y los extranjeros, de casi toda la Prensa de París: cruzada en la que rivalizan periódicos radicales como *La Lanterne*, periódicos liberales como *Le Matin*, periódicos conservadores como *La Liberté*, periódicos monarquistas como *L'Action Française*. Pero nunca vi, hasta ahora, semejantes ideas convertidas en actos.

La prédica de xenofobia me producía desprecio. La xenofobia traducida en acciones me ha causado horror.

El mundo no tiene la culpa de que Francia cayera en Sedán. El mundo no la corrompido ni degenerado á Francia. El mundo no cree que Francia sea un foco de infección moral, aunque muchos escritores de Francia lo divulguen y el triunfo de los histriones y de las cortesanas lo decante. Este pueblo esconde una gran reserva de energías y de virtudes. Sólo que no son los periodistas de París, directores de opinión

pública, los depositarios de esas virtudes y de esas energías de la raza.

La infame propaganda de semejantes degenerados no levanta á un pueblo de la ignominia, ni lo libra de la amenaza, ni lo salva de la derrota, ni lo conduce al triunfo, ni le conquista la gloria. La infame prédica de esos degenerados sólo culmina en acciones que mancillan á un pueblo, en escenas vergonzosas, como la ocurrida el 7 de Septiembre de 1913 en la estación del Pornichet (1).

II

UNA CARTA DE RÉPIDE

Recibo una carta de Répide. ¡Pobre Répide! Tanto, tan señorial y gracioso talento, marchitándose en la tarea subalterna del cronista, ¡qué lástima! Es el caso de Gutiérrez Nájera, aquel otro gracioso y señorial talento. Que sea cronista madrileño Cortón, es decir, don Cualquiera: que sea cronista de París,

(1) Estas y las páginas que siguen fueron escritas antes de la guerra. Me complace ahora el que los inmensos tesoros de energía que está derrochando Francia, prueben cómo, en efecto, Francia, á pesar de las apariencias, «poseía una gran reserva de energías y de virtudes».

Ojalá al salir del drama, purificada por el dolor, y debiendo una impagable deuda de apoyo moral y simpatías á la mayor parte del mundo, no vuelva a caer en el extranjero, por solo ser extranjero, en la hermosa tierra de Francia. (Nota de 1916.)

aunque de otro género de crónicas y con mayores pretensiones, Henri Roujon, Su Majestad el Borrico; ¡pero Gutiérrez Nájera! ¡pero Répide!

El periodismo no da cuartel. El diarismo acogota, estruja, chupa y diseca el cerebro más robusto; convierte en pluma de ganso la más ágil pluma de águila. A Alfredo Vicenti, se lo ha comido el editorial cotidiano. Este púgil de la prensa tenía en la péñola aurora, gracia viril, flexibilidad, mordedura y veneno de serpiente. Ved al gran señor de las letras convertido en esclavo de la industria.

Répide es peor: talento, orgullo; ¡y esclavo de los esclavos! ¡Y tener que tañer su lírico instrumento para solaz de animales, como Orfeo, para regalo del público, la bestia múltiple y triunfante!

¡Y sin salud, y con poco dinero! «Del Rastro á Maravillas» nada más triste que aquellas alas inertes, que aquellas alas blancas escapándose, al poder, hacia el Madrid de los abuelos y la Corte de las Españas.

Transcribo la carta de Répide. ¿Hago mal? No será por fortuna, la última vez de mi vida que cometa una indiscreción. El que esté, además, sin pecado que arroje la primera piedra.

«Alicante, 4 de Septiembre de 1913.

Caro poeta.

Con el mismo placer que recibí su estudio sobre poetas americanos he recibido la *Biografía de José Félix Ribas*, por Juan Vicente González.

Doble merced ha sido, porque á más de saborear la admirable prosa del biógrafo de Ribas, que para sí quisieran algunos famosos escritores españoles de ahora, me ha venido á saludar ese libro en nombre de usted, y á demostrarme que no me olvida.

Yo tampoco le olvido á usted. Bien sabe, mi querido Rufino, que entre los escasos escritores á quienes yo doy con toda cordialidad mi admiración y mi afecto, usted es uno de ellos.

Sí, hermano. Y le echo á usted mucho de menos. Su independenciam de espíritu y se alteza de carácter, cualidades que yo creo poseer también, me atan á usted de una manera fraternal. Además es usted el más español de los americanos.

Siento mucho que no esté á menudo más cerca, pues ya sabe lo bien que conciertan nuestras pláticas. Yo sigo en este Alicante encantador. Estoy bastante repuesto.

Hubiérale á usted gustado mucho conocer este rincón que le hubiera recordado América. El ambiente es tropical, y la vegetación, toda de palmeras, da una sensación de tierra americana. Aquí, aun en invierno, la gente usa trajes claros, de hilo, y los abrigos no se estilan. El temperamento indígena es muy dulce. Además posee el supremo encanto del Mediterráneo. Que no deja de ser encanto para quien es tan meridional como yo, el pensar: si salgo recto de aquí hacia el Oriente, la primera tierra con que tropiezo es Calabria. Si salgo de acá para el Sur, la primera con que doy, es Argel.

En fin, ahí va un abrazo, mi querido Rufino. Venga pronto por España. Entre tanto sígase comunicando conmigo lo más frecuentemente que pueda. Ya sabe cuán de veras le quiere su fraternal,

PEDRO DE RÉPIDE»

IV

GUERANDE

Gueranda es una de las ciudades más interesantes de la Bretaña. Es una ciudad de la Edad Media. Cintura de murallas fortificadas la circunda. Este cinturón de piedra, de mil quinientos metros, encierra la ciudad, como en la Edad Media, y como en la Edad Media sólo puede penetrarse en la villa por una de las cuatro puertas de mampostería. La más imponente y hermosa de estas puertas, la de San Miguel, es una basílica compuesta de un bloque rectangular flanqueado por dos torres. Esas torres fueron un castillo famoso. Hoy sirven de Municipalidad ú *Hotel de Ville*, abrigan los Archivos de la ciudad, la Caja de Ahorros, otras oficinas públicas y la Prisión.

En hermosísima y antigua sala, hoy restaurada, y que sirve para celebrar matrimonios, ocupa la testera un retrato de cuerpo entero y en traje de corte del baile Juan Manuel de Rchan Pouldu, gran maestro de la Orden de Malta. Pero aún aquella figura de cortesano es demasiado moderna para semejante edificio;

es un anacronismo dentro de su marco dorado. Para aquella torre de piedra un guerrero medioeval vestido de orgullo y de hierro, un señor de Gueranda sobre su sepulcro de granito, con su yelmo de granito en la cabeza y entre las manos una espada granítica.

Desde la eminencia de la torre, por los intersticios destinados á las armas arrojadizas, divísase toda la campiña guerandesa, hasta el mar: los prados resecos de este país de arena, los recientes molinos de laboriosas alas y las salitreras artificiales ó pantanos salados, todo un paisaje gris, de un verde terroso y desvaído.

Mirando hacia otra parte descúbrese acurrucada, á los pies de la torre, la pequeña Gueranda.

Entre las callejas angostas, cuyos muros alcanza un hombre con los brazos abiertos, más allá de la antigua judería ó gueto de Gueranda, donde perduran algunos motivos arquitectónicos del siglo xv, yergue su esbelta figura venerable y retocada la Colegiata de Saint-Aubin. En las paredes y techos de este abigarrado edificio cada siglo ha puesto su mano, su piedra y su deformación.

El campanario data del siglo xix, el coro del siglo xv, la *nave romana* del siglo xii y aún se conservan bajo el coro de la Iglesia fragmentos del siglo ix.

Pero lo más interesante de la ciudad es la ciudad misma, no sólo porque en ella se conservan íntegras mansiones del siglo xvi y mansiones del siglo xvii, no sólo por su cortina de murallas cubiertas de hiedra y sus fosos centenarios, sino porque, con el más mi-

nimo esfuerzo de imaginación, adivinamos en aquellas casas vacías, en aquellas casas desiertas, en aquellas iglesias reconstruídas, en aquellas murallas ruinosas, en aquellas torres de piedra, la existencia de una pequeña ciudad medioeval; cómo vivían los hombres, á qué ventanas se asomaban las mujeres, qué edificios vigilaban los guardas, qué torres defendían los soldados, qué horizontes miraban los vecinos, cómo se desarrollaba el eterno drama de amor y dolor humanos, en hombres de otra edad, en épocas desaparecidas, en civilizaciones pretéritas.

Y, ¡oh, misterio de afectos subterráneos que unen un hombre á su raza! Cuando bajo de la orgullosa y formidable torre de San Miguel, famoso castillo de la famosa y fortificada Gueranda, no es sin orgullo que me impongo de que los españoles, mis abuelos, entraron á saco aquella ciudad en 1542, quemaron cinco templos y destruyeron á medias aquella misma torre de San Miguel, que parece imposible escalar, someter y destruir.

Y recuerdo, no sin una sonrisa, las palabras del cicerone, cuando ascendíamos á la torre y á la vista de las murallas:

—Esta fortaleza es intomable. En esta ciudad no ha entrado ningún conquistador, ni fué rendida á ningún guerrero.

El bueno del cicerone hablaba como un historiador.

Por lo menos como algún historiador de la República Argentina. Creería uno estar escuchando á Mitre.

V

TOURS

Tours es más simpática ciudad que Angers, y, por la animación de sus calles, parece más poblada que su vecina, aunque no lo sea, aunque la verdad sea lo contrario. La gente viste mejor, las mujeres son más graciosas, las calles más aseadas. Todo parece más risueño, hasta el Loire.

Llegamos de noche. Al amanecer contemplamos, desde la ventana de nuestro cuarto, un parque vastísimo, y en el parque, triscando, una cabrita blanca. Estábamos frente á la Prefectura.

Recorremos la ciudad, que tiene casas alegres, entre arboledas alegres y magníficas, y vamos, por los alrededores, á Plessis-les-Tours, el antiguo castillo donde vivió y murió Luis XI. Ruinas ruines quedan, en medio de los árboles, de lo que fué mansión de suntuosidad, palacio de rey.

Las habitaciones conservan un reflejo del alma de sus habitantes; ó lo que es más verdadero, la curiosidad espera encontrar en un templo, pongo por caso, el espíritu del dios, y en la casa de ese hombre ilustre el espíritu de ese hombre revelado en conjunto, ó escapándose en detalles. Nosotros recorremos, no sin aprensión, aquel castillo donde se albergó la crueldad astuta y recelosa y creemos descubrir hasta en las piedras huellas de sangre, y hasta en los recovecos de la arquitectura, revelaciones de la sinuosidad psíquica de aquel pérfido. La sugestión sube de

punto cuando el guía nos conduce á una cueva subterránea. Allí, bajo los cimientos del castillo, encerró Luis XI á sus víctimas de marca. Allí, empotrada en bóveda sombría, estuvo la jaula de hierro que albergó, durante años y años, hasta la muerte de Luis, el espectro de un cardenal: La Bulue. El rey, apoyado en el brazo de su barbero ó de su verdugo, sus dos hombres de confianza, venía á visitar el espectro. El espectro se quejaba, implorando misericordia. Luis XI chacoteaba. Era una de sus distracciones favoritas.

En la tarde recorremos de nuevo la ciudad y visitamos algunos edificios, entre otros, la iglesia de San Martín.

¿Cómo asegurar que ya la fe no fabrica templos? Puede faltar el fervor, no parcial, sino colectivo, el fervor absoluto y unánime de un pueblo, de una raza que se pone á labrar piedras, á soñar en lo infinito y realiza, gastando tesoros y vidas, esos suntuosos sueños de piedra, esos palacios de Dios que se llaman la catedral de Burgos, la catedral de Toledo, la catedral de Colonia, la catedral de Milán, San Pedro de Roma ó Notre-Dame de París.

¿Pero quién acaba de construir ese opulentísimo y pesado templo de San Martín, en Tours, sino la fe? No es el artista quien la tiene: el artista por dinero levanta los muros de la Ópera Cómica, en París, ó escava la cripta de San Martín, en Tours; no es el clero quien la tiene: el clero consagra sus haberes y sus vigiliass á la obra, en interés de su negocio; pero

el clero no produce hoy un pintor como Fra Angélico ni un poeta como Francisco de Asís. No. Quien tiene fe, digase lo que se quiera, quien conserva la llama encendida es el pueblo, ese gran depositario ó depósito inconsciente de energías espirituales: el pueblo, que inventa las leyendas, conserva el culto de los héroes y la fe en las religiones. Es el pueblo quien, centavo á centavo, ha erigido la iglesia de San Martín, de Tours. Se ha escogido un modelo de arquitectura pretérita, porque los arquitectos y los clérigos, que no tienen fe, tampoco tienen imaginación. La imaginación no se les enciende porque la llama de fe no arde. ¿Qué imaginación va á encenderse en esos témpanos de hielo que no se funden sino al calor de la cocina y sólo rompen en lágrimas de emoción ante un paquete de luises! Pero aquella cripta de San Martín, aquella tumba de mármol, suelo á finas columnas de pórfido, aquel templo colosal erigido para realce de un sepulcro de santo, toda aquella opulencia de piedra es obra de la piedad humilde, de la aguja vigilante, de la mano callada, del pie cansado, del centavo de cobre.

EL PUEBLO Y LA FE

DOS POESIAS INÉDITAS DE RUBÉN DARÍO

Vargas Vila en su librería.

En su maravillosa vida trabaja quieto.
El reloj da su hora en su tranquilidad.
Pasa un soplo de biblioteca. Ya es Bagdad
O Inspruck, ó bien algo que habla de Paraclete.

No sé si á veces su verbo ágil al conceto
En su enérgica forma pasa la humanidad
En un exceso de pasión y de verdad.
Yo sé que le conozco, le mido y lo interpreto.

Descontía de lo que se apropinqua al daño
De ese querer usual que cariños nos finge
Pues siendo bachiller lo doctoró el engaño.

Así su amor no corta ni su afecto restringe
Sino cuando tritura muy cueradamente, al paño
La ración de miserias con que ayuda á la Esfinge.

Madrid, 1909.

A Vargas Vila.

En Roma, donde dice la Vida
Lo que la Inmensa Sibila vierte,
Junto a tus armas pongo mi Egida,
Hermano Grande, Hermano Fuerte!

Roma, 1908.

MÚSICOS ESPAÑOLES

I

ALBÉNIZ

La fantasía meridional de Albéniz le permitió vivir en España, aun estando en Francia, y su amor á la Patria, agrandado y dolorido por la ausencia, imprimió á sus cantos ese carácter de visión lejana, de cálido ensueño y de ansia de cielo andaluz, mezclado con la elegante técnica francesa, de la que rara vez se aparta, lo que no impide á sus composiciones el ser esencialmente españolas en su fondo, como creaciones de un gran artista sincero que expresa sus sentimientos genuinamente andaluces con algún acento extranjero.

Albéniz, en sus continuos viajes, ha paseado triunfalmente su arte, que podemos considerar nuestro, y así debemos hacerlo, siendo, por desgracia, olvidado de muchos. Su figura es una de nuestras legítimas glorias, más apreciada, conocida y de ahí admirada en el extranjero que en nuestro país, que tanto le debe.

Albéniz, espíritu fino, aristocrático y muy de su tiempo, comprendió que vistiendo de admirable y

complicada técnica á sus composiciones, las había de hacer más interesantes y dignas de igualarse con las de los músicos eminentes de la actualidad, elevando las populares melodías españolas, que pertenecían por completo al pueblo y que él, sintiéndolas en todo su color, su vida y su poesía, las aristocratizó, vistiéndolas un poco á la francesa, eso sí, pero sin que en lo esencial perdieran nada de su españolismo indestructible, como evocaciones de un alma eminentemente española y artista.

Después de muchos viajes y antes de haber estudiado con la profundidad necesaria el contrapunto, consiguió Albéniz, por mediación del conde de Morphi, que Alfonso XII le pensionara para que pudiese ampliar sus estudios en Bruselas, como lo hizo, tomando por maestro á Gevaert, que le puso á estudiar desde los comienzos en los más elementales estudios de piano y composición.

Más tarde, bajo la dirección de Brassin, se perfeccionó en el piano, obteniendo el premio con gran distinción. Después recibió algunas lecciones de Listz, llegando á ser el maravilloso pianista de fama mundial, tan legítima como la que alcanzó en la composición.

Sus obras son muy numerosas, sobresaliendo, entre ellas, un «Scherzo», «Pavana», «Suite española», «Suite morisca», «Estudio», «Barcarola», «Trío en Fa», «El Cristo», «Albura Becquer», «Cuanto más viejo», «Pepita Jiménez», ópera sobre el asunto de la novela de Valera, y sobre todas «Ibiza», obra que basta por

si sola para dar á su creador la inmortalidad. Gracia inimitable, elegancia, visión de la tierra adorada con su cielo azul y su belleza, con sus habitantes de vehementes pasiones, de melancolías orientales y de ensueños meridionales, se juntaron y ofrecieron á la inspiración de Albéniz, que al dar forma á sus ensueños y añoranzas de su Patria lejana, se unió á ella por amor é idealizándola, supo cantarla, engrandeciéndola con su genio y haciéndose merecedor á que se le cuente entre sus más preclaros hijos.

La técnica empleada en «Iberia» es completamente francesa y quizá esté demasiado influída de debussyismo; pero únicamente en la forma, salvándose en absoluto de la superficialidad y sensualismo de dicha escuela y revelando la independiente personalidad y el idealismo de su autor.

Albéniz es un verdadero precursor, pues de él proceden artistas tan eminentes como Granados, Turina y Falla, de cuyo talento hemos de confiar mucho, porque aun cuando algunos de ellos están demasiado afrancesados, es de esperar que cuando definan por completo su personalidad, sigan en todo y no sólo en la forma. á su ilustre antecesor, para que como él todos los españoles, al enorgullecernos con su gloria, la podamos también considerar nuestra.

II

CHAPÍ

Artista que supo apoderarse reasumiendo en sí el alma popular española que en toda su música se en-

cuentra con la alegría graciosa, picaresca y chispeante y los ensueños semíticos, inherentes á nuestra raza, de la que Chapí es en música el más legítimo representante.

Toda su obra es eminentemente nacional, desde sus comienzos hasta su terminación con «Margarita la Tornera», inspirada en el famoso poema de Zorrilla, que con acierto difícil de superar lo llevó al drama musical, estrenándose en el teatro Real pocos días antes de la muerte de su autor, ¡verdadera crueldad de la suerte, que quiso hacernos gozar su obra genial momentos antes de perder para siempre al insigne artista, haciéndonos sentir sin lenitivo alguno el peso de su pérdida irreparable para España y el arte musical!

Desde sus comienzos reveló Chapí sus prodigiosas facultades, y con las obras enviadas desde Italia se realizaron las fundadas esperanzas que de tiempo se tuvieron en él.

Hombre de talento excepcional, de viva imaginación y gran temperamento para el arte, uniendo á todas estas condiciones una vastísima cultura y laboriosidad ejemplar, puede consiclerársele como uno de los músicos más fecundo de nuestro tiempo.

Su dominio absoluto de la orquesta nos asombra constantemente con sus sonoridades, y bien puede decirse que él hizo grande el género llamado chico, pues su inspiración y maestría convertían en joyas artísticas de inestimable valor á todas sus creaciones, por ligeras y superficiales que fueran en su asunto.

Como pensionado envió una «Polaca de concierto para orquesta», un «Motete á siete voces», «La hija de Jefté», ópera en un acto, estrenada en Madrid en Mayo de 1875, y algunas más. En el segundo año envió un «Poema sinfónico», «Escenas de capa y espada», y más tarde «Roger de Flor», ópera en tres actos.

En todas ellas se manifiesta ya su independiente y original personalidad.

En la zarzuela se le puede considerar como el verdadero maestro, siendo casi todas las suyas muy superiores á muchas de las óperas oídas en nuestro teatro Real: «Mujer y reina», «El Rey que rabió», «La tempestad», otras varias, y sobre todas, «La bruja», filigrana de arte, llena de gracia y de inspiración y con una sonoridad y colorido en la instrumentación que le coloca á la altura de las más grandes figuras, debiendo considerarla como uno de uno de nuestros más gloriosos patrimonios artísticos, cosa no comprendida aún por mucha gente, que no se da cuenta de la injusticia cometida, pues resulta inexplicable que no la hayamos podido oír todavía en el teatro Real, y sería de extrañar si los empresarios y el público en general no nos tuviesen tan acostumbrados á toda clase de anomalías.

Ni el público ni muchos de nuestros modernos músicos se han dado cuenta de la importancia y trascendencia de la obra realizada por Chapí, que, con el impulso que dió á la zarzuela, preparó el camino para la implantación de la ópera nacional.

Ninguna diferencia esencial separa á los dos géne-

ros. tenidos aquí por muchos como antitéticos, y así, en lugar de continuar la obra iniciada por él, la mayor parte de nuestros compositores se deciden por el cultivo de la insustancial opereta, indigna de todo verdadero artista, y más aún de los que deben aspirar á seguir las huellas que nuestro ilustre músico les marcó de modo tan glorioso y definitivo.

El alma de Chapí es esencialmente española, y con su sentimiento ha ido engarzando las bellezas regionales, y unificándolas sin que pierdan su variedad, nos ha ofrecido todos estos sentimientos de vida y amor, llevándolos al sublime de la Patria.

El severo y augusto carácter de Castilla ha inspirado el primer acto de «Margarita la Tornera», que contiene toda la grandeza y majestad propia de la región descrita. De Navarra y las Vascongadas recogió en «La bruja» la jota y el zortzico, que con su arte nacional en el fondo y universal en la forma admirable, de técnica perfecta, nos ofrece, sin que pierdan nada de su propio ambiente.

Toda la gracia madrileña de los descendientes de manolas y chisperos, con su picardía, sus atrevimientos, generosidad y nobleza de sentimientos, las recoge y nos la transmite en los primores del dúo de «El cortejo de la Irene», en «La chavala» y en «La revoltosa», obra que mereció los más calurosos elogios de Saint-Saens.

Las vehemencias meridionales y los estallidos de pasión de los andaluces, con toda la enervante poesía de su región, le inspiran, en otras creaciones, «Curro

Vargas» y «El puñao de rosas», y evocando la Andalucía árabe, crea la «Fantasía morisca», que contiene todos los ensueños inherentes á su raza, y con la que nos hace sentir el inefable encanto y poesía infinita, suave, melancólica, perfumada y dulce de las noches de Granada, y «Los gnomos de la Alhambra», leyenda admirable que compuso en tres días y que obtuvo un éxito inmenso cuando Mancinelli la estrenó en Madrid, corrigiendo así la injusticia realizada por un jurado inconsciente, que no otorgó el premio á la genial composición.

En «La venta de Don Quijote», que es el mejor comentario que ha tenido la colosal obra de Cervantes, nos transporta á la llanura manchega, haciéndonos escuchar la clásica seguidilla, que se destaca en el majestuoso silencio de las tranquilas noches de calma y meditación, peculiares de las tierras en donde tuvo su ~~cuna~~ el ingenioso hidalgo.

Sólo por su asombrosa espontaneidad le ha sido posible realizar tan fecunda labor en una vida relativamente corta. Chapí escribía con una facilidad casi increíble, y su viva imaginación, su inquieto carácter y su extrema sinceridad no le permitían perfilar mucho sus obras, que por eso mismo tienen todo el sello de su insigne personalidad, con todos sus defectos, si se quiere, pero también con todos los arranques de su genio, universal por su valía y por amor español.

CARLOS BOSCH

CERVANTISTAS HISPANO-AMERICANOS: LA OBRA DE JUAN MONTALVO

La obra máxima de Cervantes que es, al mismo tiempo, la obra máxima del genio creador de la raza, es no sólo patrimonio de España, sino de la humanidad: pertenece a uno de esos pocos libros que, triunfadores del tiempo y del espacio merced al poder divino de su contenido ideológico, se difunden en el mundo, como manifestación del alma universal.

Tan pronto, como Inglaterra, con la varita mágica de su fino y perspicaz sentido crítico, abrió ante la humanidad un mundo enseñado de belleza, revelando los escondidos é inagotables tesoros de purísima delectación que en sus entrañas guardaba el más hermoso, el más humano, el más profundo y seductor de los libros, todas las naciones vulgaron los ojos á ese libro, que fué traducido á todas las lenguas, llegando á ser popular en cuantos son los pueblos y naciones: los sabios, los eruditos, los filósofos desentrañan su oculto sentido, los literatos glosan sus escenas y loan

sus aciertos innumerables; los poetas, los artistas encuentran altos motivos para su inspiración en sus pasajes; los músicos, sugerencias para sus partituras; el público, los lectores de todo el mundo civilizado se familiarizan con la fábula maravillosa, cuyas dos figuras inmortales viven en todos los cerebros y en todos los corazones, porque llevan en sí la antítesis eterna entre lo ideal y lo real, el paralelismo irreductible entre lo espiritual y lo material, la antinomia perpetua entre el alma y el cuerpo. La peregrina é inmortal historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, al idealizarse para hacerse símbolo, ya no era de Castilla ni de España, sino de la humanidad y no sólo de la humanidad presente, sino de la humanidad pasada que reflejó y de la humanidad futura, á la que se adelantaba, como representación, como arquetipo de lo que debía ser el hombre en su marcha ascendente hacia un remoto ideal de perfección. Don Quijote, desde el momento en que—Minerva egregia—nació del cerebro del genio, ascendió á las esferas luminosas en que viven los héroes eternos de las grandes creaciones del espíritu humano, y, lo que es más, su espíritu divino tomó carne, tomó huesos, tomó sangre de su raza, para convertirse, por un milagro, en personaje real y verdadero, con influencia en la historia y en la marcha del destino humano, á la manera de los protagonistas de las epopeyas clásicas; caso éste, único que demuestra hasta dónde puede llegar la potencia creadora del genio. La por mil títulos ilustre Condesa de Pardo Bazán se ha ocupado en es-

tos días del centenario cervantino, de fijar el lugar que ocupa el *Quijote* entre las obras capitales del espíritu humano; y creemos que sería de un grandísimo interés estudiar la influencia que ha tenido la epopeya novelesca de Cervantes en la formación del espíritu moderno, en la evolución del pensamiento colectivo. Tarea la anterior que sólo puede ser enunciada aquí, ya que su desarrollo exigiría muchos volúmenes y un conocimiento que no puede ser ni vislumbrado por el que traza estos renglones. Basta considerar que la enorme creación cervantina ha adquirido una individualidad tan propia y substancial, que no sólo forma parte del idearium moderno y ha influido en las costumbres, lanzando destellos del más puro y fúlgido idealismo en la lucha lancinante de la vida real, sino que ha servido de venero inagotable para que penetrantes y escogidos ingenios de todas las naciones la estudiaran con amor, la glosaran con arte y la interpretaran con sabiduría. Apenas la crítica inglesa reveló al mundo la maravilla del libro que allá por los albores del siglo XVII había escrito un hidalgo español, que había pasado su vida *comiendo hambres y bebiendo sedes*, de todos los ámbitos del mundo surgieron espíritus que dedicaron muchos años de su vida al estudio ó la meditación de aquella *Biblia humana de la Edad Moderna*; formándose así la legión gloriosa de los cervantistas, entre los cuales recordamos en este á los ingleses Gayton, Bovole, Roscoe, Bradford, Wast, Fitzmaurice-Kelly, Butler Clarke, Spencer Ashbee, Schewil, Hallam; los ale-

manes, Baumstark, Dorer, Heine, Wolf, Scheeerbart; los franceses, Chasles, Saint-Beuve, Claretie, Mérimée, Starn, Morel-Fatio, Dumaine, Fulche-Delbosch, Rochel, Madeleine; los italianos, Mugnoz, Renier, Croce, Javey-López, Borghese, para no citar sino á algunos de los extranjeros. Y, después de toda la labor de estas falanjes insignes, aquel libro cumbre, aquel libro meta, aquel libro venero de idealidad inagotable está allí, más pleno, más luminoso y nuevo cada día, ofreciendo á las generaciones del futuro sus inexhaustos y fabulosos tesoros de ética y de estética.

Esta universalidad, esta popularidad del libro único, hizo escribir á uno de los críticos más grandes del pasado siglo, á Saint-Beuve, las siguientes frases: «El *Quijote* ha tenido la suerte del corto número de aquellos libros privilegiados que, por una forma singular, por una armonía y una disposición única de la realidad individual y de la verdad general, han llegado á ser el patrimonio del género humano. Habiendo comenzado por ser un libro de actualidad, se ha convertido en un libro de humanidad, y tiene para siempre sitio señalado en la imaginación de todos. Desde ese momento, todo el mundo se ha ocupado de él y ha tomado de él á su antojo, interesando lo mismo á los niños que á los hombres. Sin que lo pensara Cervantes, cada uno de nosotros es, á su manera, un Don Quijote y un Sancho Panza. En cada uno de nosotros se halla, en mayor ó menor grado, algo de esta deficiente alianza del ideal exaltado y del buen

sentido positivo y rastrero. En muchos es cuestión de edad: uno se duerme siendo Don Quijote y despierta siendo Sancho.»

Y si tan alto destino ha alcanzado el *Quijote* entre todos los pueblos de la tierra, que tanto se diferencian entre sí y de la nación que produjo la obra inmortal, por espíritu, por lengua, por sangre, por historia, por idiosincracia y por ambiente, ¿qué papel tan esencial y sagrado le tocaría desempeñar en la América hispana, cuya psicología, cuya raza, cuyas tradiciones, cuyos hechos y cuyas costumbres son las mismas que las de la Madre Patria, á pesar de haberse desatado, por una ley de vida necesaria, el lazo político que á ella le ligaba, y de quien heredó el privilegio excelso de vaciar su espíritu en el más divino molde que inventara Dios, en la más perfecta, sonora, rica y armoniosa lengua que, en homenaje al genio que á tan incommensurable altura la elevó, se llama en el mundo la *lengua de Cervantes*?

«Con las gallardías y exquisiteces del idioma — dice el maestro Rodríguez Marín — llevó á América el *Quijote*, y ha difundido entre sus naturales, de generación en generación, el delicado pensar y el caballeroso proceder, que son perpetua norma de conducta para el ingenioso y generoso Hidalgo Manchego, templado, en las exageraciones del idealismo, por la cordura meramente práctica de Sancho Panza, que con su burda experiencia, es en la inmortal novela cervantina la representación de la gran parte que toma en la vida lo material, barro miserable, sí, pero

lastre de todo punto necesario para que el globo de la existencia no se pierda ni estalle en los espacios de lo imposible y de lo quimérico.»

La anterior afirmación del ilustre cervantista está confirmada por la realidad pretérita y presente de Hispanoamérica. Desde la aurora del siglo XVII, en que, apenas publicado, se difundió el *Quijote* en los dominios españoles de ultramar, la sublime creación influyó y sigue influyendo en los destinos del Nuevo Mundo. ¿No es castizo de pura cepa cervantina el perfume que emana de los tres siglos coloniales? ¿Acaso no fué realizada esa obra capital y definitiva cuando América y España formaban un solo todo nacional? ¿No fué una épica quijotada la gesta magna de la independencia, cuyo más grande creador fué aquel genio portentoso, quijote entre los quijotes, Simón Bolívar, cuyas profundas analogías con el héroe cervantino ha señalado, de manera pasmosa, el fuerte cerebro de Unamuno?

Y, ahora mismo, al erguirse la América joven sobre el estadio del mundo, como cumplidora en el futuro, de los magnos ideales de la raza ibérica, ¿qué es sino un milagroso, infinito y multiforme avatar de Don Quijote?...

Y si tanto debe América al genio tutelar de Cervantes, ¿qué es lo que ha hecho América por Cervantes y su Don Quijote? Ha procurado, con amor filial, con unción fervorosa, conservar intacta la lengua en que bebió tantas y tan sublimes bellezas y enseñanzas; como un semidiós estético, ha colocado al divino

Manco, con orgullo, en el altar de todas las almas; florece en todas las mentes y todos los días, con perenne lozanía, la simbólica vida aventurera de Don Quijote y Sancho, que tan profundamente incrustada está en el alma popular. Hoy, ya que, por causa de la estupenda conflagración en que arde Europa, no ha podido celebrarse en Madrid el magno banquete espiritual, al que debían sentarse representantes de todos los pueblos de la tierra, según soñaba ese gran español que se llamó Canalejas, ha conmemorado el tercer centenario de Cervantes en íntimas exaltadoras fiestas espirituales, como las que celebró en 1905, en recuerdo de la publicación de la primera parte del *Quijote*. Y, sobre todo, ha levantado á la lengua castellana, á Cervantes y á Don Quijote, un monumento eterno. Al decir esto, no aludo al que, de mármoles y bronces existe, consagrado al Príncipe de los escritores españoles en alguna capital americana, sino á otro, más simbólico porque es ideal; más duradero, porque no es de mármoles ni de bronces, sino de pensamientos; más expresivo, porque no es de materia plástica, sino de palabras; más elocuente y múltiple que una estatua, porque es un libro.

Me retiero á la obra, en la que el gran escritor americano Juan Mentalvo, queriendo tributar al autor del Quijote y á la lengua española el más inaudito de los homenajes, acometió y realizó, brillantemente, una desconunal empresa literaria, escribiendo una obra admirable, si por lo atrevida, si por lo genial y cuyo solo título de *Cervantes que se le olvi-*

daron á Cervantes, desconcierta á cualquier lector que ignore el conocimiento pleno de la lengua, el don divino, la comprensión profunda del espíritu cervantesco y la maestría literaria que, en sumo grado, poseía el insigne americano, audaz imitador del libro inimitable. «Nadie en castellano, ha hablado de Cervantes y del Quijote como Montalvo en esas páginas», dice el maestro Rodó. — conciencia de la América ibera—; y añade: «Sin asomo de hipérbole, puede decirse que ellas son el análisis, condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada.»

De todo el vasto jardín cervantino que se ha cultivado en América y de toda la obra del más considerable de los cervantistas del Nuevo Mundo, vamos á acotar esta parte, la que comprende los *Capítulos que se olvidaron á Cervantes*, obra póstuma de Juan Montalvo, uno de los libros fundamentales de la literatura americana y digna ofrenda que la América española puede presentar en este tercer centenario del tránsito á la inmortalidad de Miguel de Cervantes Saavedra.

Pero antes de hablar del autor y de su obra, es necesario que digamos algo acerca del medio en que aquél floreció y ésta se forjó. Antes de examinar el efecto, debemos ir á la causa: el artífice y la obra no pueden sustraerse á su medio, el cual imprime á la personalidad de sus hijos y á las obras que éstos crean el sello distintivo del genio nacional.

Al llegar á este punto, me siento poseído de sincera y honda emoción. Voy á hablar de mi patria, y para hablar de la patria, como para hablar de la madre, no hay en ningún idioma palabras que contengan la virtud suficiente para expresar lo entrañable y hondo de nuestro amor hacia una alma y hacia una tierra, que siendo tan grandes, caben tan bien en el hueco de nuestro corazón... Intentaré, sin embargo, decir unas palabras acerca de ese maravilloso país del Ecuador.

Bajo el purísimo y luminoso cielo equinoccial y besada por las ondas del Pacífico, despliega, como un abanico fabuloso, en una teoría armónica de los más bellos y diversos paisajes, toda la pompa de su majestad, esta tierra prodigiosa, hija de América y del sol.

El arco de ese abanico corresponde á su extensa costa, los extremos del varillaje á las fronteras con las Repúblicas de Colombia y el Perú, y el vértice se pierde en el colosal y fabuloso Brasil. En la costa está la América tropical en toda su grandeza: vastas selvas intrincadas y milenarias; ríos anchos y solemnes, una flora de alucinación, una fauna variadísima y pintoresca; ciudades y puertos florecientes destacándose en una decoración de magia, y á orillas de su ancho río, recostada como en una alfombra de esmeralda, la ciudad de Guayaquil, emporio de la República y uno de los puertos más importantes del Nuevo Continente. Avanzando hacia el interior, se encuentra la cordillera de los Andes que se ha abier-

to en dos ramales que corren de Norte á Sur, formando la más considerable é imponente avenida de volcanes que existe en el mundo. Allí se alzan al cielo, entre cien montañas, blanco y mayestático, el Cayambe; escarpado y hosco, el Imbabura; abrumador y grandioso, el Cotacache; sombrío y brumoso, el Mojanda; legendario é imponente, el Pichincha; humeante y trágico, el Cotopaxi; bello y armonioso, el Tungurahua; desquiciador y múltiple, el Altar; llameante y amenazador, el Sangay; y, dominándolo todo, tocando ya en las nubes, deslumbradora y soberbia, la cúpula eterna del sublime Chimborazo!

La doble cadena de los Andes, en su parabelismo armónico, levanta, con sus enormes moles, el territorio en una vasta extensión ocupada por mesetas y valles deliciosos, parajes de égloga é idilio, floreciendo en perpetua primavera. Las dos sierras andinas son el sistema dorsal del Ecuador: allí está el centro de gravedad del país, es la región más poblada, teniendo escalonadas ciudades de mucha importancia. Empezando por el setentrión, encontramos Ibarra, ciudad de ensueño, serena y dulce, que se aduerme á la sombra de sus palmeras, que cabecean al soplo de la brisa perfumada, como queriendo besar el blanco caserío; la legendaria ciudad de Quito, corte de Atahualpa, en la epoca incásica, asiento de la Presidencia en la colonia, una de las tres capitales de la Gran Colombia y metrópoli hoy de la República del Ecuador, ciudad insigne que, como un nido de águilas, se asienta en plena cordillera andina, en uno de

los flancos del volcán Pichmeha, cuyas cumbres inhiestas sirven de obscuro fondo á la pompa imponente de esta ciudad, toda llena de cúpulas que se elevan, de campanarios que cantan, de agujas que suben al cielo. Luego, apacible y callada, como humillada por el trágico volcán á cuyas plantas se asienta y que tantas veces ha vomitado fuego sobre ella, se encuentra la ciudad de Latacunga; sigue, en un valle numeroso, dominada por un monte blanco y de tal perfección cónica que parece moldeada con esmero por la mano del Supremo Artífice, á orillas de un río que pasa cantando, la ciudad de Ambato, pequeña en extensión; pero grande, por haber sido señalada por el destino para cuna de uno de los más egregios maestros del pensamiento americano, que por tal es considerado, unánimemente, el escritor de que hoy nos ocupamos. Viene después Riobamba, noble ciudad ancha y serena, que se asienta en una planicie dilatada, cuyo horizonte inmenso, cerrado por nevados ingentes, presenta perspectivas, que apenas tendrán rival en el mundo, por lo soberbias y grandiosas. La Capital de la República y estas ciudades se comunican entre sí y con el mar por un ferrocarril que, partiendo de la orilla izquierda del río Guayas, frente á Guayaquil, se dirige hacia el interior. escala—titán de fuego—la cordillera de los Andes, por cuya sierra escarpada cabalga triunfante, hasta llegar á Quito, después de haber salvado alturas superiores á tres mil metros. Al Sur, quedan Cuenca, envuelta en un ambiente universitario y literario, y Loja, ciudad

próspera y floreciente, rodeada de una campiña varia y riquísima. Y al Oriente, en toda la enorme extensión comprendida entre los ríos Caquetá y Amazonas, entre la cordillera andina y el Brasil, se dilata una región fabulosa, de centenares de miles de kilómetros cuadrados, cubierta de bosques milenarios, regada por uno de los sistemas fluviales más importantes de América, guardando, inexplorados, los más preciados productos, vegetales y minerales del mundo, y apenas habitada por el hombre. Esa misteriosa región de maravilla es el Ecuador del porvenir, la que nutrirá, generosamente, á una gran parte de la humanidad futura, cuando la corriente emigratoria europea se encauce hacia esa tierra pródiga que parece esperar al esfuerzo humano para hacerle entrega de sus tesoros inagotables. Es el Oriente ecuatoriano, «el Dorado famoso, la alucinante comarca del oro que los españoles persiguieron como una visión...»

En este escenario de maravilla, la sublime é ininterrumpida acción que supone la marcha evolutiva del pensamiento humano, ha tenido grandes actores. Desde la época del dominio español, en que empezó á cuajar la verdadera nacionalidad, el Ecuador ha producido hombres insignes por los dones del espíritu. Si nos pusiéramos á citar á todos, la lista sería larguísima; mencionaremos sólo á los representativos, á aquellos cuya personalidad señala una corriente, representa un grupo, encarna una época. Entre éstos encontramos á los sabios Pedro Vicente Maldonado y Eugenio de Santa Cruz y Espejo, que condensaron

en sus mentalidades todo el saber de la Colonia; á José Mexía y Lequerica, verbo de la Democracia en las inmortales Cortes de Cádiz; á Olmedo, el pindárico cantor de la Independencia; á Montalvo, artífice incomparable del idioma y maestro excelso del pensamiento latinoamericano.

De este último escritor y eso sólo en uno de sus aspectos, patente en una obra singular, voy á ocuparme en estas líneas: el panorama literario que presenta Juan Montalvo no puede ser abarcado de una sola vez, ni menos enfocado en un solo trabajo; es tan considerable, multiforme y vario, que al mismo Don Juan Valera hizo escribir: «Para juzgar á Juan Montalvo, para dar una idea aproximada de lo que vale y significa sería menester escribir un grueso volumen. Juan Montalvo no es un escritor así como quiera. Es el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado é inaudito de todos los prosistas del siglo XIX. No basta para comprenderle y juzgarle bien, leer tres ó cuatro veces la multitud de obras que ha escrito. Menester es estudiarlas con aguda y honda atención para desentrañar su sentido, para tasar, en su justo valor, lo que el autor piensa y dice, para colocarle en el lugar y á la altura que merece y para calcular y prever la importancia y el influjo que debe tener en la literatura hispano-americana y en la del mundo entero.»

Para cuna de este hombre singular, el destino, que preside la vida de los pueblos, había elegido la apacible ciudad ecuatoriana de Ambato, en la que nació

Juan Montalvo, de familia distinguida, en 1833. Educado con esmero, asimiló en su juventud un considerable acervo de conocimientos en todos los ramos del saber, y desde sus comienzos de escritor se nos presenta como dueño de una completa y excepcional cultura, de la que hace derroche en toda su obra, que fué, como su vida, un perpetuo afán de Verdad, de Bien y de Belleza, presentando uno de los casos más típicos de compenetración íntima entre la vida y la obra de un escritor. Sembrador generoso de ideas, esparció la simiente de las nuevas doctrinas en el campo removido de las democracias de la América latina; Quijote, poseído de un divino ensueño, rompió muchas lanzas por la libertad, luchando contra los tiranos y tiranuelos que oprimían á su Patria, de la que vivió, casi siempre, fugitivo. A Europa vino varias veces; largos años pasó expatriado en diversos puntos de América, y murió en París, en 1889. Su muerte, bella y estoica, dice lo que fué su vida. Solo y pobre vivía en París. Al llegar aquel invierno, una antigua dolencia al corazón se le agravó á tal extremo, que se hizo necesaria la intervención quirúrgica. Con gesto sobrehumano, rechazó el anestésico que iban á aplicarle los cirujanos, y, en su cabal sentido, sereno é impasible, sufrió una operación dolorosísima. Al día siguiente, comprendiendo que le había llegado la hora del supremo trance, abandonó el lecho, y, como para recibir á una alta dama, se vistió de etiqueta y, en un sillón de la estancia, esperó á la Pálida. Había mandado que le trajeran flores, por-

que «un cadáver sin flores le había entristecido siempre», y acariciando unos pétalos fragantes, en una inetable serenidad, expiró...

Pero su obra le sobrevive y le sobrevivirá—tantos elementos eternos contiene—como el aporte más glorioso de todo un pueblo al acervo de la literatura universal. El egregio monumento escrito que levantó el superior espíritu de Montalvo está formado, principalmente, por *El Cosmopolita*, páginas escritas para combatir la dictadura del formidable García Moreno, pero infundidas de un aliento universal y duradero; los *Siete Tratados*, libro magistral y definitivo, en el que su autor nos enseña toda su filosofía; las *Catilinarias*, en las que su verbo encendido, lanzando rayos fulminantes, pulveriza una tiranía; la *Mercurial Eclesiástica*, en la que hace una admirable defensa de la obra de su vida, frente á los anatemas que, con espíritu estrecho, arrojara sobre ella el Arzobispo de Quito; *El Espectador*, modelo de revista, escrita por él solo, á la manera de Adison; *El Regenerador*, otra publicación que, por la solidez de sus doctrinas y por lo maravilloso de su forma, acaso no ha tenido igual en la América del Sur; *Geometría Moral*, llena de un raro y bello simbolismo, que hace de ella un original y exquisito libro; y la imitación del libro inimitable, la obra más ardua é inaudita que, desde el principio de la era cervantina, autor alguno pudo intentar; los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes* y que llegan á sesenta, formando un grueso volumen, que constituye una de las piedras angulares de la glo-

ria de su autor y el libro clásico por excelencia de la literatura ecuatoriana.

La obra total de Montalvo es de aquellas que se imponen necesariamente á la admiración. Muchas y muy bellas cosas han dicho acerca de ella los más grandes escritores y críticos europeos y americanos de la segunda mitad del siglo XIX. En el Ecuador y con el título de *Montalvo ante sus admiradores extranjeros*, corre impreso un libro, en el que se ha recogido una parte de los juicios que la labor del gran polígrafo ecuatoriano mereció de sus más excelsos contemporáneos. Allí constan encomios suscritos nada menos que por Víctor Hugo, Lamartine, César Cantú, de Amicis, Castelar, Hartzembusch, Juan Valera, Menéndez y Pelayo, Clarín, Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán, Cuervo, Caro, para no citar, de diversas naciones, sino á algunas de las más altas cumbres. Pero si la patria ecuatoriana guardaba como un tesoro esa excepcional y preciada corona de elogios tributada al mayor de sus hijos, estaba, desde hace tiempo, esperando la orgánica y definitiva obra de examen que estudie á fondo la total obra de Montalvo, contemplando á su autor en el puesto que, por derecho propio, ocupa ya entre los escritores universales. Este anhelo ecuatoriano ha sido ya cumplido, merced á la labor del insigne pensador uruguayo, D. José Enrique Rodó, que en su obra *El Mirador de Próspero*, hace un acabado estudio de la personalidad de Montalvo. «Tenemos ya—dice bellamente el fino espíritu de Gonzalo Zaldumbide—esculpida en

el más puro mármol la estatua de Montalvo. El cincel de esta crítica escultórica, nos la da, sublime en la expresión, estupenda en el arranque gallardísimo de la actitud. Tenemos ya la gran estatua, tal como es bien que la vean de todos los confines de la América, ornato y gloria de nuestro panteón espiritual, orgullo que atrae, retiene y lanza siempre hacia arriba... El elogio que Rodó hace del hombre y la obra es una de las más bellas prosas existentes en lengua de Castilla. Esta gran prosa de poema y de lápida á la vez, ha consagrado la soberanía de Montalvo en los dominios de la noble escritura. No cabe homenaje más alto ni mejor rendido...» Lo que ahora falta es una edición completa que popularice las obras del escritor ecuatoriano en todo el vasto mundo de lengua castellana.

Tarea larga y prolija, que alargaría de manera impropia este humilde trabajo, sería la de transcribir algunos juicios que la inmensa personalidad de Montalvo ha sugerido á los más altos espíritus modernos. Mas como en algún magnate del pensamiento tiene que ampararse nuestra inopia, en alguna firme autoridad tiene que apoyarse nuestra insignificancia, como guías egregios, al través de la magnífica y esplendorosa selva en la que nos ha hecho penetrar nuestro deslumbramiento de neófitos, hemos escogido á dos maestros representativos, español, el uno é hispanoamericano, el otro: Don Juan Valera, que con *Clarín* y Menéndez Pelayo compartió el imperio de la crítica española en el último tercio del pasado siglo;

y Don José Enrique Rodó, concesión excelsa del pensamiento americano, mentor de las nuevas generaciones y el que hoy sostiene, gallardamente, el centro literario de América, que un día estuvo en las manos consagradas y apostólicas de Juan Montalvo.

Al referirse á la substancia, á la entraña del contenido ideológico de la obra de nuestro escritor, dice Don Juan Valera en el prólogo de *Geometría Moral*... «En los *Siete Tratados*, así como en este libro que hoy presentamos al público y que puede considerarse como el tratado octavo y último, lo primero que se admira es el saber vastísimo del escritor, la fuerza de su memoria con que retrae á la mente cuanto sabe, y la alada virtud de su fantasía con que une unas cosas y otras, y vuela natural y graciosamente de un asunto á otro asunto, sin que haya confusión ni obscuridad en lo que dice, sino mostrándose siempre claro y discreto. Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella, sin confusión y con holgura y orden todo el saber de Europa, desde los primeros tiempos de la clásica civilización greco-latina hasta el día de hoy; y tal es la pasmosa capacidad de su rico, pintoresco y brillante lenguaje, que por su medio expresa y trasmite cuanto sabe: filosofía, religión, literatura y bellas artes, poniendo en todo, antes de expresarlo, el sello original y característico de su propia persona.

.....
No se puede negar que Juan Montalvo aprendió cuanto había que aprender, y que el espléndido teso-

ro de ciencia y de experiencia acumulado en su alma brota de ella resplandeciente, con los vivos y variados colores de su imaginación y corre y se precipita más como impetuoso torrente que como manso y caudaloso río.....

.....
¿Qué punto de moral, de doctrina teológica, de dogmas y principios filosóficos antiguos y modernos no toca Juan Montalvo en sus *Siete Tratados*, y también en el presente libro póstumo, que, según ya dicho, como su tratado octavo debe considerarse? No hay cuestión social, política ni económica que nuestro autor no pretenda dilucidar en el tratado de la *Nobleza*; en el de la *Belleza* expone y nos enseña su estética; en *El banquete* de los filósofos nos deja ver el luminoso entusiasmo con que comprende y ama la poética y noble sabiduría de Sócrates, de Platón y de cuantos egregios varones florecieron en Atenas en el gran siglo de Pericles; en el tratado del *Genio* penetra en las profundidades del espíritu humano, ilumina con la luz de su entendimiento los centros más recónditos y oscuros que allí hay y traza una sutil é ingeniosa psicología; y, por último, en el tratado contra un *seudocatólico* manifiesta su manera, un tanto racionalista y quizá más liberal que ortodoxa, de concebir, de aceptar y de venerar la religión cristiana, contraponiéndose no poco, á mi ver, el fervor con que acepta y sin duda la admira como la definitiva religión del humano linaje, con sus tremendas sátiras y audaces diatribas contra el clero secular y re-

gular y contra la disciplina y jerarquía de la iglesia.

.....

Su labor literaria es cual riquísima y extensa mina que debe ser denunciada y acotada sin que le falte la menor dependencia, á fin de que las personas que puedan y sepan la laboreen ó la exploten, como se dice ahora.»

Después, Rodó ha venido á decirnos... «¿Qué hay, entonces en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas; hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante á que aplicamos el nombre de *luchador*. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala ó se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte.

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago están impregnados en una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado á ser íntimos de él, cualquiera página suya trae, aun independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de consuelo, como el son de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre más que

en la palabra. Hay autores que á sus prestigios y excelencias de orden literario, reúnen un no aprendido don magistral con que instituir la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría del alma, el temple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego ó de una iniciación religiosa. Es de aquellos á quienes puede decirse: Armame caballero...»

Montalvo está, pues, consagrado como un positivo y alto valor mental, de honda y verdadera eficacia, como una fuente idiológica que se derrama fecundizando el campo del pensamiento americano y corre propulsando el movimiento evolutivo de la cultura del Nuevo Mundo.

Ahora, pasemos á contemplar en otro de sus aspectos principalísimo y de gran interés artístico, en el de sacerdote del idioma, á cuyo tabernáculo sube, portando al dios de la idea, encerrado en la maravillosa custodia literaria que él cincelara con el amor y el esmero de un monje orfebre del Renacimiento. Montalvo estilista y adorador de la forma es tanto o más interesante y admirable que Montalvo creador y sembrador de idealismo. Los espíritus que temen que el idioma de Cervantes llegue á falsearse y desvirtuarse,

por obra de diversas y contrarias influencias, en el Nuevo Mundo, se consolarían plenamente leyendo á este escritor que muestra en sus obras un apogeo del castellano, brillando en todo su esplendor y pureza.

Creemos, con toda sinceridad, que no existe ni ha existido nunca, peligro para nuestro insuperable idioma en América, viniendo á quedar reducido ese peligro á falsas alarmas de puristas estrechos y nimios, cancerberos del léxico, que se escandalizaban y se escandalizan ante los legítimos, racionales y saludables empeños de renovación que escritores españoles é hispanoamericanos han ejercitado en la lengua madre, que, como cosa viva que es, tiene que crecer, modificarse y evolucionar, de conformidad con el espíritu del siglo y con las exigencias de la vida moderna. Nunca ha existido peligro para el castellano en la América latina; al contrario, allí se le ha rendido, quizá más culto que en la misma Madre Patria. A Montalvo, precisamente, le tocó vivir en una época de plena idolatría de la forma; no sólo ya literariamente, sino hasta gramaticalmente considerada: los clásicos, entes casi divinos; Bello, Baralt, Cervo, Caro, los pontífices máximos; la Academia de la Lengua, un poder sumo. Eran aquellos tiempos en que, tanto era el prestigio del afán purista que, según una frase gráfica, en una nación de Suramérica, «se llegaba á la Presidencia de la República, con la Gramática castellana bajo el brazo». A tal punto se llevó el amor á las formas arcaicas que llegó á constituir una obsesión, entre los literatos escribir de la misma

manera que los clásicos castellanos del siglo de oro. Montalvo, como hijo de su tiempo, participó también de ese empeño reconstructor del idioma; sólo que en él, á más del estilista, había el genio creador. Por esto sobre la obra correcta, pero fría; acabada, pero inerte de los hablistas de su tiempo, surge triunfadora su obra vernal, vibrante, joven y eternamente viva.

Todo cuanto pudiera decir en elogio de lo artístico de la forma literaria de Montalvo lo han dicho ya, de manera inigualada los dos grandes maestros, citados anteriormente. Nos limitaremos, en consecuencia, á transcribir, á este respecto, una pequeña parte de lo que éstos han escrito en loa de la magia verbal de nuestro autor, esperando ser perdonado de la frecuencia de las citas, en gracia á la belleza de éstas y á venir de quiénes vienen. Del lenguaje de Montalvo, habla así el autor de *Pepita Jiménez*:

«... No sólo habla y escribe el castellano puro, sino que lo ha estudiado con amor; posee el rico tesoro de sus vocablos, giros y frases y los emplea y ordena con inagotable facundia y con artística destreza para expresar sus pensamientos. No se les ocurrió jamás, por estupendos y peregrinos que sus dichos pensamientos fueren, que no bastara para transmitirlos al prójimo el habla de Cervantes, de ambos Luises y de Santa Teresa:

En todos los *Tratados* de Juan Montalvo, así como en el tratado presente de *Geometría Moral*, el len-

guaje castellano no pudo ser más castizo, ni puede ser tampoco más propio ni más exclusivo de su autor. No es arcaico, no es neologista é modernista; no contiene frase ni giro ni cláusula, ni vocablo que no prescriba nuestra gramática y que no contenga nuestro léxico. En el estilo de Juan Montalvo no se advierte el menor vestigio de imitación de nuestros antiguos autores. Se diría que los ha leído todos, que los conoce todos, y que, apoderándose luego de la riqueza de expresión que cada uno poseía y empleaba, ha compuesto y ha logrado valerse de una muy singular manera de escribir, donde, sin contraposición violenta, pasa de lo más encumbrado y sublime á lo más familiar, pareciéndonos siempre extraño y nuevo, sin perder la espontaneidad y sin que podamos tildarle de rebuscado.»

Ultimamente, el autor de *Ariel* nos dice cosas maravillosas del estilo de Montalvo. Recordemos algunas afirmaciones del maestro. Dicen así: «... La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo en esto por ideal la vuelta á los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo, que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y

deleite. Nunca se trajo á luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigualla, tanta hoja de hierro, tomada de orín, tanto paramento de seda, tanta alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada de esas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma en truncos caracteres una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo, y tiene del museo hasta la profusión que desorienta á la curiosidad y que, dejándola suspensa á cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con que guiarse adonde está lo principal. La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables. La obra de rehabilitación de las buenas y sabrosas tradiciones de la sintaxis y el léxico, realizada en lengua española por Montalvo, no representa mérito inferior á la que, en lengua francesa, llevó á cabo, algo anteriormente, Pablo Luis Courier, abriendo paso en las lánguidas formas prosaicas de su tiempo, al habla rancia y generosa desenterrada de los frescos sótanos de Montaigne y de Amyot. Como el traductor de *Dafnis y Cloe*, á quien, por otra parte le vincula la común potestad del dardo satírico, Montalvo fué artifice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad.....

.....
La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el

suyo. Llevó á su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el *genio* del idioma; sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias, sin evitar ninguno de los escollos á que por espontánea propensión se tuerce su curso, ni tender á suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión: de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, al través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en claro sus desproporciones, ó como una artificiosa alquitara de donde se surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia.

.....

Esta obra de selección y concierto de las varias riquezas del tiempo antiguo, bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador; ese certamen de las suntuosidades de la lengua se compararía con el alarde de magnificencia colectiva que presidió a la fábrica de El Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España: el mármol de Filabres, el jaspe de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsain, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de Indias. Nadie hubiera podido manejar con mayor tino aquellos tesoros.

.....

La lengua de Montalvo es victoriosa demostración

de lo mucho que, á pesar de juicios vulgares, cabe contener en el romance heredado del Conquistador cuando se le conoce en lo hondo y se le solicita con enamoradas instancias; ó es, si se prefiere, demostración de la indefinida amplitud que el genio personal de un gran escritor logra arrancar á los endurecidos moldes de una lengua añeja, sin deformarlos ni caracterizarlos

En Montalvo, sobre el oficioso afán de la corrección, se encumbra el divino sueño de lo bello.

Tenía por amor á lo bello, el sentimiento tiránico, implacable, de la forma; la comprensión de lo artístico de la palabra, con aquel extremo de amor capaz de detenerse en mitad del más arrebatado apóstrofe ó de la más absorta reflexión, para extasiarse en la cadencia de una frase, en el relampagueo de un epíteto ó en la nobleza de un vocablo añejo. A la conclusión de tal rasgo, al final de tal cláusula, se adivina el grito de orgulloso júbilo del artista que ha llegado á hacer lo que quería y está contento del dios que alienta en él.»

Y, así, á este tenor, pudiéramos seguir transcribiendo páginas y más páginas. Pero ¿para qué? Esto ya no sería, y menos en esta ocasión ni pertinente ni necesario. Los juicios apuntados, á los que pudiéramos añadir otros cien, de las más altas figuras del pasado siglo, bastarían, si ya no lo estuviera, para consagrar á este hombre extraordinario como un re-

presentativo del genio hispano trasplantado á América: Montalvo, sin dejar de ser un escritor universal, muestra en su obra, puesto de manifiesto en lo que constituye el latido de la raza y la entraña del idioma, el más genuíno abolengo castizo y la influencia renovadora del estupendo medio americano que fortifica y remoja y pone alas y presta vibraciones nuevas al indomable y eterno nervio de la raza.

Este consorcio armónico de personalidades, esta conciencia de su progenie ilustre, esta compenetración con el espíritu español, este amor á la tradición clásica, este culto á la lengua madre, le llevaron á imitar lo inimitable, en una inaudita empresa de continuación, nada menos que de la obra cumbre de la literatura castellana y de la literatura universal, sin otro propósito, él lo declara paladinamente, que hacer un ensayo del idioma y tributar un homenaje al autor del Quijote, escribiendo los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*.

¡Una imitación del Quijote! ¿Quién pudo atreverse? ¿No sabía el audaz que el mismo Cervantes dejó muerto y sepultado á su héroe, para que nadie volviera á tocar al loco inmortal? Esta intención está expresamente manifiesta, cuando, dolido por la infamia de Avellaneda, dice en el prólogo de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*: «Y no le digas más, ni yo quiero decirte más á ti, sino advertirte, que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote*, que te ofrezco, es contada del mismo artífice y del mismo paño que la primera y que en ella te doy á *Don Qui-*

jote dilatado y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarme nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta también que un hombre honrado haya dado noticias destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo.» ...Y al final de la sin par novela, cuando... «el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á ti lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen rey
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es, carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio...»

Después de esto: ¿Quién podría poseer la fuerza creadora suficiente para volver á agitar ese cosmos estético que constituye la magna epopeya novelesca? ¿Quién podría tener el soplo genial para volver á animar la más sublime de las figuras artísticas que han visto y verán los siglos? ¿No se comprendía que cualquier ingenio, por superior que fuere, resultaría empequeñecido al intentar medirse con el sumo modelo? ¿Se ignoraba que en semejante empresa habían fracasado grandes escritores de diversas nacionalidades? ¿Qué nueva vida de Don Quijote podría darnos un autor americano, á las alturas del último tercio del siglo XIX; esto es, al cabo de cerca de tres centurias de popularidad, de glorificación, estudio é interpretación del libro incomparable?...

Nada de esto ignoraba Montalvo, y para manifestarlo, demostrar su comprensión plena, su compenetración profunda con el espíritu de Cervantes y justificar el noble propósito y la sana intención de su obra, escribe su famoso prólogo de tanto ó más valor que la obra misma, de la que es clave, de tal manera, que analizado aquél, queda ésta analizada, Así lo vamos á hacer, de manera sumarisima, por imperiosas exigencias de espacio.

La obra, como tantas veces lo hemos repetido, se titula: *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, y para los que no la conozcan, diremos que lleva como subtítulo el de: *Ensayo de imitación de un libro inimitable*, á lo que se añade: *obra póstuma de Juan Montalvo*; pues salió á luz en París, cuando ya había

muerto su autor. Después, la casa Montaner y Simón, de Barcelona, ha hecho de ella dos ó tres ediciones. Es un volumen de más de trescientas páginas, en cuarto mayor.

Pasemos bajo el egregio frontis de este libro, en el que el autor ha grabado áureamente este alto y hermoso pensamiento suyo: *El que no tiene algo de Don Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes*, y nos encontramos con el célebre prólogo, que rompe así, de manera tan gallarda como castiza: «*Dame del atrevido; dame, lector, del sandio; del mal intencionado no, porque ni lo he menester, ni lo merezco. Dame también del loco, y cuando me hayas puesto como nuevo, recíbeme á perdón y escucha. ¿Quién eres, infusorio — exclamas —, que con ese mundo encima vienes á echármelo á la puerta? Cepos quedos: no soy contrabandista ni pirata: mía es la carga: si es sobradamente grande para uno tan pequeño, no te vayas de todas por este único motivo; antes repara en la hormiga que con paso firme echa á andar hacia su alcázar, perdida bajo el enorme bulto que lleva sobre su endeble cuerpecillo. Si no hubiera quien las acometa, no hubiera empresas grandes; el toque está en el éxito...*» En seguida pasa á analizar, de manera pasmosa, la inmortal creación, Don Quijote, que pone por encima de las obras maestras de todas las literaturas, como pone á Cervantes por encima de los más grandes genios de la humanidad. Luego explica la intención que tuvo al escribir esos capítulos, con estas palabras llenas de noble sin-

ceridad: «Si fué el ánimo de ese hombre, dirán buenos y malos, componer un curso de moral, según el mismo lo insinúa, ¿cómo vino á suceder que prefiriese la manera más difícil? ¿Puede él tomar á Don Quijote en las manos sin que se desperfeccione la figura más rara, delicada, original y graciosa que nunca ha imaginado ingenio humano? ¿Y qué será Sancho Panza salido de esa pluma, la cual, si no es de avestruz, no es sin duda la maravilla que Cervantes arrancó al ave Fénix, y tajada y aguzada por un divino artista, le acomodó este entre sus dedos maestros? ¡Pluguiése al cielo que tan lejos nos hallásemos de Avellaneda, como debemos de hallarnos de Cervantes! Por lo menos es verdad que si no ha sido nuestro el levantarnos á la altura del segundo, no hemos descendido á la bajeza del primero.....

.....

Tómese nuestra obrita por lo que es—un ensayo—, bien así en la substancia como en la forma, bien así el estilo como el lenguaje. ¡El lenguaje! Nadie ha podido imitar el de Cervantes ni en España, y no es bueno que un americano se ponga á contrahacerlo; bonito es el hijo de los Andes para quedarairoso en lo mismo que salieron por el abañal ingenios como Calderón y Meléndez! La naturaleza prodiga al semibárbaro ciertos bienes que al hombre en extremo civilizado no da sino con mano escasa. La sensibilidad es suma en nuestros pueblos jóvenes, los cuales, por lo que es imaginación, superan á los envejecidos en la ciencia y la cultura.» Después, nos refiere la génesis de su

obra, nacida del consorcio del amor á Cervantes, del estudio de la lengua y de la observación de la realidad: «Este introito psicológico—nos dice— va encaminado á un hecho, y es dar á saber á nuestros lectores, si nos los depara el cielo, que las escenas de nuestra obrita titulada *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes* no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas, mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad. ó convertidos en cuadros completos, gracias á un miembro, un toque, un brochazo que, hiriendo nuestros ojos, se han ido adentro á despertar en el alma el mundo de sensaciones que suele estar pendiente de una reminiscencia entorpecida. Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle á la historia cortapisas y arrequives con sabor de antigüedad y caballería.

El caso fué que un tiranuelo de esos que no pueden vivir en donde hay un hombre y llaman enemigos del orden á los campeones de la libertad, nos tomó un día y nos echó á un desierto. No tantos años como Juan Crisóstomo en el Pitio; pero allí vivimos algunos sin trato social, sin distracciones, sin libros; ¡sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derrretíos en lágrimas. Por rehuir el fastidio, ó quizá los malos pensamientos, tomamos la pluma y pusimos por escrito en tono cervantino una escena que acababa de ofrecernos el cura del lugar, ignorantón, medio loco y aquíjotado.

La cosa no era para echada al olvido: y como hubiésemos anteriormente dado á la estampa, un escrito titulado «Capítulo que se le olvidó á Cervantes», el cual fué acogido con aplauso en la América del Sur, quizá porque era un venablo contra el susodicho tiranuelo que harto tenía de Quijote, buscándonos el diablo, describimos la escena; y por aprovecharnos de ciertos estudios que teníamos hechos de la lengua castellana y del ingenioso hidalgo, pasamos adelante, hasta cuando á la vuelta de seis meses, los capítulos hechos y derechos eran sesenta; ¡sí, señores, sesenta! De éstos, las cincuenta serán escoria: como se nos cuajen los diez, y rueden en el crisol en forma de granos y de pepitas relucientes, felices nos estimaremos y ricos además con tan humildes preases

.....

Pero Cervantes, argüis, le dejó muerto y enterrado á Don Quijote, á fin de que nadie osase tocarle después de él; ¿cómo sucede que nos le presentáis vivo y efectivo, en carne y hueso, después de tantos años como ha que es polvo y nada en las entrañas de la sepultura? ¿Sois acaso Geneo o Mambreio, mágicos que imitan los milagros de los profetas?... ¿O Abarís, ese brujo sublime que sobre una flecha encantada pasa montes, cruza mares? ¿O Apolonio, que resucita muertos? —No, señores; ni siquiera D. Enrique de Villena ó Pedro Balayarde: á Don Quijote no le hemos resucitado: no hemos hecho sino seguirle la pista á su conductor: olvido que le sucede, asunto nuestro es. Por esta razón la obrita lleva por título *Capí-*

tulos que se le olvidaron á Cervantes; y limpios nos hallamos de ese grande negro hecho que se llama exhumación.»

.....
El prólogo está lleno de sutiles análisis psicológicos, de brillantes y plásticas evocaciones históricas, de densa doctrina filosófica, de peregrinas bellezas literarias, de interesantes disquisiciones filológicas. Al través de aquellas páginas magistrales vibra un espíritu de exaltación y de amor al Manco divino, al sublime Caballero de la Triste Figura y al inmortal idioma de Castilla. No nos resistimos á la tentación de copiar el trozo final de ese himno, en prosa, la maravillosa invocación y evocación á los grandes maestros de la lengua castellana:

«... Espíritu de la Santa Doctora, desciende sobre mí, alumbrame. Alma del padre sabio; ¡oh, tú, Granada invisible!, si en tus peregrinaciones al mundo; si cuando sales á recoger tus pasos, aciertas a distinguir á este devoto de tu nombre, bendícele!

Y tú, Cervantes, á quien he tomado por guía, como Dante á Virgilio, para mi viaje por las oscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame; llégate á mí y apóyame, dirígeme la palabra, y enséñame. Cuando yo te pregunte: Maestro, ¿quién es esa sombra augusta que á paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder: Inclínate, hijo, ese es Don Diego Hurtado de Mendoza.

Maestro. ¿quién es el espectro que allá va alto y

sereno, los ojos vueltos arriba? —Ese es Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*; salúdale. —Maestro, ¿quién es ese espíritu que se agacha á beber en esa fuente, debajo de esos acopados mirtos?—Es Moratín, llamado Inarco Celenio. A éste no le hables: huirá como una cervatilla; es tímido y esquivo como virgen vergonzosa.—Maestro, ¿quién es esa alma rodeada de un resplandor divino, que está echándole la mano al cuello á ese arco iris?—Ese se llama D. Gaspar de Jovellanos, hijo. Es el pontífice de los escritores: llégate á él, y dobla la rodilla. —Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.»

Y la lengua castellana fué generosa y pródiga con él: de sus máspreciadas y secretas virtualidades le hizo don. ¡Cuán grande, cuán señalado privilegio! Una lengua no se rinde al primer desconocido. Para alcanzar su dominio, menester es amarla con fervorosa y cuasi mística unción; estudiarla con desvelo constante, y, sobre todo, poseer el *quid* divino capaz de condicionar, armonizando sus sonos de palabras para orquestar la polífona y magna sinfonía de la vida universal. Todo esto lo poseía, en alto grado, Juan Montalvo. Así llegó á componer su obra, en la que no se sabe qué admirar más, si la substancia espiritual de su fondo ó la acabada perfección de su factura. Allí la palabra, aun independiente de la melodía interior, anímica, de su sentido, es música que acaricia el oído con sus variadas y ricas armonías, ora solemnes como son de órgano clamoroso, ora marciales como gritos de clarín guerrero, ora tristes como

sollozo bethoniano, ora ligeras con dejos de seguidilla, ora profundas como frase vagneriana, ora místicas como trozo litúrgico, ora ardientes y pasionales como andaluza copla...; es firme dibujo que traza á maravilla paisajes, perfiles, siluetas y retratos; es colorido que, impresionando directamente la retina, da la sensación no de cosa contada, sino de cosa vista, en un triunfo radiante de la palabra pictórica; es plástica que moldea á lo vivo figuras que su arte se encarga de hacer carne; es línea arquitectónica que en una pura euritmia, levanta al idioma un monumento digno de él; monumento que habla y que canta la virtualidad insigne de la raza. Y, sobre todo, la palabra es signo de un gran espíritu que, fatigado de crear belleza, escaló el olimpo de todas las literaturas para ir á encender su antorcha en el fuego sagrado que mantenía el genio en lo más alto de la cumbre.

Los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes* son ancho campo donde un gran ingenio despliega todas sus galas, describiendo aventuras, encuentros, contiendas, torneos, justas y batallas; componiendo tipos, creando caracteres de fuerte reciedumbre humana; relatando, ora una original aventura, ora un gracioso y divertido suceso; presentando, aquí un noble y alto señor, allí un pícaro, malandrín y bellaco; acá una austera y devota dama; allá un ramillete de lindas damiselas; acullá una zafia labradora rústica; acá unos valerosos y gallardos paladines; allá unos frailes socarrones y mal intencionados. Tan pronto se muestra psicólogo como moralista; pensador como

poeta; historiógrafo como novelador; narrador realista como fantaseador caballeresco; siempre gran artista de la palabra, fervoroso adorador de Cervantes y alma soberbia que elevándose en un vuelo aquilino, salva atrevida, sin sentir vértigo. infranqueables espacios, llegando á bordear el abismo en que se agita aquel cosmos que surgió al conjuro del genio de Cervantes... Y esto, todo esto, con un lenguaje impecable, escultural, cincelado, henchido de sangre, tenso de nervios, vibrante de vida, y de manera tan perfecta unido y acoplado con el fondo, que forma con él un solo todo, como el alma y el cuerpo, como el fuego y el calor; con peregrino y fértil ingenio; con fácil y natural inventiva, tan natural que es la realidad misma; formando así una obra viva y orgánica, original y de imitación, al mismo tiempo, y que á la vez que enseña, deleita y admira. En este libro, su autor se muestra ya caballeresco, ya verista, ya hondo, ya dramático, ya humorístico, como en la fábula inmortal de Cide Hamete Benengeli, que con savia y con sangre de vida se escribió.

Grandes maestros de la moderna crítica, al ocuparse de esta imitación del libro inimitable, están acordes en confesar que la obra de Montalvo contiene entre sus más singulares excelencias la de reproducir y conservar, con gran talento, con perspicacia suma, con amor acendrado la figura única del sublime loco de la Mancha y de los principales personajes y personillas de la novela prodigiosa; la de conocer profunda y plenamente cuanto toca y atañe á la caballe-

ría; la fácil inventiva para forjar aventuras; la maestría para manejar los sutiles hilos de luz con que se mueven los muñecos de la farsa estupenda; la inspiración, el aliento cuando crea; la discreción, el buen gusto, el tino, el acierto cuando imita; y, señaladamente, la *conciencia del estilo*, la magia insuperable de la forma, dalmática recamada de oro y piedras preciosas, con que aparece vestida esta nueva interpretación, peregrina y personal, de la epopeya novelesca de la Edad Moderna.

Tal es la obra cervantista de Juan Montalvo; creación viva y palpitante, de fervor y de homenaje, ex voto precioso, de incalculable valor, prendido por un apóstol en el altar en que se manifiesta el dios que preside los destinos de la raza. El genial ecuatoriano no es, ni por asomo, uno de tantísimos apergaminados cervantómanos que desde hace tres siglos siguen amontonando, con paciente esfuerzo y lentamente, bloques de pesada erudición, en torno al sepulcro de Cervantes; ó que, con constancia ratonil, van royendo, en archivos y bibliotecas, montañas de amarillentos é informes legajos, hasta desmenuzarlos, con el fin de sacar á la luz de la calle los más nimios y menudos detalles del existir atormentado del glorioso Manco, ó, lo que es peor, tristezas de su vida íntima... A Montalvo le fué revelada la suprema plenitud de Cervantes; y sintiendo ese afán divino de perfección que sólo les es dable sentir á los espíritus superiores, copió el sumo modelo, reproduciéndolo al través de su briosa personalidad, y una vez realizada la obra, con

ademán de rendido acatamiento, colocó reverente su copia al pie del eterno monumento que levantara el genio de la *Hispania Mater*.

Ante figura tan singular y considerable como la de Montalvo, por difíciles que seamos á la admiración, no podemos dejar de arrojar ramos de laurel ante su procerosa y sugestiva figura, que ya está en el bronce, fuerte, perenne y glorificador.

En este centenario, en el que la emoción de Cervantes lo llena todo, marcando estelas luminosas en todas las almas, ¿cómo podía dejar de ser invocada en esta muy noble y muy heroica villa y corte, la obra del más grande de los cervantistas americanos, aun cuando sea por la más desautorizada de las voces? He aquí el motivo por el que el último de los ecuatorianos ha venido á arrojar á la pira gloriosa que el amor de todos á Cervantes ha encendido, su granito de mirra. Fundados temores, sincera y honda emoción le han embargado al trazar estas líneas, á pesar de que sabía ya de antemano que estaba amparado por la benevolencia del lector, por lo patriótico del intento y por la generosidad de estas páginas en las que hemos tratado de esbozar esta vacilante, pero fervorosa afirmación de nacionalidad: el espíritu de Montalvo es parte integrante del espíritu de la patria, ya que él condensa en su persona un período interesantísimo de la historia ecuatoriana, y que, quizá, lo más alto, lo más puro, lo más brillante, lo más hermoso del alma nacional floreció en su alma: pudiendo por él repetirse lo que, reniriéndose á otro ecuato-

riano también de celebridad mundial, al extraordinario García Moreno, escribió el maestro Menéndez y Pelayo»

La república que produjo á tal hombre puede ser pobre, obscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia.»

CÉSAR E. ARROYO

LA BÉLGICA MÁRTIR

NOCHE CONVENTUAL

Lieja, entre los días 10 y 11 de Agosto de 1914.

Un compañero me invita á pasar la noche en el departamento de los niños infecciosos, á cargo de la hermana Julia. Es el más pequeño de todo el hospital y está en el lugar más apartado, junto al Ourthe, río sin ímpetus y sin velas, ciñendo mansamente el caserío industrial de Bressoux. Desde sus ventanas se ve la línea suave que forman las colinas, que ocultan los fuertes, y el musgo brillante de la vieja Char-treux.

El pabellón de la hermana Julia está en un lugar de paz conventual. Hay una marquesina á la entrada, tres escalones de piedra azul y un par de zuecos, que seguramente acaba de abandonar allí la enfermera. Al lado de la escalera están un cómodo sillón, dos mesas pequeñas con algunos juguetes rotos y, un poco más lejos, un árbol grande, hermoso, más alto que el pabellón; desde sus ramas vió el jardinero á los primeros alemanes. Antes de la guerra cantaban en él los ruiseñores, celestes compañeros de la hermana Julia.

Se nos recibe con cariño. Somos muy buenos, pues ya no tendrán miedo los enfermitos cuando sepan que dos *papás* dormirán con ellos. Visitamos las salas. Casi no hay paredes, se han preferido las grandes ventanas; el niño necesita aire y luz, como una planta. Un pequeñín nos saluda y quiere besarnos antes de dormirse; pero no se lo permite la hermana. Otro, Luciano, grande como una escoba sin mango, se divirtió mucho con el bombardeo, los tambores y los pífanos.

La hermana Julia va á buscarnos huevos frescos, *tartines*, mermelada y café frío.

Mientras mi compañero y yo comemos, nos cuenta sus impresiones: «Esta guerra estaba anunciada. Desde pequeña—y ya soy vieja—oí decir en mi aldea que día vendría en que los campos se cubrirían de gris, y la sangre llegaría al encuentro de los caballos, y las chicas tendrían que subir á los árboles de las huertas para distinguir á un hombre, ¡tan pocos quedarían! Y ya ven ustedes: los alemanes están vestidos de gris y los campos de Lieja están cubiertos de cadáveres.»

Observo con curiosidad la cara de la hermana Julia. Nada falso hay, todo es disciplina, oración, luz, idealismo en la práctica de la caridad. Acepto la poesía de su leyenda, mi alma necesita palabras proféticas para soportar la magnitud del desastre.

«Yo los he visto pasar días y noches—continúa la hermana—. Venían de Bressoux, de la Chartreux, desfilaban á lo largo del Ourthe, pasaban el puente y entraban en la ciudad. ¡Qué triste es esto, señores,

qué triste!... Durante los días que hubo afluencia de heridos en las otras salas, me trajeron aquí, entre mis niños, á un alemán y á dos belgas. Cuando se oía el rodar de los trenes de artillería y la música de los pífanos, el alemán se erguía, sin quejarse de sus lesiones, y aclamaba á los regimientos del Rhin; los dos soldados belgas lloraban en silencio, vueltos contra la pared para no ser vistos; pero yo los vi.»

Llega la hermana Blanca, viene á arreglarnos las camas por orden de la superiora, pues la hermana Julia es ya muy viejecita, aun cuando no lo aparente. Nos deseamos las buenas noches y en seguida nos retiramos mi compañero y yo.

La vela se consume lentamente sobre la mesilla.

Un profundo silencio nos rodea, sólo interrumpido por la tos de algún enfermito y los pasos solícitos de la hermana Julia. Voy á dormir muy á gusto en este rincón en donde se trabaja para el cielo. ¡Qué apacible vida! Rezar, curar niños, comer con frugalidad, dormir poco. ¡Desde hace quince años la hermana Julia repite diariamente lo mismo!... Buenas noches, dulce, sencilla, virtuosa y patriota hermana. Todo en ti es natural, todo está dicho desde hace siglos. ¿Por qué no me hablaste del libro de Job?... Recuerdo estas palabras: «Dios me ha privado de mi gloria; él ha quitado la corona de mi cabeza; él me destruye de todas partes; él ha arrancado como un árbol mi esperanza...»

Tienes razón, buena hermana, es Él quien lo ha dispuesto así. ¡Pobre Bélgica amada!

Me levanto temprano, respiro con deleite el aire fresco de la mañana. Cerca del pabellón veo una huerta cuidada con esmero; es la huerta del convento... ¡Pero qué satisfactorio es respirar el aire cargado de humedad y de perfumes!

¡Lindo rincón de hospital, con niños enfermos! Vuelve á oírse el cañón. ¡Oh, ese cañón!

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

BIBLIOGRAFÍA

EDUARDO COLÍN.—**La vida intacta.**—(1904-1913.) Madrid-1916.—Es un pequeño libro de versos. Un poeta joven, serio, buen gustador de la vida y observador fino de la naturaleza, ha escrito durante diez años — los que van de los veinte á los treinta — sus más puras y hondas impresiones. Es un soñador reflexivo que refrena los ímpetus de la inspiración, con los rendales de seda de una filosofía optimista y untada con el jugo de la manzana epicúrea. La musa de Eduardo Colín sonríe con amable y aristocrática coquetería; pero en ese sonreír apacible se nota que hay una meditación.

En *La vida intacta* aparece, casi página á página, la emoción sincera de un fuerte temperamento rebelde al dolor, aunque voluptuosamente inclinado hacia el corazón de la melancolía. Tiene el libro sensaciones objetivas, claras, más que subjetivismos evocadores. Los ojos de Colín muestran inquietud, sed de colores y formas, para mirar el paisaje; pero su espíritu posee la dulce serenidad, la tranquila sabiduría que funde en estados de alma, y por compenetraciones con la naturaleza, el mundo exterior y el interior,

en una peculiar expresión artística. En sus versos nos reproduce lo que ve, y, á la vez, lo que siente en el instante en que ve.

Cantor de la fuerza, de la vida y de la esperanza, Eduardo Colín, en su libro, no presenta desaliento, por más que allí y allá, algunas briznas escépticas manchen suavemente la brillante tonalidad del conjunto.

El versificador es cuidadoso — si bien no siempre armónico — y algunas estrofas briosamente construídas, suenan con agradable y moderna musicalidad. La fantasía de este poeta, de flemático temperamento, huye de los vuelos excesivos y peligrosos, pero ensaya sus alas en elegantes y aiosos escarceos. Vuela de rosal á rosal, como los colibríes.

Poeta de intimidad y de confidencia, sugiere el encanto apacible del matiz velado y de la nota cristalina. No usa de sonoridades bruscas, ni de golpeados ritmos. Experimenta emociones plácidas y las exterioriza en un lenguaje matizado y sedoso.

Y aunque no dice nada nuevo, tiene la virtud de alcanzar á decirlo de una manera personal, característica, que es la cualidad principal de este volumen de versos.

El señor Colín, diplomático y literato, ocupa uno de los primeros puestos en el grupo de intelectuales de la nueva generación mejicana.

L. G. U.

DE «LA VIDA INTACTA»

SU AMOR

Á LUIS G. URBINA

Su amor *Ella* me tiende como un rosal su rama,
Por lo espontáneo sólo de su germinación;
Lindo arbusto de carne, su corazón me ama
Como en un joven tallo punza un brote y da flor.

Me aman su libre instinto y su pensar corriente
Porque sí, razón llana y profunda, *porque sí*:
Aunque muy erudita y complicadamente
El más grande filósofo se explica el mundo así.

Ese raro prodigio de ser simple, ser una,
Tan sólo con tu home y tu oscura quietud,
Sin esfuerzo, ni nada de taumaturgia alguna,
Con sólo existir, niña, lo has realizado tú,

Si no es sabio y fecundo su humilde entendimiento
Lo son sus manos buenas para ahuyentar mi mal,
Que con un solo y fácil y casto movimiento
Entrega á mis antojos, rendida y conyugal.

Sus manos sin anemia ni veleidad nerviosa,
No espátulas azules ni brasas de pasión,
Sino dos manos tibias de Gretchen hacendosa,
Como dos bellos frutos en rosada sazón.

Sus manos son en ella lo principal que existe,
Obreras animosas, abejas de amor,
Misericordia activa para el débil y el triste,
Para la abuela, el niño, el canario y la flor.

Cada una de sus manos hoyuelada y piadosa,
Que con temblor de espanto y goce estremecí,
Merece aquella espina que obtuvo Santa Rosa
Y la propicia llaga de Francisco de Asís.

Turbé el remanso inmóvil de su tersa mirada,
— Linfa de su inconsciencia, limbo de su candor —
No sé si como un crimen ó como la llamada
Honda, brusca y ardiente de una liberación,

Cose sobre sus muslos firmes y maternales,
Minuciosa y tranquila, su labor baladí,
La espuma inmaculada de los frescos percales,
Y charla ingenuamente de su nimio existir...

Me dice de que es fácil su casera jornada,
De un escrúpulo fútil, de su pobre listón,
Me dice que en su vida *nunca ha ocurrido nada*,
Y Ficht y yo pensamos que ella tiene razón.

Es en su tenue espíritu donde nada ha pasado
;Simple subjetivista, filósofa trivial!
Ni dudas que devastan, ni esplín envenenado,
Ni broncos frenesíes, ni soberbia infernal.

Vive en su limpio barrio — casi una provinciana —
A las cinco va á misa con recato monjil,
Mientras riega sus pétalos sonoros la campana
Por un cielo seráfico de domingo y de abril.

En el parque del barrio cumple su igual paseo
Mientras chilla y ganguea la murga militar,
Y sin melancolía, ni *pose*, ni deseo,
Sienta en un banco público su relatividad.

Gracias, mi quieta novia, por la humilde alcancía
Que formaste del barro de tu ser para mí,
Llena de tu amor dócil, de tu sana alegría,
De tus núbiles besos y tu risa pueril.

Gracias, laica beguina, porque fuiste posesa
Del deleite que impuso mi caricia triunfal,
Y desgarrada en lágrimas eras ya la faunesa
Que torcía en mis brazos su lujuria fatal.

Mis voluntariedades como caballerías,
Mi capricho sin freno como un bizarro halcón,
Y cual canes voraces todas mis fantasías
Violaron tu retiro claustral y bienhechor.

Iba yo á los Cipangos de Absoluto y Ensueño,
Epicúreo y panida tras del Todo y su miel,
Cazador de un arcano y alucinante empeño,
Y mis huestes altivas en tu paz descansé.

A trueque del pan blanco que tu acojo me daba
Marqué tu mansa vida con el tuerte sabor
Que tu sér en sus fibras más hondas conturbaba,
Con la dulce y suprema y horrible iniciación.

Te diste á mí segura, resuelta, inevitable,
Cual quien una buena obra cumple en esa fusión
De tus gracias primarias con mi psique insaciable.
¡Qué misterio el sentido de esta contraria unión!...

¡Oh frescura emanada de tu agreste belleza,
Flor rendida de santo perfume de bondad!
¡Regalo de mi dulce madre Naturaleza,
Don fragante que me hizo, cuando mi mocedad!

EDUARDO COLIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
Palabras sobre Don Quijote, por Vargas Vila....	5
Los críticos profesionales, por José Ingenieros..	10
Los jardines de España, por F. Navarro Ledesma	18
Figuras contemporáneas, por Pompeyo Gener...	27
La fuente de las gacelas, por F. Villaespesa....	41
La lámpara de barro, por Enrique Larreta.....	53
Barabbas, por Gabriel Miró.....	58
Sonetos, por Gabriel D'Annunzio.....	69
Cervantes, por Luis G. Urbina.....	78
Del próximo libro «Elevación», por Amado Ner- vo.....	92
El primer beso, por Julio Dantas.....	94
Sonetos, por Eugenio de Castro.....	117
Noticulas, por R. Blanco-Fombona.....	130
Dos poesías inéditas de Rubén Darío.....	114
Músicos españoles, por Carlos Bosch.....	146
Cervantistas hispano-americanos: la obra de Juan Montalvo, por César E. Arroyo.....	153
La Bélgica mártir, por Francisco Orozco Muñoz.	194
Bibliografía, por L. G. U.....	198

235

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTA REVISTA
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
EL DÍA XXX DE AGOSTO
DE MCMXVI

AÑO I

NUM. II

CERVANTES

Madrid, Septiembre 1916.

REVISTA MENSUAL

COLABORACIÓN

Felipe Trigo.—Antonio Machado.—José Ingenieros.—Pompeyo Gener.—Francisco Villaespesa.—José Enrique Rodó.—Luis G. Urbina. Manuel Díaz Rodríguez.—Eugenio de Castro. Amado Nervo.—Ricardo Rojas.—Gabriela Mistral.—Vargas Vila.—Francisco Orozco Muñoz. Carlos Bosch.—Manuel Machado.—César E. Arroyo.—Joao Grave.—Rodrigo Solano.

IMP. DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ. MESÓN DE PAÑOS, 8

147275
9/10/18

Recuerdos de Portugal

I

Me despertó un telegrama: «Prometida tu presencia mañana banquete Campo Grande. Ven.—*Villaespesa.*»

Me despertó en la siesta de mi Eméríta. Un salto, una maleta, y al tren. Mas he aquí un tren que *fila* ante mis ojos; he aquí, con él, en gallarda competencia, al poco rato, un automóvil, que se rompe y se *planta* luego, enamorado de la Luna, y he aquí toda una noche «extáticamente» toledana, con la vuelta á Eméríta—cuando el Sol salía—, empujando el automóvil... ¡Oh, Galán; oh, valiente *chauffeur*, Grass... ¡nunca olvidaré aquel melón y aquellas uvas comidas con el tizne de las manos entre olor de gasolina!

.....
Y, naturalmente, en otro tren humildísimo llegué á Lisboa, catorce horas después del banquete. Se había brindado por mí. Ya al camino salieron á saludarme, con la propia efigie, en los periódicos, de *Villaespesa*, de *Morote* y mía, las cortesías lusitanas; las mismas que no me dejaron dormir en ó *comboio*, interrumpidas solamen-

te por un minuto del recelo que, sin saber por qué, abriga siempre todo portugués hacia España... ¡30.000 hombres, dispuestos á la invasión, por Galicia! *¡Isto se falha, ó meu senhor!* A lo cual, yo, que no hablo la lengua de Herculano, hube de responder un poco intencionadamente: «¡Póvera! ¡Ella bien se contentará con reponer su *dèbale* á minha patria!»

Lo primero que hice, después de saludar á Pedro IV, desde mi ventana del hotel, fué dormirme.

.....

Mayer Garçao, Fernando Reiss y Días de Oliveira, tres poetas, me despertaron en bello despertar, para quien había sido al alba dejado en el lecho por el poeta español, matutino excursionista sobre el Tajo. Mayer Garçao simboliza una *disidencia* intelectual en Lisboa, donde hay, por pena, más grupos y grupitos que en Madrid. Tratábase, pues, del banquete *contrario* al del Campo Grande, y realizóse á mitad del camino de Cascaes, en el Hotel de Italia, frente al mar. Allí, con la lauda copa de vino de los brindis, se brindó por todo lo brindable. Mayer, por la Prensa española; Días de Oliveira, con su facha entre Daudet y Tartarín, por la mujer española... «y por las cien vírgenes hotentotas que él desearía en la *Boca del Infierno*»; Costa Carnei-

ro, con su monóculo de diplomático, por Europa; Lorenço Cayola, el diputado fogoso, por la Iberia próspera... y amistosamente desunida, y Villaespesa y yo, *cosmopolizados* con todas estas espumas de poesía y de champaña, levantamos cien veces nuestras copas por Camoëns, por Cervantes... por Colón y Vasco de Gama... por Benavente y todas *las quelques petites ames de ca et de la*, de Gómez Carrillo; por madama Rachilde, allá, en París, y por *Jolanda*, allá, en Cento; por el superhombre y por la superhembra, en fin.

La verdad es que no sé por quién brindamos. Sólo sé que corrimos luego por la costa en trenes, á cuyo lado cruzaban otros, sin cesar, como centellas; que vimos el *yate* real y los palacios de verano, y Cascaes, y la *Boca de la Gloria* y la *Boca del Infierno*, y que no era bien de noche, cuando me encontré de nuevo corriendo, y oyéndole contar luego á Magalhaes Lima anécdotas de Víctor Hugo. Luis Morote volvía de la *tourada*. Fuimos, últimamente, á escuchar al gran Teófilo Braga, en la *Academia de estudios livres*, donde celebrábase el centenario de Petrarca, y donde nos fué rendida á los españoles galantísima ovación.

* * *

Recibíamos, á la mañana siguiente, en el ho-

tel, á las amables personas, ó los libros y tarjetas estimables de Teófilo Braga, el historiógrafo inmenso; del Ruiz Zorrilla portugués, Magalhaes Lima; del sabio Director de la Sociedad de Geografía, Consiglieri Pedroso; de Napoleao Toscano, el brillante periodista y traductor de Blasco Ibáñez; de Archer de Lima; de los grandes novelistas Abel Bothelho, Enrique de Mendonça, Raoul Brandao y Malheiro Dias; del gran dramaturgo Marcelino de Mezquita, y del no menos celebrado y considerado por su moderno arte, Julio Dantas (cuya *Ceia dos Cardeaes* acaba de traducir Villaespesa); de poetas y prosadores como el «revolucionario» Eugenio de Castro, el delicado Trindade Coelho, el joven Guimaraes, Gouveia, el redactor del *Século*, Alfonso Gayo; de periodistas como Santos Tavares (aplaudidísimo poeta), Luis Barreto (un *sportman* que corrió el mundo y habla en *correcto* gaditano), Amadeo Freitas (famoso redactor de *O Diario*), Algeos, Benoliel... Cada visita, cada tarjeta, era una invitación á *yantar*.... Y sírvame este grato jubileo de disculpa por no haber acudido á tiempo al *Hotel Palace* para *yantar* con Morote, á quien no pude volver á ver más en nuestra vida y en su vida bellamente aventurera y lisboeta.

Tuvimos, Villaespesa y yo, que dedicar el resto de la tarde á devolver saludos. Lisboa, que

es un París por la extensión, aunque no es por la población un Madrid siquiera, es casi un Londres por el número y aspecto de sus periódicos. *O Seculo* se parece al *Times* en la letra menuda y en las columnas estrechas y apretadas de sus planas.

En su viejo palacio lo huroneamos todo, desde la sala de redacción á la galería de las máquinas. Trabajan en sus talleres de fotograbado obreros españoles exclusivamente, dirigidos por un catalán. Tira, á más de un suplemento de los domingos, parecido al *Journal pour Tous*, 80.000 ejemplares diarios. Y digo que no se concibe que un pueblo de cinco millones de habitantes no más, pero no menos analfabeto que España, pueda tener en su capital *O Seculo* y todos estos diarios: *A Vanguardia*, *O Journal do Comercio*, *O Journal da l'Amanha*, *O Journal da Noite*, *Diario das Noticias*, *O Diario*, *A Epoca*, *O Liberal*, *Diario Ilustrado*, *O Mundo*, *Correio de Noite*, *Novidades*, *O Día*, *O Tarde*, *A Tribuna Popular*, *O Debates*. *A Folhado Povo*, y *Correio Nacional*. En las redacciones aprendí dos cosas: la primera, que el periódico portugués es el *periódico*: nadie firma, como no sea en las hojas literarias, con lo que nunca *el periódico* va unido al nombre de un redactor personalmente querido por el público; la segunda, que, á pesar de todas

las influencias inglesas por haber y habidas, el alma de aquella Prensa es el alma española, vuelta á nosotros en invencible simpatía de hermanos: la mayor información telegráfica va de Madrid; y de Madrid, de San Sebastián, de Barcelona, de nuestros políticos, de nuestros actores, de nuestros toreros, se habla en la Prensa corrientemente.

Es lástima que nuestra literatura y nuestra Prensa no se preocupen de Portugal, del gran pueblo pequeño que lo merece y que nos ama. Su mentalidad, hoy, vale más que la nuestra en conjunto, hasta el punto de poder acreditar en la ajena ignorancia de ella, antes que el desdén del poderoso hacia el baladí, la indiferencia turca hacia lo progresivo. Por fortuna, de algún tiempo acá, se han establecido corrientes de curiosidad y afecto. Valle Inclán tradujo tal vez por primera vez al castellano libros de Eça de Queiroz; la *Revista Ibérica* ha dado en sus columnas nombres portugueses, y ahora, tras los brillantes artículos de impresión periodística que publica Morote en el *Heraldo*, tiene Villaespesa la venia de Troyano para publicar en *España* crónicas literarias, y tengo yo el propósito de ir señalando en *El Liberal* el ritmo de la moderna novela lusitana.

«¡Treinta mil soldados por Galicia, ó meu senhor!»

Y este risible *canard* de verano, que oí también en Lisboa con sonrisas confiadas de británica seguridad, acabó por parecerme un sarcasmo cuando supe que lo que hay allí son treinta mil gallegos sirviendo en fondas y tabernas, y dos ó tres mil madrileñas y andaluzas sirviendo en sitios peores. Me consoló una idea: París da á Londres, y Londres á París, su miseria en forma de mujeres de placer, y yo he visto á Mina Alix romperse el alma en el circo por tres pesetas y á los franceses en Madrid cantando por la calle... Todo igual, en resumen. ¡Pobres opulencias de la civilización con fronteras!

II

Lisboa es una inmensa urbe derramada y desbordada por el vasto anfiteatro que forman sus siete colinas, émulas de las de Roma, al lado Norte del Tajo. Desde cualquiera de ellas, y desde el cimborrio de la Estrella, principalmente, se descubre un panorama encantador. Los *eléctricos*, en esta ciudad, donde no abundan gran cosa los coches, son, sin duda, una explotación importante para recorrer de punta á punta sus líneas planas, por cierto á velocidades terribles y por calles, algunos ratos, tortuosas y estrechí-

simas, con lo que pueden disputarle el título de *tranvías de la muerte* á sus colegas de Madrid: ya en los cinco días de mi estancia en Lisboa vi á un hombre revolcado por un automóvil y á un soldado de Caballería muerto por un *eléctrico*. Pero los vehículos característicos de la capital portuguesa son el ascensor y el funicular: hay uno de aquéllos en cada barrio y uno de éstos en cada calle en cuesta. Un ascensor (descensor) baja al viajero desde la estación á plena plaza del Rocío; un ascensor le sube poco después airoso á la terraza do Carmo, donde aparece ruिनosa y como enterrada la esbelta iglesia de igual nombre, y donde un catalejo montado en un trípode puede ser enfocado al puerto y sobre la ciudad en todas direcciones. Basta, además, subir á cada barrio alto, el de las redacciones, por ejemplo, para ver todo el resto de Lisboa á vista de águila; trátase de una infinita sucesión de tejados grises, polvorientos, bajo discreto y húmedo velo de calina cruzado por el sol. Tal ambiente, tal luz, tal color, tal campiña, á lo lejos, me han dejado de Lisboa el recuerdo de un Santander multiplicado por sí mismo.

Todavía aumentó esta impresión de semejanza la visita á los barrios pintorescamente miserables de la Morería y de la Alfama, realizada a media noche con la guía del romántico poeta

Alfonso Gayo y de Archer de Lima. A partir del mismo mercado del Rocío, empieza una red inextricable de callejones y cuestras y escaleras imposible de describir, interminable en su ascensión brusca y laberíntica. Barrio de marineros y de tabernas y de baja prostitución... Barrio del hampa. Un eco trae de la negrura gritos y canciones de ambuladores borrachos. Un farol alumbra en la puerta de su cueva á una ramera de tan inmundo aspecto, que se creería que nadie por matarla tendría la pena de haber matado á una mujer...

Yo, mirando las altas casas empinadas y malditas, seguía recordando la santanderina Alta en que Pereda puso la acción de *Sotileza*; Villaspesa, mirando en los tapiales la fronda de musgos y de yedra, comparaba aquello al granadino Albaicín, ya en plena tranquilidad los dos, desvanecido con el incesante encuentro de policías el vago terror que nos había hecho advertir á nuestros acompañantes, medio en broma, medio en serio, «que no gastábamos navaja».

—¡Oh, no hay cuidado!—nos dijo en buen español Alfonso Gayo (todos en Lisboa hablan español, lo cual es halagüeño)—¡Lisboa, Portugal, no tiene asesinos!

Y nos explicó en seguida de qué modo un cé-

lebre personaje judicial, respetado por los Gobiernos, ha sabido aprovechar la expedita ley del anarquismo para limpiar el reino de vagos, de ladrones, de timadores, de gentes de mal vivir, enviándolos á las colonias.

Quedé admirado. Igual que todo, hasta la tiranía y el absolutismo tienen sus buenas cosas. Siempre que voy á Madrid, el primero que me saluda en la Puerta del Sol, á las seis de la mañana, es un timador amigo que pasea entre los guardias... —¿Qué tal de negocios?—*Pos mal*, señorito. ¡Bien venido!

Y sigue paseando entre los guardias...

De pronto, en una plaza de separación entre ambas barriadas inmundas, en un piano que sonaba en las alturas de una casa destacada sobre otra casa, á que seguían detrás más casas altísimas por la brava cuesta del monte de casas cuajado, una voz dulce de una ignota tiple nos dejó buen rato extasiados escuchando *La Bohemia*.

Vi en la Alfama la calle más estrecha del mundo; Beço da Bicha. Cabe un hombre nada más.

Vi, por fin, desde sus cimas, el cielo abajo; esto es, Lisboa de noche, con sus luces, como una fábrica de estrellas.

Había visto también, por la tarde, en el *Chiado*, la mujer más bonita que he visto jamás: una criolla mestiza de inglés y brasileña, con la piel

de bronce, con el pelo de oro, con los ojos claros...

Marcelino Mezquita, especie de capitán de Flandes, con alma sevillana dentro del autor de sus dramas históricos, nos llevó á ver en la elegante cervecería Jausen las cocottes y los frescos..., unos frescos decorativos admirables, de cuyo autor he olvidado el nombre. Luego nos comentó, festivamente, la estatua de Eça de Queiroz: la *Verdad desnuda* que tiene delante el novelista, con los brazos abiertos, parece que inspiró espanto á los burgueses de Lisboa: hay enfrente un palacio, con puertas y balcones herméticamente cerrados desde que se inauguró el monumento: *As meninas nao deiven ver á verdade...*

Esto será un chistoso suceso; pero es también... psicología.

Y fué, por fin, mi último día en Portugal el más grato.

Durante la mañana, el mar, en un falucho de gran vela, con bellas y distinguidas damas lisboenses, y el poeta Gouveia y el poeta Jorge Santos y el novelista Mendonça, y una guitarra para cantar *fados*. Vimos desde lejos la torre de Belén y los Jerónimos, que habíamos visitado tardes antes. Era el amable organizador de la

jira, con su familia, D. Lourenzo Cayola, en cuya casa se nos ofrecía, no mucho después, espléndido festín. Es Cayola un capitán de Artillería y una enciclopedia; diputado y director de *O Journal da Noite* escribe sus artículos violentos contra el arriendo de tabacos sobre el mismo pupitre que golpea su mano interrumpiendo sin cesar, con aceradas ironías, á los ministros. Sus campañas y discursos son notables acerca de todo, aun de lo más extraño á su profesión de militar. Según me dijeron en Lisboa, es el ministro indicado para Obras públicas, así que entre el partido liberal.

Volvió á verterse el champaña, esta vez por las damas portuguesas y españolas.

Y yo quiero cerrar esta desordenada crónica de recuerdos, escrita velozmente al volver á España, ya que la galantería de Lisboa no me dejó el espacio de un minuto, con cinco hermosos nombres evocados de cinco gentilezas soberbias: María, Ana, Alice, Sara y Berta...

¡Brindo por ellas y por Lisboa!—desde mi Mérida.

FELIPE TRIGO

Agosto 1904.

APUNTES, PARABOLAS, PROVERBIOS Y CANTARES

Ya en los campos de Jaén
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles,
terraplenes, pedregales,
olivares, caseríos,
praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.
Tras la turbia ventanilla
pasa la devanadera
del campo de primavera.
La luz en el techo brilla
de mi vagón de tercera,
entre nubarrones blancos,
oro y grana.
La niebla de la mañana
huyendo por los barrancos.
¡Este insomne sueño mío!
¡Este frío
de un amanecer en vela!...
Resonante,
jadeante,
marcha el tren. El campo vuela.
Enfrente de mí, un señor

sobre su manta dormido;
un fraile y un cazador,
—el perro á sus pies tendido.
Yo contemplo mi equipaje,
mi viejo saco de cuero;
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana...
¡pinos del amanecer,
entre Almazán y Quintana!...
¡Y alegría
de un viajar en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!
Tren, camina, silba, humea,
acarrea
tu ejército de vagones,
ajetrea
maletas y corazones.
Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo á solas viajando!

ANTONIO MACHADO

ESPAÑA Y NOSOTROS

Durante el último trimestre ha llegado á nuestras manos un rico surtido de revistas y diarios españoles, conteniendo peregrinos comentarios á un picaresco reportaje publicado en una ciudad del Pacífico, relativo al atraso intelectual y moral de la península.

Tal reportaje — que nadie nos ha hecho ni hemos leído hasta hoy — prueba la poca simpatía que España inspira á quien lo escribió, ó un travieso deseo de inquietar á los pacíficos españoles que moran en su país.

Nos sorprende que en España se incomoden por palabras que no hemos escrito, siendo tantas las veces que nos hemos referido á ella, en libros ó artículos, siempre publicados ó reimpresos por editores ó revistas peninsulares. Nuestras opiniones no han coincidido, sin duda, con las de todos los españoles, pero sí con las de

aquellos que tenemos por más ilustres y virtuosos.

Nunca hemos respondido á nuestros críticos (pues «nombrarlos sería, acaso, inmortalizarlos») ni hemos trabado polémicas (pues «son un juego que conviene al indigente y en que el rico sólo puede perder»); creemos útil, sin embargo, recordar lo siguiente: la única vez que hemos aceptado el honor de hablar ante un público de España — entre hombres de ciencia y con motivo de hacérsenos una honrosísima distinción — terminamos con las siguientes palabras, publicadas en Marzo de 1915 y reproducidas por varias publicaciones españolas:

.....

No voy á hablaros de la «madre patria» y de las veinte repúblicas agradecidas, ni del viejo «solar» de la raza y de la «hidalguía» castellana, ni de las joyas que nunca donó la Reina Católica á Colón para que nos descubriese, ni del del sol que no se ponía en los dominios de vuestros emperadores. Sobran en América oradores abundosos que vienen á escamotear vuestros aplausos, repitiéndoos esas gratitudes insinceras, y muchos son los escritores que mendigan el elogio español, dando muestras de fiel castellanismismo.

Cuando os han recitado su conferencia en uno

de vuestros Ateneos, ó dedicado sus libros filiales con fino amor, vosotros, los peninsulares todos, os burláis del inocente intelectual indiano, y éste sigue compadeciéndose de la ranciedad medioeval que os atribuye.

Esa España heroica y convencional — en que los sudamericanos hemos dejado de creer como fuente de cultura y de progreso — y en que ningún español ilustrado sigue creyendo después de Joaquín Costa, de Francisco Giner, de Ramón y Cajal — no forma parte de la tradición española á que deseo referirme. Esa es la tradición mala, propia de lo que vosotros mismos llamáis «la España negra», tan admirable en vuestro teatro clásico como absurda en la vida efectiva.

Yo amo á España de otro modo; ó, si os place, amo á otra España. Hablo vuestra lengua, por ser la de mi patria, y procuro escribirla con digna corrección; me son familiares Cervantes, Calderón y Quevedo. No temáis, empero, que os hable de ellos; preferiré poner esta conversación bajo los auspicios de otra España que entra más directamente en el área de mis ocupaciones intelectuales.

No se trata — ¿huelga decirlo? — de la España pintoresca; largo es mi estudio, y la vida harto breve, para dejarme tiempo de ser turista. Com-

prendo la belleza de vuestros anfiteatros desbordantes de instinto—«oro, seda, sangre y sol», que cantó el poeta sevillano—pero no llega á encellarme el traje de luces de los toreadores, si bien admiro su gesto fídico cuando entran á matar. Conservo alguna serenidad al oír el repiqueteo sonoro de las castañuelas en manos de vuestras bailarinas de ojos morenos, aunque me enciende secretamente la sangre, no vieja todavía. Nunca me he detenido á ver, en la península, el harapo de los mendigos ó la agudeza de los pícaros, pues en la vida real me interesan menos que en las páginas admirables de «Guzmán de Alfarache» y «La vida del Buscón».

La buena tradición peninsular existe y ella podrá inspirar á los que busquen el progreso de las instituciones mediante la renovación de las ideas generales.

Es otra España, amigos míos, la que me atrae. Todos vosotros—hombres de estudio y de pensamiento—la conocéis mejor y la amáis igual que yo: la España de los grandes filósofos, de Isidoro, de Averroes, de Maimónides y de Lulio, sumergida en la penumbra por el advenimiento de los capitanes y de los teólogos. La España que se duerme cuando el fanatismo de la teocracia quema las bibliotecas heréticas; la que va á buscar las luces del Humanismo y se extingue

en Brujas, con vuestro Luis Vives; la que se ilumina de Libre Examen y muere en las hogueras calvinistas, con el insigne Miguel Servet. La España que osa balbucear el Renacimiento con palabras indecisas, con Fox Morcillo y Francisco Vallés, con Gómez Pereira y Arias Montano; esa España que quiere resucitar en tiempos de Carlos III, que deletrea más tarde el enciclopedismo, y que desde hace un siglo interroga á Kant, á Hegel, á Krause, á Spencer, sucesivamente y sin sosiego, segura de que ningún Renacimiento Histórico es posible sin un esfuerzo firme por el Renacimiento Cultural.

Mi anhelo de español sería que en los libros de los niños de hoy—los españoles de mañana—se enseñara á venerar la memoria de un Isidoro, de un Lulio, de un Vives y de un Servet, en vez de seguir mintiendo las aventuras del Cid—que vivió mucho tiempo con dinero de los moros,—las glorias de Carlos «Quinto» de Alemania—que nadie conoce por Carlos «Primero» de España—, ni la fastuosa magnificencia de los siguientes Habsburgos—que por la indigencia en que vivieron no fuéronle en zaga á ningún estudiante de novela picaresca.

Constituída una nueva moral, poniendo como ejemplo la tradición de sus pensadores y de sus filósofos, á España le sobrarán fuerzas para re

nacer; las hay en cada provincia ó región; muchas de ellas pujan ya en vuestra Cataluña, intensa y expansiva...

¿Digo, acaso, lo que todos pensáis? Tan inocente coincidencia me complace, pues no pretendí sorprenderos con pensamientos originales y sólo fué mi deseo acertar tratando las cosas de España con el mismo criterio con que trato las de Hispano-América.

Anhelo que todos los hombres cultos de la América Latina aprendan á amar y á conocer la más perenne gloria de la península, sus pensadores, vuestros abuelos: Lulio, Vives y Servet, ilustres en la historia de la filosofía, y que representaron, en su tiempo, la Ciencia Nueva. Y, anhelo también que los hombres cultos de España aprendan á amar y conocer los esforzados «indianos» que procuraron nivelarse con la cultura científica moderna, mis mayores: Sarmiento, Alberdi y Ameghino, pilares augustos de la cultura de mi Patria.

.....

No habla en favor de la España culta la ignorancia de escritos contenidos en libros y revistas de cierta autoridad, ni revela cordura el aceptar opiniones que se suponen vertidas en reportajes que no han tenido lugar. Convendría, de una vez, que los «intelectuales» ibero ameri-

canistas disiparan la ignorancia reinante en la península sobre los hombres y cosas de América.

En América se estima á los españoles que estudian y trabajan, pero los americanos no se creen obligados á estimar todo lo español.

Personalmente, contesamos nuestra sorpresa ante la importancia que se asigna en España á una opinión que se nos atribuye; no ocupamos ningún cargo burocrático en nuestra patria y en la sociedad contemporánea es demasiado modesta la simple condición de hombre de ciencia. Esta última, por otra parte, en ningún país nos ha sido mejor estimada que en España; hace pocos meses el Instituto de Medicina Legal de la «Universidad de Madrid» nos ha discernido el título de «Profesor Honorario», honor que sin esta ocasión no habríamos hecho público.

Ignoramos que en España se haya hecho una distinción semejante á ningún otro americano.

JOSÉ INGENIEROS

Buenos Aires.

FIGURAS CONTEMPORÁNEAS

VARGAS VILA

¡Vargas Vila! He aquí un pensador hispanoamericano, una *rara avis*, tratándose de una raza que no ha brillado aún por sus filósofos.

La raza á que los españoles dimos lugar en el Nuevo Continente, pura ó cruzada, con otras razas, europeas ó indígenas, ha dado guerreros heroicos, ha producido hombres de Estado notabilísimos, grandes poetas, escritores eximios, oradores elocuentes, pero no filósofos.

España había tenido un Arnaldo de Vilanova, autor de un sistema de la Naturaleza, filósofo naturalista, descubridor del alcohol, del éter, de los principales ácidos minerales y de varios cuerpos simples ó compuestos, sin los cuales hoy no existiría ni la moderna Química ni la Electricidad.

Un Raimundo Llull, metafísico místico, que

llegó á querer dictar leyes á la especulación con sus categorías ideales, concluyendo con la invención quimérica de una máquina de pensar.

Un Vives, gran humanista, que rivalizó en profundidad de conceptos con Erasmo de Rotterdam y los primeros de su época. Un Miguel Servet, médico, astrónomo, geógrafo y filósofo que, después de haber descubierto el movimiento circulatorio de la sangre, y de haber observado y demostrado que nada de fijo hay en la Naturaleza, se remontó al movimiento de los astros, perpetuo, eterno; y de todo ello concibió un sistema filosófico del cual resultaba la Concepción de la Divinidad como energía permanente, deduciendo leyes de la vida, que más tarde la ciencia ha confirmado.

Tuvo un Huarte, el sublime autor del *Examen de ingenios*, en el cual tantas lecturas de filosofía social se daban á los españoles, empezando por demostrarles lo funesto que es el elevar á los oradores á grandes cargos públicos.

Tuvo un Gracián, precursor de Nietzsche, de Carlyle y de Emerson, el cual escribió *El héroe* y *El discreto*, preludiando la moderna teoría del *Superhombre*, y fijando la diferenciación entre el talento y el genio.

Esto, sin contar con los místicos, los comentaristas, y anteriormente con la escuela árabe

cordobesa que contaba con Averroes, Alkindi, Abul Faradaj, y tantos otros que siguieron las huellas de Aristóteles y del panteísmo alejandrino.

Este fenómeno puede obedecer á lo siguiente, en gran parte. España, y lo hemos ya sentado en otro libro, es un estado compuesto de razas diversas. Como acabamos de citar, los principales pensadores españoles han surgido en las provincias levantinas, ó sea de la Coronilla de Aragón, siendo catalanes, aragoneses, mallorquines, valencianos. Y á estas provincias, por un decreto de los Reyes Católicos, una vez descubiertas las Américas se les prohibió el ir á colonizarlas.

El andaluz, el castellano, el extremeño que fué, diríase que en la conquista de América, reconcentró toda su fuerza en el heroísmo militar y en el espíritu colonizador, y se quedó exhausto en la energía necesaria para la investigación, la observación adecuada y el pensamiento profundo, caso de que la tuviera.

Así como decimos, hasta ahora sólo han florecido estadistas, oradores, escritores, poetas. Pero hoy la cosa ha cambiado. Ya en revistas y en libros encontramos estudios de jóvenes autores, en los que ya se muestra el talento observador é inductivo; mas el autor que nos ocupa es un verdadero caso aislado. Vargas Vila es un pen-

sador justo, y de una fuerza como en pocos habíamos encontrado. Y es que cuando se manifiesta una aptitud en medio de un pueblo, que por lo general carece de ella, ésta ha de tener una gran energía para surgir, á pesar de tal medio ambiente contrario. Los grandes idealistas han salido del seno de sociedades materializadas. De la Escocia industrial y mercantil salió Carlyle, del Norteamérica práctico surgió Emerson, de la brutalidad islamita salió Fyrdusi.

* * *

Vargas Vila no es lo que clásicamente se llama un filósofo. El es más, es un pensador franco y leal, sincero, que dice sin ambages lo que él cree ser la verdad, y nos da, sin imposición dogmática alguna, el aspecto bajo el cual se le presenta la visión del mundo, de la sociedad y del hombre.

Un filósofo es, como decía un amigo mío parisién de mucha chispa, *un animal á système*. Efectivamente, en Alemania, que es modernamente el país de los filósofos profesionales, no se comprende un filósofo sin un sistema, lo cual á nosotros nos hace el efecto de querer meter el Universo en un armario dividido en cajones. Los filósofos franceses é ingleses, que sólo se sirven

de un método para pensar, no les parecen filósofos en el verdadero sentido de la palabra.

Pues bien, Vargas Vila, ni tiene método ni sistema.

No comete la barbaridad de querer construir un artefacto que encierre la inmensidad de lo infinito en sus compartimientos. Y en cuanto á método, hace como aquel personaje de Molière, que toda su vida habló en prosa, sin saberlo. Vargas Vila es un inductivo, pero que no presume de tal. Y esto es lo más hermoso de su pensamiento. Nos da el resultado de su observación, de su experiencia social, sin mentarnos para nada el medio de que se ha valido para obtener los resultados que, con tanta justeza, nos presenta. Esto es lo que hace de él un pensador y un artista. Nada del estilo indigesto de ciertos pretendidos pensadores serios y profundos, que nadie entiende ni se entienden ellos mismos. Vauvenargues ha dicho, y con razón, que la claridad es la buena fe del filósofo, y Schopenhauer ha añadido, que la obscuridad de los enunciados proviene siempre de la vaguedad en la comprensión y en la meditación de lo que filosofamos. La claridad perfecta es en la filosofía, lo que la *frase pura* en la música.

Por esto precisamente es por lo que nos gusta Vargas Vila, y en esto estriba su gran mérito:

su visión clara, su comprensión justa, su expresión adecuada y neta.

Así Vargas Vila, que es un solitario ó un misántropo, al escribir, resulta un pesimista que se formula á sí mismo.

Nacido en una ciudad de la América Central, salió de su país á los veinte años, y desde entonces anda recorriendo la América del Norte y la Europa, siempre solo, estudiando y meditando. No hay más que observar su figura, con su perfil de ángulo facial abierto y sus pequeños ojos penetrantes, para ver que es un gran comprensivo.

«El horror á inspirar el amor, que tal vez por no haberlo sentido nunca, ó por querer olvidar que lo sentí, ha sido la obsesión torturante de mi vida» —exclama. Y añade: que espera que el imperio silencioso que ha de extenderse sobre su tumba, no será turbado por las rosas del amor que crezcan sobre ella, ni que un leve rumor de afecto viole la soledad que ha de envolver sus huesos en el sepulcro.»

Tal es el *leitmotiv* de sus filosofías. Todo en él es serio é impasible. No se afecta ante las catástrofes, no siente lo cómico, no ríe, lleva la muerte en el alma, que él cree el elemento positivo del Universo.

«Fuí un solitario en vida —dice—, quiero ser

en muerte un solitario»—; y luego añade en *El Ritmo de la Vida*: «En este libro está mi alma desnuda como en un sudario.»

Efectivamente, leyendo los libros de Vargas nos hemos encontrado que pensaba lo mismo que nosotros, pero al revés. El tomaba de izquierda á derecha lo que nosotros de derecha á izquierda; él partía de la Muerte como término positivo del *en sí* de las cosas, y nosotros de la Vida; él veía como supremo bien el no ser, y nosotros el vivir, el ser, el luchar.

El dolor para nosotros no existe, sino como protesta de la sensibilidad irritada contra la disminución de la existencia, aviso de contrariedad que hay que hacer desaparecer ó atenuar. El lo ve como resultado lógico de la vida, y afirma que hay que tender á la *nada* para librarnos de él; si vivimos es por cobardía.

Somos el anverso y el reverso de una misma medalla. Por lo demás, las relaciones fenomenales que establecemos son iguales, sólo que las suyas van de mayor á menor, de positivo á negativo, y las nuestras de menor á mayor, de negativo á positivo. El no admite dogmas, ni trabas, ni limitaciones en su especulación; sus reflexiones son hijas de la observación de la realidad; es un verdadero positivista en esto. Sólo que á nosotros, la realidad se nos ha presentado

en la vida de otra manera, gracias, más que á los accidentes fenomenales de nuestra existencia, á nuestra organización fisiológica, á nuestro temperamento. Una contrariedad se nos ha figurado, que era algo que había que vencer, una valla que había que saltar, un límite que se tenía que dejar atrás, siempre un más allá y un mejor. Se vive de la muerte, ó mejor, de otras vidas orgánicas inferiores, pero se vive. Vargas Vila es un contemplativo amargado. Tiene horror á la vida que es lucha, y amor á la muerte, que para él es reposo eterno. Y esto se lo dicta su temperamento. Si nos confesáramos ambos tal vez resultaría que nosotros llevaríamos la mayor parte en los accidentes contrarios de nuestra existencia, en las desgracias, pues la desgracia nos ha atacado siempre al imprevisto. Una vez, cuando á fuerza de trabajo íbamos á recoger una fortuna, se estremeció la tierra, se hundieron montañas, saltaron caseríos al mar, un temblor de tierra arrojó pueblos á la llanura, y nos quedamos contrariados, sí, pero no abatidos. Y hemos continuado luchando para vencer la adversidad, bajo cualquier forma que se nos haya presentado. ¡Y siempre adelante! Este ha sido nuestro mayor placer.

Vargas Vila tiene otro temperamento y otra organización. Ama la soledad en sí; nosotros la

amamos, pero como reparadora de fuerzas y fuente de libertad y energía para el trabajo, y una vez rehechos, nos lanzamos al mundo que necesitamos frecuentar, y combatir sus defectos, sus ridiculeces, sus nulidades ó sus infamias. Y esto nos templa, nos alegra, nos rejuvenece. Vargas Vila nos hace el efecto de un genial Filósofo Gimnosofista, de un antiguo Jaina del Indostán, de un sabio budhista con vistas á un Sivaísmo inactivo. Y en esto está su honradez perfecta. Ve el Mal y la Muerte, por doquiera, más no incita á la anulación ni al daño ajeno. Ni siquiera la recompensa del agradecimiento quiere. Medita y escribe para evitar que el amor le sobreviva ya que no podrá obtener el olvido de su alma. Si sugestiona estados de ánimo tristes, es á los que no son bastante fuertes para leerle y comprenderle.

En su primera juventud luchó por la libertad de su país, al combatir la tiranía en la Central América. A los diez y siete años ya tomó parte en una batalla; pero luego envainó la espada, tomó la pluma y fué sólo un contemplativo, sin atender á que la vida es lucha, y envainar la espada es firmar su esclavitud, sellar su tumba.

Por esto él, para no ser esclavo, al cesar de combatir, se refugió en la soledad, y siendo un gran comprensivo, su espíritu tendió á la tumba.

No sabemos qué acontecimiento determinó en el joven Vargas Vila este cambio de frente. Descendiente de los Vargas Machuca, uno de los cuales se quedó allí ignorado en los Andes, adonde fuera como conquistador, quién sabe si el eco lejano de este antepasado, por extraño atavismo produjo en su descendiente ese arrepentimiento de la vida intensiva y activa, que le había movido á cometer tal vez actos atroces en la raza autóctona. De procedencia catalana, por el linaje de su madre, podría ser que la raza de los Vila, lemosina, como indica el nombre, con la de los Vargas, ambas presentes en su biznieto, determinaron los dos aspectos de su vida: el activo y el contemplativo artístico. Algo trascendental de su antiguo abolengo, aún velado por su pesimismo, hay en la nobleza de su concepción, en la firmeza de sus enunciados y en el alto sentimiento estético de su pensamiento. En el Arte, que él no advierte que es el paroxismo de la vida, reaparece el lemosín. Así exclama:

«El ritmo es más que la música de la poesía, es su esencia. Donde quiera que hay ritmo hay poesía, aunque no haya verso.» Y cita á Chateaubriand, que no escribió en verso, y lo iguala con Lamartine y Víctor Hugo. Y cual un greco-latino, con un superior sentido de ponderación, afirma que:

«Donde hay esfuerzo de estilo hay retórica y donde hay retórica no hay poesía.» Para él (y está en lo cierto) todo poeta obedece á un ritmo personal... que es como la música individual de sus emociones, y añade:

«La ley del verso debe ser la libertad, porque todo ritmo es bello y todo lo bello es libre.»

Hasta en sus máximas de filosofía de la historia reaparece el Mediterráneo, cuando afirma que: «Los bárbaros se civilizan, pero á condición de barbarizar la civilización.»

La Barbarie le da horror porque la Barbarie es destrucción y no construcción armónica. Y tiene el profundo sentido de la vida que tuvieron los griegos, tanto, que á veces al analizar parece Anacreonte:

«La Vida, no tiene sino una Primavera; y, hay que apresurarse á recoger y aspirar todas sus rosas, porque mañana, ese huerto será el huerto de la Muerte, y, el Recuerdo, será el solo perfume que flotará sobre él.»

Y al considerar el ideal exclama:

«No hay ideales fuera de la Vida; es al contacto de la Vida, que nacen los ideales.»

Y tanto identifica el arte con la vida que para él no hay gran artista que no sea sincero, y así cree que cual Eskilo:

«Aquel que ha escrito una gran Tragedia, la ha vivido, ó es capaz de vivirla.»

En los momentos en que su ánimo decae, al poeta, al greco-latino artista, se opone el pesimista, el que ha renunciado: «Entre el héroe y el asceta, el tumulto y la soledad, la Gloria puede estar con el héroe, pero la Sabiduría está con el asceta.»

Mas ese pesimismo pronto le pasa, como si fuera una ligera nube que su radiación disipa.

Un eco lejano de su antiguo carácter liberal y luchador, en su soledad, le vuelve insurrecto cuando exclama: «El deber—según Kant—, es una acción, que necesariamente debe de ejecutarse por sumisión á una ley.» Luego: «El deber es una esclavitud.» «Mas ¿dónde encontrar la libertad? Fuera del deber, es decir, fuera de la ley. Pero ¿se puede vivir fuera de la ley? ¡Sí! Dentro de sí mismo.» He aquí que cual Max Stirner con el *Homo Sibi Deus*, el anarquista mental aparece. Y por tanto así como no reconoce leyes, tampoco admite Estados:

«Una personalidad que sufre fronteras, no es ya una personalidad, es simplemente una persona.»

Y este espíritu anárquico lleva en el fondo un espíritu aristocrático anti-igualitario; y la diferencia la encuentra en el valer propio, en el no

sujetarse á fronteras, en el no caber en una nación.

El no reconoce más leyes que las relaciones fenomenales de los organismos. La moral de las religiones la encuentra falsa y así sienta que: «Las leyes de la Biología, son las únicas leyes de Moral, posibles.»

Ante todo, y en *La voz de las horas* es donde se pone de relieve que es un espíritu liberal. Así ve el servilismo de los menguados hasta en la hora de la muerte.

«El servilismo, es pasión tan incurable en el Hombre, que aun en el momento de la suprema Libertad, que es el de la Muerte, tiene necesidad de crearse más allá de la tumba, la ficción de un Imperio, y, la necesidad de un amo, para temblar ante él.»

Su máxima fundamental puede decirse que es esta:

«Después del Esclavo, yo, no he visto nada más vil, que el Amo.»

Ni quiere ser dominado, ni dominador, tanto es el odio que tiene á la tiranía, que él considera fuente de indignidad y de embrutecimiento:

«La Tiranía, se parece á la Religión, en que bajo ella «El Terror es el Principio de la sabiduría»;

y, el Temor, es la única Autoridad de los que

no pueden inspirar respeto; y, el único respeto de los que no tienen Dignidad.»

Esclavitud, servilismo y debilidad le resultan sinónimos, hasta en el terreno de la literatura. Oidle:

«Los espíritus débiles, son los prisioneros de sus ideas; los grandes espíritus son los amos de ellas.

La libertad literaria, es, un fenómeno, exclusivamente personal, como todas las formas de la Libertad;

sólo los espíritus fuertes hacen uso de ella;

los demás... se agrupan en escuelas;

el Instinto de agrupación, es, un Instinto de animales débiles;

no se ven rebaños de leones.»

Y por tanto libertad es fuerza, es energía interna que se proyecta, no falta de vallas, sino acción propia:

«Una mentalidad libre, hace un estilo libre: *Libertad, es Originalidad.*»

El que no tiene esa fuerza personal, aunque no halle vallas él se las busca, pues se encuentra mejor trabado que libre. Así solo existir puede siendo legión:

«No poder decir su propia Idea sino á través de las ideas de los otros, es la desgracia de los escritores gregarios, agrupados en cenáculos y,

en escuelas: la promiscuidad, destruye la originalidad.»

Así para medrar los impotentes se hacen serviles:

«El deseo de agradar, es el más vil de todos los deseos, porque él obliga al Artista, á capitular con el medio, y permite á la influencia ambiente dominar su Individualidad, que debe ser intangible y, sagrada; El medio mediocrisa; y, un Artista, que capitula con el medio, tiene que ser un Artista mediano.»

Pero al gran artista nada le importan las tempestades que el medio ambiente levantara cuando él quiera dominarlo, ni las adulaciones con que se dejan seducir los espíritus pequeños. El gran escritor debe tener presente que:

«El verdadero nauta, hecho á dominar el mar, desprecia tanto la furia de las olas, como su halago, y, no ve en el canto de las sirenas, sino un escollo más para vencer.»

Esas mismas contrariedades le son favorables:

«La Celebridad, tiene sus compensaciones; y, es á la Envidia que le toca siempre el ofrecérsela. La Envidia, no duerme nunca. Si durmiera, ¿quién alimentaría el fuego del odio, que hace brillar la Gloria? La Envidia, es la vestal de la Gloria; una vestal esclava, encargada de no dejar morir nunca, el fuego de la Admiración.

Sin la Envidia tal vez no viviría la Gloria. Sin Zoilo, ¿Homero habría llegado hasta nosotros? La Crítica es el Hipogrifo de la Celebridad; sobre ella se eleva el Genio, cabalgando en el crítico.»

Porque se siente tan libre y tan fuerte en una sociedad de esclavos, esclavos de preocupaciones, de leyes impuestas, de prejuicios, de intereses materiales, cada vez que se cree no poder vencer, para no rendirse se refugia en sí mismo, como dentro de una fortaleza. Mas el eco lejano del castellano activo y del lemosín vital asoma otra vez, á pesar suyo, y le fuerza á reconocer que: «El deseo es una intensidad» y que, «quien tiene más deseos vive más; desear es vivir»—y añade: «La fuerza del deseo centuplica la fuerza de la vida, y sólo el deseo de lo imposible hace posible el vivir.» Ya apareció el Héroe, nada queda ya del asceta.

Oidle en pleno Mediterráneo cómo se lamenta: «Las palabras eran ya ídolos entre los sofistas, y hoy morimos de la idolatría de las palabras, porque vivimos de la fascinación de los sofistas.» Y como greco latino que es, tiene el concepto verdadero del Genio. «El Genio que no ha logrado hacerse de su nombre un símbolo, nada ha hecho de su Genio.» Podríamos bien decir que en este plano y en este terreno admirable, es cuando nos encontramos en la monta-

ña del conocimiento, al bajar él y al subir yo. ¿Qué importa que los caminos sean diferentes, si al encontrarnos nos comprendemos, nos hablamos, nos saludamos de igual á igual, de más cerca ó de más lejos?

¿Cómo no había de ser así, si Vargas Vila ha viajado, ha vivido en varias ciudades, posee varias lenguas, ha estudiado letras, filosofía, sociología, arte, con mente clara y espíritu sereno, y ha juzgado del pasado y del presente igual que nosotros, leyendo á más de los libros, los hombres y las cosas, aunque fuera con distinto fin?

En una cosa nuestra comprensión y en varias nuestro sentimiento han sido idénticos. En entusiasmos ante la Antigua Grecia. Parece que haya leído una obra inédita nuestra: «*El intelecto de la Grecia antigua.*» Para él como para nosotros, Eskilo fué superior á Aristófanes. En éste se mostró ya un principio de decadencia. Sócrates fué fatal á la cultura helénica, y, por consiguiente, al mundo. ¡Mató la belleza en nombre de la lógica!

Por fin cerramos este estudio, que, á querer ser completo, sería interminable, citando de Vargas Vila estas sentencias que muestran en él una nobleza, que ni fuera de la lucha le ha abandonado:

«La multitud me espanta y me encoleriza.

Frente á ella siento el deseo loco de huirla ó de domarla; pero nunca el de mezclarme con ella y el de darle mi corazón. ¡Y, sin embargo, se lo he dado y vivo por ella! ¡Y moriré por ella!... Pero á distancia.»

Y también revela su carácter noble á pesar de haber pasado por duro cuando de la mujer ha tratado:

«Hay que tener un gran respeto por toda Mujer, aunque sea una niña, porque en ella va, la crisálida de una Madre.»

Y qué sublime resulta el final de su libro *El Ritmo de la Vida*. Es el verdadero credo del hombre libre:

«Apresurad la caída de vuestros ídolos.»

«Dudad,

»ninguna Fe ha sido nunca tolerante.»

«La Duda es la tolerancia,

»la Fe, ha levantado hogueras,

»la Duda no las levantará jamás.»

«Toda Fe es una tiranía y todo creyente un esclavo.»

«No creáis.»

POMPEYO GENER.

BALADAS DE CETRERÍA

I

¡La cabalgada!... ¡La cabalgada!...
Entre una nube
de polvo que hasta los cielos sube,
por lo más agrio de la quebrada,
mientras la trompa ronca y sonora
con sus agudos clamores hiende
la cristalina paz de la aurora,
la cabalgada veloz desciende!...

Veloz desciende la cabalgada
por lo más agrio de la quebrada,
buscando el valle fértil y umbrío
donde aún la sombra nocturna humea...

El verde valle donde azulea
como una cinta de plata, el río,
que, entre alamedas y entre sauzales,

va desgranando las musicales
sonoridades de sus querellas!...

Sueña, en el fondo de sus cristales,
un argentino temblor de estrellas!

II

Mueren los astros; brotan las flores...
Con el estruendo de sus clamores
la trompa, el claro silencio atruena...
Las brisas tienen sabor á mieles...

Bajo la mano que los refrena
piafa el orgullo de los corceles...
De los corceles que, resoplando,
la crin revuelta, trémula el anca,
sonoramente van galopando,
bañado el belfo de espuma blanca,

mientras las damas y los galanes,
ahogando el grito de sus afanes,
— gorras plumadas, nevadas tocas —,
hablan de cosas improvisadas...
¡Y lo que acaso callan las bocas
se van diciendo con las miradas!...

III

Sonoramente van galopando
sobre el orgullo de sus bridones...

Los gerifaltes y los halcones
sobre los puños aleteando,
entre el estruendo de los herrajes,
y entre el ladrido de los lebreles
que encadenados llevan los pajes,
vibran al aire sus cascabeles,

mientras sus ojos siguen el vuelo
de alguna alondra que desde el cielo,
en la incoherencia de sus cantares,
alegremente rompe y desgrana
las claras perlas de sus collares
sobre el silencio de la mañana!

IV

Por las laderas y las vertientes,
desengarzando vivos diamantes,
gárrulas, roncás y resonantes
ruedan las ondas de los torrentes
en las cascadas espumeantes!...

Y á su salvaje rumor bravío
que de frescura los aires baña,
cruzan espamos de escalofrío
los espinazos de la montaña!

Saltando arroyos, vallas y setos
en donde abren á la alborada
sus blancas flores los majuletos,
por las vertientes, á la hondonada,
veloz desciende la cabalgada!

Y á su galope raudo y sonoro
crujen las jaras y los carrascos,
y los guijarros, bajo los cascos,
relampaguean chispas de oro!

Tienen las brisas calor de nido;
y, amarillento, tras una loma,
el sol naciente, curioso asoma
su ojo de cíclope medio dormido!

V

El Halconero divaga errante
como una sombra, por los jardines...
Tiene la albura de su semblante
las palideces de los jazmines...

De esos jazmines que á la azulosa
y plateada luz de la Luna,
van deshojando su nieve en una
callada y lenta muerte olorosa!

Y siempre inquietas, siempre intranquilas,
como encantadas en sus quimeras,
las negras sombras de sus pupilas,
entre un morado cerco de ojeras,
hablan de ocultos y hondos martirios,
temblando como dos golondrinas
que se desangran entre los lirios
de los zarzales llenos de espinas!...

Los gerifaltes y los azores
en las alcandoras sueñan, en vano,
que encaperuce su blanca mano
sus calvas testas de emperadores!

Hermosas damas, de amor cautivas,
en balde esperan que en los jardines
nocturnos, giman sus bandolines
bajo el encaje de las ojivas!

Y cuando vaga por el bosqueje,
viendo la angustia que se retrata
en sus pupilas, murmura un paje
en el oído de una azafata,

mientras su sombra pasa y se interna
por la espesura: — ¡Pobre halconero!...
Se ha enamorado de algún lucero
que vió en el fondo de una cisterna! —

Y él, silencioso, sin hacer caso
de cortesanas murmuraciones,
á los jardines dirige el paso
cuando repican las oraciones.

Y en lo más hondo del bosque umbroso,
en la penumbra fragante y quieta
de los cipreses de la glorieta,
sobre un antiguo banco musgoso,

donde no llegan ecos humanos,
mientras la Luna los cielos dora,
con la cabeza sobre las manos,
calladamente suspira y llora!

Y al escucharle, los surtidores
rompen las gemas de sus querellas,
y se deshojan de amor las flores
bajo la plata de las estrellas!

VI

¡Pobre halconero!... ¿Qué le ha pasado?
¡De cuanto ha sido ya nada queda!...
Parece un muerto resucitado
vagando solo por la arboleda!...

¿Qué ocultas penas velan crueles,
los ojos, cuyas ardientes llamas
fueron desvelos de tantas damas,
al par que envidia de los donceles?...

¿Verdad que nadie jamás creyera
mirar sufriendo tantos afanes,
al halconero, que aun ayer era
el más alegre de los galanes?...

A sus halcones cuidar sabía,
y de cuidarlos hacía gala,
según las reglas de cetrería
que escribió Pero López de Ayala!

Un regio guante fué su trofeo
en una justa... Nadie le gana
á romper lanzas en el torneo,
ni á la morisca ni á la cristiana!

Ni en las veladas de juglería,
cantando trovas hay quien le venza,
ya trove al modo de la Provenza,
ó á la manera de Andalucía!...

¡Por la arrogancia que hay en su porte;
por lo ingenioso, por lo esforzado,
no hubo en las fiestas de nuestra corte,
un halconero más celebrado!...

Nuestro Rey mismo, según usanza
caballeresca que hay en Castilla,
del Santo Apóstol, en la capilla,
puso en tus manos su propia lanza!

Y hasta la Reina, nuestra señora,
calzó á tus plantas, rubio halconero,
con sus rosadas manos de Aurora
la espuela de oro del caballero!...

Y mientras ella te la calzaba,
y con los ojos te sonreía,
¿por qué tu rostro palidecía
y tu melena de horror temblaba?...

Callaron todos, y desplomado
al pie del ara santa caiste...
¡Y desde entonces, andas, cuitado,
mudo, ojeroso, pálido y triste!

VII

Por la alegría fresca y sonora
de las agrestes sendas tranquilas
que se despiertan bajo la Aurora,
tiembla la plata de las esquilas.

Las vacas mugen, y los corderos
entre los setos floridos, balan;
y un dulce aroma de miel exhalan
los tomillares y los romeros...

Cantan arroyos entre las peñas;
hierven espumas en los barrancos;
y el azul manchan los vuelos blancos
de las palomas y las cigüeñas!

Y allá, en el fondo de la cañada,
bajo las ramas, entre el estruendo
de roncás trompas, se va perdiendo
deshecha en polvo, la cabalgada!...

VII

En el retiro más apartado
de la floresta, donde el ramaje
con la silvestre hiedra ha formado
como una gruta de verde encaje,

¿quién es la dama, pálido niño,
que desgarrados los áureos lazos
y los corchetes de su corpiño,
medio desnuda tiembla en tus brazos,

y balbuciente y estremecida,
entre su boca de rosa y nieve,
á flor de labios, toda tu vida
en un inmenso beso se bebe?...

IX

Entre sonrisas y entre canciones,
por lo más agrio de la quebrada,
torna al castillo la cabalgada
al trote largo de los bridones,

mientras arriba, sobre el esmalte
del cielo claro como un cristal,
sangra en las garras de un gerifalte
una orgullosa garza real!...

FRANCISCO VILLAESPEA

RUBÉN DARÍO

La grandeza de los destinos literarios, como de todos los destinos humanos, tiene una parte que procede de circunstancias exteriores, independientes de la voluntad y del genio. Es la armonía dichosa entre el momento en que se llega y el género de obra de que se es capaz; es la cumplida adecuación de la índole de las propias facultades á la oportunidad del tiempo y del lugar en que ellas han de revelarse; lo que asegura al escritor y al artista la plenitud de su destino y la culminación de su gloria. Aquellos que llegaron demasiado temprano ó demasiado tarde; aquellos que, nacidos en el seno de otra generación, hubieran sido sanos y gloriosos, y vieron rebajada su talla por la discordia entre la naturaleza de su genio y el carácter de la obra artística ó social que la necesidad de su época reclamaba, forman legión entre los incomprendidos

y los fracasados á medias. En cambio hay seres de elección que vienen cuando son esperados; que traen dentro de sí la respuesta para la pregunta que encuentran en los labios de todos, la manera de verdad ó belleza en que han de reconocer sus contemporáneos la parte del ideal que les estaba reservada en el tiempo.

El gran poeta que hoy lloramos fué de esos bienvenidos á la realidad del mundo. Llegó á la hora en que su portentosa fuerza personal podía realizar obra más oportuna y conquistar fama más excelsa. En días de poesía apasionada, de poesía tribunicia: en días como los de Ricardo Gutiérrez ó de Andrade, su numen se hubiera amenguado en la violenta adaptación á tonos que no eran los suyos; ó bien, cediendo á lo espontáneo de su instinto y permaneciendo solo, hubiera quedado sin correspondencia ni eficacia. Vino cuando la necesidad temporal, en poesía de habla española, era la tendencia á la selección, al refinamiento; la reacción contra la espontaneidad vulgar y la abundancia viciosa; el predominio de lo que en la poesía hay de arte sobre lo que hay en ella de confesión sentimental ó de energía de propaganda y de combate. Apareció cuando era necesario que repercutiese, en lengua de Góngora y Quevedo, un movimiento de liberación y aristocracia artística que había triunfa-

do en casi todo idioma culto. Y nunca se vió tan preciso acuerdo entre las condiciones de la obra que había de cumplirse y la natural disposición del llamado á ejecutarla. Jamás hubo poeta americano que, como él, anticipase los caracteres propios de un ambiente de cultura multiseular; que tuviera, como él, sentido de lo precioso y exquisito; que manejara el oro de los ritmos con tan sutil primor de artífice; que concibiera y dibujara y colorease la imagen con tal delicadeza y tal entendimiento de matiz.

Grande es el poeta por su obra personal; pero el agitador en el campo del arte y propagador de formas nuevas, el pontífice lírico, el César de dos generaciones subyugadas por la extraordinaria simpatía de su imaginación, vincula aún, si cabe, mayor prestigio de triunfo y maravilla. Ninguna otra influencia individual se había propagado en América con tal extensión, tal celeridad y tan avasallador imperio. Durante veinte años no ha habido, de uno á otro confín del Continente, poeta que no llevase, más ó menos honda, en el alma, la estampa de aquella garra innovadora. Su dominio trascendió más allá, y por vez primera, en España, el ingenio americano fué acatado y seguido como iniciador. Por él, la ruta de los Conquistadores se tornó del ocaso al naciente. Y esta soberanía irresistible es

tanto más excepcional y peregrina, cuanto que fué alcanzada por la virtud del arte puro, sin la fuerza magnética de un ideal de humanidad ó de raza, de esos que convierten el canto del poeta en verbo de una conciencia colectiva.

Su nombre, que ya tenía, en vida de él, cierta vibración de nombre ideal y legendario, resonará en el tiempo con el poder evocador de un símbolo de renovación y poesía, como el del Apolo Hiperbóreo, que el mito clásico representó sobre aéreo carro de cisnes, difundiendo nueva belleza y nueva vida en el seno de la Naturaleza, arrancada al letargo del invierno.

José ENRIQUE RODÓ

JUGUETES Y TRISTEZAS

UN CUENTO DE NAVIDAD

HABANA, DICIEMBRE 24.

Eran ya las diez de la mañana y todavía los niños se agrupaban á la orilla de los improvisados mostradores, detrás de los cuales algunas damas caritativas y algunos caballeros galantes, con visibles señales de cansancio, repartían, amable y risueñamente, los últimos juguetes, que caían en el alborotado oleaje de los bracitos pedigüeños, como guijarros en el mar.

Las madres, las cuidadoras, las guías de los chiquitines, contagiadas de la fiebre de éstos, ayudábanles en la lucha; y, abriéndoles paso en el apretado cerco infantil ó levantándolos en vilo para que pudiesen dominar sobre el tumulto, gritaban también con el mismo afán, casi desesperado, de la minúscula muchedumbre. Las voces, en diapasón agudo, triunfaban de los demás ruidos de la vasta plaza: de las bocinas de los automóviles; de las chirriantes ruedas de los carros; de las huecas y rítmicas sonoridades que produce, sobre el asfalto, el trote de los jamelgos de tiro; del ajetreo, de hierro rodante, del tranvía...

De vuelta de la batalla formidable, pasaban, frente á mí, los niños, nerviosos, locuaces, cargados de paquetes semideshechos. Cada uno venía embrazando su botín de guerra. Y en los rostros, radiantes de felicidad, se esbozaba un inocente gesto de orgullo. Era un paseo triunfal bajo los soportales de las casas del Prado.

Al igual que los niños, también ancianos pobres y mujeres desvalidas, llevaban la manta ó la pieza de ropa que les había tocado en el reparto; su juguete contra el frío y el abandono. Bien mirado, los miserables son unos niños grandes y tristes, maltratados por la vida como por una cruel madrastra.

Viendo cruzar la victoriosa turba, entre la algazara y el bullicio de los caballeritos audaces y de las mocitas coquetonas, iba marcándose, en las regiones de mi recuerdo, una huella suave y blanca, que se desenvolvía como una cinta de luz pura en la obscuridad de mi memoria. ¿Quién, por malo que sea, no lleva escondida una visión inmaculada en el espíritu? ¿Quién, por debajo de esta amarga corteza, con que cubren los años y los desengaños el corazón, no siente, á veces, latir la fibra inmaculada de una ternura piadosa? ¿Quién no ve, de cuando en cuando, atravesar la sombra azul de un niño por las brumas del alma, de un niño á quien besamos en la cuna, ó llevamos de la mano, en un instante misericordioso, por los zarzales del camino? Cuando una cabecita de querubín asoma, de improviso, como por un roto aro de papel, por la nube de un pensamiento, sentimos

como que la memoria se baña en frescura y luz, y, hecha flor, se abre, al rayo y al rocío de una lejana aurora. Y, en voz baja, recitamos la estrofa inmortal:

*Vous êtes parmi nous la colombe de l'arche,
 Vous pieds tendres et purs n'ont point l'âge où l'on marche.
 Vos ailes sont d'azur.
 Sans le comprendre encor, vous regardez le monde.
 Double virginité! Corps où rien n'est immonde.
 Aile où rien n'est impur!*

Y como el poeta, murmuramos: «Señor: presérvame, preserva á los que amo, hermanos, parientes, amigos, y hasta á mis propios enemigos, triunfantes en el mal; presérvanos á todos, de no ver nunca el estío sin rosas, la jaula sin pájaros, la colmena sin abejas, la casa sin niños!»

Sí, al contemplar á éstos, al saludarlos, al acariciarles, furtivamente, las mejillas, me acuerdo de los otros, de los míos, de los de mi tierra, de aquellas melancólicas criaturas, que quizá ahora estarán más tristes. Y luego pienso en tantos huérfanos de ultramar, belgas, franceses, ingleses, teutones, italianos, que, asidos de las faldas negras de las viudas, van, adustos y espantados, por las calles solitarias, por las ciudades en ruinas, por los escombros de los templos, por las casas vacías, por el sangriento crepúsculo de los horizontes. Juguetes, ¿tendrán juguetes esos infortunados infantes? Muchos, sí; creo que sí. Sé que Alemania fabrica tantos juguetes como proyectiles. Ahora, á pesar de su bravura portentosa, me la figuro como un inmenso casco prusiano, vuelto hacia arri-

ba y rebosante de chucherías para los niños. El casco, como sombrero en manos de prestidigitador, es inagotable. Se desborda y llena la tierra de muñecos, pelotas, cajas de soldados, animales de palo, automóviles de cuerda, barcos de papel, globos de goma...

Es preciso que caiga un diluvio de juguetes que entretenga á los chicos y los obligue, por unos cuantos días, á apartar la mirada de las pavorosas agitaciones de los grandes.

Y en tanto que la emoción matiza de melancolía mis reflexiones, una burlesca voz interior me reprende con ironía: —Eres un sentimental incorregible; pero, á la vez, eres un pésimo observador. Por seguir el vuelo de tus ideas, trágiles mariposas imaginativas, pierdes la noción real de la existencia. Fíjate bien. Los niños de esta «Nochebuena», que viven en países azotados por la guerra, por el hambre, por la fatalidad, no necesitan juguetes, sino pan, leña, techo, tranquilidad.

Pero yo insisto; mi ternura es terca; mi corazón, tenaz. —No, burlona voz del buen sentido, voz de la realidad y de la práctica, voz de la razón y la experiencia, no es cierto. En este día, en esta noche, en esta hora de infelicidad universal, en esta sacudida trágica del destino, en este horror delirante de la crueldad y de la impiedad, es necesario el pan—; naturalmente!—, para la boca del niño; pero también, para su mano y para sus ojos y para su alegría, es necesario el juguete. Porque el juguete es la santa sonrisa de la bondad, que le dice: —No temas; no llo-

res; diviértete y espera. El amor humano no se ha marchado de la tierra; se preocupa por ti; te cuida, y ha puesto el ingenio al servicio de la fantasía. No creas que los hombres sólo saben matarse y odiarse. Mira: también saben hacer juguetes para divertir á los niños.

* * *

Yo he pensado siempre así; yo, que recuerdo haber sido, en un remotísimo pasado, un chiquillo sin juguetes y sin caricias maternas.

Y recuerdo asimismo que en mi juventud anduve trayendo por las comarcas de la fantasía, durante mucho tiempo, el asunto de un poema en el que la acción principal estaba encomendada precisamente á un juguete. Era él, debía ser, un símbolo de piedad y de amor, en el desarrollo lírico de un tema realista. Porque, en mi desenfadada mocedad cometí el atrevimiento de ensayar mis facultades en un género de poesía distinto del romántico, que, fundamentalmente, es subjetivo é introspectivo: quise escribir poesía impersonal y realista. Publiqué dos «Poemas crueles».

Un crítico afirmó de ellos que eran dos ejemplares de poesía psicopatológica; pero que frustránea había resultado la tentativa, porque la poesía mejicana no variaría de rumbo. Romántica y personal tenía que ser de por vida. Ese era el imprescindible carácter de nuestra lírica. Años después, Salvador Díaz Mirón hizo prodigiosas obras de realismo poético, que mar-

can una nueva concepción estética en el ambiente de nuestras letras patrias.

Mas el tercer «poema cruel» se quedó en proyecto. Lo pensé mucho, principié á escribirlo, compuse largos fragmentos, y, ó por imposibilidad ó por pereza —¡qué sé yo!—, lo abandoné, y allá duerme en el cajón de los papeles viejos y en el rincón cerebral donde vamos acumulando, como canta el apasionado italiano, los versos que se piensan y no se escriben.

Y ahora que estoy y que me siento tan lejos de todo aquel mundo nebuloso del deseo y la gloria (ya voy mirando, conforme me acerco al ocaso, que la gloria no es polvo y sol, ¡oh, divino maestro!, sino polvo nada más, polvo que se va ensombreciendo); ahora que he perdido los arrestos para emprender labor de largo aliento y sostenida pujanza, ahora es cuando, vivamente, con rara claridad y juvenil encanto, se me acaba de aparecer en la memoria aquel dormido fantasma, aquel antiguo proyecto de poema.

Y quisiera contártelo á ti, mujer, á ti, anciana de cabellos de albura amarillenta y de mirar cansado y dulce; á ti, matrona esbelta, de rostro tranquilo y amable, en cuya boca sourie perpetuamente un viejo desengaño; á ti, muchacha de veinte años que esperas, con la impaciencia del cariño casto, al novio ó al esposo que tardan en llegar para recibir el beso que te tiembla en los labios; y á ti, florida virgen, alba de candor, estrella de la mañana, escolarcilla curiosa que hojeas los libros de papá, ávida de descifrar el misterio que te rodea con brumas de ilusión,

en las que suenan aleteos de aves invisibles; á vosotras, que para mí, ancianas, matronas, jóvenes y niñas, sois los seres sagrados, las vidas encantadas, los vasos colmados de miel, las urnas llenas de fragancia; á vosotras, que sois el pudor nunca extinguido, el amor siempre vigilante, la compasión dispuesta al sacrificio, el consuelo que se inclina á bañar en lágrimas todo sufrimiento.

¿Cómo podría lograr que mis palabras perdieran la dureza, la aspereza, el sonido grosero con que expresan mi pensar y mi sentir, y que el burdo sayal de mis ideas se convirtiera en velos sutiles, en gasas impalpables, en vestimentas de música extática, en atavíos de tenues sonoridades que pasaran por el corazón de las mujeres, que llegaran á él como la peregrinación de una nube por la cima de las montañas, como la visita de un celaje, que ninguna mancha deja en la nieve de las cumbres?

* * *

... El poema comenzaría por describir el florón de luces doradas, azules y carmesíes, de un cohete que estallara cerca de los astros. Noche de Diciembre: Nochebuena. En una calle muy oscura, sentada en el umbral de una cerrada puerta, acurrucada, como un callejero can, una mujerzuela, desde la sombra en que está sumida, se entretiene en ver las rayas de oro y el deshojamiento de cristal colorido de los cohetes en la diáfana profundidad de los cielos. A lo

lejos, de los hogares dichosos, salen ráfagas de risas y de músicas. Ella recuerda su infancia desventurada; su cuerpo cubierto de harapos; su vivienda sórdida, en la que se revuelcan, como cerdos en fango, el vicio, la ignorancia, el hambre, el egoísmo. Pocas caricias, muchos golpes; escenas de maldad; gritos de desesperación; el padre, alcohólico; la madre, histérica; los vecinos, brutales; los chicuelos, maldicientes; el barrio, sucio; las paredes, pringosas; la iglesia, en ruina; la plazuela, polvorienta. De trecho en trecho, un árbol de fresca sombra; de cuando en cuando, una mirada de lástima. Allí creció, y de allí, en la pubertad, se escapó con un viejo Don Juan que le prometió un vestido nuevo, una cena con vino y un paseo en carruaje. El centro de la ciudad, iluminado, ostentoso, con sus cuadros de sedas y pedrerías, la llamaba, la tentaba, la seducía. Pero, como no era hermosa, no fué victoriosa. No pudo llegar al lujo, que está muy alto; y, sin inocencia, y sin tranquilidad, cayó, de tumbo en tumbo, en el lodazal de las maldades. No sufrió lo que otras que desde muy arriba habían caído como ella. No desgarró encajes, no ensució bordados; se hirió un poco las carnes nada más, y obedeció, sumisa, los enérgicos mandatos de la suerte.

Una vez sintió el amor; pero apenas tuvo tiempo de sentirlo, porque inmediatamente sintió la traición. Y desde entonces, aquella fingidora de amor vendía un beso; pero se cuidaba mucho de entregar, como prenda de uso corriente, el corazón. Era una pobre

pecadora, una descontenta resignada. Y vivía en una atmósfera de engaño, entre una falsa sonrisa y una pena pálida que por la noche se embadurnaba en las mejillas el colorete del placer. Pasó el tiempo, monótono, frívolo, insustancial y doloroso. Ella conservaba una fe vaga y como supersticiosa. A veces, ocultamente, se acordaba de Dios y rezaba.

Y Dios la premió. —No estés tan sola, mujerzuela—la dijo—; te voy á dar uno de mis ángeles. Y un día la muchacha fué madre, y arrulló entre sus brazos impuros lo que hay de más puro sobre la tierra, á par de una flor y de un lucero: un niño. Antes de llegar la criatura, cuando se anunció que vendría, la moza se preocupó y lloró. ¿Qué iba a hacer con aquella carga? Pero después le entró una alegría loca, una alegría desconocida, la sublime alegría de las madres que están seguras de que ya su vida sirve para algo, puesto que sirve para sacrificarla.

Y por eso, en la noche de Navidad, que le recuerda su niñez famélica, sin dulces y sin ósculos y sin oraciones, en la calle oscura, aeurrucada en el umbral de la puerta, la muchacha espera á ese galán torpe y repugnante que se llama el Deseo, vampiro insaciable que ronda en la tiniebla, ausioso de insanos deleites.

A lo lejos, de los balcones iluminados salen ráfagas de risas y músicas. En la serenidad transparente de los cielos parpadean los ojos de plata de los astros y revientan, en chispas de cristal, los áureos crisantemos de los cohetes. La moza ve todo, recuerda

todo, y no cesa de pensar en una cuna en la que duerme un rubio chiquitín de cuerpo sonrosado que parece ir modelando los besos maternos. El niño no tiene padres; es decir, su padre es un ser misterioso, invisible y tremendo: el Acaso. ¿No habéis leído nunca, anciana, joven, chiquilla, una linda y tierna balada de un poeta cubano, de Diego Vicente Tejera? Tal vez no la recuerde yo con exactitud. Oídla:

Era la noche sombría,
y el viento, triste, gemía,
cuando en la calle desierta,
la niña el arpa tañía,
de hambre y frío casi muerta.

Se puso la niña en pie,
y un hombre se le acercó,
y le dijo... ¡no sé qué!
Y la niña gritó: —¡No!
Y el hombre infame se fué.

Y era la noche sombría,
y el viento, triste, gemía,
cuando en la calle desierta
se quedó la niña muerta
junto al arpa que tañía.

Pues ese hombre de la balada fué el que, tras largo esperar, cuando ya soñaba el Oriente en ruborizarse con el rosicler matutino, pasó por frente á la mu-
jerzuela y le dijo lo mismo... ¡no sé qué! Pero ella no era la mártir de la balada, y aunque también se

puso en pie, no gritó con indignación su ¡no!; lo pronunció con acento tranquilo, que delataba la costumbre de desdenar y de ser desdenada.

Ella quería una moneda que había de convertirse en pan, en calor, en bienestar para mecer una cuna que aguardaba la leche, el beso, la canción.

Y el Deseo venía ebrio, de una fiesta donde se había bebido y reído mucho; venía canturreando y tambaleándose; venía de frac y corbata blanca, de abrigo cuellialzado, y vacilante y espeluznada chistera; venía insolente y sin un maravedí en los bolsillos.

—¡No! — exclamó la muchacha, empujando suavemente al Deseo borracho.

—Bueno; pues... toma! — replicó éste, imitando, con su canallesca comicidad, una exagerada actitud de galantería. Y le entregó una cosa dorada y sonante que llevaba en la mano. Era un juguete; un juguete arrancado á las ramas de pino, de un «feérico», árbol de Navidad; un pulchinela de joroba cascabelada y acuchillados gregüescos.

La madre, trémula de regocijo, con las pupilas nubladas por el llanto, recibió el regalo, y espontáneamente, como si se le hubiese favorecido con un regio don, estampó en el carrillo sudoroso del Deseo un rápido beso de gratitud, que le salió del fondo del escondido corazón.

Y el hombre infame se fué.

¿Qué sabía el perverso del bien que acababa de hacer; de la soberana limosna con que había consolado una tristeza, con que había socorrido un infortu-

nio, con que había revivido una esperanza y confortado una fe?

Y aquel día pudo faltar el pan; pero no el contento. Un niño que apenas podía hablar, charlaba, en un inefable é intraducible idioma, con el juguete; y una mujer muy pálida y muy risueña balanceaba acompasadamente una cuna, y sin poderse contener, lloraba en silencio...

* * *

—Escolarilla, novia, madre, abuela, ¿no es cierto que, en ocasiones, vale más la dádiva de un juguete que la de una torta de pan?...

LUIS G. URBINA

FIESTA DE POESÍA

Perdonad, oh poetas, si mis labios pecadores empiezan quizá blasfemando, al expresar que, si bien la poesía no es cosa fácil de someterse á pautas académicas ni á certámenes y concursos, porque ella es libre y soberana y vive sobre todo de libertad, al aire y al sol, en cambio la belleza, al menos dentro de una ideal organización de vida socialista, podría administrarse de idéntico modo que se administran el capital y el trabajo, que es capital en potencia, y el oro y el carbón, y el calor y la luz, y la misma sor agua, la hermana utilísima y preciosa de Francisco de Asís. El secreto de la genial sutileza y armonía de griegos é italianos, principalmente de los griegos antiguos, ¿no estará en que, de modo instintivo y obscuro, sin llegar á darse cuenta muy clara de ella, como para condensarla y formularla en preceptos de ciencia política,

sorprendieron y realizaron la economía de la belleza?

La belleza aristocrática de suyo es á la vez democrática por excelencia, porque se halla en todas partes y al alcance de todos. Y para todos puede ser estímulo y corona de la acción, acicate y premio del trabajo, suave refugio de paz y playa incomparable de olvido.

Hace algunos años recibí, y se grabó con caracteres de viveza estelar en mi memoria, la confianza de un amigo mío y hombre de buena fe, pero más de ensueño que de acción, por cuyo espíritu en congoja acababan de pasar en ese entonces las miserias de la lucha, con su acre y negro tropel de tribulaciones y desengaños.

«Ya el asco y la amargura —así terminaba su confianza mi amigo— ya el asco y la amargura martirizaban mi boca y un tumulto de sentimientos para mí desconocidos hasta ese instante henchía mi corazón, cuando recordé que, no muy lejos, entre árboles oculta, deshabitada y en soledad huraña y triste, pero con segura acogida de amor, me esperaba en vano hacía tiempo la casa paterna. Y una tarde, cuando empezaba á caer sobre la tierra la diáfana ceniza luminosa del claro de luna, corrí á guarecerme en el amor de esa casa, que no es de mármoles pulidos, ni siquiera vivienda señorial trabajada con precioso

material extranjero, sino de humilde bahareque, hecho con puro barro criollo. Allí encontré que, sobre el jardín paterno, como en los versos de Leopardi, centelleaban las mismas estrellas y constelaciones de mi niñez; un filo de luna rompía en fulgores de nieve en los rotos cantos de granito del Avila; encima del abra de oriente fulguraba la radiante y magnífica geometría de Orión; con el recuerdo de un amigo muerto que, en vida, me conjuraba á no apartarme jamás de los caminos del arte y la belleza, bajó, á través del negro follaje de los naranjos plateados de luna, á platicar dulcemente conmigo el más amable y risueño fantasma de la mocedad y, por sobre la orquesta infinita de los grillos, leves músicos de la noche, se dilataba y ahondaba el silencio. Y me sentí como un agua tempestuosa que súbitamente quedara tranquila y en la que, precipitándose al fondo también súbitamente la hez, dejase arriba el cristal puro. Así, purificado y puro me encontré, tan puro como si estuviera saliendo de la misma voluntad del Creador en la primera mañana del Paraíso. Fué obra del silencio—terminaba asegurando mi amigo—, de aquel divino silencio de las noches del campo, que es como un dulce piélago sin riberas. Fué obra del silencio, que me permitió oír la música de los astros y mi propia música.» Y, mientras

yo, respetuoso, escuchaba cantar la emoción en el acento apasionado de mi amigo, para mis adentros pensaba que fué sin duda el silencio; pero como la circunstancia propicia, como el pedestal sereno que dió maravilloso relieve á la belleza de la noche estrellada.

He aquí cómo una belleza cotidiana y humilde es á veces remedio precioso para un corazón llagado. La medicina sabe hace tiempo la eficacia del paisaje sobre el dolor que se recoge en lazaretos y hospicios. Y á las mismas puertas del sanatorio de los climas templados el eterno verdor de los pinos erige su esperanza heroica sobre la blancura implacable de las nieves de Enero. Ante el claro milagro de unos pétalos desconocidos, de nieve ó de oro, cede la pena del herborista ó del rústico. A una vuelta del sendero, la tristeza del caminante se desvanece en la dulzura de un cantar, ó se apacienta y deshace en la fresca visión de una empalizada florida.

Y así como es á veces bálsamo, remedio y paz, otras invita á la acción, y siempre es inagotable y mágica surgente de poesía y de arte. Cada pedazo de tierra puede tener su dueño; pero todos ellos unidos integran el paisaje, que no es de ninguno, ó lo es de todos. Así, cada cosa de gracia y belleza puede también tener su

dueño; pero la belleza es tesoro común, donde nosotros, oh poetas, que de ordinario no conocemos otra heredad, podemos colmar las manos y el espíritu. Está en el insecto y la flor, en la roca y el árbol, en el valle y la montaña, en la floresta y el mar, en la tierra y el cielo. Dentro de las entrañas de la tierra es el ensueño de la mina en la fúlgida chispa de oro ó en el agua intensa del diamante. Es la risa ingenua y sana de la Naturaleza y de la vida en el agua que se despeña de las cumbres. Viaja en la nube y alumbra en la estrella. Ciñe diadema y viste manto de luceros en los palacios de la noche; como una virgen del Botticelli se asoma á los balcones de la aurora á deshojar los blancos lirios del alba y, como la reina destronada de una tragedia antigua, se aleja con la muerte en el corazón por los caminos del ocaso, entre columnas de jaspe y oro, bajo velámenes de púrpura.

Un bosque de olivos junto al mar, un crepúsculo visto desde el lindel del bosque, al jardincillo de oleandros que, por sobre la curva armoniosa de un lago de Italia, se mira en el espejo azul, una cuesta de castaños, de encinas ó palmeras, cualquier atisbo de paisaje, cualquier momento fugaz ó rápida visión de belleza, repitiéndose con su dulce y tácita influencia á través de los años, merced á la virtud secreta de la

memoria, basta en ocasiones á embellecer toda una vida.

Y más allá de la estrecha y forzosamente limitada esfera de una vida, toda cosa de belleza, aun la belleza fugitiva de la noche estrellada ó del crepúsculo, puede asumir, con su íntegra potencialidad bienhechora, aliento y substancia inmortal, convirtiéndose en la alegría perenne de Ruskin, alegría perdurable y de to los, por la divina taumaturgia del verbo. Dice Goethe cómo, al pasar la frontera del Tirol y divisar la maravilla del lago de Garda, vió aparecérsese numeroso, fuerte y palpitante, á manera de un ser vivo, este verso virgiliano:

Fluctibus et fremitu resonans Benace marino.

Así, á distancia de siglos, por obra y sortilegio del arte, un momento de belleza vivido ante ese mismo lago de Garda por el poeta de las Geórgicas, se renovaba con toda intensidad y precisión de hermosura á los ojos encantados del poeta de la Ifigenia. En versos de Wordsworth vivimos con igual actividad, inocencia y frescura, la misma mañana que, hace ya muchos años, el poeta vivió entre los campesinos de Escocia. Y de igual modo, á través de los versos de Homero, podemos columbrar con nuestros ojos cansados de hoy, como si estuvieran cayendo todavía, las mismas rosas de luz que una

aurora de hace ya muchos siglos deshojara sobre el blanco jardín de mármoles de la antigua Grecia.

Pero donde la belleza fugitiva de seres y de cosas, antes de hacerse carne del verbo, sangre de estilo é incorruptible materia de arte, encuentra su más propio resumen, trono y expresión, es en la mujer que, siendo á la vez planta y flor, llama y fruto, crepúsculo y aurora, otoño y primavera, tierra y cielo, mantiene todo eso amasado con mirra de gracia y sujeto, además, á inapelable soberanía de amor, cuyo misterio ejerce, porque es ella la que abre á las generaciones las puertas de la vida. Tan alto y privilegiado entronizamiento, que no es invención de mi lisonja sino verdad estricta, os apareja, oh hermosas, deberes difíciles é innumerables. Mas no temáis que yo abrume vuestras cabezas gentiles con el recuento de esos deberes. Afortunadamente, ni poseo la requerida austeridad y autoridad para ser buen predicador, ni á los términos de este breve sermón lírico ajusta bien sino hablaros de un deber muy de vosotras, de fácil cumplimiento por avenirse á vuestra propia inclinación y ser como la espontánea y lógica expansión de vuestras gracias.

Cuentan las crónicas del siglo xv francés... (Pero antes creo justo recordar que, ya para esos

días, la piqueta de un obrero italiano había exhumado á la luz preclara de Roma el sarcófago en cuyo álveo fúnebre, y, en apariencia, dormida, no muerta—con tan consumado arte perpetuara el embalsamador la frescura de aquel cuerpo juvenil—, yacía una virgen de excepcionales encantos y hermosura, bajo la inscripción lacónica y latina de «Julia, hija de Claudio»; hallazgo divino en que se inició el Renacimiento, la universal resurrección de todo un pueblo de dioses de mármol sepultados con impío menosprecio bajo el polvo, y el más prodigioso y encendido refforecer, en la estatuaría como en la pintura, en el arte como en la vida, de cuanto en el viejo espíritu del paganismo significaba sana alegría y belleza.)

Cuentan las crónicas del siglo xv francés cómo, en cierta ocasión, los habitantes de Tolosa obtuvieron de sus autoridades que obligasen á ponerse al balcón, una ó dos veces por semana, para ser vista de todos, á una doncella tolosana de resplandeciente hermosura. Y bajo ese balcón del prodigio, en los días de antemano señalados, y cada vez más numerosa, esperaba la multitud, compuesta de gentes de todo linaje, de todas las clases y gremios, obreros y artesanos, hombres del campo y de la ciudad, poetas y artistas, cada uno ansioso de ser el primero en recibir en los

ojos y en el alma la aparición de la belleza. De tan excelsa y cándida cima de admiración desinteresada, bajaba la alegría á los corazones y, con la alegría, en el brazo del obrero se insinuaba el estímulo para hacer más acabada la obra, en la mano del campesino la fuerza para hacer más hondo el surco, y en el alma de artistas y poetas aquella fiebre gozosa de la creación de que se alimenta el genio de poetas y artistas. Una fragancia nueva se exhaló de los huertos y jardines de la ciudad, se esparció por los contornos, traspasó los términos de la provincia y echó á volar por la nación y por la tierra su alma alada y leve, hecha de una centella de alegría fecunda que, en su propia virtud, llevaba a dondequiera el contento y la abundancia. Porque, sin duda, al casto influjo benéfico de aquella intermitente y soberana aparición, granó más y mejor la espiga de los campos, más dorada y perfecta llenó la dulce preñez del racimo en los viñedos que ondulan por las suaves pendientes del Ródano, más gallardo y fuerte alzó el testuz coronado de bejuco florido el toro de la Camargue, con más puros rasgos de belleza empezaron á nacer los hijos de los hombres y con más ímpetu y fulgor abrió la entreoña sus pétalos musicales, como una rosa de poesía, en la inspiración del poeta.

¿No podrá decirse de Paulina de Viguière,

porque ese era el nombre de la hermosa, que es la abuela remota, pero legítima, de la Mireya de Mistral? Sea de ello lo que fuere, siempre hay una Paulina de Viguière asomada, como á su propio balcón, en el alma del poeta, del artista, del sabio, del estadista, de cuantos pueden glorificarse con el magno título de creadores en la ciencia, la política ó el arte.

Ellas marcan las diversas vicisitudes en la carrera de los grandes hombres, aparecen de modo más ó menos velado como las inspiradoras de sus hechos y, á la postre, son el comentario mejor y el más claro y poético de sus vidas. A lo largo de una vida genial, van, como los raudos portadores del fuego sagrado en la clásica fiesta helénica de las Panateneas, pasándose una á otra, de suerte que nunca se apague y cada vez alumbré con encendimiento nuevo y divino, la antorcha del genio. Típico, y por ello citado á menudo, es el caso de Goethe: á su obra, y á partir de sus primeros balbuceos infantiles para llegar, pasando, en la cima de su juventud, sobre la serena cúpula toda de euritmia y de mármol de Paros de la Ifigenia, á sus creaciones de la edad proveya, representadas por la segunda parte del Fausto, va ciñéndose, á modo de no interrumpido comentario de amor, la belleza de la mujer, desde la humilde muchacha de Frankfurt y las

dos hermanas rivales habitantes de Estrasburgo hasta la dulce virgen adolescente cuyo amor, semejante á rosa recién abierta, bañada aún de aurora y de rocío, coronó, con la piedad y la ilusión de la primavera, la frente del poeta octogenario. Asimismo, á pesar de la honda diferencia de vida y de la muy diferente naturaleza genial del hombre y de la obra, bien podrían los historiadores reconstituir, con sólo vagos paréntesis de duda, la influencia indisputable de la mujer en la vida y la obra del que, sin versificar ni rimar, y de palabra y de acción, fué nuestro más alto poeta, por el numen profético del vate, la suprema alteza de las concepciones y la magnificencia del estilo. No la ambición del imperio, forjada en la calumnia de sus adversarios, ni aquel su imperio de orgullo con que se eleva á sí mismo sobre emperadores y reyes, sino la sola virtud que esplende de su verbo glorioso, impone á Bolívar en la historia bajo la efigie del imperator que arrastra paludamento de púrpura. La claridad y precisión de su estilo provenía quizá de la luz de este valle donde naciera y de la nitidez de líneas que asumen las cosas en medio de esa luz; pero, en gran parte, debía á la mujer aquella su sensibilidad múltiple y exquisita, que va de la gracia ligera y voluble al trágico acento clamoroso, y cuyo intenso aroma in-

confundible surge, como de un cofre esculpido en el cedro más perfumado y amargo de nuestros bosques, del «Diario de Bucaramanga».

Naturalmente, la belleza fugitiva de seres y de cosas habéis de fijarla y apurarla en el esfuerzo y el trabajo, después que la fecunde vuestro propio dolor, oh poetas. Devolveréis á la tierra su belleza, ya convertida en belleza propia, arrancada á vuestras entrañas como el oro de la mina, ó sorprendida en el sonoro tumulto de vuestros corazones, para ponerla fuera de vosotros á vibrar en música perenne con el ritmo de vuestra sangre. Y así vuestra poesía no será fútil juego malabar de puro verso y rima vana, sino fruto de bien, de justicia y de amor; pero sobre todo de amor, que es el polo espiritual de los creadores de belleza.

Ya sabéis lo que el odio humano incuba y precipita sobre la inocencia inmutable de las cosas. Hace alrededor de veinte años, hombres de todos los países andaban por la tierra proclamando, como un hallazgo divino, haber descubierto en el odio una extraordinaria virtud, el instrumento mejor, si no único, para crear un alma nacional, un insustituible forjador, cincelador y mantenedor de patrias; y de ahí vinieron los nacionalismos intransigentes, menguados y miopes, que enseñaban á los pueblos á descon-

fiar unos de otros, á desconocerse, á negarse la más rudimentaria y común vibración de humanidad, por el solo hecho de estar separados apenas por la cresta de un monte, por una mancha de selva, por el cauce de un río, ó hasta por un simple vallado que, inútilmente, á la insensata ceguedad humana, oponía y sigue oponiendo aún, á cada primavera, su lección de belleza y amor, porque el vallado no da sus preferencias á una parte sobre otra, sino que florece para todos y á todos perfuma.

Gigantesco fracaso de esas prédicas y de políticas y políticos inspirados en el odio, ahí tenéis presente la catástrofe: presente á todos en espíritu como una pesadilla, se desata en espíritu y en verdad sobre la tierra de tres continentes como una vorágine espantosa. Y no son quienes la provocaron los primeros que desaparecen, como fuera de justicia, en su enorme vientre obscuro. Su voracidad infinita se mantiene devorando inocentes y encendidos corazones de madres, puestos en cruz, cándidas ilusiones de novias, la sangre y el oro de los pueblos, la flor del espíritu y de las razas, y la esperanza misma de una paz risueña coronada de promesas de fruto, porque por donde ella pasa, arrollándolo todo con su ala trágica y monstruosa de quimera, no queda sino un calcín de

terror milenario ante la inminencia de una larga y honda pausa del pensamiento y de la vida, como jamás la presintieran los hombres, en tanto que, á semejanza del humilde vallado, en vano hace veinte siglos que, entre parábolas de luz, pregonan su eterna enseñanza los lirios de amor del Evangelio.

El seco egoísmo, la incomprensión y el odio, tres hermanos distintos y una sola fealdad verdadera, sólo en apariencia crean, fundan ó dominan. El francés de la Revolución, reivindicando no sus propios derechos, ni los derechos de esta ó aquella casta, sino los derechos del hombre, se enseñoreó de la tierra. Y nuestros libertadores, hablando no en el nombre de Venezuela ó Colombia, de una determinada provincia ó patria, sino en el nombre de toda América, fueron un día los árbitros del Nuevo Mundo.

Miserable patriotismo aquel que apenas resultara del odio á los otros pueblos, de la injusta y fanática negación de las otras patrias. El patriotismo ha de ser más bien suma de amor, puesto que todas las virtudes y excelencias que admiramos en las otras patrias quisiéramos verlas trasplantadas á la nuestra, á tal punto, que ésta, luego de asimilárselas en la justa medida de su genio y espíritu, pudiese, tarde ó temprano, lucirlas como virtud y excelencia propia.

Enriquecidos con el respeto y el amor á las otras patrias, debemos nosotros amar y cultivar la nuestra.

Amadla y cultivadla con suma de amor, limpio como de cizaña el trigo, del más leve resabio de odio que, siendo á veces entre hermanos más profundo, siempre es más estéril. Amadla y cultivadla en el trabajo y para el bien, y eso basta. Sobre todo no despertéis, ni mucho menos aduléis el celo demasiado vivo de los unos, ni la suspicacia malévola de los otros. Las más radicales diferencias llegan á resolverse en la perfecta armonía. Y los más contrarios en apariencia y más distantes vienen á ser á veces los aliados mejores en el esfuerzo común. Pueden carbón de Barcelona y cobre de Lara encenderse y brillar juntos en la misma cruzada redentora contra la barbarie y el desierto, la indomitez bravía del Apure apoyarse en el genio civil y emprendedor de Maracaibo dentro de una misma aspiración al bienestar y la justicia, y el llano salir hasta acordarse con el mar, como ya una vez á la vera del mar se acordaron, sobre el ápice de un momento sereno de belleza y candor, en la agonía de Lazo Martí, el dulce poeta pampero. Así, el racimo de Cumaná y el tierno recental de los llanos comparecerán unánimes en el sacrificio de una misma liturgia de amor;

sobre la inclemencia del árido médano de Coro lloverán sus frescuras las frondas de Río Negro; la perla de Margarita desmayará la ternura de su oriente sobre el corazón berroqueño del Avila, y todas las diferencias dispersas acabarán por fundirse en la total armonía de la Patria fuerte y una, desde el mar que le ciñe la frente á guisa de corona hasta la selva que al Sur le perfuma los pies, y desde el oro que, escondido en tierra guayanesa, alguna vez nos engañó, hasta el oro mejor de la espiga que brilla y cuaja al sol de la Cordillera, cuyos enhiestos picos resplandecientes de nieve y luz, debajo de un heráldico vuelo de condores, atalayan y recuerdan perpetuamente, como lección de constancia, voluntad y señorío, el derrotero que, en la roca perenne y en la perenne contradicción egoísta, se labró á través de América y del mundo el empeño heroico de los primeros venezolanos.

Con la música de vuestros versos, pero también, oh poetas, con el sudor del trabajo y la sangre de vuestros corazones, forjad ese poema de la patria fuerte y una, tan fuerte y una que la podáis llevar sobre el corazón como un joyel, y esgrimirla, si fuere preciso, con vuestras manos como un puñal, ó ponerla sobre vuestras frentes como un escudo, y habréis cumplido vuestro deber para con los antepasados, comple

tando su obra, lo que al mismo tiempo significaría tener cumplido ya vuestro deber para con los hijos de vuestros hijos y vuestros más lejanos descendientes. Desgraciado, dice Leonardo, el discípulo que no supere á su maestro; pero es en verdad mil veces más desgraciado el hijo que no sobrepuja en algún respecto á su padre.

Sé, oh poetas, que un destino aciago, para ellos ó para la Patria misma, ha seguido los pasos de vuestros mayores. Unos, Andrés Bello primero, en seguida Baralt, partieron á ser, con sus vidas y obras, medula, ornamento y gloria de otras patrias. Otros, como Fermín Toro, Juan Vicente González y Cecilio Acosta, se resignaron al rescoldo escaso de un hogar mezquino y vivieron en la mediocridad y la estrechez, comiendo el «pan del pobre» hasta el melancólico apagarse de sus vidas ilustres. No os deseo, por más brillante que haya sido, el destino de los primeros. Tampoco os deseo la parte ingrata que se encierra en el destino de los otros. Pero si habéis de comer el pan del pobre de Juan Vicente González, hacedlo de suerte que, amasado con sudor de trabajo y dorado á buen fuego de justicia y de amor, ese pan del pobre se convierta en la substancia divina de las generaciones futuras.

Y vosotras todas, oh hermosas que, bajo las

dos gemelas tiendas tejidas con la seda oscura de vuestras pestañas, podéis dignamente aposentar á los dioses varoniles de la Belleza, al dios del Amor y al dios de la Poesía, á Eros y Apolo, sed propicias á los poetas, en tanto que ellos trabajen y vivan el poema de la patria fuerte y una. Pero, al evocar en sus corazones los versos, cual bandada de pájaros melodiosos, cuidaos de no despertar golondrinas que huyen arrastradas por vientos de emigración, sino palomas que se quedan, de esas que uno de los nuestros cantó en su «Vuelta á la Patria», de esas que habitan lo alto de los campanarios y, al sonar de las campanas, parten á revolotear un momento en el azul, para descender de nuevo á posarse á la sombra musical de los broncees, por lo que vienen á ser, en el sagrado de los templos, como los genios tutelares y, sobre los campanarios, contra el azul del cielo, como el esmalte y el blasón de la ciudad nativa.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

POESÍAS

I

EPÍGRAFE

Temblor de agua en una clepsydra goteante;
lentas gotas de sonos con que el reló nos hiere;
hilos de arena en una ampolla vigilante,
leve sombra azulando la piedra del cuadrante,
así escurren las horas, y así se vive y muere!

¡Hombre, dime!, ¿qué haces?... ¿Para qué das guarida
á locas ambiciones?... ¿Por qué el odio te abrasa?...
Procura solamente la Belleza... La vida
es un puñado estéril de arena resequida,
un son de agua ó de bronce, y una sombra que pasa.!

II

INSCRIPCIÓN

Curvado sobre límpida corriente,
de sus propios visajes se reía
un fauno, que soplabá en verde cálamó,
cuando en la opuesta margen, de repente,
á Ennio vió, esbelto y pálido, que abría
una inscripción sobre el verdor de un álamo...

Y se puso á acechar, cauto y rastrero;
y así que el pastor grave se alejó
como espectro en la bruma vespertina,
el límpido cristal saltó ligero,
y alzándose en los pies deletreó
en el tronco de plata esta sextina:

— Hoy, sediento, al curvarme en los barrancos
para beber el agua de una fuente
que pasa entre los árboles riendo,
vi que ya tengo dos cabellos blancos!...
Así, lejos de ti, sobre mi frente
van tus tristes saudades floreciendo!...

III

EL PASTOR SOLITARIO

Búsqueda en un alma
perfumes amenos;
buscaba perfumes,
y encontré venenos!

Quise subir mucho
y ser admirado...
¡Por subir tan alto,
fuí crucificado!

Por doquier, tan sólo
espinas cogí...
La vida era mala...
De la vida huí!

Me cortè un cayado
de un almendro en flor,
y vine á este monte
donde soy pastor.

¡Qué alegre y qué dulce
ahora se desliza
mi vida, tan blanca
como mi camisa!

Me levanto al alba,
como un ruiñeñor...
Para ver las horas,
mi reló es el sol!

Como pan de plata,
miel de oro, divina:
¡no come una reina
comida más fina!

De estas soledades
jamás me separo,
si alguien llega huyo,
huyo y nunca paro!

En lecho de flores
duermo bien y poco;
por mañana y tarde
esta flauta toco!

Y, al caer la sombra,
miro en noches bellas,
en bahía de noche,
regatas de estrellas!

Ninguno se apiade
de este foragido...
¡Viviendo tan solo
vivo divertido!

Feliz entre penas
vive el alma incauta...
Mi amigo es mi perro,
mi novia la flauta!

IV

PRESAGIOS

Cuando vine al mundo tocaban á fuego;
el viento rugía...
Un pobre vecino, que perdió en el juego,
cortóse las venas, mientras yo nacía!

¡Ay, una hermanita descendió conmigo
de la Nada al Mundo!...
¡Ay, una hermanita, que hoy fuera un abrigo
en las inclemencias de este mar profundo!...

Pero la gemela que el Señor me diera
abrió las pupilas, y murióse luego,
apenas naciera...
Mientras las campanas tocaban á fuego...

Con tales avisos, con tales presagios,
¿qué puedo esperar?
¡Odios y tormentos, luchas y naufragios,
tras los que se han ido los que han de llegar!

V

HUERTO FLORIDO

La tierra, para dar frutos y flores,
ha de ser por la azada removida;
así, el alma se muestra más florida,
cuanto mejor la cavan los dolores!

Por eso, Dios no quiso, ¡oh, mis amores!
que iluminase tu mirar, mi vida,
sin que el alma estuviese bien herida
del sufrimiento por los cavadores!

Llegaste... Ya mi campo era labrado...
Mira, ¡con qué placer mece la brisa
la sementera de mis sueños presos!...

Contempla aquel rosal: es un noviado!...
Y escucha á las abejas, con qué prisa
fabrican, para ti, mieles de besos!

VI

LA FUENTE ABANDONADA

Algún ruinoso altar la fuente evoca!
Mi mano, entre tus cardos, se lacera;
enmudeciste, y hoy, la hiedra artera,
con su verdor, tu capitel sofoca.

¿Qué escucho? Por los setos desemboca
un par de novios, que, en la senda austera,
pasan con un claror de primavera,
ebrios de amor y presos por la boca!

De extasiados que van, no han reparado
en mí, que en el amor que en ellos arde,
revivo un muerto amor que fué mi orgullo;

y que los miro andar por el cercado,
cual labrador que ve morir la tarde
en un campo que ha tiempo fuera suyo!

VII

LA AMPOLLA PRECIOSA

Bronce y cristal con brillos de patena;
carey; claros diamantes de agua pura;
todo eso se ve aquí... Dentro, fulgura
fino limo de oro en vez de arena.

El rey, que fué su dueño, ya no ordena
las huestes, ni ama con desenvoltura...
Murió, y el polvo de su sepultura
ni el hueco aun de nuestras manos llenas!

Todo cuanto midió, amor, deseo,
risa y tristeza, en polvo lo ha trocado,
y hoy se encuentra parada en un Museo...

Sólo el tiempo no para, de tal modo,
que lo que á todo en polvo ha transformado,
será deshecho en polvo como todo!

IX

EN EL LAR

El tilo, á cuya sombra placentera
tantas juras y besos permutamos,
mutilado, viudo de sus ramos,
arde del lar en la rojiza hoguera.

Ya fuego son ¡oh!, triste compañera!
aquellas iniciales que tallamos
en su tronco, después que descansamo,
cierta noche de amor y Primavera!

Nos da calor lo que nos dió frescura,
y luz lo que dió sombra!... Los robledos
gimen fuera á los roncós vendavales...

Y tú, temblando, acercas con dulzura
la mano al fuego, y tus exangües dedos
parecen de traslúcidos corales!...

EUGENIO DE CASTRO

LA "IMPASIBILIDAD" DE LA NATURALEZA

Un amable cronista de *Le Temps*, el habitual autor de «La vie á la campagne», Cunisset Carnot, reproducía, hará apenas una semana, cierto viejo tópico, muy traído y llevado siempre que la catástrofe, material ó moral, se enseñorea de la vida. Este tópico es el de «la impasibilidad» de la Naturaleza.

«Tantas desgracias—decía—, tantos horribles duelos, tantos inapaciguables dolores, desencadenados en nuestros corazones por esta espantosa guerra: y la paradoja de que no podemos comprender nada de la indiferencia de la Naturaleza para con nosotros parece afirmarse más completamente todavía ahora que antes. Han vuelto las sonrisas de la primavera con su cautivador encanto, su dulzura, su generosidad. El retorno de la bella estación, radiante de sol, vibrante de calor, bajo un azul maravilloso, ha sido más encantador que nunca... y los ríos de sangre

inundan la tierra, que triunfa luciendo su nuevo vestido y acentúan esa cruel contradicción, mostrándonos que en este mundo impasible que nos rodea nada hay para nosotros que se parezca á la piedad...»

¡Cuántas veces, lector, has oído esta queja! No quiere el hombre aceptar la aparente (ya veremos que lo es) impasibilidad de la Naturaleza ante sus dolores. Se cree de tal manera el centro de la creación, que le parece muy natural que ésta se vele de tristeza con su tristeza, llore con sus lágrimas, ruja con sus cóleras y se amanse y endulce y llene de luz con sus sonrisas de felicidad...

¡Singular pretensión!

Veríamos á las fuerzas todas del cosmos en un perenne cataclismo, en una constante cólera, en un continuo sacudimiento, porque es á saber que jamás, en ningún instante, la Humanidad ha sido feliz ni ha estado en paz. El ciclón, la tormenta, las erupciones volcánicas, las marejadas, serían la regla general, si había de concordar la Naturaleza con el variable espíritu de los hombres.

* * *

Se cuenta que hace mil ochocientos ochenta y tres años, un sabio que meditaba á la sombra de

un árbol, en un rincón perdido del vasto imperio romano, vió de pronto obscurecerse el sol..., sintió temblar la tierra. Un viento angustioso pasaba aullando...

Y no había para esto razón alguna aparente: ni una nube en el cielo, ni un posible eclipse, pues que acababa de llenar la luna.

La Naturaleza en aquella hora de la tarde parecía retorcerse y angustiarse por primera vez en la sucesión de los milenarios.

El sabio sorprendido exclamó: «O bien el mundo se desquicia, ó el autor de la Naturaleza está sufriendo...»

Justo á aquella hora, en una colina pedregosa, hosca, reseca, un hombre desnudo, clavado en una cruz, exclamaba trágicamente:

«¡Eloi, Eloi, lammasabaethani!»

«Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!

* * *

Y este sería el ideal de las almas atormentadas: que á cada pena suya el Universo se apenase, como dice la leyenda que se apenó á causa del Hijo del Hombre, y que cuando una raza superior padece, como ahora, un calvario tan grande, el sol se obscureciese, temblara la tierra y

una sombra de dolor velase las constelaciones...

Pero la Naturaleza parece estar en paz, y los días de las grandes catástrofes, si es la primavera, amanecen tan radiantes como los otros.

La Naturaleza parece estar en paz, sí, porque no sabemos observarla. Si la observásemos con los ojos del pensador, del sabio, veríamos que todas las catástrofes de la Humanidad son una insignificancia junto á la catástrofe «permanente», por decirlo así, del Universo entero.

Coged un grano de arena. Hay en él conflagraciones espantosas. Los átomos, como sistemas solares diminutos, giran en vertiginosa rapidez combinando sus curvas. Estos mismos átomos se disocian en un perenne cataclismo, movidos por una energía misteriosa, la energía intra atómica, y acaban por desvanecerse en el éter imponderable. La disociación de un grano de arena es lenta con relación á lo que el hombre dura... Pero hay cuerpos radioactivos, en los cuales esta disociación es fantástica.

Todo en el cosmos se mueve, se agita, se disloca, se transforma, se desvanece, con una rapidez inconcebible. La materia no es más que una simple variedad de la energía, y la energía no conoce el reposo. Lo que nosotros llamamos reposo, no es «más que una de las formas del movimiento».

Y si esto acontece en cuanto nos rodea, acontece de una manera quizá más admirable en nosotros mismos. A cada instante millones de moléculas salen de nuestro cuerpo, por la perenne eliminación de nuestra economía, y no nos movemos, no respiramos, sin que un torrente invisible de porciones nuestras nos abandone para ir á otros cuerpos, para asociarse con otras formas de la vida. Asimismo, infinitas moléculas entran en nosotros, de suerte que cuando conversamos con un amigo, cuando miramos á una mujer hermosa, mucho de nosotros mismos se ha ido á formar parte del cuerpo de aquel amigo, mucho de nosotros ha volado con el fluido de nuestros ojos hacia aquella mujer, que se lleva, sin saberlo, algo de nuestro ser y nos ha dejado algo del suyo.

Cada año, y no cada siete, como se creía antes; cada año, quizá, todo nuestro cuerpo se ha transformado. La apariencia es análoga; pero en realidad el hombre de doce meses antes ha muerto, está tan muerto como el cadáver de un año ha...

¿Pues y la conciencia, esa perpetua movilidad de la conciencia? No sabemos en suma si la conciencia es algo absolutamente inmóvil en el centro de un círculo que gira: el círculo del espacio y del tiempo; pero en todo caso, los estados

de conciencia, ó sea la sucesión de puntos de ese círculo, es vertiginosa, y ni dormidos puede decirse que estemos jamás en reposo.

Si alzamos la mirada al espacio, parécenos, en las augustas noches silenciosas, que todo es paz sobre nuestras cabezas. Que esos orbes «serenos» giran con el más apacible de los ritmos: otra ilusión; cada uno de esos orbes es una masa atormentada, de gases ígneos, en conflagración perenne. Llamaradas de hidrógeno estupendas fingen penachos color de rosa, lenguas inmensas que lamen el abismo...

Desde que un astro nace (no sabemos cómo, pues parece ser que la nebulosa no es su «pañal», sino su «mortaja», según las observaciones modernas), hasta que se apaga, y se enfría, no cesa un instante la serie de sus cataclismos. Cuando se ha enfriado, las turbulentas fuerzas que lo modelan parecen apaciguarse; pero en realidad están agitándose bajo su costra, y de vez en cuando se anuncian en potentes erupciones de volcanes, en marejadas y terremotos. Una vez aparentemente apaciguado un planeta por el enfriamiento... surge en él la vida, viene á él la Humanidad, con sus cataclismos morales é intelectuales, con su lucha incesante, con su fin, que no tiene fin... Y todavía esta Humanidad quisiera, en su orgullo, que el planeta, momentáneamente

apaciguado, vibrara con sus congojas, se estremeciera con sus pavores, se encogiera con sus angustias, se ensombreciera con sus tristezas...

* * *

En realidad no nos damos cuenta de una cosa: de que nosotros mismos somos el dolor, la angustia, la melancolía de ese Universo, puesto que somos nosotros mismos su conciencia.

Dios ha hecho de nuestros ojos los ojos del Universo, de nuestra alma su alma; pues que El no es ni una conciencia ni un alma ni nada que podamos nombrar y definir... ¡Quién sabe si El es sólo una ley!

¡El Universo padece, pues, en nosotros, se reuerce con nosotros, solloza, gime, espera ó desespera, ama ú odia con nosotros, y es un contradictorio pedirle fuera de nosotros lo que en nosotros mismos está realizando!

Alguna vez me he quejado yo (en verso), de que algunos crepúsculos prodigiosos no fuesen contemplados acaso más que por mis ojos. Queja absurda. Los ojos de cada hombre son los ojos del cosmos. El cosmos se mira, se contempla con la mirada de un hombre cualquiera, y desde el momento en que un ser contemplativo ha sido testigo del lujo y la opulencia de un ocaso ó de

una aurora boreal, el espectáculo ha tenido «teatro pleno»...

* * *

En la mansa noche de luna, los hombres se matan... Suena el tableteo seco de la ametralladora. El cañón sacude y atormenta el aire. No hay un pedazo de tierra que no esté removido y bañado en sangre, y del inmenso campo brota el dolor como una rosa de misterio...

Un hombre, en medio de toda aquella angustia, piensa: «¡Y la luna impasible que rueda por el éter, como bola de plata! Y las estrellas suaves que titilan y la brisa que suspira, y en un soto no lejano, indiferentes á la saña de los hombres, dos ruiseñores cantan...» «¡La Naturaleza no conoce la piedad!»

¡Injusta queja! ¡La Naturaleza se encoge de piedad en el corazón de aquel hombre bueno! ¡El corazón de aquel hombre es en tal instante el corazón de la Naturaleza!

* * *

¿A quién se le ocurriría pensar: yo estoy triste y mi dedo meñique sigue tan sonrosado como antes? Yo me muero de pena y mi cabello conti-

núa tan rubio y tan ensortijado como siempre!

Más aún: yo sufro pasión de ánimo y mi rostro, visto en un espejo, parece impasible...

¡Y qué fuera de ti, oh hombre, si á cada pena moral se retorciese y angustiasse cada una de tus entrañas, cada uno de los miembros de tu cuerpo, cada cabello de tu cabeza! ¡Bien está que ellos sigan su labor de vivir, independientemente de tu angustia, para que tú puedas, oh prisionero del cuerpo, hilar tu tristeza invisible y sentir así el llamamiento del edén lejano, del cual has venido, del cual no debes olvidarte!

Por lo demás, tú, sufres, tú, que no eres ni tu dedo, ni tu cabello, ni tu rostro, ¡y eso basta! La viruela podría deshacer tu cara; el cuchillo del cirujano podría cortarte brazos y piernas. Podría extinguirse la luz de tus ojos... Y «tú», sin embargo, estarías allí. Tu «yo» no sufriría merma ninguna y continuaría sufriendo... sufriendo mientras carne que fué tuya se disgregaba insensible debajo de la tierra...

Pues así es tu alma con relación á la Naturaleza. La Naturaleza no existe sino porque existes tú. Nada importa que el mundo se modifique á cada instante. Nada importaría que todos los astros se deshiciesen después de estrujamientos prodigiosos. Si tú quedabas en alguna parte para sufrir y gozar, la Naturaleza estaba allí, con-

tigo, donde tú estuvieses sufriendo ó gozando.

¡Mira cuán grande es, pues, el privilegio de tu Yo, y cómo esa supeditación y esa importancia secundaria de cuanto ves; hasta de muchos de los miembros de tu cuerpo, que pueden morir y deshacerse, sin que tú mueras, te prueba, en suma, lo contingente y subalterno de cuantas catástrofes mundiales contristan — quién sabe por qué — el corazón del hombre!

La muerte no existe. Es una ilusión. Por no creerlo así, nos angustian tanto las guerras y hay quien se siente tentado de acusar á Dios de crueldad porque «permite» tales cosas.

La muerte y la vida no son más que dos fases, dos formas de una vida que no vemos, de una vida superior que hay en cada uno de nosotros, independiente de este flujo y reflujo de los nacimientos y de las agonías.

Ni nacemos cuando venimos al planeta, ni morimos cuando meten este cuerpo — que ya se ha transformado en treinta ó cuarenta años incontables veces — en un ataúd.

La menor catástrofe de conciencia, el menor conflicto de orden moral, es superior á todas las conflagraciones, á todas las guerras, á todas las matanzas...

—Sí, dirás: la muerte no existe; pero se muere con dolor. ¡El dolor sí existe!

—Quién sabe, te respondo, si el dolor no viene sino de esa insistente é ilusoria identificación de nuestro yo con la parte inferior de nuestra naturaleza. Si te convencieras como un Anaxágoras, como un Epicteto, de que tú no puedes sufrir con los dolores que te asaltan; de que estás más allá del dolor, sobre el dolor, inaccesible al dolor... entonces no te quedaría más que una posibilidad de sufrimiento: el del espíritu, el de la conciencia, de que te hablaba arriba, y aun éste se iría depurando y simplificando hasta que no pudieses sufrir más que de una cosa: de no poder conocer la verdad... Pero al propio tiempo que este sufrimiento, te vendría una idea consoladora: que si no puedes conocer ahora la verdad, es justamente porque te has identificado con tu cuerpo, con lo exterior, con la vida ilusoria; que la verdad está dentro de ti, y que la muerte, al romper la malla de la ilusión, te deja solo delante de ti mismo, y, por tanto, sólo delante de la verdad.

Fuera de este dolor de no conocer la verdad, no puede haber ninguna pena para el espíritu.

La guerra, rompiendo brutalmente centenares de miles de estas mallas de los sentidos, coloca muchas almas frente á la verdad... La guerra produce la muerte con más eficacia que otros

muchos incidentes planetarios, y es, por tanto, una maravillosa desnudadora de almas.

Mientras el mundo, mientras el Universo permanece al parecer impasible, y fulgura la plata de las noches y radia el oro de los días veraniegos, silenciosamente, misteriosamente, algo se levanta invisible del cuerpo de los muertos segados por la metralla: una conciencia más lúcida y serena, depurada por el dolor. Y esta conciencia que nadie ve, pero cuya acción irá sintiendo el planeta, es la propia conciencia de la Naturaleza.

Amado NERVO

DE CERVANTES

CONSIDERADO COMO POETA LÍRICO

La luminosa gloria del *Quijote* ha obscurecido hasta ahora, con su vivo fulgor, todas las otras criaturas de Cervantes. Ha sido menester que hayan pasado trescientos años bajo el sol de esa gloria, para que la crítica europea se adaptara del todo á la resplandeciente luz de tal atmósfera y comenzara á discernir la verdadera silueta de esas criaturas menores.

En el universal esfuerzo de investigación y de exégesis que constituye el cervantismo oficial, un movimiento loable se ha definido, que tiende á darnos una comprensión más honda del *Quijote* por el conocimiento más cabal de Cervantes, y una completa apreciación de Cervantes por el estudio de sus obras menores; integración feliz del cervantismo, que ha sido acompañada de una fecunda renovación de sus métodos y una libre revisión de sus antiguas categorías estéticas.

El trabajo que á principios del siglo xix llevó á cabo la crítica romántica para demostrar la sublimidad del *Quijote*, está siendo complementado por la crítica histórica de nuestro siglo, al establecer el valor, antes negado, de los otros poemas cervánticos, en el complejo ciclo literario que el *Quijote* corona. A este movimiento contemporáneo—que bien pudiéramos llamar del *neocervantismo*—viene á sumarse como humilde contribución americana el presente volumen, donde intento aquilatar y documentar la verdadera significación de Cervantes considerado como poeta lírico.

I

Cuando se recorre la enorme labor bibliográfica del cervantismo tradicional (cuyo índice conciso apenas cabe en los tres grandes y ya incompletos volúmenes de Rius), uno se asombra de que, mientras se ha abundado hasta lo redundante y lo pueril, en ediciones, comentarios ó documentos sobre la vida de Cervantes y sus obras en prosa, casi nada se haya hecho para estudiarlo seriamente como versificador. Me atrevería á decir que nada, porque no he de contar como obra definitiva los breves juicios, dis-

plicentes ó complacientes, dejados al pasar por casi todos sus biógrafos, ni someras antologías donde los versos de maestro son transcritos para apoyar alguna demostración (1). No parten esos trabajos donde debieron, ó sea la compilación y estudio de toda la obra lírica de Cervantes; ni siguen el método que debieron seguir, ó sea el análisis de esos cantos con relación á la lírica de su tiempo; ni llegan adonde debieron llegar, ó sea el juicio de sus poemas considerados en sí mismos evitando el extremo de glorificarlos porque pertenecen al autor del *Quijote*, ó de vituperarlos porque no llegan á la plenitud genial del libro admirable. He ahí, por exclusión, mi punto de partida, mi criterio y mi método.

Por eso al afrontar esta obra he debido primeramente recopilar todas las poesías líricas de Cervantes, las cuales—según mis noticias y las

(1) A la primera especie pertenecen las reflexiones del poeta Quintana en su *Vida de Cervantes* (1805), y especialmente el apéndice sobre los versos cervantinos: á la segunda, el breve ensayo de D. Adolfo de Castro, titulado *¿Cervantes fué ó no poeta lírico?*, incluido como parágrafo de las *Observaciones sobre la poesía española* (1857), que precede, á modo de introducción, el tomo 42 de la colección Rivadeneira (*Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*). En el curso de esta obra he de citar otros ensayos análogos.

de bibliografías especiales que he consultado—no han sido reunidas antes de la nuestra en edición especial. Esta sería, pues, la primera exclusivamente dedicada á toda la obra lírica de Cervantes; la única donde sus versos aparecen separados de su prosa, y escuchados con el gusto de su época, en el silencio de su propio ambiente espiritual. Tal es—me apresuro á decirlo—el justificativo y predicamento de esta edición, que sale á la luz bajo los auspicios de la Universidad nacional de La Plata, como tributo argentino á la gloria de Cervantes en el centenario de su muerte.

Claro está que no trato con este libro de vendimiar primicias á los eruditos, pues todas las composiciones aquí reunidas circulan ya en diversas fuentes impresas, mencionadas en cada caso particular. Me he propuesto, simplemente, al darlas así reunidas, mostrar en un solo volumen la extraordinaria cantidad de versos que Cervantes compuso, probando en ello la precocidad, constancia y vena de su vocación. He querido también evitar al lector el trabajo de buscar estos poemas en sus fuentes (raras algunas de ellas entre nosotros) ó de seleccionarlos él mismo en obras mayores, pues no pocos romances, jácaras y sonetos han sido extraídos por mí de novelas y obras dramáticas.

Tal vez la opinión moderna juzgue inferiores los versos reunidos en este volumen; pero aun para censurarlo definitivamente como escritor en verso, este «nuevo libro» de Cervantes habría sido necesario, porque comprobaría una de las raras aberraciones que puede ofrecer el genio literario, siendo anómalo el caso de un baldado del verso, que habría poseído, no obstante, memoria verbal y abundancia sensitiva, riqueza de mente y experiencia de dolor, vocación y cultura, fantasía, emoción y don metódico en el discurso de la creación genial.

La historia ha señalado el caso de Milton, poeta verdadero y fácil versificador, á quien la crítica censuró como subalterno prosista. El caso de Milton en la epopeya—que es también el de Lope en el drama—, se ha repetido posteriormente con Verlaine en la lirica, cuya mágica potencia verbal como poeta asombra por la música y matiz de sus poemas, en tanto que su prosa es divagante y zurda como la prosa de un primitivo (1). Se conocen también raros ejem-

(1) Sobre este punto puede verse el estudio de Edmond Lepelletier, *Paul Verlaine*, y el libro en prosa *Voyage en France par un français*, y mi estudio *La política del Pauvre Lelían*, en mis *Cartas de Europa*. (Barcelona, Sopena, 1908.)

plares de eximios poetas como Góngora, que no escribieron en prosa, como si les hubiera sido vedada esta forma de expansión literaria ó no hubieran sentido necesidad de expresarse en ella. El caso inverso nos lo presentan prosistas vigorosos como Sarmiento, para quien el verso fué la expresión vedada (1). Hay, por fin, el tipo singular, asimismo, de talentos que han manejado con igual maestría los dos lenguajes, dejando, como Quevedo, Goethe, Hugo y Darío, obras originales y duraderas en ambas formas.

Pero este caso de Cervantes significa un matiz diverso de todos ellos; tipo más raro aún de genialidad literaria, porque ha compuesto versos y prosas desde la mocedad á la vejez, con igual abundancia, facilidad y vocación en ambas formas; pero en prosa ha modelado su creación inmortal, y por ella le han reconocido poeta supremo, mientras se le negaba esta condición en sus versos. Aquí reside, pues, lo singular de su caso y la necesidad de rever ese juicio acatado por una tradición secular, pero no fundado—se-

(1) Sarmiento, en su madurez, desdeñó el verso; pero había intentado hacerlo en su juventud, con pésimo resultado. Véase sobre esto *Las cartas sobre la prensa*, de Alberdi; el prólogo de las *Rimas*, de Mitre, y mi *Bibliografía de Sarmiento*. (Universidad de La Plata, 1913.)

gún dije—en ningún estudio serio de su obra lírica, á la manera del que su teatro y sus novelas han ya merecido de poetas, críticos y filósofos eminentes (1). Realizar ese estudio en la escasa medida de mis fuerzas es lo que me he propuesto con el presente volumen.

Y cuando toda la compilación estuvo ya formada y me decidí á comentarla en este prólogo, procuré sentirla en el ambiente de su época y con la ingenua sensibilidad de su autor, liberándome por un momento del abrumante peso que para estos pequeños poemas significa la gloria del *Quijote*. Si el misterio de la singular epopeya ha movido los afares de tantos investiga-

(1) A ese movimiento debemos ya no pocos frutos sazonados, desde el ensayo de Apraiz (sobre las novelas) y de Mainez (sobre las comedias), tales como las notas de Rodríguez Marín á su edición de *Rinconete y Cortadillo* (1905), ó el tratado de Cotarelo y Valledor sobre *El teatro de Cervantes* (1915), que exalta el valor de las comedias y sainetes de Cervantes. Sobre sus versos, en cambio, no conozco ninguna obra especial. La *Bibliografía* de Rius menciona un artículo de Menéndez y Pelayo, impreso en la *Miscelánea científica y literaria*, de Barcelona, el año 1874. La antes nombrada obra de Valledor cita, asimismo, un *Florilegio* de don Eugenio Silvela sobre el mismo tema (Cervantes, poeta); pero no he podido conseguir dichos opúsculos en las librerías ni bibliotecas de nuestro país.

dores para sacar á luz y comentar los más escondidos secretos biográficos de Cervantes y sus obras más olvidadas, no ha de ser, á fe mía, para que la crítica ilustrada convierta al autor del *Quijote* en émulo de sí mismo, sino para que procuremos comprenderlo mejor. Ciertó que el libro máximo deslumbra, como un sol afrontado; pero también es cierto que sostiene y anima, tal como un centro sideral, hasta los más apartados mundos de su sistema (1).

Así debiera considerar la crítica esa compleja y desconcertante formación cervantina, tan inconexa por sus tipos, tan múltiple por sus géneros, tan desigual por las alturas de su inspiración cuando la consideramos separada ó superficialmente; pero tan unidas por su esencia espiritual, que todas sus obras menores se suman y purifican dentro del *Quijote*, no habiendo nada en éste que no tenga germen en las experiencias reales ó mentales de su autor, y glosa natural en las fragmentarias páginas de esas obras menores. Las estrofas de este volumen, hasta hoy general-

(1) Se ha llegado á decir: «La única obra por la que Cervantes debe ser juzgado es su *Quijote*.» (*Friedrich Jul. Bertuch*. 1775. Introducción á la traducción alemana del *Quijote*. Weimar, 1776. Rius, III, p. 207.) Esto prueba hasta qué punto llegó la admiración exclusiva del *Quijote* en algunos cervantistas.

mente desdeñadas, tienen lugar significativo en aquella síntesis, por el carácter confidencial de la lírica y por el adestramiento melódico del verso, que amaestra para la prosa. La abeja del aticismo, que zumba en la encantada selva del *Quijote*, libó también su miel hasta en estas flores humildísimas.

II

La vocación de Cervantes por la poesía lírica data de su adolescencia, y no dejó de versificar, en su larga carrera literaria, hasta los tiempos de la extrema vejez.

Nada sabemos por documentos sobre los tres primeros lustros de su vida. El más antiguo de su biografía es la partida de bautismo, en Alcalá de Henares, fechada el 9 de Octubre de 1547; pero de ella saltamos sobre una laguna de veinte años á los versos que en 1568 compuso en el «estudio» madrileño del rector Juan López de Hoyos, su único maestro conocido. Así la vida de Cervantes comienza para la historia con un ensayo de poesía lírica:

¿A quién mi dolor canto
O en cuya oreja sonará su acento,
Que no deshaga el corazón en llanto?

Lamentaba Cervantes en la patética *Elegía* la muerte de la reina Doña Isabel de Valois. Háblala compuesto en nombre de todo el estudio, y dedicada al «reverendísimo cardenal» D. Diego de Espinosa, el maestro Hoyos la recomendaba diciendo: *en la cual, con bien elegante estilo, se ponen cosas dignas de memoria.*

No se mantiene esta composición, desgraciadamente, en el nivel que le marcan sus primeros versos. Unción y fluidez se desvanecen en su largo desfile de tercetos, y sólo queda de ellos el ademán retórico, la fría corrección y el énfasis prosaico, de que parecen también las *Redondillas* y un *Soneto*, compuesto para esa misma ocasión. Su maestro recogió tales composiciones en el libro que se titula *Historia y relación del tránsito y exequias de la Reina Doña Isabel de Valois*, publicado en Madrid el año 1569. En el folio 45 se lee: *primer epitafio en soneto con una copla castellana que hizo Miguel de Cervantes, mi amado discípulo* (1), y en otro lugar de la obra se alude así á los restantes versos: *estas cuatro redondillas castellanas á la muerte de Su Majestad, en las cuales, como en ellas parece, se usa de*

(1) Es el soneto que empieza: «Aquí el valor de la española tierra», y la redondilla: *Cuando dejaba la tierra.* Puede vérselas en nuestra compilación.

coñes retóricos, y en la última se habla con Su Majestad, son una elegía que aquí va de Miguel de Cervantes, nuestro caro y amado discípulo (1). Sólo por estas últimas palabras el maestro López de Hoyos ha merecido el afecto de casi todos los biógrafos de Cervantes. A la zaga del alumno glorioso ha entrado también en la historia el obscuro dómine madrileño, que tal vez encendió en la mente del discípulo su fervor inicial por las letras, ó que si no le dió una luz que ya tenía, supo á lo menos discernirlo entre todos, como para confiarle la representación del estudio en ocasión tan solemne, y además supo amarlo antes que nadie, con esa honda ternura viril que inspiran á sus maestros los discípulos excepcionales, y que Cervantes, maestro, continúa despertando, desde la gloria, en el corazón de sus admiradores (2).

Antes de aquellos versos publicados por Hoyos, nada se sabe de Cervantes como escritor;

(1) Es la redondilla que empieza: «*Cuando un estado dichoso*», y la *Elegía* ya citada.

(2) El primero que descubrió los citados versos fué D. Blas Navarro (1749); pero al reeditar las comedias de Cervantes, dió la noticia con algunos errores. El académico D. Martín Fernández de Navarrete los rectificó más tarde y amplió las noticias de su *Vida de Cervantes*, que precede al *Quijote*, publicado por la Real Academia

pero en el *Viaje del Parnaso*, tan rico en noticias autobiográficas, nos encontramos con estos versos significativos, aquí oportunos:

Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía,
Y en ella procuré siempre agradarte.

La frase «tiernos años» parece, desde luego, referirse á la infancia. Dado lo temprano de su vocación, y esa confianza, podemos inferir que compuso versos desde los albores de su juventud.

La conciencia del verso debió, además, nacerle como función espontánea de un talento nativo, y no como reflejo del medio ambiente doméstico ó municipal. El padre de Cervantes era un cirujano prácticón de mediocre espíritu y escasa

(Madrid, imprenta Real, 1819). En ese libro valiosísimo por la prioridad y abundancia de su esfuerzo, pueden verse otros datos sobre el Maestro Hoyos y su Estudio, ambos famosos en su tiempo. Hoyos enseñaba gramática, retórica y latín, desde 1566. No se sabe que hubiera profesado la enseñanza en Alcalá. Cervantes debió de entrar en esa escuela á los diez y ocho ó diez y nueve años, en Madrid, cuya «villa» costeaba aquel establecimiento. Rodríguez Marín, en su trabajo sobre el *Rincónete* y otros, conjetura que antes habría frecuentado el Colegio de los jesuitas en Sevilla; pero si bien prueba que sus padres estuvieron en dicha ciudad, no se ha probado que Miguel estuviera con ellos.

cientela. El abuelo paterno, de ingenio más agudo, vivió siempre en Andalucía, donde ejerció la profesión de abogado. En Alcalá de Henares, cuna de Miguel y teatro de su infancia, funcionaba entonces una de las más famosas Universidades españolas; pero no se ha encontrado el nombre de Cervantes en los libros matriculares, ni se conoce indicio alguno de que hubiera frecuentado las aulas complutenses. Tampoco se ha conseguido probar que estudiara en Sevilla ó en Salamanca. Todo, por lo contrario, concurre á señalarnos sus primeros versos como el producto de un talento precoz y de una vocación espontánea.

Después de aquellos ensayos juveniles, Cervantes no dejó de versificar. Ni las aventuras de Italia, ni las melancolías de Argel, ni las inopias, menesteres y prisiones de Andalucía le apartaron de su primitiva afición. El doctor Antonio de Sosa, cautivo de los moros, junto con él, ha declarado en la famosa Información del cautiverio que durante más de cuatro años estuvieron vinculados por una estrecha amistad, y que, en medio de los mayores infortunios, Cervantes confiaba al verso sus anécdotas y conjetas, consultándole sobre los versos que componía. Su célebre *Epístola* á Mateo Vázquez pertenece á aquel período de Argel, y el solo hecho de diri-

girse en verso á su amigo de la corte proponiéndole al rey Felipe II la conquista argelina bastaría para presentarle como un hombre de letras que buscaba en el verso expresión genuina de sus más íntimos pensares. Sonetos, romances y coplas pintorescas de ese tiempo azaroso fueron incluidos después en las comedias y novelas de la edad madura. Se reconoce á cada instante, en los últimos libros de la *Galatea*, en el *Trato de Argel*, en *El gallardo español*, en *La Gitanilla* y en otras obras análogas el acento subjetivo y autobiográfico de ciertas canciones. Todavía en su libro póstumo, *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*—libro limado hasta la hora de la agonía—, trasciende en su último soneto la emoción de su visita juvenil á Roma.

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta,
Alma ciudad de Roma!, á ti me inclino
Devoto, humilde y nuevo peregrino,
A quien me admira ver belleza tanta.
Tu vista, que á tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende, aunque divino,
De aquél que á verte y adorarte vino,
Con tierno afecto y con desnuda planta.

Son, acaso, versos de aquella época mal conocida de su vida, cuando marchóse á Italia como criado del cardenal Acquaviva; ó bien se trata de una emoción de la juventud rememorada

poéticamente en los años posteriores, cuando su afición emprendía en mil tercetos, con el *Viaje del Parnaso*, su mayor hazaña de versificador.

La precocidad de su talento poético, la persistencia y abundancia de su esfuerzo literario en tal sentido, la propia conciencia de su mérito y capacidad, todo nos inclina desde ya á creer que nos encontramos en presencia de un verdadero poeta lírico. Versificadas son sus comedias, muy superiores á las de Lope de Vega, de quien es precursor; profundamente lírica, por su ambiente y por su forma, es la *Galatea*, su libro de juventud; líricos son los principales pasajes de la *Numancia*, por la cual se le ha reconocido á Cervantes como el fundador de la tragedia nacional española. Agreguemos á esto la cantidad enorme de versos que dejó, superior á la de Manrique, Santillana, Fray Luis, Garcilaso, Castillejo, Boscan, Herrera, Góngora y los poetas menores; contemos, por fin, la burla que en el *Viaje* dirige á los que versifican con dificultad; la opinión de poeta en que muchos de sus contemporáneos le tuvieron, y el hecho de que siempre reclamó sus laureales de tal, y habremos completado los precedentes biográficos que justifiquen esta compilación y desautorizan á la crítica secular, que, fiada en rutinas, miró siempre con desdén excesivo estos poemas, y aseguró que el

verso había sido tan sólo pasatiempo juvenil del gran prosista.

Aun fuera de tales precedentes biográficos, creo que la propia índole del genio de Cervantes, como novelista y dramaturgo, estaba revelando á esa crítica hostil la condición psicológica de un poeta nativo, el poder de creación inmediata o realidad potencial que atribuye á la palabra en su *Retablo de las maravillas*, su *Casa de los celos*, su *Viaje*, su *Persiles*, su *Quijote*, y casi pudiéramos decir que en todas sus obras, donde lo fantástico asume poder de realidad mágica suscitada por la palabra rítmica en evocaciones y conjuros; esa forma de contraste doloroso—trágico ó grotesco—que la realidad presenta siempre á su sensibilidad estética, como si, tácitamente, su numen la confrontara con la visión excelsa que lleva dentro de sí; esa constancia con que su inspiración se vuelve siempre á las esferas superiores del alma, tales como el platonismo en la concepción del amor y la caballería en la concepción de la gloria—todo, en fin, nos indica que el espíritu de Cervantes alentó en las esferas de la alta, pura y soberana poesía.

III

Yo no necesito probar que la crítica reconoce á Cervantes jerarquía de poeta glorioso, consagrándolo creador de la epopeya moderna. De Homero saltamos á él, como iniciador de un nuevo cielo literario. Virgilio es un imitador del padre antiguo, Dante confiesa la genealogía de su *Comedia*, dejándose guiar por aquél. Ariosto, Tasso, Ercilla, Milton, Camoens, tampoco escapan á esa influencia ancestral, y desde luego no alcanzan la magnitud del progenitor. Shakespeare viene de Sófocles, más que Homero. Rabelais, demasiado primitivo, amontona en su obra la parte más visible de la vida moderna, pero no llega á crear los *mitos* que sintetizan el nuevo espíritu: es el precursor ciclópeo de Dickens ó Balzac; pero no alcanza á universalizarse, como el otro, en la renovación de la epopeya por el humanismo. Por esto á Cervantes dan sus parias, unánimemente, todos los grandes críticos contemporáneos. Sufragios abundan en tal sentido y pudieran compendiarse en esta opinión de Coleridge: «Los mayores genios creadores del mundo moderno son Dante, Shakespeare, Cervantes y Rabelais.» Para Samuel Taylor, Coleridge se refiere al poeta en prosa, el mismo á

quien elogia con sincero entusiasmo á Goethe entre los alemanes. Hugo, entre los franceses, le reconoce también ese alto patriciado: «Como poeta—dice—reúne los tres dones soberanos: la creación, que produce los tipos y viste las ideas de carne y hueso; la invención, que poniendo en choque las pasiones con los acontecimientos, hace lanzar chispas al hombre contra el Destino y produce el drama; la imaginación, sol que, derramando el claro obscuro por todas partes, da relieve á las cosas y las vivifica.» Pero advirtamos que todo esto se refiere al *Quijote*, en el cual, sin duda alguna, palpita el espíritu de la epopeya, del drama y del canto; pero que no se funde, por su *estructura técnica*, en ninguno de esos tres tipos literarios.

«Iliada, oda y comedia», lo ha llamado Hugo; lo es, ciertamente, por su esencia; pero... ¿y los versos?

He ahí lo que ninguno de esos grandes se ha detenido á juzgar. No basta que se nos diga, por ejemplo; Shakespeare en la dramática, Hugo en la lírica y Cervantes en la épica, han llegado á las cimas de la poesía moderna; necesitamos igualmente, para el caso particular de nuestro poeta, saber qué lugar hemos de asignarle dentro de nuestro idioma en los otros géneros poéticos—la dramática y la lírica—que también

cultivó por necesaria integración ó plenitud de su genio literario. Asimismo, no basta que se nos diga: en el *Quijote* se resume el choque dramático de la tragedia, la emoción heroica de la epopeya y la congoja de la lírica; Cervantes, poeta supremo, sintetiza en esa obra los tres aspectos posibles—narración, representación, efusión—de la obra poética, refundiendo en uno los tres tipos clásicos de su arte. Necesitamos, además de todo eso, no olvidar que, desde el punto de vista de la forma técnica, Cervantes compuso *narraciones* en el *Quijote* y su cielo novelesco; *representaciones* en la *Numancia* y su cielo teatral; poemas líricos, propiamente dichos, en numerosas odas, églogas, romances, jácaras, sonetos y glosas, donde dejó sus *efusiones* sobre el amor, el dolor, la Naturaleza, la gloria y la muerte. Reunir esta otra parte de su obra, la más directamente vinculada á la vida recóndita de su espíritu; considerar el valor técnico de su verso y el valor estético de su canto; ver lo que significa esa parte de su labor en el complejo fenómeno de su genio, es tarea en la cual no se han detenido, hasta ahora, críticos extranjeros de algún valer, y los de su patria, cuando lo han hecho, ha sido someramente, y, por lo común, para censurarlo sin mayor examen.

Por haber creado en prosa el mito moderno

de su *Quijote* (maravillosa síntesis del humano destino), la crítica universal, bajo la autoridad unánime de sus más altos nombres, ha reconocido en Cervantes condición de excelso poeta, según acabo de recordar; pero asombra por eso mismo que no se le haya estudiado debidamente en sus obras versificadas, cuando ellas estaban reclamando estudio serio, por ser tan numerosos, hasta argüir facilidad en quien las produjo, y por ser el verso lenguaje tradicional y genuino de la poesía. O no es esto último una verdad absoluta y puede el fácil verso bello ser idioma de un espíritu mediocre, y puede el genio poético hallar gloriosa realización por otras vías, ó no le fué vedado al alma de Cervantes manifestar imagen y emoción en la estrofa de sus canciones y sus égoglas. Tal es una grave cuestión, estética, sobre la índole de la belleza literaria y psicológica, sobre la naturaleza del talento poético, planteada también para el lector por este libro tardío.

IV

Se ha pretendido, rutinariamente, que Cervantes reconoció su incapacidad como versificador. Desde hace más de un siglo sus críticos

vienen repitiendo la absurda especie, originada por una satírica opinión de Cervantes sobre sí mismo, la cual fué mal interpretada por Navarrete y sus continuadores. No atreviéndose tales idólatras de Cervantes á negarlo como poeta, eludieron esta responsabilidad, atribuyéndole aquella desenfadada confidencia. Ya se comprenderá que me refiero al divulgadísimos terceto del *Viaje del Parnaso*, donde dice aludiendo á esta aventura:

Yo que siempre trabajo y me desvelo,
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo...

Fué D. Martín Fernández de Navarrete (1765-1844) uno de los primeros cervantistas que consideró á Cervantes como autor de poesías. Reconozcamos que lo hizo con mayor ecuanimidad que otros censores, sin duda por conocer tan minuciosamente la biografía del poeta, como lo demostró en su famosa *Vida* (1819). Pero eso no basta en casos tales cuando también se necesita la intuición estética.

Navarrete celebra en Cervantes el poder de invención, pero le niega el don de poesía. Toma del portugués D. Francisco Manuel de Melo aquella opinión, sospechosa por demasiado sencilla, que dice de Cervantes: «Poeta tan infecun-

do cuanto felicísimo prosista» (1). Después Navarrete echa á volar aquel terceto del *Viaje* en el cual Cervantes, según el biógrafo y sus sucesores, confiesa no haber recibido del cielo los dones de la poesía (2). El consagró el error de considerar los versos de Cervantes en contraste con la gloria de su prosa, cuando debió juzgarlos solamente en comparación con los otros versos de su época. El aseguró que Cervantes había renunciado al verso en la madurez, y atribuyó esta claudicación supuesta al influjo de la crítica. Todo eso es un error, y voy aquí á demostrarlo.

Doctos cervantistas, como el poeta Quintana ó D. Adolfo de Castro, entre los antiguos, han citado esa estrofa, naturalmente; y todavía en nuestro tiempo acaba de comentarla el hispanista inglés Fitzmaurice Kelly, en su *Life of Cervantes* (1892). y en el solemne curso de «lecturas» sobre literatura española que dió en diversas Universidades yanquis, y que repitió después en el Colegio de la Universidad de Londres. En la conferencia titulada «La obra de Cervantes», el profesor inglés dice que de aquellos tercetos, «con su acostumbrado buen juicio», «reconoce *ingenuamente* que la Naturaleza le ha-

(1) Melo, *Apólogos Dialogaes*, pág. 347.

(2) *Viaje del Parnaso*. pasaje antes copiado.

bía negado el don de poesía...» Así ha cobrado carácter internacional y universitario, haciéndose más rotunda la vieja cita, durante un siglo repetida por tan numerosos glosadores.

Consulte nuestro lector el *Viaje del Parnaso*; venza la dificultad de su primera lectura; restituya á la integridad de su texto los tres versos citados; júzguelos, por fin, con la intención de sátira literaria que inspira todo el poema, y entonces reconocerá conmigo que el hispanista inglés se equivoca, pues Cervantes jamás reconoció, ni ingenuamente ni de otro modo, «que no tuviera el don de poesía». Desprendido del texto, como se lo ha citado siempre—desde antes de Quintana hasta después de Fitzmaurice Kelly—ese terceto ciertamente parece una laudable, ingenua y lisa confesión, como los rapsodas de Navarrete lo han pensado; pero restituído al poema burlesco, vale decir, á la luz de su ambiente y al espíritu de su vida, ese terceto dice lo contrario, puesto que encubre una ironía bajo su fingida humildad; el *Viaje del Parnaso* es una epopeya bufa sobre la lucha por la gloria literaria, donde se nos cuenta una guerra de versos y de libros entre los malos poetas, que pretendían en legión asaltar el Parnaso, y los buenos que lo defienden, convocados para esa guerra por el mismo Apolo. A Cervantes le toca en la aventu-

ra ser una especie de capitán apolineo; para él trae un recado el mensajero Mercurio; á él le confían revisar el escalafón de los poetas de España, y cuando el mensajero del musagetes lo reconoce, apercibido ya á zarpar en la galera de versos que los conduce al monte lírico, á él lo celebra con este explícito elogio:

— ¡Oh Adán de los poetas, oh Cervantes!

¿Qué alforjas y qué traje es éste, amigo,

Que así muestra discursos ignorantes?

Yo, respondiendo á su demanda, digo:

— Señor, voy al Parnaso, y como pobre

Con este aliño mi jornada sigo —

Y él á mi dijo: *¡sobrehumano y sobre-*

Espritu cilenio levantado!

Toda abundancia y todo honor te sobre.

Que en fin has respondido á ser soldado

Antiguo y valeroso, cual lo muestra

La mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra

Perdiste el movimiento de la mano

Izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que aquel instinto sobrehumano

Que de raro inventor tu pecho encierra,

No te ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la tierra,

Llevándolas en grupa Rocinante,

Descubren, y á la envidia mueven guerra.

Pasa, raro inventor, pasa adelante

Con tu sutil disinio, y presta ayuda

A Apolo; QUE LA TUYA ES IMPORTANTE;

*Antes que el escuadrón vulgar acuda
De más de más de veinte mil sietemesinos
Poetas, que de serlo están en duda.*

Llenas van ya las sendas y caminos
De esta canalla inútil contra el monte,
Que aun de estar á su sombra no son dinos.

ÁRMATE DE TUS VERSOS LUEGO, *y ponte
A punto de seguir este viaje
Conmigo y á la gran obra disparte.*

Cervantes escribió este pasaje nueve años después de la primera parte del *Quijote*, cuyo éxito recuerda en esa evocación de Rocinante; pero á la grupa de este nuevo corcel de la inspiración, famoso ya como el caballo Pegaso, iban sus otras obras, sin excluir los versos. Estoico dentro de sus andrajos de vestir, según el poema alude á su pobreza, y desdeñoso de sus críticos en la certidumbre de su talento y de su gloria, el viejo socarrón escribe todo aquello en vísperas de la muerte, asqueado por tantos años de estolidez, envidias y rencores.

Así resulta esta confesión regocijada, amarga en su fondo, como lo es el *Quijote*; porque el *Viaje del Parnaso* es la caricatura implacable de la vanagloria literaria, frente á la caterva de poetas *sietemesinos*, como él dice, ó de la *poe-tambre*, como también le llama á la terrible ralea. Nivelaba en el anónimo á los que deja sin nombrar, y á los que nombra los nivelaba en la unifor-

midad del elogio sin discernimiento ni medida, dado á voleo como la moneda de vellón en el despilfarro de la feria. La vida murmurante de los cotarros, de las tertulias literarias de su tiempo, es lo que está allí despreciado, porque es allí donde se le negaba. Por entre unos y otros llega hasta la presencia de las Pierides y oye de Apolo mismo la consagración que le hurtaban tantos camaradas inferiores á él.

Cervantes, en el Viaje, lejos de confesar ingenuamente que no había recibido del cielo el don de la poesía, se nos presenta en él gallardamente, como un poeta seguro de su mérito. En el combate de los buenos poetas con los malos, él está entre aquéllos no por propia ambición, sino por voluntad de los dioses. Con ellos habla, á la sombra del manto sagrado, recordando sus obras en términos que transparentan íntima confianza en el valor de sus versos y desdén por la «ignorancia» ó «envidia» con que el «vulgo» vano se los había «perseguido».

Y así le dije á Delio: — No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido,
El bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido,

Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.

Soy por quien *la Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.

Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo atable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.

*Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía,
Y en ella procuré siempre agradarte.*

Nunca voló la pluma humilde mía
Por la región satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guía

*Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
«Voto á Dios que me espanta esta grandeza».*

*Yo he compuesto «Romances» infinitos,
Y el de los «Celos» es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.*

Por eso me congojo y me lastimo
De verme solo en pie, sin que se aplique
Arbol que me concede algún arrimo.

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa al gran *Persiles*,

Con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en soneto de á docena,
He honrado tres sujetos fregolines.

También al par de *Filís* mi *Florena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Más de una y otra alegre cantilena.

Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos y en las arenas se sembraron.

Quien habla así en el Parnaso con Apolo mismo, y quien, partido ya del monte sacro, recibe en Madrid la carta con que el Dios de la armonía le remite sus pragmáticas sobre el arte de trovar para los poetas de España, como antes había recibido, por intermedio de Mercurio, la lista de poetas españoles convocados para esa guerra santa, no era, ciertamente, un escritor que estimara en poco sus versos. Pero se le ocurrió decir lo contrario á un académico de 1819; copiar del largo y mal leído poema el terceto famoso; interpretarlo fuera de la intención burlesca de su autor; poner la cita al alcance de todos los glosadores, y, desde entonces, la socarrona confidencia viene rodando en la crítica universal, y continúa, en la actualidad, barajada por comentaristas dotados de erudición; pero no de suficiente libertad mental para rever las fórmulas tradicionales. Yo me he atrevido á reverla;

pues toda vez que se habla de Cervantes, poeta, se tropieza con el terceto fatal, traído, por unos, para lapidar á su autor; por otros, para excusar sus reticencias, y por todos para abreviar demostraciones.

Mi opinión es que el terceto del *Viaje* nada prueba sobre las aptitudes nativas de Cervantes, considerado como poeta lírico: que la cita en favor ó en contra es impertinente, ingenua ó trivial; y que sobre el juicio de Cervantes en elogio de sus propios versos, nada hay tan explícito como la intención y los trozos ya copiados del poema, al cual ese mismo terceto pertenece.

V

Las palabras de Navarrete se encuentran, según antes lo he dicho, en su *Vida de Cervantes*, publicada en 1819 por la Real Academia Española, como prólogo á la primera gran edición oficial del *Quijote*, que fundamentó la gloria moderna de Cervantes. Por su importancia oficial, por los errores que contiene, y porque éstos han reaparecido en las obras de sus numerosos sucesores, las palabras de Navarrete merecen aquí este comentario. Ellas dan, en cierto modo, la

clave de la crítica cervantina sobre el tema que me he propuesto dilucidar.

Al transcribir aquel terceto del *Viaje*, Nava-
rrete dice: que Cervantes confiesa con laudable
ingenuidad no ser poeta; y ya hemos visto que ni
confiesa semejante cosa, ni habla *ingenuamente*
en su poema, lo cual no ha impedido á Fitzmau-
rice-Kelly repetir como propias dichas palabras.
El tono satírico de esa composición habría bas-
tado para entender su confidencia; pero los cer-
vantistas tenían, además, á su alcance otra con-
fidencia más clara, donde Cervantes habla de
sus versos. El nos cuenta en el prólogo de sus
Comedias la pesadumbre que le ocasionó el sa-
ber por un librero que cierto autor famoso (pro-
bablemente Lope) había murmurado de sus ver-
sos. Tenía sus comedias—escritas en verso—
arrinconadas en un cofre, porque ya no había
actores que, como en otros tiempos, se las pidie-
ran. «En esta sazón, me dijo un librero (refiere
»Cervantes) que él me las comprara, *si un autor*
»*de título no le hubiese dicho que de mi prosa se po-*
»*día esperar mucho; pero que del verso nada, y si*
»*va á decir la verdad, cierto que me dió pesadum-*
»*bre al oírlo, y dije entre mí: «ó yo me he mudado*
»*en otro, ó los tiempos se han mejorado mucho»;*
»sucediendo siempre al revés, pues siempre se
»alaban los pasados tiempos. Torné á pasar los

»ojos por mis comedias y por algunos entremeses míos que con ellas estaban arrinconados, y »vi no ser tan malas, *ni tan malos* (sus versos), »que no mereciesen salir de tinieblas de aquel »autor, á la luz de otros autores menos escrupulosos.» Como se ve, Cervantes consideraba en 1613, época del Viaje, que sus versos no eran tan malos como á su émulo le parecían, y que eran, por lo contrario, dignos de salir á la luz de otros autores menos escrupulosos...

Dice también Navarrete que en el *Quijote* y las *Novelas* introdujo menos poesías que en la *Galatea* porque sin duda la edad habría calmado su pasión juvenil por los versos, y cedido á las censuras de la crítica (1). Esto es un error y una conjetura caprichosa. Nada sabemos de sus censores, á no ser lo que Cervantes mismo nos cuenta en diversos pasajes de sus obras, como en el *Viaje del Parnaso* ó en los prólogos del *Quijote* y las *Novelas*; pero Cervantes los recuerda casi siempre para desdeñarlos ó calificarlos de envidiosos. Si el ataque á sus versos le hubiera detenido en su afición, no hubiera dejado tantos, y habría cedido, también, al ataque, todavía más duro, de sus émulos contra sus novelas y sus dramas, pues sabido es que la envidia

(1) *Vida*, pág. 271 y siguientes.

literaria se enseñó especialmente con él *Quijote*. Y si la afición juvenil hubiera declinado en la vejez, no habría emprendido, ya sexagenario, una comedia en verso como *La casa de los celos*, y un poema de tres mil versos como el *Viaje del Parnaso*, escrito á los sesenta y seis años, y publicado precisamente para mofarse de las emulaciones y vanidades literarias, que son el pasto de la crítica en el juicio de los contemporáneos.

Dice, por fin, Navarrete: «Su fecunda y amena imaginación en las obras prosaicas prueba con evidencia *cuán difícilmente se sujetaba á las trabas de la rima y de la versificación*, perdiendo en ella aquella libertad y desenfado que le hacen tan magnífico y admirable en sus pinturas y descripciones, tan natural, oportuno y gracioso en sus discursos y aun en sus coloquios rústicos y familiares» (1). Pero esta opinión nos pone ya frente á frente con la substancia del problema estudiado, y siendo ésta materia de más larga disertación, abreviaré aquí mi réplica á Navarrete con los datos biográficos de Cervantes que puedan referirse á esa dificultad, supuesta, que su ingenio hallaba en el metro y la rima.

Hay en el *Viaje* intencionados juicios sobre la práctica de versificar, que hubieran debido

(1) *Vida*, pág. 276.

anotar sus comentadores. Por ejemplo, en los tercetos 530-533, cuando Mercurio enseñale á Cervantes seis personas que componen versos, pero que fingen no creerse poetas y desdeñar el elogio, Cervantes le responde:

*Aquel que de poeta no se precia,
¿Para qué escribe versos, y los dice?
¿Por qué desdeña lo que más aprecia?
Jamás me contenté, ni satisface
De hipócritas milindres. Llanamente
Quise alabanzas de lo que bien hice.*

Y si desdeña esa fingida modestia, vitupera también la triste vanidad de los que se obstinan en requebrar á la esquivia musa, y satiriza en el terceto 144 á los que *hipan* y *sudan* al componer sus versos. Tales palabras hacen pensar que Cervantes no se contaba en este número. Si la abundancia arguye facilidad, digo que la opinión de Navarrete no podría fundarse en los quince mil versos que ahora publica, sin incluir en esta compilación otros tantos millares que forman los diálogos de las obras dramáticas cervantinas. Téngase presente, además, la suma de obras que Cervantes compuso y el largo alejamiento de las letras en que vivió durante sus campañas militares, su cautiverio argelino y sus comisiones y malandanzas sevillanas.

Si Navarrete y sus repetidores entendieron referirse no á la dificultad material del verso, sino á una especie de dificultad ideal inherente al ritmo, debieron fundar su aserto en una compilación y análisis como el de este volumen. De ahí que ya haya querido subsanar su omisión, realizando un trabajo que se funda en la biografía de Cervantes, pero que tiende á esclarecer la psicología de su talento y la estética de su obra; cuestión que, aun fuera de nuestro idioma y de su historia literaria, interesa á la historia natural del genio, como forma suprema de nuestra especie, al definir un arquetipo de creador literario que habría carecido del *don poético*, según sus frívolos censores; pero habría poseído, en grado eminente, según ellos mismos, la sensibilidad del ritmo en la prosa y el poder de invención en todos los géneros.

RICARDO ROJAS

EL RUEGO

¡Señor, Tú sabes cómo con encendido brio
por los seres extraños mi plegaria te invoca;
ahora vengo á parlarte del compañero mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca;

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste...
Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada:
¡no pongas gesto torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero á flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro, como la primavera!

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como cuencos sutiles!

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,

todo su corazón dulce y atormentado,
y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fué crúel? Olvidas, Señor, que lo quería,
y que él sabía suya la entraña en que llagaba...
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
No importa; Tú, comprende: ¡yo lo amaba, lo amaba!

Y amar (bien sabes de eso), es amargo ejercicio,
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando bajo ellas los ojos extasiados!

El hierro que taladra tiene un gustoso frío
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas,
y la cruz (Tu te acuerdas, ¡oh, Rey de los judíos!)
se lleva con blandura como un gajo de rosas!

Dí el perdón, dílo al fin. Va á esparcir en el viento
la palabra, el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
echará flor el yermo, y el guijarro esplendores!

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte, que de piedra forjaste,
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,

ó todos los crepúsculos á que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero!

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo — lebre! tímido — los bordes de tu manto,
y no pueden huirme tus ojos amorosos,
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto!

Porque fuera sumar amargura á amargura
y dureza á dureza, si en tu pecho no tienes,
cuando á ti vaya, el rizo de su cabeza obscura,
junto al pequeño hueco reservado á mis sienes.

Pálpale el corazón dulce y atribulado!...
Amó y nunca 'lo amaron; saliéronle al camino
malas manos, y fuéronse con él que era su aliado
por ley de la armonía y hechura del destino!

LOS SONETOS DE LA MUERTE

I

Del nicho helado donde los hombres te pusieron,
te bajaré á la tierra humilde y soleada...
¡Que he de dormirme en ella los hombres no supieron
y que hemos de soñar sobre una misma almohada!

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna,
para tocar tu cuerpo de niño dolorido!

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
porque á ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará á disputarme tu puñado de huesos!...

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía
por donde van los hombres, contentos de vivir.

Sentirás que á tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega á la quieta ciudad...
Esperaré que me hayan cubierto totalmente
y después hablaremos por una eternidad.

Sólo entonces sabrás el por qué no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, á dormir...

Se hará luz en la zona de los sinos obscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir!

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que á una señal de astros dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía:
malas manos entraron trágicamente en él.

Y yo dije al Señor: «Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
Arráncalo, Señor, á esas manos fatales
ó le hundes en el largo sueño que sabes dar!»

«¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
¡Retérnalo á mis brazos ó lo siegas en flor!...

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas á juzgarme, lo comprendes, Señor!

LA MAESTRA RURAL

La maestra era pura. «Los suaves hortelanos,
decía, de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz.»

La maestra era pobre. Su reino no es humano.
Así en el melodioso sembrador de Israel.

Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano,
¡y era todo su espíritu un enorme joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!...
Su sonrisa, manera de llorar con bondad;
por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad!

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor...
Los hierros que le abrieron el pecho generoso,
más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, que no viste el fulgor
del lucero cautivo que en su carne esplendía,
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre á un comentario brutal y baladí?...
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
y en el solar de tu hijo de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su perfumada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección...
La albada de virtudes de que lento se nieva,
es suya... Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la Pálida la convidó á partir...

Pensando en que su madre la aguardaba, dormida,
á la de ojos profundos se dió sin resistir!

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes una constelación...
Canta el Padre para ella sus canciones de cuna,
y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un hinchado vaso, traía el alma hecha
para exprimir aljófares sobre la Humanidad,
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad!...

Por eso aun el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear;
y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos al pasar!

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?...

¿O Tú llegas después que los hombres se han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido,
y entre cruzas las manos sobre el pecho callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pinta á sus rosas unas formas de herida?
¿No tiene el olor acre, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas?

Y otra cosa, Señor: ¿Cuando fúgase el alma
por la mojada puerta de las largas heridas,
entra en tu zona, hendiendo el aire quieto en calma,
ó se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?...
¿El éter es un campo de monstruos florecido?...
¿En su pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?...
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?...
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura, por error ó malicia;
mas yo que te he gustado como un sorbo, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fué siempre zarpa dura,
la catarata vértigo, aspereza la sierra,
Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra!

Y espero, espero! Un día, tal como suele á veces
quedar del campesino la vista sorprendida
viendo echar flor á extrañas hierbas entre sus mieses,
te va á nacer, insólita, la piedad del suicida!

Porque Tú me miraste, y no había blandura
que faltara en las felpas hondas de tu mirada;
y al rodar á tu pecho en trance de amargura,
yo no le palpé un sitio sin blandor de almohada!

GABRIELA MISTRAL

Hermes Anglada

NOTAS SOBRE SU ARTE

Los ojos profanos tienen sin duda, más pureza de visión que los ojos profesionales, en los asuntos de Arte;

á ellos, se les escapa la regla, y, no ven sino la Belleza;

la regla, mata;

el Ensueño, crea;

ante los cuadros de Anglada, yo, no sé lo que digan los técnicos;

quiero ignorar el balbuceo de esa parálisis de la voluntad artística, que se llama: el Clasicismo;

el lenguaje de los simios de la Crítica, me es extraño;

y, no me preocupo jamás, de ese veredicto de moluscos, que es un juicio académico;

no hay Arte Verdadero, sino el Arte Libre;
el arte, esclavo, no es un Arte, es una profesión de ilotas;

arte de muchedumbres, arte anónimo: las pirámides de Egipto, son su Monumento;

los Faraones, cedieron su cetro á las Academias, para hacer trabajar á sus esclavos; y, al Arte faraónico, sucedió el Arte clásico;

y, ese Arte, invade y, llena el mundo, como la inundación de un Nilo de Servidumbre, ahogando en su crecimiento, todo germen de Genio;

no hay genios colectivos;

el Genio, es personal;

ser *individual*, es la primera condición del Genio;

y, en asuntos de Arte, quien dijo *individual*, dijo: *original*;

origen... llevar en sí mismo la fuente de la Inspiración, y, el poder de la Creación, y, sentirlos fluir y, crecer y, desbordarse en tumulto, hasta hacer la enorme invasión del *Yo*, en los dominios pródigos del Arte;

Yo, ha sido el nombre del Genio;

no ha sido nunca, *Nosotros*;

el Genio, ha sido: el Hombre;

no ha sido nunca: la *Escuela*;

ésta, ha sido siempre, la enemiga de aquél;

no poder esclavizarlo, ha sido su rencor;

y, no pudiendo dominarlo, lo condena;
su cólera, es la cólera del rebaño, contra el
león solitario y vagabundo;

por eso el primer deber del Genio, es imponerse al no Genio, ó mejor dicho, al anti-Genio, que es la Tradición;

imponer la libertad de su Yo, á esa dictadura anónima, llamada: *Todos*;

la lucha de la *Individualidad*, contra la *Colektividad*;

del Genio, contra el Vulgo;

y, cuando en Arte, se dice Vulgo, no se dice Pueblo, en el sentido del analfabetismo artístico, sino que nombrarse quiere la más desarrapada de todas las plebes, la Plebe, semi-letrada, la Plebe, semi-artista, ese ható de *analfabetos del Espíritu*, mil veces más peligrosos y, más agresivos que los *analfabetos de la letra*; rebaño de regresivos, que se empeñan en imponer el despotismo de su Ineptitud, á las creaciones del Genio;

* * *

Lo admirable, no es explicable;

algo que se explica, es, algo que se simplifica, que se desarticula, se evapora y muere en nuestro cerebro, en el cual vivía por el prestigio incomprendible del Misterio;

una sensación que se analiza, se volatiliza;
aquel que razona sobre una sensación, ha de-
jado de sentirla;

como aquel que analiza su amor, ya no lo
posee;

ciertas cimas del Arte, son admirables justa-
mente á causa de ser inexplicables;

toda Obra Maestra, es una cima;

son necesarias las alas, para llegar hasta ella;
sólo á las águilas es dado mirar frente á frente
la cumbre luminosa y, extenderlas alas sobre ella;
y, esas águilas son mudas;
no revelan el secreto de su Contemplación.

* * *

La Incomprensión, es la atmósfera natural,
que rodea al Genio;

como la Soledad, es la compañía de los astros
en el espacio;

la Incomprensión, es, una forma de la Admi-
ración;

la admiración del buho al Sol, que lo ciega, y,
que, á causa de cegarlo, no le deja contemplar
el esplendor de su Belleza;

el Arte de Anglada, entra en la Incompren-
sión, porque entra en el Genio;

y, el Genio, es solitario;

comprender al Genio, sería, igualar, al Genio;...

¿qué quedaría de un Genio, comprendido por la Multitud, es decir, igualado por ella?...

nada...

ni siquiera el cadáver del Genio, porque devorado por la Gran Bestia, se convertiría en estiércol de ella;

la Soledad, es, el reino del Genio;

y, es, su fuerza;

la Impopularidad es, su aureola;

un Genio, popular, no puede concebirse, ni aun en Atenas, que fué la madre del Genio;

no hay que olvidar, que allí, calumniaron á Fidias;

que, allí apedrearon á Esquilo;

que, allí condenaron á muerte á Sócrates;

que, de los mares griegos salieron las ostras, con cuyas conchas se proscribió á Arístides;

que, de los cielos del Atica, de entre las garras del Aguila, cayó la tortuga misteriosa, que rompió el cráneo al creador de Prometeo;

y, en vano el Genio, clama en la Soledad;

el dia que salga de ella, habrá salido de su Templo, y, será profanado por el ósculo de la Muchedumbre;

ser aclamado;... ese no es el Triunfo del Genio;

ser lapidado; esa es su única Apoteosis;

lapidado, ayer con las piedras del camino; hoy,
con el guijarro soez de la Palabra;

la Derrota, es la patria natural del Genio;

la Victoria, no vive para él, sino en el vientre
tormentoso de los siglos futuros;

un Genio, vencedor ante sus contemporáneos,
sería un Genio, vencido por la Posteridad, que
habría de pedirle cuenta de su abdicación;

o, dicho mejor;

un Genio, vencedor, no sería ya un Genio;

sería un triste vencido de Sí Mismo;

un esclavo más, uncido al carro del Éxito;

comprenderse, es el deber del Genio;

no ser comprendido: ese es su Sino;

revelarse á la Incomprensión;

no rebelarse contra la Incomprensión;

revelar al Mundo y, á despecho del Mundo,
el alma esencial de la Belleza;

¿revelar?

sin duda dije mal;

enunciar;

esa es la palabra sintética del Arte;

sugerir—ese es el secreto del Arte;

toda obra de Arte, es, un balbuceo y, una ini-
ciación;

lo inconcluso y, lo misterioso, son el sello de
la Belleza, porque son el sello de lo Infinito;

y, lo Infinito, es el alma del Arte;

por eso, toda obra de Arte, es, una Enunciación vaga, no una Expresión completa, del Sueño del artista;

el Infinito, se enuncia, no se agota;

por eso, en una obra de Arte, no se revela, *toda* la visión del artista, ni se agota su expresión;

enunciar—la base del Conocimiento;

sugerir—la base del Ensueño;

he ahí las dos alas, oraculares y cabalísticas del Arte;

enunciar—despertar el Conocimiento;

poner alas al Espíritu;

abrir los cielos de las auroras mentales, y, como Psiquis, con el dedo en los labios, y, la divina lámpara en la mano, entrar al Templo de lo Desconocido, y llevar una procesión de almas hasta los altares donde se siente vagar en el Misterio, la atmósfera, la luz, el perfume y la presencia de la Belleza Inmortal;

sugerir—poblar de visiones los cielos de la Ensoñación;

hacerlos ilimitados, taciturnos, candorosos, con un horizonte suave, de crepúsculos vencidos...

y, desatar bajo ellos, el vuelo rumoroso, de las libélulas efímeras, que duermen sobre los rosales de la Melancolía;

hacer abrir en los jardines solitarios del espíritu, bajo los cielos lunares del Ensueño, las dos rosas herméticas del huerto de Plotino: la Contemplación y, la Meditación;

y, extender sobre sus cálices de alabastro, el disco de fuego, de esas miriadas de abejas luminosas, fugitivas de las divinas colmenas de lo Irreal;

el Artista, que pudiera revelar, *todo*, su Pensamiento, no sería un Artista, porque su Ensueño, era, tan pequeño, que podía revelarlo todo;

una Obra de Arte, es, apenas un fragmento, del Ensueño del Artista;

ella vale, no tanto por lo que expresa, como por lo que sugiere;

su fuerza, no está en hacernos comprender, sino en hacernos adivinar, hacernos meditar, hacernos soñar;

en despertar las cosas íntimas y profundas que hay en nosotros, y, hacer abrir las alas al pájaro de la Poesía, que duerme en el alma de todos los hombres;

y, ese es el prestigio, la fuerza, el Alma Mater, de los pintores exquisitos, raros y profundos como Anglada-Camarasa.

Asiático y, preciosista á la vez, Anglada, hace pensar, en las penumbras, verdosas y, amatis-tas, de una selva javanesa á la hora del cre-púsculo y, en la belleza simétrica de los jardi-nes japoneses, en que los crisantemos tienen pa-lideces de nacar en el verde cuasi negro de los follajes inmóviles;

su flora escultural, toda de esmalte y de ara-besco, tiene morbideces de cosas vivas y, fragan-tes, donde cada pétalo es un prodigio de relieve y, de color, que parece temblar, al contacto de la mano, aun sin tocarlo;

más que pintada, parece cincelada, tal es la maravilla de repuje, de aquel orfebre del pincel, algunas de cuyas flores, parecen arrancadas á una cerámica de Hong-Kok.

* * *

El delirio de la luz posee á Anglada;

y, esa virtud de los genios, que se llama: la lealtad;

lealtad á la luz;

al fuego ecuaníme múltiple, sempiterno de ese milagro de lo intangible y de lo visible, que se llama: la luz;

como Prometeo con el fuego, él, aprisiona la

luz, y, la entrega así, prisionera y sometida á la
visión de los mortales;

prisionera en las penumbras de un ramaje;
en la contorsión violenta de un árbol;
en el pétalo suave de un jazmín;

á la sombra de unas pestañas, donde tiemblan
las tinieblas, en dos gemas húmedas, en las cua-
les desmaya la envidia del cielo luminoso...

por todas partes prisionera de su pincel y de
su Genio;

hay del vértigo, en estos juegos extraños y
desconcertantes, de luz;

se siente el quebrantamiento de lo divino,
bajo el poder de unas manos más fuertes
que él;

manos que lo aprisionan, lo doman y lo esclavizan,
poniéndolo al servicio de algo más divino
que los dioses: el Arte;

las manos del Genio;

.....
yo, amo esa violencia y esa delicuescencia de
colores;

esa sabia lujuria de gamas, que va, del delirio
cromático de los prados y de los mantones, á la
fosca tragedia de los ojos y de los labios;

esos árboles contorcionados y esqueléticos,
alzándose al cielo como fugitivos de una selva
de Shakespeare, en horizontes de devastación,

que escaparon á las pupilas visionarias del Dante;

esas mujeres que danzan, teniendo la esbeltez de juncos lacustres y, las contracciones del ramaje de una zarza que arde y que crepita;

esos brazos desnudos que semejan, ora, serpientes perversas y lascivas, jugueteando sobre la arena; ora asas de ánforas etruscas de curvas y lineamientos impecables; ora las volutas erectas de un bosque de laureles;

el color lagunar de esos trajes, que dan á las mujeres el aspecto de algas marinas, sirviendo de decoración á una danza de Tritones;

el violáceo violento de la Noche, entrándose como un puñal, por la boca abierta de los *cantadores enamorados*, que se doblan sobre sus instrumentos, como para romperlos y, extraer de ellos, una ronda de tinieblas;

esa esmeralda virgen, que tiene prisionero un rayo de luna, es el cántaro de una gitana, que semeja ella misma, el tronco de un arbusto adolescente, sobre el cual floreciera una tuberosa de cristal;

para aquellos que saben ver, pocos pintores en el mundo, muestran una galería de almas tan turbadas, tan extrañas, tan trágicas, como la que nos muestra Hermes Anglada, en los rostros enigmáticos y, los ojos taciturnos, de las mujeres de sus cuadros;

la adivinación psicológica, que va en Anglada hasta el prodigio, se revela, no tanto en el desorden sabio de los gestos, cuanto en el patético exasperante de los ojos de esas mujeres;

de todas:

de los ojos idólicos y, acerados de la «Sibila», llenos de una taciturna visión de Eternidad;

de las paludes enigmáticas, que son las pupilas de «La de los ojos verdes», que rememoran las aguas turbadas y, profundas de las lagunas pontinas;

de los carbunclos pérfidos de la Gitana «Violeta», que palidece bajo los mantos violáceos, como una flor bajo la Noche...

y, los de aquella mujer, toda en blanco, azucena en cera virgen, sobre cuya albura de nieve polar, lucen las guedejas blondas, como pistilos de oro, diademándola de un fúlgido esplendor;

y, los de aquellos dos enigmas estilizados y, profundos, que son las mujeres del «Palco azul»...

¿qué mira esa que está sentada?...

todo el vaho del Ensueño, pronto á convertirse en el huracán de la Tragedia, se escapa de aquellas pupilas que en el cerco de oro de las pestañas entrecerradas, semejan dos malaquitas azules, en un cofre á medio abrir;

y, la que está en pie...

¡qué gesto imperial, dominador y suave á la vez!...

gesto de una Emperatriz, ofrecida á las miradas de su pueblo, ó de una joven mártir, mirando indiferente, las tigresas ávidas que van á devorarla;

todos;

hasta los ojos de aquel espantoso Andrógino, cuya mano ambigua y, musculada, parece un tentáculo del Vicio, tendido en la sombra para violar la Muerte.

* * *

¡Cómo el Símbolo, es múltiple y profundo en los cuadros de Anglada!...;

cada una de aquellas mujeres del «Tango de la Corona», es, un Símbolo, aislado y, solitario, del cual, ella misma es, su Templo y su Adorador;

cada «Gitana» suya es un Símbolo, que se empeña en recoger la estela, que deja en torno suyo la tiniebla violescente que la envuelve como un halo de sensualidad;

todas;

hasta aquella que lleva sobre sus espaldas el fruto de su Maternidad;

las fuerzas invisibles y, tiránicas de la Vida;

las de la Vida espiritual y las de la Vida animal, se juntan y se funden en aquellos Símbolos vivos, que evocan el alma del Misterio, del fondo de los lienzos inmortales;

las mujeres de los cuadros de Anglada son obsesionantes más allá de todo lo que la perversidad puede soñar de misterioso y de profundo en ese mar de la Sensualidad, tan magnífico y tan cargado de efluvios, que el cuerpo de los hombres, moriría si se sumergiese en él, y, sólo resistiría el beso de sus olas el cuerpo de los dioses inmortales;

y, sin embargo;

la caricia parece estar ausente de las manos de aquellas mujeres que tienen el Silencio de la Noche en los labios enigmáticos, una profundidad cavernosa de Estigia en la mirada, y, un gran gesto de Fatalidad en los brazos que parecen tendidos hacia las tinieblas, con una limpieza felina de garras;

una mano de la Señorita de Klamery, en uno de sus retratos, es como una azucena cabalística, en la cual el dedo meñique violentamente separado es como un pétalo desprendido de la flor; ¡cómo es armónica aquella mano violenta!...

su blancura de lis, emergiendo de las blondas negras del traje, es de un efecto mágico;

el retrato de esa mujer que aparece tendida

en tierra, hace el efecto de ver una pantera joven, arrastrándose de vientre sobre la arena para asaltar la presa que acecha;

así con aquellas miradas abismales, bajo el fulgor de la cabellera lujuriente, con movimientos de felino y de reptil debieron deslizarse hasta la cueva de los solitarios, las visiones que tentaron el alma de los grandes penitentes;

el faquirismo contemplativo de Anglada, es más un Misticismo voluptuoso, vecino de las visiones de San Gerónimo y, de las Tentaciones de San Antonio, que de la vaga placidez del hurismo oriental;

la obsesión del vicio espiritual, más que del vicio carnal, es la que se desprende de aquellos cuadros, en los ojos de cuyas mujeres, hay tal densidad de deseos, que la perversión misma retrocede; temiendo no poder interpretarlos, ni vencerlos;

y, á pesar de eso; no hay sadismo, en la obra de Anglada;

no hay sino psicología pictural, de una profundidad inabarcable, y, de una fidelidad á veces, cruel, como la expresión de todas las grandes verdades;

por eso, su obra, es casta, como la desnudez de una estatua;

y, eso, mal que pese á la castidad onánica, de

los gansos togados de la crítica apolillada y clásica, y, á la envidia mal oculta de los bonzos amedallados, que han encontrado impudicia en los desnudos de Anglada;

* * *

El arte profundo y sutil de Hermes Anglada, reflejo de una voluntad creadora, y, de una evolución ascendente que demuestra á la vez el dominio de la ciencia y, el de la fantasía, es, por eso, un arte libertado y libertador, arte con alas hecho para volar y, hacernos volar, por sobre las más altas cimas del Pensamiento y del Ensueño;

la filosofía del Arte de Anglada, es una filosofía, personal é íntima, como la de todos los grandes artistas, no enfermos de pecorismo ritual;

y, por eso, su visión de la Naturaleza, es una visión personal, aislada y, solitaria, que no tiene que ver nada con la visión gregaria y, escolástica, del rebaño de pintores que pacen, en las praderas del Clasicismo, bajo el cayado de la Tradición;

y, la Naturaleza que él, pinta es la Naturaleza vista en sí mismo, con sus ojos de artista, y, reflejada como en un lago, en su cerebro prodigioso y, creador;

la Naturaleza, vista con espíritu profético, en

el seno de una visión individual y, reproducida por una mano experta, que no tiembla al traducir su propio Ensueño;

visionaria y, realista, Anglada reproduce en sus cuadros, la *realidad de su Visión*;

realidad *suya*, que no será nunca la de aquellos que no son visionarios y, geniales como él;

la agudeza de visión que hay en Anglada, rompe el velo trivial de la apariencia, y, va *más allá*, hacia el alma misma de las cosas, y, les da su sentido ultra-natural y, visionario, de un realismo psíquico, que es una revelación;

las pupilas de la Vulgaridad son incapaces de la contemplación del *más allá*, del horizonte, tras del cual, la visión del artista, crea un mundo, y, lo revela;

esos cuadros, que obligan á contemplar y, á meditar, fatigan las imaginaciones débiles, que se rinden al esfuerzo, y, se retiran vencidas, por aquella enormidad de Ensueño y de Creación;

de ahí, el rencor de los incomprensivos;

y, de ahí, el zumbir de los tábanos de la Envidia, en torno á los grandes cuadros, incomprensidos y gloriosos;

* * *

El paisaje es exiguo, por no decir que está ausente de estos cuadros de Anglada;

podría decirse que no hay en ellos paisajes de la Naturaleza, sino paisajes de almas, tanto así, éstas absorben á aquéllos y, son una totalización difusa de la vida ambiente;

las fuerzas psíquicas, ocultas en aquellas gamas de colores delicuescentes ó violentos, encadenan la emoción óptica, y, desencadenan las emociones intensas de la Vida Interior, inquieta y estremecida, bajo el vuelo de las visiones, que en ella despiertan, esos cuadros de Misterio y de Revelación.

las perspectivas son limitadas, se dirían rudimentarias;

esbozos xilográficos;

son las figuras, las que viven en estos cuadros;

las figuras, y, la suntuosidad magnificente de la decoración;

decorador pomposo, decorador fastuoso, decorador maravilloso, de un orientalismo sultanesco, hecho para decorar los salones de un antiguo califato de Bagdad;

á ese respecto, tiene el alma retrospectiva;

podría decirse que su visión es bárbara, de un bizantinismo álgido, tanto así es de opulenta, de multicolor y de desconcertante, en su arcaísmo miliunochesco;

la intensidad del colorido compite con su variedad en esas gamas cromáticas, donde los es-

tremecimientos argentados, se mezclan al fulgor de los oros vivos y, á la morbidez de los oros muertos, cerca á los rojos purpúreos, los verdes y los índigos, en la más rara delicuescencia de tonalidades, que pueda producir la fantasía de un pintor, seguro de su inspiración y, en la fuerza de su genio;

el *bariolage* sistemático de los imitadores y, copistas de cuadros antiguos, no comprende este delirio del color, este arrebató apasionado, esta embriaguez de la Inspiración, llenos, sin embargo, de un gran dominio pictórico, de una gran maestría técnica y, de una ciencia impecable;

los dibujos al carbón, son en Anglada, síntesis definitivas de una verdad personal, que fija el aspecto esencial de la Naturaleza que reproduce;

hay una gran fuerza primordial y, un gran poder de ejecución en esas obras; bástantes á vencer y, á desconcertar la crítica anafrodisia, que ataca tan rudamente los dibujos de Anglada;

soy enemigo de las comparaciones en el Arte, y, de la citomanía que tanto abunda en los escritores primerizos, y por eso he suprimido en estas notas, todo nombre de pintor y, todo paralelo, entre Anglada y, los pintores antiguos ó modernos, con los cuales tiene puntos de contac-

to, ó de los cuales, revela vagamente la inspiración;

su genealogía, es la de los grandes pintores;
pero, su Genio, es personal;
por eso, es Genio.

* * *

Ante los pintores, como ante los escritores,
geniales y visionarios, hay que retroceder para
contemplarlos;

necesitan de perspectiva;
la vasta perspectiva de los siglos;
esperándola, el artista, vive su Vida;
vive su Inspiración;
vive su Arte;

y, su Genio lapidado, tiende su mano al ramo
de oro de Virgilio, que le ofrecen temblando de
Admiración, los dedos intangibles de la Gloria.

VARGAS VILA

(De un libro de Memorias íntimas del autor, ofreceremos, en el número próximo, á nuestros lectores unas maravillosas y definitivas páginas sobre la obra vasta y fecunda de Felipe Trigo.)

LA VISITA

Terminado el desayuno me llamó aparte mi padre y me dijo que podía ir á visitar á mi madre. Hacía tiempo que no la veía, pues me habían prohibido pasar por la calle en que estaba su casa. Cuando mi padre me dió el permiso corrí en su busca.

La mañana era luminosa. Atravesé un jardin-cito raquítico, luego un mercado al aire libre, en el cual los obreros hacían sus compras; la mujer con el niño en los brazos, el hombre con las provisiones en el ala del sombrero de palma y la manta de estambres sobre el hombro. Yo corría: toc, toc, toc..., hacía mi corazón, y allá quedaban, atrás, los gritos matutinos de los vendedores: camoteros, lecheros, panaderos, maiceros...

Llegué anhelante frente á la casa de mi madre. Todas las puertas estaban cerradas, silenciosas bajo el sol.

—¡Mamá, mamáita, soy yo, abre!

Y en un ángulo de la puerta del zaguán esperé. Pero ¿por qué vivían separados mi padre y mi madre?...

Las golondrinas distraían mis pensamientos con su chirriar agudo, sus vuelos que llenaban la calle estrecha y el apresuramiento que ponían en recoger la brizna de paja útil para su nido.

—Mamá, mamáita, aquí estoy, abre...

La puerta del zaguán se abrió y yo entré en casa de mi madre. Olía mal la casa materna, estaba sucia. ¿Qué había hecho mi madre para que la dejasen sola en aquella casa?...

No pasé del portal, me quedé con los ojos muy abiertos junto á los tiestos rojos, entre las plantas muertas de sed. El sol me pareció triste y enfermizo en el jardín abandonado de la casa de mi madre.

—Ven, me dijo ella, y me llevó á la cocina. Todos los cacharros estaban cubiertos de polvo y en el hogar no se había hecho fuego desde hacía mucho tiempo. Tres veces al día un mozo de cuerda traía de la fonda los alimentos.

De la cocina pasamos al corral. —Allí—me dijo indicándome con la mirada la letrina—tienes á un hermanito no más grande que tu puño.

Y apretaba con fuerza mi manecita delicada.

¿Por qué me decía estas cosas mi madre? Yo

era muy pequeño y me entristecían sin comprenderlas; eran flechas envenenadas de una batalla grande y lejana que venían á clavarse en mi corazón. ¿Qué culpa tenía yo, pobre niño, que no existiese armonía entre mi padre y mi madre? Yo sólo tenía derecho á una vida sana, estaba predestinado para ella, siento aún su nostalgia; pero...

Después me enseñó mis palomas. Las había cuidado la madrecita buena. Todas volaron cuando abrió la puerta de la habitación en que estaban, y vinieron á posarse sobre su cabeza, en sus hombros, á lo largo de los dos brazos frescos y desnudos; algunas introducían el pico entre sus labios, la hacían mimos...

Yo, pequeño, dolorido, triste ya, permanecía sin un beso al lado de mi madrecita, con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas; pero maravillados de tanto color, de tantas alas abiertas bajo el sol.

EL TÍO ANTONIO

Mi padre y mi madre se han reconciliado. Me veo en la sala de la casa, estoy jugando, sentado en una estera del país, con dos Reyes Magos arrodillados y un caballo sin jinete, todos de ba-

rrero. Soy dichoso, hablo y río; mis reyes y yo vamos por un camino penoso, ¡hay ladrones!, y tememos por la cabalgadura.

Mi madre está en la ventana. Cuando los reyes y yo escuchamos en el desierto, oímos un ruido uniforme y hondo, como la respiración del mar en las noches de calma, y casi musical en el silencio de la sala.

Lentamente los reyes, el caballo y yo quedamos á obscuras.

—Mamá, enciende la lámpara, que los Reyes Magos no ven.

Sin encender la lámpara me toma en sus brazos y me besa. Entonces vi al tío Antonio sentado en la ventana, al lado de mi madre, con la pierna cruzada y fumando un pitillo. Los ojos negros del tío Antonio brillan más que la brasa del pitillo, bajo el ala ancha del sombrero charro; me dieron miedo y quise marcharme. Mi madre me retuvo contra su pecho lleno y suave, volvió á besarme y me dijo:

—No dirás á tu padre que has visto al tío Antonio.

Me dormí en brazos de mi madre, al arrullo de la conversación honda y silenciosa. Nada dije á mi padre; pero desde ese día ya no pude sufrir la belleza varonil del tío Antonio.

LA NOTICIA

—Tu madre está en la cárcel, armó escándalo y tu padre llamó á los gendarmes.

Me dieron la noticia en la calle, cuando volvía alegre de la escuela, con trompos y bolas de colores en los bolsillos. Volvía en compañía de mis amigos: Miguel, que escribía con hermosa letra; José, el de las cuentas; Heliodoro, que sabía Gramática, y Juan, comedor de membrillos con carbonato.

«Tu madre está en la cárcel...»

Han pasado los años desde la tarde en que esta noticia me fué dada, y ahora, la luz blanca y suave del recuerdo la cubre de plata como á una reliquia, ó de oro como á una espada real. Frase, suelta y despreciable en boca de los que me la dijeron, se anidó humildemente ¡la pobre-cilla! en mi corazón, siendo yo muy niño, al volver ya tarde de la escuela...

—¿No podemos ir á casa?...

Un niño, de ojos grandes y azules, me hizo la pregunta. Tenía ambas manos en los bolsillos del pantalón, era más pequeño que yo y parecía estar más triste. Era mi hermano, y así se presentó, por vez primera en mi vida. Antes vivió siempre á mi lado; pero yo no le había visto.

Agarrados de la mano echamos á correr mi hermano y yo por la calle parda del pueblo, entre el polvo del arroyo. El viento levantaba pedazos de papel amarillo hasta los techos de las construcciones bajas y pesadas.

Llegamos á casa de los abuelos. Nos recibieron, nos hicieron sentar en el corredor y nos limpiaron el sudor. La abuela ocupó una silla pequeña frente á nosotros. Todo en silencio, sin hacer preguntas.

Mi hermano y yo, impresionados por la paz de la casa y el orden que se veía en todas las cosas, nos abrazamos y principiamos á llorar...

Ya entrada la noche llegó mi padre. Habló con la abuela; yo sólo oí que la dijo: —¡Dios quiera que jamás vuelvan á verla!... Después se marchó.

La abuela volvió sin apresurarse al lado nuestro, se sentó en la misma silla, nos enjugó las lágrimas, nos besó, y sacando un rosario de cuentas de nácar, que brillaban en la obscuridad, en voz alta rezó las oraciones. Mi hermano y yo respondíamos con palabras incompletas.

La criada llegó de la calle con pan tostado que olía bien; la seguía el perro. Luego encendió la farola del zaguán y se santiguó al oír los misterios.

Mi hermano y yo, sin esperar el fin del rosa-

rio, pedimos la merienda á la abuela. La viejecita se levantó y fué á buscarnos dos pocillos de chocolate espumoso.

UN NUEVO ENSAYO

—Cuando salió de la cárcel tu mamá, la esperaba el tío Antonio con la máquina de coser. En las afueras del pueblo subieron al coche que va á la estación. Allí los dos tomaron el tren. El cartero lo vió todo, y dice que los billetes eran para Méjico.

Es la voz de la vieja criada en la cocina de la casa de mis abuelos. Yo estoy sentado en una silla baja, pensando en mi madrecita ausentes!...

¡Se llevó su máquina de coser...

LOS RECUERDOS

Le gustaban las flores y los pájaros. Plantaba hermosas flores en el huerto, cubría con tierra las raíces, después las regaba. Cada vez que salía miraba sus flores, y como yo era pequeño, veía que todas levantaban hacia ella los capullos, como un agradecimiento.

Sus pensamientos la inquietaban; interrumpía

la labor para escuchar el cantar de sus pájaros, y un día les abrió la jaula—yo palmoteaba de alegría—, los siguió largo rato con los ojos..., el azul del cielo pareció removerse, y algo bueno cayó sobre su cabeza y la mía. Sólo se quedaron dos canarios que tenían pequeñuelos.

Su boca era golosina y orgullo. Siempre estaba tibia y roja; la soñaba...

Los sábados me bañaba en el patio, al medio día. Sus dos trenzas negras llegaban hasta el agua, junto á mis pies. Yo hacía pompas con el jabón, y los tiestos de flores, las jaulas, el portal, toda la casa, ¡el hogar de mi padre!, se tenía en una pompa de jabón.

Mi madre y yo reíamos...

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

CHOPÍN

Al dedicar en este modesto trabajo unas líneas al músico insigne, no hago sino cumplir con un deber que se me impone sin violencia, porque la salva mi amor á su genio.

¡Chopín! He aquí el músico más personal de cuantos han existido. ¿Cuál será el que, al menos en sus primeros pasos, no se haya dejado seducir, y, de ahí, conducir por algún otro?

Chopín es siempre él y sólo él. Field, con sus arabescos, no puede pretender ser su antecesor.

Mozart procede de Haydn; Beethoven de Mozart, y, después, el mismo Wagner es un sucesor de Beethoven y de Weber; pero Chopín no debe á nadie su arte, ni aun en los comienzos. Fué una flor aislada de Polonia que, al arrancarla de su suelo, llevó consigo, á países extraños, lo más puro de la esencia de su patria, y, con la nostalgia de ella, divinizó sus melodías, que hizo inmortales al ponerlas el sello de su personalidad.

Más admiro á otros genios, como Beethoven, Wagner y Schubert; pero Chopín es mi más íntimo confidente. El me habla, conforme á mi temperamento, de cosas que yo comprendo, siento y amo.

Esencialmente aristocrático en su ser y en sus obras, Chopín no podrá nunca llegar al pueblo: así lo comprendía él, y, por su sinceridad, no expresó sus sentimientos mas que en el teclado.

Planta de estufa, como le llamaba un crítico de su tiempo, era un artista de *l'heure ou la foule s'en va*, según decía Jorge Sand.

Chopín tuvo también, como Schumann en Clara Wieck, una inspiradora de sus ideales sueños, que fué María Wotzimski, á la que conoció, siendo aún niños, en su Chateau de Polonia, donde pasó algunas vacaciones.

Desde jóvenes simpatizaron y, coincidiendo en su amor al arte, llegaron á amarse mutuamente; pero ciertas consideraciones sociales impidieron esta unión.

María Wotzimski pertenecía, por su madre, á la ilustre familia de los Orsini; era de sangre real y contaba entre sus ascendientes buen número de militares que fueron héroes, eclesiásticos que llegaron á príncipes de la Iglesia, ilustres estadistas y diplomáticos.

Chopín, aun cuando de distinguido origen y,

en cierto modo, aristocrático, era de más modesto linaje, y los padres de María no pudieron comprender que la gloria principal de su hija estaría en su unión con el insigne eslavo, que, con sólo amarla, la ha dado más honor que todos sus antepasados.

El enlace no llegó á realizarse, y éste fué probablemente el golpe de muerte que el poeta del piano recibió en su primera juventud, contribuyendo tal vez á su prematuro fin.

Chopin dedicó á María su famoso vals de *L'adieu* y ella fué la inspiradora de casi toda su obra.

Si después amó á Jorge Sand, fué más bien como reflejo de su primero y principal amor.

En las composiciones de Chopin es difícil encontrar períodos, pues, como ya hemos dicho, su personalidad nunca ha sufrido ajena influencia, y su sentimiento exquisito es siempre espontáneo en el fondo de su obra, sincera, pero sin gran profundidad en la idea que le llevase á evolucionar, por lo que no se prestaba á muchos cambios.

En la forma y disposición de los acordes, que le manifestaban como dueño absoluto y creador, en cierto modo, de la técnica es un verdadero predecesor de Wagner.

Chopin es idealista y romántico por esencia.

En todas sus obras nos transmite el sentimiento nostálgico de su patria ausente, la que nos da á conocer con sus nieblas, sus leyendas poéticas, sus desgracias, sus amores y añoranzas y los delirios de su temperamento enfermizo, tierno, elegante y aristocrático.

Dice Listz, que de todas sus composiciones, considera á los Preludios como las más legítimas perlas de gran collar formado con su genio.

El equilibrio del ritmo es esencial en la música, y Chopín bien lo comprendía; pero muchas de sus composiciones, debidas á sus sueños románticos, no se avenían bien con esa justeza metronómica, y Chopín, siempre artista y creador, nos legó el *Tempo Rubato*, que consiente á la fantasía del artista cierta libertad en la medida (que no es el ritmo), pero sin llegar al desquiciamiento del compás, como lo entienden algunos *pianoleros* atrevidos.

Ya dijo Listz que, en estas obras, la mano derecha representa el poeta soñador, dejando á la izquierda, que no debe abandonar el compás, la dirección de la orquesta.

Para interpretar bien á Chopín hace falta más que un pianista: se necesita un verdadero artista capaz de comprenderle, interpretándole tal como es; transmitirnos fielmente su obra.

A pocos les es dado poner en ella algo de su

propia personalidad. De lo que yo he oído, los que pueden hacerla y mejor la interpretan son: Godowski, Sauer, Paderewski, Bauer y Tragó, artistas á quienes el genio del teclado parece haber ungido para que sean sus representantes.

No olvidaré nunca la interpretación que Tragó da á la sonata primera.

Aquel último tiempo, en que se escucha el viento que pasa rozando las tumbas, ejecutado por nuestro insigne artista, es todo lo perfecto que pudo soñar su creador.

Tampoco dejaré de acordarme de cómo Paderewski sueña los Preludios y Nocturnos de su inmortal compatriota.

Claro es que, si únicamente pianistas como los citados fueran los que hubieran de ejecutar sus obras, tendríamos que resignarnos á escucharlos muy pocas veces; ni precisa tampoco esa perfección para poder interpretarlas bien. Lo que si hace falta es un temperamento delicado, exquisito y aristocrático, y una buena escuela que depure, desarrollando el buen gusto y apartando del alumno todo deseo de sorprender con falsos efectos de relumbrón y estudiada originalidad á sus oyentes.

La obra de Chopin es enervante, peligrosa en ocasiones, como emanada de los delirios y sufrimientos de un genio enfermo, lo que de-

muestra cómo imprimió en ella su personalidad.

Pasó casi constantemente su vida en los palacios que en París poseían las más ilustres familias de su país y de la aristocracia francesa.

Hombre de mundo por excelencia, como dice Jorge Sand, Chopín tenía tal distinción en sus maneras que, según Listz, en todas partes se le trataba como á un príncipe.

Dejó varios discípulos, como la princesa Czartowska, Fontana, Cuttmann, Tellesen y Mhatias, quien tuvo á su vez como discípulo predilecto á Tragó.

Chopín trató con Schumann y fué muy amigo de Listz (al que debemos su más acabada biografía), del príncipe Radzivill, músico muy distinguido, y, en general, sostuvo relaciones y fué apreciado en todo su valer (caso extraño), por lo más florido de su tiempo.

Paderewski inició una suscripción para elevarle una estatua en Varsovia, á la que tuve el honor de contribuir.

Otro monumento se le ha dedicado en París.

Justo es honrar á los que, al desaparecer del mundo, logran seguir vibrando con sus obras y hacerse amar de las futuras generaciones.

CARLOS BOSCH

INTENCIONES

VIAJANDO

Lo que hay de alma mora en esta Granada inquietante y fantástica está en las cosas que no hablan ni viven, pero que parecen decirnos: Ven al seno de lo inefable, de lo prometido. Son como el sueño de algo que murió joven, y melancoliza para siempre estos parajes con su sombra de voluptuosidad no apurada. Es una poesía de reproche, desconsolada, amarguísima. De día está en el resol de las torres bermejas, en los crepúsculos de la Alhambra, en el agua del Generalife que guardan cipreses y arrayanes. De noche, en los claros de luna que riegan el Albaicín. Y siempre, en los ojos de las granadinas, llenos de ansias y de promesas, en los ojos de estas virgencitas tristes que serían amantes perversas.

Decididamente, los últimos árabes dejaron á esto la maldición de los deseos incumplidos, la

inquietud de las voluptuosidades no agotadas. La pena de sus suspiros reprochadores.

Yo comprendo muy bien á un amigo mío poeta y granadino, que, visitando conmigo la Alhambra, se metió en un rincón de la sala de Abencerrajes y se echó á llorar, á llorar sin saber por qué.

AUTOCRITICA

Carta al poeta Juan R. Jiménez.

La vida, Juan, á despecho de nuestras canciones, es una cosa bastante pesada y difícil. Sus olas (ya que hemos convenido en compararla al mar) más parecen de plomo fundido que de otro líquido más liviano. Su corriente nos arrastra á veces más tiempo del que pensamos y con fuerza mayor que la de nuestras mejores voluntades.

Todo esto para decirte cómo, deseando haberte escrito antes, se han pasado los días y los días; verdad es que, siguiendo en el símil anterior, y como el náufrago al hundirse arroja á las olas la célebre botella, yo te envié mi libro por delante. Habrás recibido *El mal poema*, por el que te suplico que no me quieras del todo mal. Conozco la delicadeza de tu espíritu y sé que te chocan ciertas trivialidades y malsonancias de que por desgracia está lleno nuestro vivir. Pero

creo haberte dicho en mi descargo que no sólo se canta lo que se ama, sino lo que se odia más cordialmente. En suma, todo lo que de veras nos impresiona.

Hay una apariencia y quizá una substancia tal de vida en algunos de mis *malos poemas*, que, reflejando, en efecto, la vida de muchos jóvenes de mi tiempo, han podido parecer y han parecido destellos y reverberaciones de la mía propia.

Cierto que yo he visto, oído, gustado muchas de esas cosas cuyo sabor amargo se nota en mi libro. Pero platónicamente, ó mejor, como espectador, pura y simplemente. Lo que hay es que no todos son dueños de elegir sus espectáculos. Una fortuna independiente pone á un poeta como tú en condiciones de escoger su jardín y aislarse para vivir en toda belleza.

Yo no sé si á mí me hubiera ocurrido otro tanto. Y aun presumo que no, porque soy inquieto de mío y de natural turbulento.

Los talentos poéticos que más me asimilo son Poe, Heine, Verlaine, nuestro Bécquer, aventureros del ideal á través de las pasiones amargas y de la *vida rota*.

Congenio con ellos; pero no los amo. Mi gusto sería vivir y escribir las serenidades bucólicas de un Virgilio ó—más abajo—los elegantes

y fríos madrigales de los clásicos siglo de oro, paisanos míos. Esa escuela sevillana tan fina y tan fría. O en todo caso, ser un Horacio á lo Fray Luis.

Cuán lejos de todo eso me veo yo mismo en *El mal poema*, y cuánta vergüenza me causa, en el fondo, haber dado á la estampa algo que pueden parecer cinismos de un libertino, no siendo en realidad mas que impresiones de un ingenuo archisensible.

Tú, beato, tú, dichoso desde tu rincón florido, lejos del ruido mundanal, despójate de la última pasión (la de odiarlas todas), para leer esos versos, y no pienses que tu sensibilidad ha de quedar más herida con leerlos que la mía con escribirlos... Mucho más te diría en mi abono; pero temo fastidiarte, y además ahora me toca á mí escuchar lo que tu fino y puro y fuerte talento quiera responderme sobre el particular.

Hablemos ahora de ti. Se me ha dicho (no sé con qué fundamento) que pensabas realizar todos tus bienes y largarte á correr mundo. No me has pedido consejo, ni lo necesitas. Yo aplaudo tu arriscamiento á una sola condición: la de que conserves el rincón florido para la vuelta. Porque ése es el final necesario, volver á soñar. Cuando hayas vivido, cuando hayas gozado, y más sufrido, placeres y penas reales, no estarás mucho más adelantado que ahora.

Con todo, preciso es que así sea, so pena de convertirse en una figura de paisaje. (¿Qué mal habría en ello?) Pero, en fin, tienes razón, la vista de una sola cosa, por bella que sea, acaba por devenir una pesadilla. Y, además, los sentidos y el corazón que no se ejercen, se atrofian y languidecen. Preciso es vivir, y bueno está correr mundo, ya que no hay otra cosa que correr. Pero, te lo repito, conserva tu rincón para la vuelta, y que Dios te bendiga en el camino.

MANUEL MACHADO

EVOCACIÓN ROMÁNTICA

Fosca y triste era aquella tarde de Febrero en que ambulábamos al azar por las intrincadas calles de esta villa y corte de Madrid. Sin saber cómo, sin darnos cuenta, fuimos á parar á la castiza y vieja calle de Santa Clara. Esta vía, que no está retirada del centro, es estrecha y corta. Las dos hileras de casas vulgares que la forman recortaban la tira gris de un cielo de cinc. Uno que otro transeúnte pasaba de prisa, entumecido y espoleado por el frío. En el atrio de la vecina iglesia de Santiago, una orquesta de ciegos gemía desgarrando las notas llorosas y suspirantes de la romanza final de *Tosca*, y ese adiós á la vida, en una mañana de primavera, rimaba exactamente con ese adiós á la tarde, en un crepúsculo invernal.

¿Qué extraño presentimiento nos detuvo ante la casa número 3 de tal calle? No lo sabemos. Miramos á la fachada y descubrimos al punto una lápida de mármol con relieves de bronce, en la

que contemplamos, en un medallón, la silueta romántica de un hombre joven, y leímos estas palabras, orladas de laureles: «*Aquí vivió y murió Mariano José de Larra (Fígaro), 1809-1837.*» Y como si esta lápida hubiese tenido el mago poder evocatriz de un conjuro, por ella penetró, hasta el fondo de nuestro ser, toda el alma del romanticismo, y no vinieron á nuestra mente, envueltas en cendales de recuerdos, sino que aseguraríamos haber visto con nuestros propios ojos, cobrando el firme relieve de lo vivido, unas escenas de aquella sugestiva y evocadora época de la primera mitad del siglo XIX, que se devanaban crueles y angustiosas en esa misma obscura calle, en esa misma triste casa, en una lejana noche también de Febrero. Imposible recordar cuánto tiempo estuvimos clavados en aquel sitio; sólo conservamos en la memoria algo de lo que vió nuestro espíritu. Helo aquí:

Corría el año de 1837. Era un lunes, 13 de Febrero; hora, el anochecer. Empezaban á parpadear las miserables lucecillas callejeras, que hacían más tétrica la lóbreguez de la desierta rúa de Santa Clara, en la cual entró, de pronto, con rápidos y menudos pasos, de sedas frufuantes, una mujer esbelta y soberana, que ocultaba, casi por completo, su rostro en las sutiles mallas de una negra mantilla de blondas. Detúvose un mo-

mento en el portal de la casa número 3 y penetró al interior, resuelta, subiendo precipitadamente las escaleras del primer piso. Llegado que hubo á éste, no tuvo que llamar. Un caballero, que antes habíamos visto asomarse, nervioso é impaciente, al balcón, tenía ya abierta la puerta á la dama. Era dicho caballero como de veintiocho á treinta años, de mediana estatura; irreprochable casaca forraba su busto, y una larga melena sombreaba su rostro empalidecido.

—Entremos—dijo ella—, y terminemos de una vez.

El nada contestó, y cerrando la puerta la condujo á una habitación amplia, donde fulgían encendidas varias velas, en dos grandes candelabros de bronce, dispuestos sobre una gran cómoda de cedro. En el fondo de la estancia, las ascuas crepitaban en el seno de una ancha chimenea, sobre la cual, rodeada de un marco negro, descansaba la luna inquietante y profunda de un gran espejo. Al lado opuesto, una consola y un diván antiguos, un sillón frailuno. En la pared, un crucifijo de marfil palidecía expirante, mostrando sus carnes amarillentas, que las luces de la estancia teñían con reflejos leonados. Una vez allí el caballero y la dama, aquél dijo á ésta:

—Pero, ¿será posible que ya no me quieras?

Nada contestó ella, y en torno se hizo un silencio abrumador.

—¿Será posible que entre nosotros acabe todo?—volvió á decir él.

—¡Y tan posible!—repuso, al fin, la dama—. He estado loca; hemos estado locos: no podemos seguir así ni un momento más. Olvídame; yo ya te he olvidado. Adiós para siempre. Lo nuestro es imposible: la Fatalidad ha interpuesto otros corazones entre nuestros dos corazones.

—Sí, será verdad; pero si no lo vimos antes, ¿qué nos importa ya todo?

—No quieras locuras que yo rechazo. Estoy resuelta á terminar contigo; ya lo verás...

Y así, vibrante, entrecortado, siguió un diálogo breve. Él, apasionado, trémulo, implorante; ella, fría, impávida, resuelta.

—Hemos concluído—añadió, por último, la dama, dirigiéndose, serena, hacia la puerta. El caballero la siguió. No hubo ni una frase, ni un reproche, ni un suspiro; nada. Fué una despedida muda, definitiva, cruel. Salió la dama sin volver la cabeza, y con su rumor frufuante de sedas, se alejó... El caballero volvió á la estancia. Flotaba en ésta la emoción tremante de todos los adioses; un oculto reloj de música cantó una hora, tocando en seguida una nostálgica y tenue pavana siglodieciochesca, que también sonaba á

despedida; los leños crepitaban dolorosamente en el regazo inflamado de la chimenea; el espejo copiaba la quietud dormida de ese interior... El caballero, después de haber estado un momento en actitud de suprema desesperación, sentado al borde del diván, la cabeza doblegada, apoyando en una mano, y la otra, inerte, colgándola al suelo, volvió en sí, y sacando de su pecho un billete diminuto, leyó: «Al anocheecer, iré. Quema este papel.» Un beso de angustia puso sobre el billete, que fué á arrojar á la chimenea. Marcando un surco de dolor en la macerada faz del caballero, resbaló una lágrima, silenciosa y furtiva, como una puñalada; ardiente y asoladora, como lava. Después, con mano nerviosa sacó de la cómoda un objeto extraño, que brilló un momento á la luz de las velas, con un trágico fulgor de metal: era una pistola cargada. Empuñóla y fué hacia el espejo, retrocediendo inconscientemente al ver reproducida la lívida máscara de su rostro en el cristal alucinante. Mas, volviendo inmediatamente, apoyó resuelto la pistola sobre la sien calenturienta, que sintió el beso frío, mordiente, fatal del cañón; y después de haber estado unos instantes en esta actitud, siempre contemplándose en el espejo, disparó... Un ruido sordo, apagado, sin eco, desplomándose pesadamente el cuerpo del caballero. Todo

quedó en misterioso y trágico silencio. Un hilillo de sangre, manando del agujero mortal de la sien derecha, esmaltaba la faz blanquísima, que las luces de la estancia encendían á veces con fulgores llameantes. La pistola, desprendida de la mano crispada, humeaba aún... El cristo marfilino parecía haber crecido, extendiendo sobre el suicida la suprema piedad de sus almos brazos, siempre abiertos en perenne inmolación... Pasó algún tiempo. El reloj de música cantó otra hora, repitiendo, como un ritornelo del tiempo que huía, la misma nostálgica pavana siglodieciochesca...

De pronto poblose la estancia con los cristalinos ecos de una risa infantil. Un angel blondo, de cabellos recortados como los pajecillos de las épocas caballerescas, había entrado. Era una niña de cuatro años, que iba á dar un beso á su padre, y al encontrarlo tendido y ensangrentado, trocándose su alegría en terror, su risa en lamentos, salió gritando: «Mi papá, ¡ay mi papá!»

Acudió gente, se llenó la casa. Alguien á la vista del cadáver exclamó: —«Es el Sr. Larra, que le llamaban *El Figaro*, y que escribía en ese periódico *El Laurel*.»

Larra era, efectivamente, Mariano José de Larra, que immortalizó el pseudónimo de *Figa-*

ro, y cuyo espíritu genial, el más sutil, escéptico, mundano y fino que haya florecido en los albores del siglo XIX, después de haber sonreído de todo, aun cuando por dentro estaba llorando, no supo sustraerse á la racha romántica, y él, tan realista en su obra fué á tal punto soñador en su vida, que la truncó con un sacrificio, poniendo á su plena juventud ese punto final de tragedia, que es la más cruel y desgarradora de las ironías. Si su obra es escéptica y real, los labios de su herida cantan el más apasionado y fervido himno de fe romántica que escucharse pudo en el tiempo de los poetas pálidos y mecenados que bebían vinagre, blasfemaban del Cielo, maldecían de la existencia y se paseaban por los cementerios, cantando sus pesares á la luna, que—Colombina ideal—seguía su camino, ya serena, ya ocultándose, ya sonriéndoles, como á tristes Pierrots de la eterna farsa de la vida... Si el romanticismo de los demás era puramente formal, externo, el de Larra fué hondo, sentido, sincero; el pistoletazo final dice más del malestar de una existencia, que toda una lírica de congoja. Larra, burlándose de la sociedad de su tiempo, estaba ya enfermo del mismo mal de Werther, y su alma se quemaba en el mismo fuego pasional de Macías, el Doncel de D. Enrique de Villena, el Doliente, cuyos amores impo-

sibles sintió como propios, no teniendo para expresarlos, como los expresó de manera inimitable, sino que copiar su propio corazón, que estaba clavado á la cruz de idéntico martirio. ¡Cómo no estremecernos al recuerdo de aquel hombre que, juzgando inútil la vida, supo inmolarse con un gesto petroniano, libertando á su alma, mariposa de luz, que puso un temblor divino sobre los hombres, sobre los hechos, sobre las cosas! La vida de Larra es la tragedia interna, inconfesada, la que desgarrá todas las fibras y, sin embargo, apenas se dibuja en los labios la segura, la definitiva. En su obra, debajo del escepticismo elegante, de su humorismo genial, de su sátira fina, saltan latidos de dolor infinito. Un desencanto inmenso le posee. Poco antes de morir, en su penetrante artículo del día de difuntos escribía: «... Quise refugiarme en mi propio corazón... ¡Santo cielo! También otro cementerio... Mi razón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrado! *Aquí yace la esperanza...*» Y cuando muere la esperanza, ¿qué se puede hacer?... Al saber la noticia del fin del malogrado Larra, dicen que Espronceda exclamó: «Ha hecho bien en matarse...»

Al día siguiente, 14 de Febrero, salía de la casa de la calle de Santa Clara el fúnebre corte-

jo. Ni carro mortuario, ni curas, ni coronas. En hombros de seis amigos, y seguido de un grupo de personas enlutadas, iba el féretro. Era una tarde pluviosa y fría, y los escasos transeúntes que encontraban el cortejo se detenían comentando misteriosamente. Al oír que era del suicida, no faltó una vieja que se persignara de prisa, mascullando un «Dios nos guarde».

Casi al anochecer, llegó el entierro á un rincón del cementerio de Fuencarral. El féretro yacía en tierra, descubierto, mostrando el rostro lívido y perfilado del cadáver. El sepulturero, provisto de las herramientas de su oficio, estaba inclinado junto á la caja, preparando la fosa. En torno, formando semicírculo, emocionados, descubiertos, podía verse á Bretón de los Herreros, el Duque de Frías, Espronceda, Ventura de la Vega, Escosura, Roca de Togores, Julián Romea, Carlos Latorre, Mesonero Romanos, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Nicomedes Pastor Díaz y otros personajes de la época. Hubo dos ó tres discursos, alguno de ellos hermoso, sentidísimo. Al terminar el último orador, iba á dispersarse la concurrencia, cuando, sin que nadie supiera de dónde, surgió ante el féretro la figura de un adolescente cenceño, pálido, enfundado en un largo levitón negro. Un fulgor extraño irradiaba de sus ojos ansiosos; una lengua melena le

caía en cascada obscura y ondulante hasta cerca de los hombros y unas cuartillas temblaban en sus manos febriles. Volvieron todos á ocupar su sitio, quedando al centro el joven desconocido, de marfileño rostro, que, elevando los ojos al cielo, suspiró más que recitó, las estrofas de una bellísima elegía. Concluyó desfalleciente y trémulo. Un murmullo de admiración, que hasta entonces había ido aumentando poco á poco, brotó, al fin, en todos los labios, que se preguntaban impacientes: «¿Quién es? ¿Quién es?» — «Es un muchacho poeta que ha venido de Valladolid» — dijo alguien. — «Se llama José Zorrilla» — añadió otro. Un tercero que se había fijado en el color rojo con que estaban escritos los versos, exclamó: — «Y están escritos con sangre.» El poeta, que lo alcanzó á oír, no pudo dejar de sonreírse. Bien sabía él que aquello era sólo el tinte rojo que había aprovechado del buen cestero que le albergaba en su hogar. Pero, como si con sangre hubiesen sido escritos, aquellos versos reveladores y dolorosos fueron fecundos: en ese mismo instante inolvidable, al borde de la tumba del más grande prosista, quedó consagrado el más alto poeta castellano del siglo xix, surgió el sol romántico de España...

Esto es lo que vió nuestro espíritu en esa vieja calle, ante la casa de *Fígaro*, mientras las no

tas luctuosas y suspirantes del adiós á la vida pucciniano que desgarraba, de manera lamentable, una orquesta de ciegos, rimaban exactamente con los últimos estertores de esa tarde sombría, de esa tarde de Larra...

CÉSAR E. ARROYO

LETRAS PORTUGUESAS

RODRIGO SOLANO

Este libro no es más que una fugitiva y dulce voz desaparecida que, de su túmulo lleno de sombra y de silencio, aun amorosamente habla á las almas sensibles el lenguaje puro y noble de la belleza. Para mí, pues, resucita una singular figura de predestinado que fué en otros tiempos, en los días victoriosos en que vivió, uno de los espíritus más elevados y uno de los más viriles temperamentos literarios de la generación á que pertenecía, á pesar de que la muerte lo sorprendiera en plena florescencia de juventud y de talento sin que le diese tiempo de valorizarse por una superior producción mental.

Ya van pasados cinco lentos y vagorosos años sobre su irradiación en la comedia humana, y la personalidad de Rodrigo Solano—vagamente tocada por la fatalidad de los que en la tierra jamás alcanzan su aspiración suprema—no se apagó en mi saudade. Me parece verlo, en este instante de evocación, conversando pausadamente, con gestos tardos, revolviendo ideas, discutiendo con penetrante argucia intelectual

los sistemas filosóficos, formulando juicios críticos que, pareciendo exteriormente paradoxales, tenían en todo caso profundidad y consistencia. Rodrigo Solano era largo de hombros, fuerte, y una cerrada barba de celta con reflejos dorados enmarañábase sobre su faz rosada.

Su máscara caracterizábase por la admirable movilidad de los trazos fisionómicos: los ojos serenos y cansados—que á veces se iluminaban de fuegos extraños—bañaban de claridad su alta y espaciosa frente. Traía la imaginación de meridional trasbordante de lucidas visiones, á pesar de sus insatisfechas ansiedades y de su enérgico y férreo apego á una existencia que para él fué continuamente dolorosa y amarga.

Reaccionando contra la hostilidad del medio ambiente en que no encontraba ni estímulos ni alientos, por una transfiguradora ambición de amar, de cantar, de afirmarse, elevábase con su fantasía exaltada y febril á los distantes intermundos del Ideal y de la Gracia. Era entonces, en estos poderosos minutos de confianza y de fe, cuando más impresionaba mi espíritu.

Las condiciones en que su actividad cerebral y artística se desenvolvió, le dan más de un punto de contacto con Alberto Glatigny, como él poeta y desgraciado. Mientras luchaba desesperadamente, comprimido hasta la tortura por una atmósfera social que no podía comprenderlo y en la que surgió como un desconocido, procurando en vano construir el rincón

sosegado y salubre necesario á la elaboración de su Arte, el ala leve de un inquieto sueño alzábale triunfalmente en el sentimiento, volando hacia la luz amiga eterna de los que aman, piensan y sufren. Y fué este don maravilloso quien lo salvó del pesimismo y de la esterilidad. En las encantadas y alborecentes horas de creencia, Rodrigo Solano transmudábase. Una esperanza fértil y fecunda lo llevaba á afrontar el futuro con la certeza de un vencedor; y venían de súbito, nítidos y largamente meditados, los planos de la obra que había de realizar; planos que me sorprendían por la audacia, por la amplitud y por la concepción magnífica. Para empezar con reposo su trabajo, esperaba la oportunidad propicia en que consiguiese un puesto en el mundo y en que á su alrededor reinase la paz, la serenidad y la ternura esenciales al equilibrio de las virtudes afectivas que lo ennoblecían. Lo que hasta entonces había producido, más que interés simpático le inspiraba desdén. Constantemente se me lamentaba de una precocidad forzada, que, por su naturaleza intrínseca, lo tornaba más superficial que intenso, porque las cualidades subjetivas y las facultades que lo realzaban entre los hombres de letras de su época, no habían encontrado aún su empleo definitivo, su función rigurosa.

Disponía de un fondo rico y original, destacándose especialmente por una sucesión incesante de impresiones vivas y finas, por una rara actitud para las ideas generales y para las vistas de conjunto: y no tardarían con certeza en hacer eclosión en su alma

sus maravillosas dotes de psicólogo y de observador. Aguardaba con sobresalto febril el instante verdaderamente redentor para su esclavitud, en que ya libre de tiranías materiales pudiese entregarse sólo á su inteligencia creadora y á su sensibilidad poética, lo que le permitiría componer páginas de arte ó de historia que serían modelos ejemplares, tanto por la pureza de la forma, por el ritmo, por el color, por el sonido, como por el conocimiento y por la potencia crítica y filosófica. Alborozado por esta idealización falaz, semanas antes de morir aún amontonaba apuntes y notas que, en las ligeras treguas del sufrimiento, clasificaba y metodizaba. Hasta cerrar los ojos en el sueño dramático de la sepultura, no se extinguió esta confianza. Era una organización vivaz. La pasión literaria, medular, en el pobre Solano, lo absorbió enteramente. En él, la savia ascendía de continuo por todos los ramos; y la vegetación interior de deseo, de ensueño y de belleza, como dice en alguna parte Hipólito Taine, desentrañábase en flores, por más que la incertidumbre y la angustia, que tan furiosamente lo perseguían, intentasen aplastarlo. Fué vencido en medio del camino, y por esto no nos legó más que composiciones dispersas, artículos políticos, crónicas de periódicos, escritas entre dos cigarros y la vivacidad de las conversaciones, sobre las áridas mesas de la redacción, en el calor y en la fiebre de las improvisaciones, además de las poesías que manos fraternas y piadosas reúnen hoy en este volumen, con el título conjuntamente hermoso y austero de «Humo», título

que también le pertenece y de que á menudo me habló, en nuestras controversias literarias, cuando en la placidez inefable de la noche, bajo la fulguración de las estrellas ó á la blanca luminosidad aterciope-lada del luar subíamos de la ciudad baja hasta la Ronda de la Avenida de Buenavista, donde entonces morábamos.

La manera primacial de Rodrigo Solano tenemos que estudiarla en sus trabajos de crítica, porque fué esta notable tendencia intelectual la que más cuidadosamente cultivó. Para la crítica, preparóse este escritor malgrado, con una vasta lectura, con una inagotable erudición, con una infatigable observación de los hechos y de los fenómenos sociales y con una agitación constante de los problemas de ciencia ó de arte que le interesaban. Todas las escuelas de filosofía, remotas ó modernas, le eran familiares, y libremente las explicaba y desenvolvía con sagacidad invencible. Dotado de una vigorosa y amplia capacidad imaginativa y analítica, reconstruía, en los despreocupados y sabrosos ocios de la conversación, con elementos para muchos otros banales, nuevas teorías filosóficas ó sociológicas. La política parecía seducirlo únicamente desde el punto de vista de la influencia que ejerce en las turbas heterogéneas é indisciplinadas, transformándolas súbitamente en multitudes psicológicas por el influjo del sentimiento, de la emoción que momentáneamente las unifica. Seguía con atención vigilante la evolución de las sociedades en este curioso y rebelde siglo de luchas y de exégesis,

anotando los dones colectivos de las razas progresivas ó los vicios de origen, de educación y de orientación de los pueblos decadentes. De cuando en cuando complaciase en la paradoja; mas asimismo denunciaba siempre brillo, originalidad y esplendor mental. Muchas de las anotaciones que fueron encontradas entre sus papeles, y que él pensaba completar dándoles la forma duradera del libro, si en su áspero combate hubiese encontrado un día de la felicidad que nunca amaneció, una luminosa claridad indispensable al recogimiento, estas anotaciones, repito, son verdaderamente notables fijando, cuerpos de doctrinas de una flagrante personalidad.

Es elocuente la evolución que se operó en Rodrigo Solano, desde que él comenzó á pensar con independencia, sin subordinar su razón á reminiscencias ó á imposiciones de modelo. El revolucionario antiguo, el antiguo escéptico, modificóse absolutamente. Mantúvose extraño á ritos y á liturgias, porque era un filósofo y no un practicante, porque en sus actos era movido por el cerebro y no por la emotividad: mas la fe se fué acentuando en él, considerando desde entonces las religiones como inseparables de la disciplina, del orden y de la concordia de los seres conscientes y como la base moral de las civilizaciones, y juzgando los mitos con una abundante y clara fuente de poesía... Creo sinceramente que, si la muerte no le hubiera paralizado para las batallas emancipadoras del pensamiento, Rodrigo Solano sería, en este país rebelde á la floración de las ciencias espe-

culativas, una de las más célebres individualidades como crítico y como artista.

A las cualidades excepcionales que enumero reunía otras que completaban su dominante entidad. Fué, por ejemplo, un incomparable cincelador de la forma, puliéndola, facetándola incesantemente hasta dejarla translúcida, radiante de coloridos, ondulante y sonora de euritmias musicales, porque la *nuance*, la armonía, la corrección plástica, eran exigencias imperiosas de su organismo. Tenía la sed alucinante de esprimir bellas ideas por medio del instrumento de un verbo lapidario y capaz de todas las orquestaciones. Modeló nerviosamente sus estrofas, espléndidas como mármoles helénicos, comunicándoles la purificante lumbre del alma y alumbrándolas con la claridad sagrada de la emoción. Su poder de realización y de síntesis era de tal orden, que como pintor de la realidad envolvente, condensaba en una estrecha tira de papel, por efecto de un vocabulario al mismo tiempo sobrio y lleno de imágenes, largo pedazo de paisaje que su vista abarcaba, y sin decaer nunca en un fastidioso y futil verbalismo.

Destacóse noblemente en los dominios de la vida espiritual con un cuño en que fulgen aristas brillantes. Sólo imperfectamente podrá ser juzgado con exactitud y equidad, por la serie de poemas que constituyen el presente tomo. Ellos son, con certeza, la feliz y prometedor primavera de su lirismo. A través de la forma escultural del parnasiano, se trasluce su subjetivismo, que es el subjetivismo

de la raza. Con todo, Rodrigo Solano los consideró siempre como simples ensayos. Revelándome en un tiempo el deseo de lanzarlos á los alaridos de la publicidad, pensó luego en darles la denominación severa con que hoy aparece y en que los compara al humo que el viento disipa y arrastra á lo lejos. A pesar de esto, existe en cada página de este volumen alguna cosa de duradera y de estable, ya sea por la nitidez de la forma, por la irisación de las imágenes — que son esplendentes juegos de luz — ó por la expresión exterior de sentimientos de una intimidad moral y estética.

Han de encantar seguramente á los hombres accesibles á las sensaciones dignificadoras de la belleza para quienes tendrá el misterioso encanto de una palabra casi profética, venida de la soledad enigmática de los túmulos. Y ninguna de sus afirmaciones se disolverá como una neblina tenue, porque revelan un buen gusto y una noción artística muy por encima de la frivolidad común de las adoraciones humanas, una aguda sensibilidad y una vibración de nervios prodigiosa. De la vida de Rodrigo Solano — ¡que fué tan corta! — y de su talento, que apenas fulgió un instante, nos resta, por tanto, una perdurable escintilación de belleza que nos lo recordará continuamente, como una luz perenne, en estos versos en los que él puso todo su amor plástico y todo su fuego emotivo.

JOAO GRAVE.

Y O

Yo que me veo pálido y curvado,
venas sin sangre y pulso sin vigor,
nací en las viejas tierras del Condado,
cuna de un pueblo heroico y luchador!
Tú, mi abuelo materno, eras soldado;
tú, mi abuelo paterno, cavador;
con la espada y la reja ¡habéis regado
á la Patria de sangre y de sudor!
Todo el horror de una decadencia,
siento en mí... De esta inútil existencia
¿qué pensarán, abuelos, vuestros bríos?
En sollozos de angustias sofocados
moriríais nuevamente, avergonzados...
¡Dormid, no despertad, abuelos míos!

RODRIGO SOLANO

Libros recibidos

«El minotauro» y «La demencia de Job»,
por VARGAS VILA.

«La cultura filosófica en España», por el Doc-
TOR JOSÉ INGENIEROS.

«Arengas revolucionarias» y «La tristeza del
año», por ISIDRO FABELA.

«La ruta», por ALFONSO CAMÍN.

«Bélgica mártir», por OROZCO MUÑOZ.

De estos libros nos ocuparemos extensamente
en el próximo número.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Recuerdos de Portugal, de Felipe Trigo.....	3
Apuntes, parábolas, proverbios y cantares, por Antonio Machado.....	15
España y nosotros, por José Ingenieros.....	17
Figuras contemporáneas (Vargas Vila), por Pom- peyo Gener.....	24
Baladas de cetrería, por Francisco Villaespesa...	42
Rubén Darío, por José Enrique Rodó.....	52
Juguetes y tristezas (Un cuento de Navidad), por Luis G. Urbina.....	56
Fiesta de poesía, por Manuel Díaz Rodríguez...	68
Poesías, por Eugenio de Castro.....	86
La «impasibilidad» de la naturaleza, por Amado Nervo.....	94
De Cervantes (considerado como poeta lírico), por Ricardo Rojas.....	106
Versos de la admirable poetisa chilena Gabriela Mistral.....	140
Hermes Anglada (Notas sobre su arte), por Var- gas Vila.....	149
La visita, por Francisco Orozco Muñoz.....	169
Chopin, por Carlos Bosch.....	177
Intenciones, por Manuel Machado.....	183
Evocación romántica, por César E. Arroyo,.....	188
Letras portuguesas, por Rodrigo Selano.....	199

AÑO I

NUM. III

CERVANTES

Madrid, Octubre 1916.

REVISTA MENSUAL

PALABRAS

Humillado el patriotismo de nación por recientes y dolorosas desgracias, quédanos á los españoles é hispanoamericanos un gran patriotismo que cultivar: el patriotismo de raza. Sólo este patriotismo podrá algún día atajar la fuerza y la codicia anglosajona, que aspiran, como lo han declarado muchos guerreros y estadistas ingleses y norteamericanos, á la expropiación y conquista de todos los pueblos débiles, estacionados é infortunadamente colaboradores en la obra común de la civilización. Pero nuestro patriotismo no debe ser platónico y de mero sen-

147276
9 | 10 | 18

timiento, sino de acción y de precisión. Sea nuestro ideal el aumento y engrandecimiento de la raza en todo el planeta, y apelemos como medios de acción á la ciencia y al trabajo. No nos desangremos en guerras fratricidas, dando con ello fácil ocasión á nuestros enemigos para intervenir y robarnos antes de que lleguen los ansiados días de la madurez y de la fuerza. Vida de semilla que germina en la obscuridad y el silencio debe ser nuestra vida. El poder político es el fruto de la prosperidad material, y ésta brota de la ciencia, de la actividad y del ahorro. Ocupémonos, pues, hoy por hoy, en fabricar científicos, pensadores, artistas, industriales y agricultores, en aprovechar para el aumento de la raza todos los recursos materiales con que nos brindan los extensos territorios que poseemos; y cuando no haya ni ciencia ni arte ni industria en que no figuren enlazados á alguna invención útil ó idea original apellidos españoles castizos, entonces nadie nos disputará la posesión de nuestras tierras y llegarán, por fin, el poder político y la influencia decisiva en los destinos del mundo, y llegarán para no sufrir en lo sucesivo eclipses ni desmayos.

S. RAMON CAJAL

DEL «DIARIO INTIMO»
DE
VARGAS VILA

Septiembre 3-1916.

Felipe Trigo, ha muerto...

con una grandeza de alma, que nadie habría sospechado en el Fauno lírico, se ha hecho saltar el cerebro con una bala;

¿había pues, el alma de un Estoico, en aquel narrador de perversidades femeninas, pintor de almas complicadas y, sutiles envueltas en el manto tenebroso de la Histeria?

¿tenía el alma, tan noblemente trágica, aquel hacedor de Tanagras delicados, cuerpos de hembras, sacudidos, por los espasmos del Vicio?

sí;

la tenía;

su fin heroico, lo ha demostrado aun á los espíritus más prevenidos contra él;

y, allá está su cadáver, aún insepulto, entre los rosales de los jardines de su Hotel, rodeado de su familia desolada, en espera de la hora de ser sepultado en el Cementerio campestre donde ha de reposar para siempre;

en tanto, como avispas, venenosas ó inofensivas, circulan los comentarios, sobre las causas de su muerte;

«víctima de la Neurastenia»;

dicen unos;

«víctima de la Guerra»;

dicen otros;

«fué una crisis de nervios, la que puso el revólver en sus manos»;

se dice allí;

«fué la crisis del libro, la que lo mató»;

se dice, más allá;

¿en dónde hallar la Verdad?

la Muerte, es muda...

.....

¿Felipe Trigo, que había probado la peligrosa ventura del lujo, pagado con el valor de sus libros, ha retrocedido ante la perspectiva de entrar de nuevo en la pobreza, de la cual se creía

salido para siempre, y, ha resuelto morir sobre los restos de una fortuna desvanecida, entre los jardines de su Hotel lujoso, en cuyo *garage*, su espléndido automóvil, estaba listo para todos los viajes, menos para este de la Eternidad?

¿se ha dado la muerte, para no sentirse morir lentamente, en la invasión progresiva de la enfermedad que avanzaba en su cerebro como una trágica noche?...

no nos importa el secreto de ese muerto;

toda hipótesis es un ultraje á aquella Voluntad Inquebrantable, que se mostró más fuerte que la Vida, violando el seno mismo de la Muerte;

murió porque quiso morir;

impuso su Voluntad á la Fatalidad;

fué, un Vencedor,

se alzó más alto que su Verdugo—Ruina ó Enfermedad—y, lo venció...

noble gesto;

gesto heroico...

rebelarse contra el Dolor, y, decir al *Destino*, cualquiera que sea el nombre que á éste se le dé:

«yo marco un límite á tu Poder;

tú, no podrás herirme más;

yo, no soy más tu esclavo;

me liberto de ti;

¡Amo odioso, Amo cruel!.

infeliz de ti, que no puedes morir...
tú no serás nunca libre;»

.....
libertarse así por su propia mano de las garras del *Destino*, es decir, de las garras del Dolor;

¿podrá haber más bello gesto, en las manos de un *Hombre Libre*?...

¡benditas manos, aquellas manos que lo hicieron!...

yo, beso á distancia, esas manos inertes, manos de Héroe, cruzadas sobre el corazón que ya no late;...

manos vencedoras del Dolor, y de los dioses, dejad que os besen á distancia, los tristes vencidos de la Vida, los esclavos de ella, que aún no hemos tenido el valor, de tomar por las crinejas, el corcel desbocado de la Muerte, y, escapar, jinetes en él, á las garras despiadadas del *Destino*;

gloriosas manos exánimes;

manos que habéis degollado la Divina Quimera, matando vuestro Dolor;

¡benditas manos!

¡Oh! gran muerto, dormido entre rosales!...

yo, os envío desde mi Soledad, las rosas de mi Admiración, por vuestro gesto;

y, ante él, siento nacer en mi corazón, unas

rosas que yo, no conocía: las rosas de la Envidia;
las pálidas rosas, atormentadoras y, envenenadas;

sí;

yo envidio la grandeza y, el valor de vuestro último gesto;

no envidio nada en vuestra Vida, pero, envidio vuestra Muerte;

por ella, nos superasteis á todos;

y, os alzasteis Vencedor, sobre este triste mundo de vencidos;

¡Salve Triunfador!

vuestra Gloria avergüenza nuestra Cobardía;

yo, enrojezco ante la palidez de vuestro cadáver insepulto.

* * *

Septiembre 4.

Hoy, han sepultado á Felipe Trigo, en el Cementerio campestre de Canillejas;

un reducido número de amigos, seguía los restos del novelista fastuoso, á quien una nube de parásitos seguía ayer por todas partes y, una corte de admiradores circundaba, en los tés, elegantes que ofrecía en su Hotel de la Ciudad Lineal;

es el privilegio de la Muerte: desvanecer todas las mentiras;

sólo la Mentira del Amor, florece unos días sobre las tumbas, en las flores anémicas del Recuerdo;

después... éstas se secan, se deshojan, el viento de la Indiferencia, lleva lejos los pétalos marchitos, y, sin perfumes, y, el jaramago del Olvido, se extiende sobre la tumba abandonada;

¡centinela silencioso del festín de los gusanos!...

yo, no fui de los amigos personales de Felipe Trigo;

hace más de diez años —cuando aún no había triunfado— me lo presentó ocasionalmente, Francisco Villaespesa;

conversamos amigablemente y, nos separamos luego;

me envió sus libros;

después, lo perdí de vista;

no volví á verlo nunca;

envuelto en mi impenetrable Soledad, oí con placer el eco de sus triunfos, que me llegaba á París, á Roma, á los lugares donde he peregrinado y, he vivido en estos últimos años;

lo saludé como á Vencedor, desde el fondo de mi retiro, lleno de un placer enorme, porque los

triumfos del Talento, son los únicos triunfos que yo aplaudo; los únicos que tienen el privilegio de regocijar mi corazón;

y, eso, porque el triunfo de un talento, es el triunfo *del Talento*, y, sólo aquellos que no tienen ninguno, pueden entristecerse de esos triunfos;

el honor de un legionario, es el honor de la Legión;

leí á intervalos algunas de sus novelas;

el encanto morboso que se escapa de ellas, no alcanzaba á seducirme: les faltaba la gracia y, la belleza del Estilo;

el Estilo, es el talismán de la Seducción, y, el exorcismo que purifica todos los ambientes, aun los más cargados del relente de la Bestialidad;

y, Trigo, no era un Artista, en el Estilo;

estaba muy lejos de eso;

yo, no perdono ese defecto, sino á los filósofos; y, la Filosofía incipiente de Trigo, no era bastante á desarmar mi displicencia, por la falta de belleza artística en sus libros;

y, acaso de ese defecto nacía su máxima cualidad;

la de tener como los grandes y muy raros escritores, un estilo *propio*, un estilo *personal* exclusivamente *suyo*;

abrupto, violento, guijarroso, de difícil dominio, pero suyo, exclusivamente *suyo*:

él había forjado el instrumento para su labor, ese cincel tubalcainesco, con el cual cincelaba sus creaciones, extrañas, monstruosas, como hechas en una roca virgen, pero de una Vida Interior, relampagueante;

él, rompió todas las reglas del bizantinismo tradicional, y del euniquismo oficial, de los guardas jurados de la lengua, de los carabineros del idioma, avizores en la frontera, para la caza inocente de vocablos extranjeros; él, no tuvo en cuenta esta cándida neurosis, de los ingenios apollillados, que guardan el serrallo de las palabras, en el inofensivo Harem, de una Academia;

sin una lengua libre, no puede haber, un pensamiento libre;

y, él, escribió con verbo libre, sus libros, tan libres como su Verbo;

Felipe Trigo, perteneció á ese número escasísimo, de escritores destinados á abrir surcos nuevos, en terrenos nuevos de una zona literaria;

su literatura, como su estilo, como sus métodos noveladores, eran personales y, peculiares suyos;

por eso es, un aislado;

no colinda con antecesor, ni sucesor ninguno;

es una excepción, grandiosa y, solitaria;

la literatura de Trigo, es una literatura clínica, que merece y ocupa un lugar aparte, en la Literatura Española;

no fué una literatura de liberación espiritual, con tendencias á un Idealismo fecundo, ó á un ensueño ennoblecedor y, visionario;

no;

fué una literatura de reflexión experimental, de emoción sensual, cuya repercusión nerviosa, no sube más allá de la cintura, y, llega penosamente al corazón;

las vagas y, raras apariciones de la Poesía en esos libros, hacen el triste efecto, de una rosa en un dormitorio de Hospital, ó sobre una mesa de operaciones quirúrgicas, cerca á un cadáver despedazado;

esa literatura, á base patológica, no se ejerció, sino en un solo radio de acción: los nervios de las mujeres;

era un admirable neurólogo, ese novelista;

él, sabía que la mujer tiene el alma en el Sexo, y, pintaba á maravilla, las luchas del Alma de la Mujer;

por eso fué el autor preferido de ella:

Felipe Trigo, no fué como otros novelistas un Poeta:

ni sensitivo á lo Daudet;
ni brutalista á lo Zola;
ni un pintor de frescos orcagnanos, á lo Balzac;

él, no fué, y, no se conservó, en toda su Obra, sino: un Médico;

eso, por no especializar, diciendo: un Alienista;

el Médico, no murió nunca en él;

cada una de las protagonistas de sus libros, fué un caso clínico;

¿por qué esos libros, que debieron ser de ariedad científica, no carecieron de encanto y seducción?

porque la Belleza y la Poesía de Trigo, no venían de él, ni de su estilo, sino del objeto que trataba: la Mujer;

y la Mujer es siempre la Belleza, y es y será siempre la Poesía;

si las heroínas de los libros de Trigo, no guardan las actitudes clásicas de vírgenes en éxtasis, esperando el pincel de Fra-Angélico, para ser immortalizadas por él, eso no disminuye su belleza, sino que la completa enormemente;

es á causa de ser tan humanas, que son tan bellas, esas creaciones;

esas almas tan insolentemente desnudas, son

tan adorables como un grupo de bellos cuerpos desnudos;

y á pesar de esas desnudeces, y de esas cru-
dezas, Felipe Trigo, no fué nunca un Pornógrafo,
como se empeñan en decirlo, los que quieren
aminorar la grandeza de su obra;

fué un realista;

un enorme y, opulento Escritor realista, en cu-
yas novelas, de ciencia experimental, vendrán
mañana, muchos novelistas á inspirarse;

las obras de Trigo, vivirán más que las de
muchos otros, porque él, fué, el pintor exquisito
de almas femeninas;

y, *el eterno femenino*, ha de darle algo de su
Eternidad;

la piara de los moralistas profesionales, gruñe
contra las obras de Trigo, y, con los ojos tur-
bios, por el contacto del lodo nauseabundo, en
que contemplan el cielo, fingen no ver la gran-
deza esencial, de esas obras, que no son obras
de Vicio, sino de Enfermedad;

los escritores regresivos ó retardatarios, que
se empeñan torpemente, en hacer entrar la Eti-
ca, en los dominios de la Estética, quieren he-
rir con el hacha de sílex de su arte primitivo,
los libros de este novelista, que si por otros con-
ceptos, no fué un gran artista, sí tuvo del artis-

ta verdadero, el amor á la libertad artística y, el desprecio muy sincero del tradicionalismo enfermizo y, de las morales inmundas, nacidas del vientre canceroso de las religiones;

Felipe Trigo, no fué en sus Obras, moral, ni inmoral;

fué simplemente *amoral*;

como es, el Arte;

como debe ser todo artista;

el deber del artista, no es practicar, ni violar la Moral, en su Obra, es: ignorarla;

y, Felipe Trigo, la ignoró;

por ese amoralismo, su Arte es tan fuerte y, tan viril;

tuvo de artista eso, y, el *tormento del vocablo*, que lo obsesionaba como á Gustave Flaubert;

no era un escritor espontáneo, y, el trabajo de la frase lo torturaba como un dolor;

esa fué la fuente oculta de su neurastenia;

fué sobre eso yunque que se fatigó hasta el agotamiento...

el subjetivismo estuvo ausente de la Obra de Felipe Trigo;

fué un escritor eminentemente objetivo;

nada tan distinto de su Vida, como su Obra;

pintor de perversidades, él, no fué un perverso;

narrador de corrupciones, él, no fué un corrompido;

su Vida, tuvo la pureza que á su Obra le faltaba;

modeló en fango sus creaciones, pero sus manos, sacudían el fango, después del modelaje;

cirujano, abría las carnes y mostraba la lepra oculta, pero no la llevaba en su cuerpo;

nada tan objetivo como el Arte de este Escultor del Vicio;

impersonal como un bisturí;

obra de un clínico, especialista en enfermedades nerviosas de las mujeres;

un neurólogo, elegante, que contaba con indiscreción, las enfermedades de sus clientes;

el Histerismo, tuvo en él, su Médico, y, su Profeta;

fué el Sumo Sacerdote de la Historia;

y, lo fué con elegancia y, con refinamiento;

entra en la Historia, por las puertas de la Histeria,

este fué su dominio;

el perfume que se escapa de su obra, no es un perfume de incienso,

pero, es aquel perfume eservante, que escapado de las selvas del Paraíso, embriaga al mundo, desde los primeros días de la Creación;

odore di Femina;

con ese olor en las manos, no se entra en la Academia;

morían los falsos inmortales, de una congestión senil;

pero, si se entra en la Gloria, donde los verdaderos Inmortales, aman ese perfume, que muchos de ellos, bajaron, en las alas de la Fábula, á buscar sobre la Tierra;

la Gloria purifica, las manos que toca con sus rayos;

y, la Gloria, ha besado ya las manos de Felipe Trigo, que yacen inmóviles sobre su corazón inmaculado.

* * *

Septiembre 6...

El Silencio se hace;

la emoción decrece;

la gran Tragedia entra en la banalidad;

¿es que el Oivido, va á devorarlo todo?

no;

Felipe Trigo, ha entregado en su cuna;

pero, no ha muerto;

vive en su Oera;

como todos aquellos que crearon para el Arte;

¡bendito aquel que crea, por la Palabra;
ese no morirá; vivirá en su Creación, y, por su
Creación;

vivirá lo que los siglos;
el esplendor de la Palabra, como el esplendor
de la Luz, no conoce la Muerte;

la Palabra y la Luz, esas fuerzas vivas de lo
visible y de lo invisible, pueden entrar, en el Si-
lencio y, en la Tiniebla, pero no entran nunca
en la Muerte:

el Silencio y, la Tiniebla, no son sino el limbo
necesario á su esplendor;

no pueden nada contra la Palabra y, contra la
Luz;

no pueden sino escoltarias, en su marcha ar-
moniosa y rutilante, como una marcha de es-
trellas;

aquel que crea por la Palabra, crea la Inmor-
talidad;

«sea la Luz»;

dijo el Dios del Génesis;

y, la Luz, fué;

la Palabra precedió á la Luz, en los labios de
la Leyenda;

la palabra es el corazón de la Eternidad;

por, eso, aquel que crea por la Palabra, ese,
será eterno;

el ritmo de la Eternidad vibra en toda Palabra de Arte;

y, la Palabra, sobrevive al Hombre;

el Hombre pasa;

su Palabra queda;

la Palabra inmortaliza á aquel que la creó;

por haberle dado la Vida, ella lo libra de la Muerte;

cuando calla el Creador, habla su Creación;

sobre los labios cerrados, la Palabra vive;

mudo el Hombre, la Obra, principia á hablar para los siglos;

toda Obra de Arte, es, un Himno de Magnificación, á aquel que la creó;

los labios de la Eternidad, no dejarán nunca de pronunciar su nombre;

todo Escritor, es un Revelador;

la Palabra, revela el Pensamiento,

como la Luz, revela el Sol;

sin el Sol, moriría la Tierra;

sin la Palabra, ¿qué sería del Pensamiento del Hombre?

la Palabra revela el Mundo Interior, al Mundo Exterior;

y, los dos se complementan y glorifican, en la Obra del Escritor;

por eso la Obra de un gran Escritor, que es

siempre un gran Creador, tiene los esplendores
de todas las auroras, y, no teme la amenaza de
ningún crepúsculo;

la abyección del momento, puede permitir al
Silencio, envolver el nombre de un gran Escri-
tor, pero no le permite devorarlo;

en el Silencio momentáneo, la gloria del Es-
critor vive, como la gloria del Sol, en el corazón
tenebroso de la Noche;

en espera de la Aurora;

cuando un gran Escritor, cae en el sepulcro,
la Muerte, devora un Hombre, pero, no devora
un Nombre;

el Nombre vive, sobre el Hombre muerto;

el Nombre, es el Hombre que marcha en la In-
mortalidad;

así, el Nombre y, la Obra, de Felipe Trigo...
¡salve al Vencedor!

LA TEMPESTAD

«Voy con María. Espéranos.—*Octavio.*»

Octavio R..., el escritor neurótico de la palabra helada, era mi amigo de la infancia; y María, su mujer, era mi querida.

Octavio estaba medio loco. Por su modo extraño de sentir y por su modo extraño de adorar la belleza pagana de su esposa.

Un escéptico que creía en todo.

Cuando llegó el exprés, y vi á María en un reservado, corrí á saludarlos; pero ella, abriendo la portezuela y separándose para mostrarme el fondo, dijo desoladamente:

—Allí venía él.

—¡Octavio!

—Muerto—respondió tan bajo y tan secamente, que apenas la oí.

Luego, sin derramar una lágrima, saltó al an-

dio, me suplicó silencio, indicó por señas á un mozo que nos siguiera con el equipaje, entre cuyos objetos reconocí el sombrero de mi amigo, y nos dirigimos al hotel, á la carrera del ómnibus.

.....

En cuanto estuvimos solos en un gabinete, cuyo balcón daba á la playa, sepultó María la cara entre los brazos, y lloró mucho. Yo, abrumado en la buraca, cerca de la suya, lanzaba la vista idiotamente á la inmensa curva donde se unían el mar y el cielo. Éste encapotado de gruesas y blancas nubes; aquél, tranquilo y de un fuerte azul plomizo, sin un vapor, sin una vela, en su vasta y comba superficie.

No osaba mirarla. ¿Qué cuentas iba á darme aquella histórica, de la muerte de su marido?

Al fin pudo hablar y dijo estrechando mi mano entre las suyas, blandas y calientes como las de un niño:

—Cogió tu carta. Tu última carta, que yo guardaba en el pecho. Me la cogió dormida... y se mató. Nunca me había amado tanto como en este viaje. Mi amor y la tormenta horrible de esa noche, produjeron en su alma efectos espantosos. ¡Oh, era preciso haberle visto!

—¿Y dónde está?—me atreví á preguntar.

—¡Allí!—dijo la joven señalando el Océano.

Durante algunos segundos, vi los dedos de la pobre mujer temblando sobre el pañuelo que llevó á los ojos. Las comisuras de su boca saltaban en nerviosas convulsiones.

Cuando logró serenarse, habló así, con voz cansada, de apacible y gran monotonía:

—Ignoro si influí decisivamente en el destino de Octavio, ó si fuí nada más la fútil ocasión del rapto que le arrancó la vida, carga para él, de todo cansado y hasta de sí propio. Tú sabes cómo me quería. Con desesperaciones que me daban miedo, con exaltaciones insensatas. Cuando ayer tomamos el tren estaba alegre, expansivo, contento de vivir, como pocas veces. Nadie debía acompañarnos; él y yo solos, en un reservado. Habló mucho todo el día, y á poder haberse escrito cuanto me dijo, sería sin duda lo más hermoso de todo lo que jamás pasara por su imaginación. El era feliz, y yo, ¿á qué negártelo?, contagiada de aquella eterna sonrisa de ventura que jugaba en sus labios, también lo era. ¡También feliz, muy feliz!...

Al anochecer, después que comimos en el *restaurant* de la estación más alta de la cordillera, paseamos un rato. El paisaje solitario é inmenso nos parecía hecho para el éxtasis de nuestra dicha.

Todo nos movía á la ternura. Y como si la máquina que nos había arrastrado á tantos deleites pudiera entender nuestra gratitud, la mirábamos juntos, con su negra mole finamente fileteada de reflejos de luna, encendidas ya en sus topes las farolas blanca y roja. Estábamos delante de ella, escondidos del andén por los chorros de vapor de sus grifos, cuyas nubes nos rodearon como en apoteosis de amor, cuando la campana anunció la marcha. No sé por qué me pareció que Octavio, abrazado á mí, hubiera querido permanecer en los rieles...

Recuerdo que una de sus máximas era ésta; *no se debe morir acosado por la vida, sino despreciándola, en plena felicidad.*

Subimos al reservado. De nuevo el tren empezó á correr en la soledad de las montañas, huyendo por la cinta que cortaba sus laderas. Yo iba junto á la ventanilla, abierta para respirar el fresco, y Octavio á mi lado, rodeándome el cuello con el brazo, murmurando á mi oído, que rozaban sus labios, dulcísimas palabras. La pantalla de la lámpara obscurecía el interior del coche. Estaba la noche espléndida.

La luna, que parecía más alta sobre la enorme profundidad del valle, vertía su luz tranquila sobre los pinares de la sierra, y arrojaba sobre

los desmontes la sombra del tren, que corría despeñado cuesta abajo.

Sentía la cara de Octavio rozando con la mía en los bamboleos de la marcha. Sus manos acariciaban mi cabello y mi garganta. Perdí la conciencia, y no sé cuánto nos duró aquel mareo de ventura; pero creo que más de una vez nos alumbraron las linternas de pequeñas estaciones cruzando á escape, y sólo recuerdo que ya no veía la luna en las sombras del cielo cuando al fin, reclinada en el hombro de Octavio, que besaba todavía el cabello de mi frente, me fuí quedando dormida entre la presión suave de sus brazos, llena el alma de celeste paz, sin temores, sin memoria, sin más vida que la de aquel momento y la de aquel estrecho espacio del carruaje, blando, solo, nuestro, como un nido de amor, trepidando siempre y envuelto en el estruendo de la carrera del tren, por la solitaria noche.

Una luz blanca, intensísima, rápida, que me hirió dormida, me hizo despertar en la obscuridad para escuchar un estrépito formidable.

Es decir, la obscuridad no era á mi alrededor completa; el farolillo del coche, aunque tapado por la pantalla azul, permitía ver las cosas esfumadas. Octavio no estaba junto á mí.

La luz eléctrica de un relámpago volvió á iluminarlo todo. Entonces vi á Octavio al otro extremo, tirado sobre su asiento, con el hermoso cabello negro levantado en rizos por el vendaval y mirando por las abiertas ventanillas el horror de los cielos... Un nuevo relámpago, tan grande que me hizo exclamar un ¡Dios me valga!, dibujó y me mostró en los labios de mi marido una sonrisa diabólica. Sus ojos habían mirado fijamente la nube negra que se rayó de fuego; y cuando un trueno pavoroso estalló seco sobre nuestras mismas cabezas, él, mi Octavio, con una serenidad inconcebible, con una satisfacción parecida á la del escenógrafo que oye los bravos para sus decoraciones, me obligó á ocupar otra ventana, sacó un brazo fuera y dijo:

—¡Esto sí que es grande! ¡Esto es inmenso!

Podría jurar que un rayo cayó sobre los hilos del telégrafo. Temblé. Él sonrió otra vez.

—¡Qué hermosa á esta luz!—me dijo, y el trueno ahogó sus palabras.

Caía la lluvia en gotas gruesas como una granizada de balas. El huracán rugía con incesante rabia. El tren, en dirección opuesta al viento, volaba á toda máquina por una curva, silbando y lanzando espumarajos de vapor; de modo tan intenso resplandecían los relámpagos, que pude

ver netamente sobre el negro rodaje de la locomotora la biela y la manibela, limpias y brillantes, moviéndose con el vaivén furioso de los brazos de un loco.

—¡El mar! ¡El Océano!—gritó Octavio de improviso, queriendo sobreponer la satánica alegría de su voz al trueno que inundó los espacios.

Y en efecto, otro relámpago habíanos descubierto el mar por entre un desfiladero de rocas. Diríase que la máquina marchaba despeñada hacia él, con su temblorosa cadena de carruajes y sus ruidos de metal.

No sé qué temor me invadió, y me estreché á Octavio. Pero al cogerle la mano tropecé con un papel que me hizo retroceder.

Era tu carta. Súbitamente comprendí que su mano, guiada á mi corazón por mi cariño, la encontró mientras yo dormía. Y comprendí también con espanto la tempestad que en competencia con la del cielo hubiera provocado en su alma. El terror me helaba.

Al fatídico serpear de una centella que incendió los aires, vi que el tren comenzaba á salvar sobre el mar un ángulo de la costa por un puente colgante. Las olas se estrellaban allá abajo contra las peñas, deshaciéndose en espuma; el huracán, metiéndose en las concavidades de gra-

nito, arrancaba un bramido continuo, monótono en sus cambios; las nubes se abrían incesantemente despidiendo fuego sobre el mar, y el trueno retumbaba cada vez más potente, como creciendo en su grandeza. Y el tren, entre la obscuridad y la luz, entre el viento y la lluvia, seguía y seguía, haciendo retemblar la trabazón del puente con su carrera sin freno y sus resoplidos de monstruo, envuelto en lumbre y vapor.

¡Un relámpago!... ¡Otro!... ¡Ah! De pronto ábrese la portezuela, Octavio arrójase por lo alto de la barandilla del puente, y... ¡sí, Dios mío, al tercer relámpago, un momento antes de chocar su cuerpo allá abajo con los escollos, y ser arrebatado por las olas, me pareció ver que el insensato sonreía! ¡Al mar!

Yo caí rodando por la alfombra del reservado.

FELIPE TRIGO

Madrid.

LA CARTUJA INTERIOR

I

Yo no sé qué dolor, gota á gota,
la llovizna en la tarde lloraba...
La campana, doliente y remota,
á lo lejos doblaba, doblaba,

resonando, al caer, cada nota
como un golpe de azada que cava,
lentamente, una tumba remota,
tan inmensa que nunca se acaba!...

¡Oh, recuerdo profuso y pesado
de un amor al nacer malogrado,
que cubierto de polvo se arrumba

en mi carne, insepulto y podrido,
¿cuándo habrá de acabar el olvido
en el fondo del alma tu tumba?...

II

Era un grito no más!... Era un grito
lo que al golpe del hacha surgía
de aquel árbol, sin hojas, marchito,
que una á una sus ramas perdía!...

Un vapor de su herida ascendía,
como el humo sangriento de un rito!...
Sobre el campo el Otoño llovía
yo no sé qué dolor infinito!...

Mientras sientes los golpes del hacha
desangrando mi cuerpo, y la racha
otoñal de tus hojas se adueña,

¿qué esperanza te alienta, alma mía?
¡Soy un árbol marchito que sueña
con poder florecer todavía...

III

Negra nube la tarde embaraza...
Bajo el viento el ramaje se humilla,
y el zig-zag de un relámpago brilla
á lo lejos como una amenaza.

— ¡Alalí! — ruge el cuerno de caza,
azuzando á la hambrienta trailla,
que á su presa, en la selva amarilla,
en un ronco ulular despedaza!...

La tormenta fatídica zumba;
el clamor de la trompa retumba,
bajo el trueno, más ronco y más fuerte ..

¡Y allá lejos, veloz atraviesa,
persiguiendo en las sombras su presa,
la jauría espectral de la Muerte!

IV

El claro estruendo de las campanas,
bajo la lluvia se vuelve á oír...
A los umbrales y á las ventanas
gentes con luces se ven salir.

Rumor de rezos, toses lejanas.
Un perro, á veces, se oye gañir
no sé qué antiguas penas humanas...
¿Quién esta noche se irá á morir?

Por la ruिनosa calleja pasa,
entre repiques de campanillas,
piadosamente la Extremaunción...

Señor, detente, y entra en mi casa,
que en cruz las manos y de rodillas,
te está esperando mi corazón!

V

—¡Duerme! ¡Duerme! —decirnos parece
esa vieja y remota campana
que á la paz de la noche aldeanã
con su voz de cristal estremece...

En el cielo y la tierra florece
la piadosa leyenda cristiana..
¡Bajo el Angel del Bien, toda humana
y divina inquietud se adormece!

Todo duerme... Tan sólo, alma mía,
tú, constante, vigilas tu empeño,
impasible, de noche y de día,
sin dormir, sin hablar, siempre alerta!..
¡Si pudieras dormir ese sueño
del que nadie jamás se despierta!...

VI

Las cancelas están herrumbrosas,
y en las húmedas sendas del huerto,
deshojadas y tristes, han muerto
en un llanto de nieve las rosas.

Brota fúnebre yerba en las losas.
El salón está triste y desierto,
y un espejo, en las sombras, ha abierto
sus moradas pupilas vidriosas!...

¿Quién dejó sobre el pecho cruzadas
esas manos tan finas y heladas
donde sangra entre nieve un rubí?...

¿Quién cerró sus pupilas sin brillo?
— ¡Con su traje de seda amarillo
Dama Otoño pasó por aquí!

A P A R I C I Ó N

Toda de blanco y de fulgor vestida,
como Dante á Beatriz, vuelvo á mirarte
surgir, á los conjuros de mi Arte,
para alumbrar las sombras de mi vida.

Por las rachas de Otoño estremecida
parece que el dolor va á deshojarte,
y la sonrisa que tus labios parte
sangra luz y piedad, como una herida.

Tiembla en la brisa un doble lastimero;
la tarde apaga sus carbones rojos,
y algo muy triste en mis oídos vierte:

— ¡Da, triste corazón, tu adiós postrero
al Amor, que agoniza en esos ojos
que va á cerrar la mano de la Muerte!

F. VILLAESPEA

LA ÚLTIMA VISITA

Don José Echegaray

Madrid, Septiembre 15 de 1916.

Los periódicos de ayer trajeron la noticia de la enfermedad de don José Echegaray. Unos, la daban alarmados; consolados, otros. Estos, decían: «Ya, por fortuna, ha pasado el peligro.» Aquéllos, temían que el caso fuese fatal, «dada la edad del ilustre paciente».

Por la noche, las conversaciones de los cafés tuvieron su tema de actualidad: la muerte de don José Echegaray. Lo que la Prensa temía por la mañana, sucedió al atardecer. A las siete y minutos, y tras una breve y plácida agonía, dejó de existir el célebre hombre de letras.

Hoy, todos los diarios de Madrid vienen car-

gados de homenajes á Echegaray: su retrato, sus rasgos biográficos, la lista de sus obras, el recuerdo de sus méritos, las anécdotas de su vida, las viejas fórmulas, en suma, de los honores póstumos.

Ni la noticia de ayer ni la de hoy me sorprendieron. La de ayer no, porque desde hace más á ocho días un amigo mío me había dicho en tono de secreta confidencia:

—Don José Echegaray está malo; tiene fiebre todas las noches; los médicos temen una infección, muy peligrosa á los ochenta y cuatro años de don José; la familia no quiere que se sepa esto, para evitar la avalancha de las visitas y la marea de la curiosidad pública.

La noticia de hoy tampoco me ha sorprendido, porque casualmente oí hablar á un médico que, con otra persona, pasaba por la calle del Príncipe.

—Don José está agonizando en estos momentos.

Desde que escuché la frase pútrida á bulto, á remendos, á remendar la tela podrida de la memoria. Sin sorpresa, pero con tristeza, he pensado en esta natural y suave desaparición de un espíritu tan vigoroso y entero, que animaba, con energía de juventud robusta, una materia ya

gastada, un organismo endeble y decrepito. La llama de la vida interior hacía crujir el resquebrajado vaso de la lámpara.

Uno de los deseos que traje á España fué el de hacer una visita á Echegaray. Este hombre y este nombre, evocan en mí quién sabe cuántas visiones de lo pasado; reviven, imaginativamente, mis andanzas de cronista y crítico teatral, mis entusiasmos artísticos, mis frenéticas admiraciones de muchacho.

Diez y seis años hace que mi maestro don Justo Sierra, de vuelta, en Méjico, de su viaje á Europa, me dijo:

—Don José Echegaray ha leído los artículos de usted. Cree que en Méjico lo comprenden muy bien; y gusta de que sus obras sean estrenadas aquí.

En efecto: poco tiempo después, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza estrenaban, en una temporada brillante, *Malas herencias*, y en otra, opaca, *La esculincta de un trono*. Después de la del *Loco Dios*, estas ofrendas llenaron de agradecimiento al público de mi país. Erau los tiempos en que se había hecho de moda desdenar á Echegaray en España y aplaudirlo y glorificarlo en América.

Así, pues, nada de extraño tiene que buscasse

yo el modo de realizar mi deseo de visitar al anciano dramaturgo.

La suerte me deparó la ocasión. Francisco A. de Icaza, que tiene gran prestigio en los círculos literarios y sociales, me habló un día de su amistad con don José. Aproveché entonces la oportunidad para indicarle mi propósito.

—Quisiera yo hacerle una visita—le dije.

—Está muy aislado—me contestó Icaza—. No se deja ver de nadie. Todas las tardes suele pasear, un rato, en coche, por la Castellana. Le acompañan personas de su familia, y no vuelve á salir sino por las mañanas á sus habituales ocupaciones. Sin embargo, voy á ver si puedo conseguir que te conceda una entrevista.

Y el sábado de una de estas últimas semanas, el insigne y bondadoso amigo mío vino á prepararme:

—Mañana, domingo, iremos á visitar á don José. Nos espera á las cinco. Vendré por ti.

—Estaré listo. Te agradezco la eficacia.

Y sonreí ante la promesa de una pequeña ilusión que iba á ser realizada.

* * *

Por el Madrid nuevo, á un lado de la Caste-

llana, se prolonga, ancha, extensa, con su línea de arbolillos á la orilla de las aceras, la calle de Martínez Campos, una de las más hermosas de este flamante barrio recién urbanizado. Tapias limpias, fachadas de piedras labradas y cristales fulgentes.

Por allí caminábamos el poeta Icaza y yo, al descender del tranvía, en una luminosa y tibia tarde de Agosto. Mi amigo reconoció en una esquina el hotel de los Mendoza-Guerrero.

—El de Echegaray está inmediato á éste— me dijo junto al de los artistas—. Vamos por aquí, por la calle de Zurbano.

Y á pocos pasos nos detuvimos para sonar el timbre de una alta y cerrada puerta. A la criada que la entreabrió, le preguntamos:

—¿El señor Echegaray?

—No está en casa—nos respondió, mirando con esa fijeza agresiva con que se ve á los importunos.

Pero nosotros no hicimos caso, y como si no hubiésemos oído, sacamos de nuestras carteras sendas tarjetas y se las entregamos á la sirvienta, agregando:

—Diga usted al señor que somos las personas á quienes dió cita para esta hora.

Ante esta actitud, la criada, un poco turbada,

tomó las tarjetas y subió por la escalinata del hotel. Bajo el vestíbulo quedamos esperando. Veíamos asomarse, á un lado, las plantas floridas de un jardín.

La moza volvió:

—Que pasen ustedes.

Y entramos en la casa del maestro. En la planta baja, en una vasta habitación, amurallada de libros, distinguimos los consabidos muebles de estrado; el grave sofá, como un ministro, en medio de los dos sillones acólitos. En el centro de la pieza, una elegante librería giratoria, sobre la cual, entre volúmenes y papeles, se alzaba, enristalada, una fotografía, de tamaño imperial, de María Guerrero. Una gran ventana, cuyos vidrios atravesaba la luz de la tarde, una luz discreta, teñida de verde, porque antes de llegar á la vidriera había tenido que filtrarse por el follaje de una trepadora. Allí esperamos unos minutos, al cabo de los cuales oímos el ruido suave de unos pasos, y, á poco, vimos aparecer la figurilla, pequeña, encorvada y magra, de un viejecito. Mi propósito se había cumplido. Me encontraba yo frente al más portentoso creador y forjador de fábulas delirantes, de la escena española.

Don José se sentó en uno de los sillones, de

espaldas á la ventana, junto á mí, que en un extremo del sofá no cesaba de contemplarle.

Yo le conocía mucho por los retratos que tantas veces publicaron revistas y periódicos. Pero no; la cámara no alcanza á reproducir la expresión revolucionaria del espíritu, el ambiente psíquico que da animación y carácter á una fisonomía. A los lados del cráneo cónico, el ralo y apenas perceptible cerquillo de los cabellos blancos; muy amplia y de limpia y majestuosa curva, la frente, cruzada por un leve pentágrama de arrugas; bajo los lentes, apretados en el nacimiento de la nariz fina, los ojos infantiles, indagadores y risueños; de una extremidad de los lentes, cuelga la angosta cinta negra que baja por la mejilla hasta enredarse alrededor del cuello; y, lo que tal vez da más carácter á la cabeza, el vellón de nieve de los bigotes espesos y la aguda perilla, que rodean una boca de labios delgados y entreabiertos. Inclínala hacia adelante y semienterrada en la estrecha caja de los hombros, aquella cabeza recuerda viejas ilustraciones de leyendas y libros de caballerías, un mago del Oriente, un hechicero medioeval. Bien le sentaría á este rostro, iluminado de misteriosa claridad, la caperuza de Merlín.

Don José está vestido con traje de casa; abri-

ga su flacucho cuerpecito con un saco afelpado y gris. Y en tanto que empieza á hablar, á hurtadillas le miro las manos, muy viejas ya, más que la cara, de piel rugosa y seca y deformados dedos; pero que conservan un enérgico gesto de fuerza. ¡Oh excelsas manos laboriosas, que estuvieron ochenta años trazando sobre el papel figuras geométricas, signos algebraicos, palabras de ciencia, voces de filosofía, líricos y sonoros vocablos!

La voz, la media voz de la conversación íntima, es insinuante y dulce. Quiere, por educación, agradar con entonaciones afectuosas. El gran hombre tiene miel en los labios y en el entendimiento. Dice cosas amables y buenas. Y lenta y naturalmente, va ampliando sus ideas, hasta llevarlas desde las futilidades de la urbanidad hasta los horizontes de la cultura.

Habla—es de rigor—de la guerra. Se duele de que por ella la ciencia haya tenido que suspender sus investigaciones. ¡Es asombroso el adelanto científico contemporáneo! Día por día se notaba...

Y comienza don José á hacernos profundas y divertidas explicaciones de los nuevos descubrimientos. Cuanto le escuchamos, con reverente atención, está lleno de sabiduría y de ameni-

dad: el cálculo para conocer la cantidad de átomos que cabe en un centímetro cúbico de aire; la descripción y la historia de los globos; el análisis y el funcionamiento de las máquinas aéreas; las conclusiones de la Física Matemática.

Cae, en el serio palique, traído por espontáneas asociaciones, el recuerdo de los estudios científicos de Alemania. El sabio español los encomia con entusiasmo. Tiene una gran curiosidad, una alta y noble curiosidad por conocer los medios de que se valió el submarino *Deutschland* para ir, bajo las aguas, de Bremen á Nueva York.

—¡Oh—exclama—, es una admirable hazaña científica!

Y se entretiene en presentarnos las posibles soluciones del problema.

En este punto de la charla, Echegaray ha llegado no sólo á la confianza, sino al contento. El hombre de ciencia encuéntrase á gusto pensando, ante nosotros, en voz alta.

Francisco A. de Icaza, á quien mucho estima don José, departe respetuosamente con el maestro. Yo guardo silencio y observo.

Y agotado el tema científico, en una pausa oportuna, dirijo esta pregunta al polígrafo:

—¿Y las Memorias, señor? ¿No ha terminado usted sus Memorias?

—No—me contesta—; las dejé pendientes porque la revista donde la escribía, *La España Moderna*, cesó de publicarse, y no volví á ocuparme más en el asunto.

—¡Qué lástima! ¡Tan interesantes, tan pintorescos, tan evocadoras! ¡Tan deseosos que estábamos todos por que llegase usted á contarnos las Memorias de su teatro!

—Cabalmente iba yo á empezar esa parte. Llegué á los tiempos de D. Amadeo. Allí se quedarán las tales Memorias.

Y por ese camino de las remembranzas, y de las añoranzas, nos llevó el hilo caprichoso de la conversación á las impresiones de la niñez, á los más remotos recuerdos. Don José, entonces, en tono de confianza familiar, accionando parsimoniosamente con la mano huesosa, y dejando vagar la mirada por el espacio, comenzó una narración, tierna y sencilla, sin literatura, de una sugestiva sinceridad. Cuatro ó cinco episodios de infancia, dos de los cuales fueron contados con velada y exquisita emotividad. Don José, muy niño, de tres años, recuerda haber estado en pie cerca de su madre, pegado á ella y enfrente de un campo ó de una casa, en alto,

donde estaban pasando cosas que le daban miedo y le conmovían... ¿Qué era aquello? Mucho tiempo después, reflexionando sobre eso é interrogando á su madre, vino á caer en la cuenta: era el tablado de un teatro. Esa fué su primera impresión artística. Recuerda, asimismo, en otra ocasión un camino, un coche lleno de gente, en el que iban él y su madre. Una detención brusca, gritos de angustia, caras de susto; su madre, sacando dinero de la bolsa de mano y rezando con extrema aflicción. ¿Qué edad tendría entonces el chiquitín? Dos ó tres años. Y aquel suceso, ¿qué era? Un asalto de bandidos.

Don José sonríe, y tiene su sonrisa *pargoletta* una ingenuidad candorosa.

—¡Es raro! ¡Es raro!—repite—. ¡Cómo pueden conservarse tan frescas y tan lejanas estas impresiones de una edad en que no despertamos aún á la vida!

Mi curiosidad espera la ocasión para orientar la plática hacia los asuntos literarios, y apenas llega, la aprovecho:

—Señor, ¿no tiene usted nada inédito de teatro?

—Nada. Como autor dramático he terminado. Buen espacio hace que no escribo literatura. Artículos de vulgarización científica, sí. Usted debe

de saberlo. Llevo cincuenta años de colaborador quincenal de *El Diario de la Marina*, de la Habana, y en esa publicación desarrollo, por lo general, temas de ciencia.

—Sí, señor, lo sé. Y sé que tiene usted en ese bello país muchos lectores y muchos admiradores. Y sé, además, que el teatro de usted no muere en América: vive tan apasionante como siempre...

Don José vuelve á sonreír; pero ahora ya es una sonrisa de inconfesada y profunda amargura. Algo doloroso, algo triste, pasa y nubla por un instante la lucidez del pensamiento. Mas pronto vuelven la apacible tranquilidad y la mansa expresión á aquel semblante de agorero. En el fondo, este carácter parece poseer, como fuerza suprema, una fría virilidad, que se sobrepone á los acontecimientos y domina los ímpetus de la fantasía y del temperamento. Don José, absolutamente sereno, se dirige á Icaza y lo interroga:

—¿Y la Academia? ¿Por qué no ha ido usted á la Academia?

Icaza explica su ausencia accidental del docto Cuerpo, legislador del idioma; y yo, mientras tanto, recorro, con rapidez relampagueante, los campos del recuerdo.

* * *

—Estoy frente á un ingenio de España. La España actual tiene dos viejos que la honran y la glorifican: Echegaray y Galdós. Ninguno de la presente generación más alto que ellos. Han rendido su fruto, es verdad; pero hay todavía mucho que aprender y que admirar en esa labor extensa. Este don José, dramaturgo, es un eslabón de oro que unió la moral calderoniana al desenfreno desmelenado del romanticismo. Y así prolongó, exaltándola y agitándola, el alma española. Fué un creador de soberanos delirios; un forjador de seres hiperestesiados. Sus concepciones, vastas y desproporcionadas, tienen una existencia monstruosa por sublime. Sus personajes son frecuentemente no hombres de carne y hueso, sino entes metafísicos, figuras alegóricas, ánimas embleáticas, símbolos de virtudes y vicios. El bien, en los dramas de Echegaray, asciende hasta lo seráfico; el mal desciende hasta lo demoníaco; cuanto él imagina toma aspecto grandioso. Pocas veces es humano; muchas, superhumano. Puede falsear la vida hasta lo absurdo; pero la falsea para amplificarla, para purificarla de menguadas bajezas, para hacerla más comprensiva y noble. En su teatro, usa y abusa de lo patético, de lo torturante, de lo inverosímilmente doloroso, de lo horriblemente

trágico; pero todo ello para dejar en nuestro espíritu la marca imborrable de un ideal, del ideal, del solo ideal de perfección humana, conquistado y realizado por el sacrificio y el martirio. La fatalidad griega no triunfa en las febriles fantasías de Echegaray; es, al contrario, vencida, á pesar del sufrimiento y de la muerte.

Cuando el poeta abre las alas ensaya vuelos aquilinos. Gusta de clavarse y hundirse en las nubes más remotas, más negras, más cargadas de rayos. Es formidable y arrebatado. Juega con el frenesí como un niño con un muñeco. Sabe apretar los corazones sin dañarlos, antes complaciéndolos en el sufrimiento. Mezcla el amor y el dolor; el mal y el bien; la vida y la muerte; las lágrimas y la sangre; la luz y la sombra, y, por contrastes, y antítesis, y violencias, logra expresar la belleza, haciéndonosla sentir inolvidablemente. Es, además, un lírico supremo. No pule la frase; no es un joyero: la esculpe; es un estatuario. Por todas partes siembra pensamientos; por aquí brilla una profunda sentencia; por allí cruza el ave matizada de una metáfora; clarea, en aquel parlamento, un símil raro; luce, de pronto, en esta cláusula, un apotegma filosófico. Siembra pensamiento; pero para que florezca, lo riega con linfas sentimentales. Es difícil hallar

quien mejor sepa poner á flor de labio la ternura, la pasión enamorada, la súplica que ruega y acaricia, la palabra que confiesa el amor y suena á beso. Las mujeres de don José E. Hecaray, cuando son buenas, son angélicas; cuando son malas, su perversidad inspira más lástima que misericordia. Todo en ellas es conflicto amoroso. Algunas heroínas abren, de tiempo en tiempo, las alas, para que se vea que son querubes: Mariana, Teodora, Fuensanta, Adelina...

Y este atormentador, en el momento que lo desea, es un seductor, y, en el instante que le place, un burlador. Hace caricaturas, un poco grotescas, pero muy sugestivas, de la imbecilidad social: el *clubman* frívolo, el galán de salón, el vejete egoísta, el falso sabio.

Las facultades prodigiosas de este soñador se adaptan, con más amplitud, al teatro de época, al drama heroico y de reconstrucción. Es en él donde hizo maravillas. *En el seno de la muerte*, *Haroldo*, *Un milagro en Egipto*, *La esposa del vengador*, *La muerte en los labios*.

En la comedia actual y de costumbres, rompe, con la pujanza de su esfuerzo, la realidad; pero, con la influencia irresistible de su poder genial, nos obliga á seguirlo á través de sus inverosimilitudes, incongruencias y descoyuntamientos iló-

gicos. Perdemos, bruscamente sugeridos, el sentido de la existencia positiva, y nos dejamos arrebatar, como por la tormentosa corriente de un río, por las peripecias de la acción excepcional, de la situación centelleante, que, siendo rayanas en lo imposible, no dejan, sin embargo, de ser humanas.

El teatro de Echegaray es marcadamente romántico y genuino. Manifestación de una raza bravia, generosa, exaltada en el idealismo, enérgica en la acción, desbordante en el sentimiento, reproduce todos estos caracteres en un mundo imaginario, impulsivo y tremendo. Arte magno y conmovedor, que mueve multitudes y les arranca admiraciones. Arte desmesurado y radiante, en que, como en el de Miguel Angel, la Humanidad está representada y exteriorizada «en un sueño de energía salvaje y de grandeza».

* * *

Contuve mis rápidas meditaciones como un auriga sus corceles. Iba demasiado de prisa. Volví á la humilde verdad. Allí, junto á mí, flaco y encorvado, un viejecito sonreía y charlaba. Era un genio. Dentro de él bullía aún, lleno de soles, un universo.

De pronto, me acordé de una duda antigua, y, apenas pude hacerla, me dirigí á don José:

—Dígame usted, señor, aquel drama que estrenó en Méjico María Guerrero y que se intitulaba *El Preferido y los Cenicientos*, ¿es de usted? ¿Será de algún imitador de usted? Perdóneme la indiscreción. ¡Tengo tanta curiosidad de enterarme de eso! Yo escribí una crítica afirmando que usted era el autor, y no el argentino de que me hablaba, con insistencia, Fernando Díaz de Mendoza...

—Sí, recuerdo—me contestó, cariñosamente, el anciano—. En efecto; es mía la obra: lo último que hice para el teatro: de ahí en adelante, nada; me despedí para siempre... Desde entonces sigo con interés y placer mis estudios sobre Física Matemática. Jamás faltó á mi cátedra. He escrito ya diez volúmenes acerca de esta materia; y aun tengo proyectos para otros tantos.

Y con cierta ligereza, la que le permitían sus piernas, se levantó del sillón, fué á una de las piezas contiguas y volvió con un libro, que puso ante nuestros ojos. Soportábalo con una mano, y con la otra, lo hojeaba. Nosotros veíamos pasar fórmulas de álgebra, figuras geométricas. Don José sabía muy bien que de nada le hubiese servido explicarnos su obra; comprendía que éra-

mos profanos, y se contentó con la inocente satisfacción de enseñármoslo. Después, colocó el libro sobre el estante giratorio y se sentó. Había satisfecho nuestros deseos, había contestado á nuestras interrogaciones. Ahora le tocaba á él preguntar:

—¿Y América? ¿Y la situación de Méjico? ¿Y Cuba?

Escuchaba con gran atención nuestras respuestas; seguía, curiosamente, el curso de nuestras explicaciones; insistía, aclaraba, opinaba; mostraba una extraordinaria penetración en sus juicios, una sólida ilustración. Estaba informado de la sociología y de la política de los pueblos hispanoamericanos. Al verle tan atento y tan enterado, pensé que este hombre de tan varios conocimientos, podía repetir la célebre sentencia: «Lo que interesa á la Humanidad me interesa á mí.»

Habían pasado dos horas y no las habíamos sentido. Como quien despierta, tornamos á la noción del tiempo. La habitación comenzaba á ennegrecerse, y era cada vez más débil y mortecina la claridad de la ventana.

Nos dirigimos una mirada de inteligencia Icaza y yo; nos pusimos en pie. Con respetuosa efusión, como el creyente que toca una reliquia,

tomé la mano que me tendía el portentoso viejecito, y recuerdo que le dije:

—No olvidaré que la buena suerte me otorgó el don, pocas veces conseguido, de estrechar la mano de un inmortal.

—No—aclaró don José—; de un mortal... muy próximo á la muerte.

Y salió á acompañarnos hasta el primer pedazo de la escalera. Todavía, al llegar al zaguán, volvimos la cabeza por saludarle. Y al verle por última vez, me pareció que aquel cuerpo encorvado y magro era de una engañosa debilidad, y como dijo el poeta, «tenía la fragilidad aparente de las cosas aladas».

* * *

Septiembre 16.

A las tres de la tarde salgo á la calle. Madrid está de luto. Los balcones tienen cortinas negras. Las gentes van con rumbo á la Castellana. La curiosidad de la multitud—se siente—está complicada de pena y asombro. Las vías por donde ha de pasar el cortejo están henchidas de silencioso gentío. Apenas puedo llegar al paseo de Recoletos y me detengo. Es imposible dar un

paso más. La comitiva fúnebre viene: ministros, diputados, prelados, clérigos, académicos, uniformes, estandartes, insignias, soldados.

El desfile es interminable. Es toda la España legendariamente fastuosa y coruscante. Suena una marcha funeral. Se oye á lo lejos, de cuando en cuando, un cañonazo. Desde mi sitio alcanzo á ver en varios edificios la bandera amarilla y roja, á media asta, aliquebrada y mustia. Hay sol, y llueve un poco.

Y yo, para mis adentros, mientras pasa el fastuoso ceremonial, á don José, al buen don José, al viejecito mago y genial que me recibió en la calle de Zurbano, le estoy diciendo las dulces palabras que le aprendí á uno de los personajes de sus comedias: «Duerme, niño de los cabellos blancos, que ya están haciéndote tu camita de tierra.»

LUIS G. URBINA

LA ESPAÑA CATÓLICA

Primus in orbe Deus fecit timor.

El sacerdote, ante el altar, murmura: *Deus in adjutorium meum intende...* Y los fieles, en levísimo persistente rezongueo, rezan contritos y fervorosos en la diminuta iglesia. Fuera, el vendaval barre las calles. El sol ilumina á intervalos las blancas paredes de cal enjabelgadas. Las campanas tocan. A lo lejos, por la empinada rampa de una calleja, las manchas negras de las devotas arrebujaadas en sus flotadoras mantellinas, avanzan...

Considera en este paso—á Cristo redentor nuestro—que después de escarnecido—escupido y azotado—sale sentenciado á muerte—del pretorio de Pilatos— y va á morir por tu amor—en lo alto del Calvario.

La muchedumbre, de pilar en pilar, de paso

en *paso*, sigue al clérigo que relata en plácida salmodia la cruenta tragedia. Las luces de los acólitos, inciertas y temblorosas, dibujan sobre los grises muros la silueta monstruosa del Cristo que el sacerdote lleva en sus manos. De cuando en cuando la puerta del templo se abre, y las profundas tinieblas son rasgadas por un relámpago de viva y cegadora luz solar. El viento ruge á lo largo de la inmensa llanura de negruzcos barbechos y verdes sembraduras. En la lejanía del horizonte, pardas lomas perfilan en el intenso azul la silueta de sus picachos y altibajos.

Cristo es despojado de la túnica y clavado en la Cruz. Cristo expira. Y un formidable lamento, hondo gemido vibrador y doliente, se escapa de todos los pechos y llena la reducida iglesia. De la iglesia sale á la calle y parece que se *extiende* un momento por la gran ciudad estática y sombría. Las mujeres, perdida la cara en la negrura de sus mantos, sollozan; y los hombres, enfundados en sus pardos gabanes de labriegos, bajan taciturnos la cabeza. La angustiosa tristeza de este trágico catolicismo español, flota en el aire. Teodicea atormentadora la nuestra, ha marcado su huella en los hombres, en los pueblos y en el arte. Todo es adusto y sórdido; todo

es rutinario y dogmático. Abrumada por su leyenda, perezosa, infecunda, duerme la España católica, predilecta hija de los Papas, en sus llanos desolados y en sus poblachones hórridos.

Los últimos resplandores del crepúsculo inflaman con sus tintes carminesos el horizonte. La ciudad, el llano y las distantes montañas van sumiéndose poco á poco en la sombra. Reinan las tinieblas.

J. MARTINEZ RUIZ

TRILOGÍA DEL EVANGELIO DE LA VIDA ⁽¹⁾

I

LA SOLEDAD

Prometeo ha dado al hombre el Fuego sagrado, la Luz, que es Vida, y le ha acompañado en su marcha ascendente hacia el Superhombre, á través del Mundo de lo viejo, del Mundo del momento, poblado por los superfluos y los utilitarios. Al llegar á una meseta situada en una gran altura, le hace ver cómo el cielo de los Dioses está vacío. Y le enseña que el Héroe perfecto no es el que escala los Cielos, sino el que les obliga á bajar sobre la Tierra; y después desaparece.

(1) De un libro en prensa.

El Hombre sobrehumano se queda solo, y contempla lo bajo del Mundo de las muchedumbres. Las ciudades le parecen llanas, y divisa en ellas unos puntos negros. Son los templos que él admiraba por verlos, desde abajo elevarse sobre todas las construcciones humanas, y que, vistos por encima, sólo aparecen como manchas oscuras.

Y, al sentirse en la Soledad y en plena Naturaleza, toma la lira de Orfeo y canta este canto ditirámico:

* * *

«¡Oh, SOLEDAD MAGNÍFICA, hermana del Silencio! ¡Qué bien se halla en tu seno el que tiene la visión clara, el Hombre de alma fuerte!

¡Qué fortificante eres y qué fecunda!

Sin ti, ningún sabio de la Tierra habría producido nada, porque tú eres la MADRE ETERNA DE LAS GRANDES COSAS!

Tú eres la que me has enseñado á ser yo mismo, y á seguir avanzando en mi órbita sin cuidarme de los aullidos de los perros vagabundos que ladran á la aparición de todo astro, como á la de todo lo que luce y se levanta al Cielo!

¡Cómo aumentas mi ser, mi HERMOSA COMPA-

ÑERA! Contigo todo lo veo claro y limpio; mi fuerza crece; y lo que hay en el Mundo y en el Universo, todo lo mido y todo lo peso.

Contigo, en la espesura del bosque, en las altas cimas, ó en las orillas de la mar profunda, lo mismo que encerrado en un palacio, en rica estancia, ó en pobre y mísera guardilla, siempre estoy á mi placer, mi DULCE AMIGA. Y encuentro que la Tierra y el Cielo, y cuanto hay en ello, todo, todo es propiedad mía. Y los Universos, y lo que ya ha sido, y lo que aún ha de venir y que sólo se vislumbra cual nebulosa vaga, y lo de otros espacios; todo me pertenece, todo entra en mí, todo puedo pesarlo con la balanza Superior del Intelecto. Gracias á ti, todo lo veo claro con la luz fija y potente que en mi interior llevo, y que en el Mundo, con la gritería de todos los subhombres, oscila á veces y hasta se apaga. Y me siento Juez Universal presente, y futuro Creador de sueños de aquellos que preceden las construcciones venideras, las organizaciones nuevas; sueños que casi siempre, más ó menos modificados, se realizan.

Yo me he sentido mucho más solo, mucho más abandonado, en medio de la multitud, ó SOLEDAD DE MI ALMA... sí, mucho más abandonado que en tu seno. Allá, en la multitud, nadie me entendió,

ni pudo comprenderme: y algunos, que parecía que me entendían, lo hacían ver tan sólo; pero no me comprendían. Eramos demasiado diferentes. Yo no podía caber en ellos. Tenían el alma demasiado estrecha, y el intelecto sobradamente bajo, los que lo tenían. Yo me sentía *Unico*, y ellos querían que sólo fuera *uno más*, uno añadido á los otros. Y se burlaban de mí porque no seguía el camino del rebaño, ya abierto por la vieja rutina. Y porque yo me abría mi camino, me llamaban loco y me tiraban piedras; y hasta querían privarme de que yo viese claro y de que subiera alto á la Gran montaña, pues tenían miedo de que, viéndolos por encima, me diera cuenta de cuán pequeños eran y los dominara. Querían hacerme marchar poco á poco por el camino llano, y que me aplanara... ¡Ay! ¡Me ahogaba!

Pero ahora contigo yo respiro, ¡oh, SOBERANA LIBERTADORA!

Contigo he atravesado campos, valles y ciudades, y mares, y desiertos. Y he visto el mundo mejor, sin que nadie me falseara la visión torciéndome las imágenes de las cosas, ó me levantara espesa polvareda que me las velara; porque tú eres DIÁFANA Y CONDUCTORA, y haces que me comunique directamente con todos y con todo, menos con la impertinencia de los subhombres,

que todo lo estorba y que todo lo aborta. Y tú me has dicho que de cuando en cuando es preciso que vuelva entre ellos, sí, con los del gran número, para ver lo que hacen, si los que se llaman legión bajan ó suben, y ayudarles á subir, aunque no sea más que á una altura material poco elevada. Porque entre el lodo de la multitud se encuentran particulas de oro; pero éstas no son las que más lucen, sino que suelen estar hundidas casi siempre, y hay que adivinarlas y extraerlas, que, levantadas al aire libre, brillarán cual las estrellas.

Contigo, oh SOLEDAD EVOCADORA, he aprendido á ser bravo y bien templado. Tú has hecho que pudiera sentir sin estremecerme, desde el fondo de mi ser, la voz lejana de mis antepasados, intrépidos marinos, exploradores atrevidos, siempre haciendo vía por la mar en busca de países nuevos; adalides de progreso; perseguidores de piratas Sajones ó del Islam; soldados de la libertad; nautas de ideas. Y contigo me han aparecido, y me han dado orden de marchar siempre adelante y de luchar siempre sin reposo ni tregua.

Sólo contigo, ¡oh SOLEDAD, oh CONFIDENTA MÍA!, puedo ser franco y expansivo: nada tengo que esconder; todo puedo decirlo, todo puedo re-

velártelo, hasta los sentimientos más íntimos de mi corazón y los estados más recónditos de mi conciencia. Y puedo soñar tranquilo con todo el corazón y con toda mi alma. ¡Y qué bueno es el soñar cuando uno llega de allá abajo, de la multitud, de la chillería, y sale asfixiado por su atmósfera pesada y baja, con el corazón compungido y la conciencia sublevada!

Contigo respiro un aire más puro, respiro fuerte, y me siento exuberante y presto para la lucha. Y puedo engendrar bien, y tu hermano el Silencio me cría mi concepción tal cual yo quiero, sin que se sepa. Ya volveré á la multitud para desatontarla, echándoles el hijo que contigo he tenido, para que todo lo remueva.

Tú me enseñas á encontrar el sentido justo, la expresión adecuada de las cosas, ¡oh GRAN MAESTRA! Sí, de las cosas que han sido, de las que son y de las que aun se hallan en la penumbra del presentimiento. Y lo que contigo concibo tiene una tal fuerza, que los ídolos más altos, las estatuas más firmes tiemblan cuando mi palabra cae como un rayo encima de ellas. Porque tú haces que el pensamiento no se evapore, y que la acción se agote. Y así, en estado latente, las energías se acumulan y se comprimen y se multiplican. Y cuando descargan, todo lo derriban, todo

lo hunden, es decir, todo lo que sea viejo, carcomido, vacío, enclenque ó falso.

Y las piedras que la tempestad arroja y que en tus nublados se preparan, silban como balas, estallan como granadas, y tocando á las que todos creían construcciones fuertes, las hacen sonar á hueco y las pulverizan.

Y los muertos, y los fantasmas que allí reinaban, se espantan y huyen. Y la luz viva, que vivifica, hiere los ojos, acostumbrados á la obscuridad, de aquellos mismos á quienes viene á dar más Vida. Porque tú eres MADRE DE LAS TEMPESTADES NECESARIAS, que todo lo purifican y renuevan, oh SOLEDAD BIENHECHORA; tú eres la COLABORADORA INDISPENSABLE de las grandes ideas que han dirigido el Mundo de los Hombres. Tú has muerto y echado al viento las cenizas de todo lo que parecía Eterno é indestructible. Y has contribuido á la Creación de las obras más maravillosas. Hasta, según cuentan los Sagrados libros de Judea, Jehová estaba contigo cuando creó la Luz, el Sol, el Mundo y las Estrellas.

Los que no se hallan bien en tu compañía, es que son vacíos, falsos, estériles, ó de aquellos que no pueden tolerarse ni á sí mismos. Pero contigo están á su placer los grandes productores, los fecundos, todos aquellos que llevan un

mundo dentro de su alma, ó que tienen un alma que por sí sola vale un mundo.

Estando contigo, lo he visto todo claro hasta de noche y en la obscuridad más profunda. No, y no he necesitado de luz alguna, pues me ha bastado con la que yo llevaba dentro. Así, yo he hablado con los que han sido tus amantes, y aun hablo con ellos, y todo me lo cuentan. Los Grandes del pasado me han dicho cómo estando contigo se les ha ensanchado el alma. Gracias á ti, siempre que quiero, con ellos deporto.

La pasada noche, conversé con el Emperador Juliano sobre el fin de los dioses de Grecia y Roma, y de la obscuridad que, viniendo de Oriente, invadió el Mundo Antiguo occidental, tan luminoso y bello. Ve si la obscuridad y el tedio fueron grandes, que, según me dijo, hasta el cantar volviése triste, el Hijo muerto del Dios de Israel vino á reinar sobre la tierra, y el ideal del Hombre fué el suplicio.

Los Héroes que pasaron, gracias á ti, todo me lo comunican; no tienen para mí ningún secreto, pues esto y contigo tal como ellos estaban. ¡Sí! contigo, la ETERNA!, que acoges á todos los heridos de la lucha y les das nuevo aliento, les confortas y los curas.

Tú, ¡oh SOLEDAD REVELADORA!, tú eres la que

me has revelado la esencia de las cosas al hacerme ver que todo no es mas que apariencia, y que ésta es la sola realidad por nosotros cognoscible. Tú me has dicho que la ciencia no encuentra la verdad, sino que descubre más grande que nunca, en último término, después de las series de fenómenos más ó menos comprensibles, el Eterno Misterio, que tanto cuanto más retrocede, más se agranda y se levanta.

Contigo he aprendido á ver que los más grandes tiranos los llevamos dentro. Vencidos éstos, el yo *Unico* vence la Naturaleza, y sólo así puede ser libre. Y la mayor parte de tales tiranos, cuyo yugo nos oprime, son muertos; nos subyugan por su peso, por la inercia. Nuestro esfuerzo ha de ser sólo para echarlos. Una vez fuera, nuestro ser fructificará con libertad completa. No hay ningún libro en el mundo que me haya hecho pensar lo que tú, ¡oh PROFUNDA INSPIRADORA!

Tú me has mostrado cuál es la fuente de todo derecho, de todo valor sobre la Tierra: tal es la Vida. Y la he visto como energía, instinto siempre creciente de sobrepujarse á sí misma, como impulso de producción, como evolución perpetua. Y he dicho: «¡adelante, y siempre más alto!» Y, avisado por ti, me he lanzado á la pelea en

medio de la batalla, creyéndome mucho más fuerte que la Muerte, es decir, invencible, ya que tú me habías consagrado separado de los demás al declararme *Unico*.

¡Qué BELLA eres, SOLEDAD, cuando estoy contigo en la serena noche, con el manto de estrellas todo punteado de brillantes y lejanos soles, con el joyel de la Luna! ¡Sin hablar, todo me lo comunicas, porque todo habla en ti para el que bien sabe escuchar en el gran reposo de tu hermano el Silencio!

Contigo he vivido feliz: en tu seno he de morir cuando esto sea. Así no desmentiré mi Vida heroica!»

II

EL SILENCIO

El hombre superior, subiendo la Montaña del Conocimiento, encontró á los que descendían de ella: parecían rebaños conducidos por pastores sin cabeza, ó por lobos disfrazados. Su gritería incoherente le aturdía: trató de dirigirles la voz para que volvieran de camino y le siguieran hacia arriba. Pero ellos le apostrofaron y continuaron bajando hasta hallarse al nivel del bajo

suelo. Entonces él, con el alma dolorida, llegado ya á las alturas, sentóse á la sombra del frondoso árbol *Igdrasil*, el árbol de la vida, y fué presa de las siguientes meditaciones:

«La facultad de sentir el dolor y de dominarlo, para hacerlo desaparecer ó para oponerse á él: he aquí la cualidad del Héroe. Y hay que ser Héroe para bregar con los insignificantes, con los superfluos, con la subhumanidad, que es la mayoría.

El dolor es y ha sido siempre lo que ha impulsado el Progreso; el dolor, ó sea el grito de alerta que nos da nuestro organismo cuando se siente amenazado de muerte ó de menos Vida, es lo que hace que tendamos á una Vida superior. ¡Ay del que no sienta el dolor, ó del que lo sienta y no reaccione!

Pero la acción que el dolor provoca es tanto más fuerte cuanto más se incuba, cuanto más se acumula, cuanto más hondamente se elabora. Lo que se pierde en chispas nunca explota.

De aquí el que todo gran acontecimiento, todo gran acto, toda grande obra, debe ser concebida en el Silencio y en el seno de la Soledad augusta.

¡Cuando los déspotas, los tiranos, imponen silencio á las ideas, arman y hacen fuerte al oprimido, sin saberlo!

El Silencio es el signo de todo lo que un Hombre verdadero puede llevar á cabo. El Silencio es la más elocuente revelación de la fuerza que llevamos dentro. El Silencio es el elemento en que todas las grandes cosas se han concebido, han germinado y se han hecho, antes de salir á la luz del día. En él se forjan y se coordinan para salir acabados y majestuosos al aire libre de la Vida. El hijo es concebido en el Silencio, y en el silencio del vientre maternal se va formando y se desarrolla. El árbol sale de la semilla en el silencio, del seno de la tierra. Y cuando sale y lo ven, ya hacía tiempo que allí se organizaba. La obra de Arte es meditada y hecha en el Silencio del taller, y la de Ciencia en el Silencio del laboratorio. En el Silencio de la noche se maduran las ideas que están destinadas á conmover el mundo al siguiente día. ¡Qué selección más profunda la que elaboran la Soledad y el Silencio, esos dos elementos sin los cuales no serían las grandes cosas! Ellos barren lo malo, derriban lo viejo, preparan lo mejor. El pensamiento no hace su superior labor mas que en el Silencio. No el Silencio de la parálisis, de la Muerte, sino en el de la Vida, latente dentro de la conciencia. *«Que tu mano izquierda ignore lo que se prepare á hacer tu mano derecha»*, decía Pedro

el Grande de Aragón. «*Desconfiad de los habladores, que ellos han de perder á nuestro pueblo*», había escrito Mahoma. En todas las grandes cosas de la Tierra, hay un silencio mucho más elocuente que ningún discurso. Lo que se esparce en palabras, se evapora, y pierde fuerza. Los tontos hablan hasta de aquello que no vale la pena de que se hable de ello, ó de lo que debería olvidarse. La Historia habladora no nos cuenta casi mas que aquello que no debería ser contado, lo que no cuenta para nada, para nada que sea Vida. Crímenes, miserias, devastaciones, dinastías, todo lo que ha privado de vivificarse al planeta, todo lo que ha sido obstáculo al gran trabajo humano. Nunca la Vida y el propio trabajo. Si uno considera lo que se prodiga y se pierde en migajas, en palabras sin sentido, ó de sentido bajo, ó sobre acciones mezquinas, entonces se apasiona y comprende el Gran Imperio del Silencio.

No os fieis de todo lo que trinca y suena, al presentarse con sonido de cascabeles, ó como las detonaciones de una *traca*. Es un coche que pasa conduciendo á alguna insignificancia pretenciosa, ó un chiquillo mal educado, que se entretiene en asustar á los que trabajan.

Los hombres nobles, callados, dispersos por

aquí y por allí, cada cual en su respectivo reino del espíritu, pensando silenciosamente, obrando silenciosamente, sin que de ellos hable ningún periódico de la mañana, ni ninguna hoja de la tarde: estos son los que preparan la Vida Nueva. Son el Oro de la Tierra, que está escondido dentro de la mina. Son el brillante que, siendo todo carbón, tal como los demás carbones, no se parte, ni se pulveriza, y brilla en cuanto lo tallan, deslumbrando, al mismo tiempo al que lo talla; porque ha cristalizado en el Silencio de los siglos. Es un carbón inmortal.

Un país que no tiene hombres de éstos, no es un país. El que los posee, por bajo que parezca hallarse, por caído que esté, está á la víspera de su engrandecimiento. Un bosque sin raíces, no es concebible. Mas en un campo sembrado nadie observa nada, y, no obstante, lleva todo un bosque dentro.

¡Desgraciado del Hombre, si no tuviese más de lo que decir se puede!

El Silencio, el Gran Imperio del Silencio, más alto que el Cielo, más profundo que la Muerte el Gran Silencio incomparable, preñado de los gérmenes de la vida... ¡Él sólo es fecundo! Él sólo es Grande!»

III

LA NOCHE

La Noche iba llegando, y las cosas visibles se iban obscureciendo, perdiendo sus contornos y desapareciendo poco á poco.

El Hombre estaba pensativo. La Luna, como un gran disco de fuego, salió por encima de un bosque de pinos, y, elevándose pausada y majestuosamente, empezó á iluminar con sus rayos débiles las masas de la Naturaleza.

El Hombre levanta la cabeza, respira el aire fresco, contempla admirado el espectáculo y exclama:

«¡Oh NOCHE! Tú eres uno de los grandes estados pasivos que vivifican. Tú eres la ausencia del Sol, como el Silencio es la ausencia de la Palabra, y la Soledad la ausencia de los Hom- bres. Pero eres de estos estados pasivos-negati- vos en los que se engendra y se germina, en los que la fuerza crece.

Tú haces callar todo lo que nada nos importa oír ni que sea oído. Tú borras las formas feas, importunas, exageradas ó duras y angulosas en demasía; y todo lo suavizas, lo armonizas y di- fumas. Y el Espíritu, no excitado por la gritería de todo lo que chilla y rebulle y desentona en el

mundo que Tú desvaneces, puede entregarse libremente á sus meditaciones profundas y tranquilas.

Así que te presentas, las impresiones que de los objetos recibimos se transforman, ó las transformo yo á mi antojo siempre que quiero; y mi poder crece y se ensancha, pues puedo hacer que comparezcan sólo aquellas que me convienen y en el lugar que me place, y tantas ó tan pocas como yo necesite.

El viento sopla y murmura, y se arrastra buscando las cosas que ya han desaparecido; y se lamenta y gruñe quejumbrosamente como si no las encontrara mas que como obstáculos.

Pero yo hago que aparezcan mediante la mágica invocación de los Arios, obligando á que venga en mi ayuda el dios Fuego, padre de la Luz divina. Y la Luz me vuelve á crear la Creación tal como la quiero, del color que la deseo, intensificándome los objetos que me es necesario que comparezcan en el primer plano de mi visión interna. Y de este presente de un Titán, tú, ¡oh NOCHE!, eres quien me hace apreciar las grandes ventajas. ¡Oh generoso Prometeo! ¡Bendito seas, que gracias á tu don tengo el poder de evocar las cosas! Y ¡bendita seas Tú también, oh NOCHE BIENHECHORA!, porque me suprimes las

cosas que me son innecesarias, nocivas ó molestas.

Tú también tienes tus albores, ¡oh NOCHE SERENA!, tu claridad suave y tranquila, que mitiga las excitaciones nerviosas. Tú evocas la Luna, que silenciosa sale á vernos, y que nos envía magnánima la luz que del Sol recibe cuando éste no nos la da directamente, y así nos muestras una creación mucho más idealizada. Y las almas sedientas de poesía salen á respirarla á pulmones llenos y se sienten amorosas.

Y la plácida Luna y los millones de diamantes que palpitan en tu inmenso azul oscuro forman una sinfonía que incita los corazones á que se amen. Y las almas enamoradas se juntan y se confunden, y los cuerpos se enlazan y, en mil besos de fuego, se comunican sus mutuas energías, formándose así, de dos, aquel Ser único de los primeros Evangelistas *mite are, mite thilu*.

Y, mientras tú reinas, los grandes solitarios que aman algo más grande que un ser de la otra mitad de nuestra especie dejan que su corazón se dilate, soñando en universales armonías, y preparan su Buena Nueva del Amor Humano ó del Amor Universal, para los futuros estados, ya que, en suma, el Universo es sólo Amor y Sabiduría.

Y esta lección de Amor eres Tú, ¡oh NOCHE CLARA!, quien nos la enseña, con tus millones de soles por segundo, y con tus billones de astros, que si se sostienen siguiendo la vía de sus órbitas, si ruedan é iluminan, si tienen organización y vida, es por la gravitación, nombre que los astrónomos han dado al inmenso amor Divino, que empuja sin cesar los Universos en su ruta infinita.

¡Oh NOCHE INSPIRADORA DE AMOR! Tú siempre lo has inspirado á los corazones inmensos. El buen Jesús, cuando tú llegabas sobre la Tierra, oraba por los Hombres, y el dulce San Francisco por los Hombres, los animales y las plantas.

Y, así como infundes Amor, ayudas también á la Sabiduría.

¡Oh NOCHE TRANQUILA! Todo calla durante tu reinado; todo, menos el cierzo, que se insinúa y gime, y las fuentes, que borbotean. Y los espíritus grandes, que son también fuentes de creación continua, manan con más abundancia y desparraman más fecunda y profundamente la creación de su alma.

Gracias á Ti, los Genios se comunican, y vienen al mismo tiempo los de todas las épocas y de todos los países, y se dicen cosas que el común de los mortales jamás ha oído. Y Tú los

evocas; y el que elabora el nuevo Espíritu, el nuevo Evangelio, puede penetrarse de su alma.

Tú, ¡Oh NOCHE EVOCADORA!, eres la Madre de un nuevo mundo, de un mundo fantástico, mucho mejor á veces que el mundo real del día: el mundo de los Sueños. Y si hay Sueños enervadores y malos, sombras y pesadillas, como que son tus ficciones, cuando te vas te los llevas contigo y nos libras de ellos; y si son sueños de ilusión, sueños dichosos, aunque contigo se desvanezcan, nos dejan algo así como una esencia, un aroma, que perfuma todo nuestro ser al siguiente día. ¡Y es tan bello soñar!... Mira: en tu reinado he soñado despierto; he sido feliz; he hecho mis más grandes cosas.

¡Tú eres la prueba de los corazones fuertes, ¡oh NOCHE SOLEMNE! Cuando tú reinas tienen miedo y tiemblan todos los que carecen de un ánimo esforzado y una bien templada conciencia. Pero los fuertes, los magnánimos, los que en ellos llevan la luz de la energía interna, no se acobardan ni andan á tientas. Los aspectos dramáticos con que presentas al mundo, les extasían; tus negruras y obscuridades les dan serenidad de espíritu, y hasta en tus tempestades se dilata su pecho y respiran más ancho y hondo,

porque tú eres la prueba de los valientes de cuerpo y alma.

¿Cómo sin ti podrían librarse de los déspotas los proscriptos, los que huyen de la persecución y la tiranía, los que urden las libertadoras revoluciones? Si durante tu Imperio merodean los ladrones y los asesinos, como las hienas y los chacales alrededor de los cementerios, también das prudencia á todos y les avisas para que se pongan en guardia y cierren bien las puertas... que al fin la Vida es lucha, y el interior humano fortaleza inexpugnable. Al que pretenda violarlo, mávalo: tienes derecho á ello.

Con tu refrigerante soplo nos calmas el ardor que el Sol nos ha dejado, ese calor malsano y bochornoso, padre de las infecciones, las fiebres y las epidemias; menguas las congojas, la sangre se atempera y viene la calma.

Todos los seres inteligentes, los grandes sensitivos, las almas artistas, encuéntranse en su elemento cuando Tú llegas. Su imaginación se siente más libre, su fantasía vuela tan lejos como le es posible, sin hallar nada que la limite.

Tú haces dormir, ¡oh NOCHE REPARADORA!, y traes consejo, y rehaces todos los organismos vivos que en la Tierra palpitan. Y tanto si su trabajo es mucho como poco ó ninguno, todos

los seres descansan en tu seno, y le abandonan nuevos y fortalecidos al llegar el día.

Y á los que no duermen, á los que inspirados velan, para pensar ó amar, en cuanto te vas les dejas como precioso legado el sueño, que, al venir tú, das á los otros. Y así, por ti, el mundo se reorganiza, continúa, crece y se multiplica, ¡oh GRAN MADRE DE LAS GENERACIONES!, pues que la mayoría de los seres son engendrados y concebidos en tu reino.

¡Gloria á ti, oh NOCHE AUGUSTA; gloria á ti, que atesoras fuerzas para el nuevo día!

POMPEYO GENER

LA CONFESIÓN DE LA PRINCESA BORGHESE

El cardenal Boscano, arzobispo de Demasco, dibujaba su línea severa sobre un moderno sillón Hamstelhoek que había en un ángulo del saloncito holandés de la princesa. Diana Borghe-se había dado un suave encanto especial al aposento aquel del viejo palacio de la rue de Grenelle, donde ella asombraba al rancio mundo del Faubourg y al noble cosmopolitismo de París con el espíritu refinado de treinta generaciones de príncipes, artistas y perversos.

Tiziano, Paolo de Verona y Palma el Viejo hicieron deidad á la más insigne de sus abuelas. Viejos y modernos retratos asomaban sus rostros cortesanos á las paredes. En el muro central,

bajo un agua fuerte de Whistler, había escrito un autógrafo: «The best way to resist á temptation is to give way to it.» Encima, la Primavera del Boticelli presidía la estancia.

Al lado del sillón, donde tronaba el cardenal, la princesa Diana Borghese se arrodillaba ante él. No era la inmediata la sacra mesa eucarística. Unas tazas de Capo dil Monte guardaban restos del té de Ceylán. Unos breves cálices, especie de lacrimatorios de cristal de Praga, conservaban algunas gotas de Rhaki, el amable licor chipriota. Sendas porcelanas tenían inmediatos el plum cake de Oxford y los rojos fragmentos de Raha-lo-kum, la confitura de hojas de rosa por la que enloquecía Amurates V.

La princesa dejaba caer con arte, sobre el tapiz del suelo, los viejos encajes Buranos de Venecia que cubrían su traje, la mejor de las creaciones de Paquín.

La seda del ropón del prelado daba un estríbillo á la conversación sacramental. Diana confesaba. Boscano la miraba con la condescendencia de una vieja cortesana que escucha referir los primeros escarceos de alguna nieta suya.

—Sólo gusto confesar con vos—decía la princesa—. Un antepasado vuestro bendecía los amores dei Ariosto con una antepasada mía.

—Podrías confesar lo mismo con cualquier otro—la respondió el cardenal—. Los sacerdotes tenemos algo de femenino en el espíritu, como en el traje.

—Y las mujeres tenemos también algo de sacerdotal. Cuando tomamos en serio un amor, inventamos una liturgia para uso exclusivo de nuestras almas. Y hasta queremos hacer la propaganda del culto. Si no sabemos guardar ningún secreto, el de nuestros amores menos que ninguno. ¡Si vierais que siento un placer al confesaros mis tristezas!

—Seguid, seguid, princesa. Decís que le amáis mucho.

—¡Oh, sí! Tiene un bello nombre, digno de haberse escrito en tablas de mármol por Petronio, y proclamado divo desde lo alto del Capitolio. Es un bello pecado, cardenal. Pudo haber sido el Antinoo de la Villa Adriana, y pudo haber sido el San Sebastián de Guido Reni. Cardenal, es muy bello el nombre de mi pecado.

—Pecado de demoniidad, pues que pecáis con el deseo y con la vista. Creéis que soñáis con él, y es un incubo el que perturba vuestro sueño. Es el demonio que os tienta.

—Pues os aseguro que es un demonio muy hermoso, y que, por mi desgracia, no me ha

tentado todavía. Monseñor, estoy triste. Es una de esas pasiones grandes y miserables que nacen, viven y mueren; es decir, que no mueren, que siguen viviendo, escondiéndose de sí mismas, y como avergonzadas de su ser... Esas tristes pasiones que el mundo nos obliga á enterrar en vida sin acompañarlas siquiera con un resposno de dolor.

—¿Será posible, princesa, que estéis verdaderamente enamorada?

—Ay, sí. Pero lo que me indigna es que una mujer de mundo como yo tenga que inquietarse ante esa criatura. He vuelto al estado de colegiala.

—Probad á huír de vuestro Antinoo.

—Es inútil, monseñor. Cuando más quiero huír de él, más me le encuentro en todas partes. En las logias del Vaticano, en la galería degli Uffizzi y en el palacio Pitti de Florencia nos veíamos á diario. Una insigne abuela mía, retratada por el Pordenone de Padua, nos ha visto juntos ante ella muchas veces. En la Cote d'Azur le vi siempre á mi lado en el Riviera Palace. Si yo acudía á la gran sala de juego de un casino, allí aparecía también él. Aquí todas las tardes le veo, á la bella hora del crepúsculo, en el parque de los Cielamenes. El ama como yo la bella

hora del crepúsculo. Y ama ese parque de los Ciclamenes, con sus avenidas misteriosas y sus lagos encantados, que reflejan alcázares de diamante.

—Os recreáis en vuestro pecado, princesa. Yo no puedo absolveros. Y aun creo que le amáis por snobismo, y por un falso amor á la belleza.

—Monseñor, le amo tan enormemente, que por nada en el mundo consentiría en hacerle mi marido.

—Ahora creo, princesa, que estáis verdaderamente enamorada.

—¿Queréis que no le vea más? Seré fuerte. No le veré.

—Os absuelvo.

—¿Qué penitencia me imponéis?

—Vuestro pecado mismo. Seguid viéndole de lejos todos los días.

Pasó un momento, y por cada una de las puertas del salón se oyó un murmullo de encajes y de sedas. Al poco rato la princesa sola volvió á aparecer tocada con un exquisito Lewis, las manos hundidas en el gran manguito de zibelina y ciñendo á su cuerpo la opulenta estola de Chinchilla, regalo de lady Curzon, la virreina de la India. Un rayo vespertino vertíase oblicuo sobre la Primavera del Boticelli, y la princesa miró

curiosamente al pasar, el pensamiento del poeta inglés bajo el agua fuerte de Whistler. «The best way to resist á temptation is to give way to it.» El mejor medio de resistir á una tentación, es ceder á ella. «¡Si eso pudiera ser!», pensó.

Salía, y oyó la voz de Ketty Astor, que venía á verla. No la había encontrado el día anterior en Auteuil, ni en el Nuevo Circo, y quería saber nuevas suyas. «No te entretengo; me voy», decía. «Ya he visto que tu eléctrico te espera. ¿Vas á la capilla de los Rohan?»

Y la princesa, sin detenerse, arrastrando toda una fortuna de Alençon y de Buranos, la respondía según andaba: «No me entretengas; se acerca la bella hora del crepúsculo. Mi eléctrico me lleva al parque de los Ciclamenes. Voy á cumplir una penitencia.»

PEDRO DE RÉPIDE

APUNTES, PARÁBOLAS, PROVERBIOS Y CANTARES

I

Pensar el mundo es como hacerlo nuevo
de la sombra ó la nada, desustanciado y frío.

Bueno es pensar, decolorar el huevo
universal, sorberlo hasta el vacío.

Pensar: borrar primero y dibujar después,
y quien borrar no sabe camina en cuatro pies.

*Una neblina opaca confunde toda cosa:
el monte, el mar, el pino, el pájaro, la rosa.*

Pitágoras alarga á Cartesius la mano.

Es la extensión sustancia del universo humano.

*Y sobre el lienzo blanco ó la pizarra oscura
se pinta, en blanco ó negro, la cifra ó la figura.*

Yo pienso. (*Un hombre arroja una traña al mar
y la saca vacía; no ha logrado pescar.*)

«No tiene el pensamiento trañas sino amarras;
las cosas obedecen al peso de las garras»,
*exclama, y luego dice: «Aunque las presas son,
lo mismo que las garras, pura figuración.»*
*Sobre la blanca arena, aparece un caimán
que muerde ahincadamente en el bronce de Kant.*
Tus formas, tus principios y tus categorías,
redes que el mar escupe, enjutas y vacías.
*Kratilo ha sonreído y arrugado Zenón
el ceño, adivinando á M. de Bergsón.*
Puedes coger cenizas del fuego heraclitano,
mas no apuñar la onda que fluye, con tu mano.
Vuestras retortas, sabios, sólo destilan heces.
¡Oh, machacad zurrapas en vuestros almiraces!
Medir las vivas aguas del mundo... ¡desvarío!
Entre las dos agujas de tu compás va el río.
La realidá es la vida, fugaz, funambulesca,
el cigarrón voltario, el pez que nadie pesca.
Si quieres saber algo del mar, vuelve otra vez,
un poco pescador y un tanto pez.
En la barra del puerto bate la marejada,
y todo el mar resuena como una carcajada.
Sobre la limpia arena, en el tartesio llano
por donde acaba España y sigue el mar,
hay dos hombres que apoyan la cabeza en la mano;
uno duerme, y el otro parece meditar.
El uno, en la mañana de tibia primavera,

junto á la mar tranquila,
ha puesto entre sus ojos y el mar que reverbera,
los párpados, que borran el mar en la pupila.
Y se ha dormido, y sueña con el pastor Proteo,
que sabe los rebaños del marino guardar;
y sueña que le llaman las hijas de Nereo,
y ha oído los caballos de Poseidón hablar.
El otro mira al agua. Su pensamiento flota;
hijo del mar, navega — ó se pone á volar.
Su pensamiento tiene un vuelo de gaviota,
que ha visto un pez de plata en el agua saltar.
Y piensa: «Es esta vida una ilusión marina
de un pescador que un día ya no puede pescar.»
El soñador ha visto que el mar se le ilumina,
y sueña que es la muerte una ilusión del mar.

ANTONIO MACHADO

Sanlúcar de Barrameda, 1915.

LA FILOSOFÍA CIENTÍFICA EN LA ORGANIZACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES

I.—EVOLUCIÓN DE LA CULTURA

Como resultado natural de su experiencia, una sociedad adquiere en cada época «sistemas de ideas generales», que influyen de una manera homogénea sobre el pensamiento colectivo y son aplicados á la solución de los problemas que más vitalmente la interesan.

Ese conjunto de ideas generales constituye su filosofía y presenta varios aspectos. En primer lugar es un «cuerpo de doctrinas», en el que sintetizan las verdades fundadas en la expe-

riencia; en segundo lugar es un «plan normativo», que establece los medios de conducta individual y de acción social; en tercer lugar es una «previsión de ideales», que elabora futuros perfeccionamientos derivados de la experiencia actual.

La extensión de las doctrinas, normas é ideales que constituyen la filosofía de una sociedad, representa la «cultura social» de un pueblo. En las naciones civilizadas contemporáneas esa cultura tiende á organizarse en las Universidades, que son sus instrumentos naturales de aplicación á los problemas vitales de la sociedad.

Tal es la aspiración de toda Universidad moderna: ser un instrumento de acción social. Pero es indudable que la organización actual de casi todas las Universidades (y especialmente de las hispano-americanas) no llena ese objeto, por dos causas: primera, no responden al sistema de ideas generales que resulta de las ciencias contemporáneas; segunda, no están especialmente adaptadas á las sociedades en que funcionan.

Podemos expresar mejor estas ideas diciendo que en el plan corriente de las Universidades no caben los nuevos sistemas de ideas generales, y que cada Universidad no llena las funciones culturales más necesarias en su propia sociedad.

El siglo XIX ha introducido en todos los órdenes del saber humano el principio de la evolución, aplicable por igual á todos los fenómenos que son objeto de la experiencia actual y á todas las hipótesis que sirven de fundamentos á los ideales futuros. La cultura social está sujeta á ese mismo principio. Sabemos, ciertamente, que nuevos resultados de la experiencia aumentan sin cesar el capital del saber humano, sirviendo á la mejor adaptación del hombre á las partes de corteza terrestre propicias á su existencia y multiplicación. Verdades nuevas rectifican sin cesar á las viejas y aumentan la eficacia humana para la vida social, permitiendo un mejor conocimiento y uso de las fuerzas naturales en beneficio de la sociedad.

Esta evolución de la cultura humana no ha sido continua en el tiempo ni simultánea en el espacio. Cada época ha renovado más ó menos totalmente la cultura de los precedentes; cada sociedad ha impreso variaciones especiales á esa renovación.

A su vez, cada «sistema de ideas» ha correspondido á un orden social: ha nacido y servido «en función de su medio». Los grandes cambios sociológicos han coincidido con variaciones en los sistemas de ideas. El advenimiento de nue-

vas condiciones sociales ha traído la decadencia de los que ya no correspondían al nuevo aumento de la experiencia y se habían transformado en rutinas mentales.

La crisis universal contemporánea prepara acontecimientos que influirán en la transmutación de la cultura, iniciada hace más de un siglo, en vísperas de la revolución francesa. En las naciones de civilización blanca, la sociedad feudal y la cultura teológica han luchado contra la sociedad democrática y la cultura científica. La lucha secular iniciada en el Renacimiento, y que se continuará todavía durante muchas décadas ó siglos, ha pasado por grandes alternativas, en que han chocado opuestos «sistemas de ideas» y en que se han inventado los más absurdos eclecticismos para conciliar lo viejo con lo nuevo, el dogmatismo fundado en el absurdo y las ciencias fundadas en la experiencia.

Es legítimo pensar que en los diez ó veinte años que seguirán á la actual crisis de la civilización blanca se acentuará más definidamente el predominio de la cultura científica moderna sobre la cultura teológica medioeval.

¿Cómo será la renovación general de la cultura humana? ¿Cuáles sus direcciones generales y sintéticas, es decir, su filosofía? ¿De qué manera

tendrán que evolucionar las Universidades para ser la expresión organizada de la nueva cultura y de la nueva filosofía?

Quien dice cultura nueva, dice nueva Universidad: con nuevos planes, con nuevos métodos, con nuevas aplicaciones.

En su casi totalidad, las Universidades hispano-americanas son inactuales por su espíritu y exóticas por su organización. Han sido constituidas imitando modelos viejos y conservan el rastro de la cultura medioeval europea.

Justo es reconocer que, en muchas de ellas, las Facultades que se destinan á la formación de profesionales están excelentemente organizadas, y producen abogados, ingenieros, médicos, etcétera, cuya preparación es muy completa. Pero lo que ha desaparecido, al mismo tiempo que se han desenvuelto esas excelentes Facultades, es la Universidad: actualmente no existe una organización de las escuelas especiales de acuerdo con un «sistema de ideas generales» que sea actual (es decir, científico) y social (es decir, americano).

La Universidad debe ser una entidad viva, pensante, actuante, capaz de imprimir un rumbo á la enseñanza especial de todas sus escuelas; en la actualidad, en casi todo el mundo, la Univer-

sidad es un simple engranaje administrativo, parásito de las Facultades especiales. Creo innecesario insistir sobre la diferencia que existe entre una dirección moral y científica y un mecanismo decorativo y burocrático.

Con excepción de las relaciones administrativas, las Facultades especiales son autónomas de hecho. Cada Facultad aislada, solamente llega á interesarse por un aspecto particular de las cosas y de las ciencias, mirando un fragmento del saber total, un lado de la vida social, y siempre con el criterio incompleto del especialista ó del profesional. Se desconoce el trabajo ajeno y no se sospecha la posibilidad de una colaboración. Se olvida que cada grupo de ciencias se renueva aprovechando los resultados obtenidos por las ciencias de otros grupos; ignorar el horizonte de los demás importa estrechar considerablemente el horizonte propio. La organización científica de la Universidad debe consistir en la coordinación del trabajo de los Institutos y Facultades especiales conforme á un «sistema de ideas generales», implicando la convergencia de todos los esfuerzos hacia determinados fines. Cuanto más se divide el trabajo, más necesario es conservar el espíritu de síntesis. Y si cada Facultad debe dar la competencia necesaria para ejercer

dignamente una profesión de utilidad social, no debe olvidarse que ella debe ser, al mismo tiempo, la parte de un todo más amplio y más alto, la Universidad, cuya función consiste en fijar principios, direcciones, ideales, que permitan organizar la cultura en servicio de la sociedad.

Las ciencias contemporáneas, al renovar ciertos dominios de la enseñanza pública superior, han violado la vieja arquitectura universitaria sin reemplazarla por otra nueva. Cada Facultad especial, Instituto técnico ó escuela profesional, se ha organizado separadamente, prescindiendo de todas las demás; en cambio, no existe una dirección sintética de la cultura, según el nuevo «sistema de ideas generales» que ha reemplazado al antiguo. El desarrollo de las escuelas particulares ha muerto á la vieja Universidad; pero no ha creado todavía la Universidad nueva; la agrupación de altos estudios que se sigue llamando Universidad no responde ya al sistema de ideas que era propio de la teología medioeval; pero todavía no ha sido organizado de acuerdo con la filosofía científica moderna.

II.—EL PUNTO DE VISTA CIENTÍFICO Y MODERNO

Adoptando un punto de vista estrecho—y

erróneamente llamado práctico—podría decirse que las naciones modernas solamente necesitan buenas escuelas técnicas destinadas á preparar profesionales competentes. Según ese modo de ver, la Universidad sería inútil; bastarían las escuelas autónomas, y habría que trabajar con toda lealtad por la supresión de las Universidades.

No creo que ningún hombre ilustrado se atrevería á sostener ese programa.

Existe la noción de que la Universidad es útil; pero han cambiado radicalmente las ideas relativas á su organización y á su función social. Según el nuevo concepto, las Universidades deben representar el saber organizado y sintetizar las ideas generales de su época; ideas que son productos de la sociedad, derivadas de sus necesidades y aspiraciones.

Para ello la Universidad necesita adaptarse incesantemente á las variaciones de la cultura y de la filosofía; si no lo hace, deja de ser un instrumento útil para la sociedad y para la civilización, y es un obstáculo antes que un instrumento de progreso.

Los viejos «sistemas de ideas», cuya inexactitud está probada, no pueden servir de modelo para construir los sistemas nuevos; sus síntesis

generales carecen de interés constructivo desde que se ha probado la inexactitud de sus elementos constitutivos. No hay error más funesto para la sociedad que confundir la cultura actual con la historia de las culturas precedentes, ó la filosofía actual con la historia de las precedentes filosofías.

Las ideas sobre la Naturaleza, la sociedad y el hombre profesadas en otros siglos correspondían á la experiencia de sus épocas respectivas; las ideas actuales, cimentadas en un caudal de experiencia infinitamente mayor, obligan á plantear y resolver de muy distinta manera todos los problemas naturales, sociales y morales.

Por ese motivo, para que la Universidad pueda cumplir eficazmente su función sintetizadora de la cultura contemporánea, es indispensable que adopte los nuevos puntos de vista de las ciencias y modifique el plan general de su organización.

Estos puntos de vista son absolutamente superfluos para los que siguen llamando Universidades á los grupos administrativos de Facultades é Institutos técnicos especiales. Pero es necesario no olvidar que la dirección de las ideas generales en nuestra época implica un nuevo modo de plantear, tratar y resolver to-

des los problemas sociales y humanos; y semejante cambio definitivo, en todos los órdenes de la cultura, necesita reflejarse sintéticamente sobre la estructura y función de las Universidades.

Los nuevos «sistemas de ideas generales» serán esencialmente antidogmáticos, y su función será esencialmente de aplicación social. Las ciencias físicas procurarán conocer cada vez mejor el sitio de la Tierra entre los otros cuerpos del Universo que sobre ella influyen y el sitio de cada país en la Tierra con relación á los otros países que influyen sobre sus condiciones, como ambiente apropiado á la vida humana; el estudio de la configuración geográfica y de los otros seres vivos que habitan cada región será el fundamento para apreciar las condiciones de existencia de cada raza ó nación humana que la habite: el suelo, la fauna, la flora, son los elementos esenciales para la adaptación y subsistencia de una sociedad humana en una zona cualquiera de la superficie de la Tierra. Las ciencias biológicas darán la noticia exacta de lo que es la Humanidad como especie zoológica y el hombre como individuo de esa especie; ellas enseñarán á conocer el desarrollo de sus funciones psíquicas destinadas á la mejor adaptación y supervivencia

de las variedades y razas que componen la especie. Las ciencias sociales, partiendo de las precedentes, mostrarán las causas y resultados de la asociación de los individuos en la lucha por la vida, el crecimiento de la solidaridad social dentro de cada sociedad y entre las diversas sociedades, la formación de la moral en cada agregado social como resultado de su propia experiencia, y de las hipótesis colectivas sobre el ideal moral, abstractamente representado por la virtud individual y la justicia social.

Fácil es comprender que estos puntos de vista no están dirigidos á propiciar ninguna reforma administrativa, técnica, jerárquica ó burocrática de las Universidades actuales; creo necesario renovar los fundamentos, los métodos y la orientación de todos los elementos de la cultura social, reemplazando el viejo sistema de ideas por el nuevo.

III.—EL PUNTO DE VISTA SOCIOLÓGICO Y AMERICANO

Además del criterio científico y moderno, debemos tener en cuenta el punto de vista nacional para cada Universidad y el punto de vista

americano para todas las de nuestro continente.

Nuestras nacionalidades se constituyen diversamente de las naciones orientales y europeas, en otro medio y con otra amalgama inicial. El ambiente, los elementos étnicos en él refundidos, los orígenes de su cultura, las fuentes de su riqueza, la evolución de sus ideales directivos, todo lo que converge á plasmar una mentalidad nacional, difiere en mucha parte de los modelos conocidos. Por eso la renovación de las ideas generales—incesante en la Humanidad, aunque distinta en cada punto del espacio ó momento del tiempo —se operará en el continente americano con ritmo diverso que en las naciones formadas ó dirigidas por elementos y tradiciones que no son las nuestras.

No implica ello que nos falte una tradición cultural: significa que la existente es pequeña. Y si esto puede ser motivo para no envanecernos del pasado, como acostumbran los que no tienen porvenir, bien podría serlo de regocijo: es de óptimo presagio para un mañana inminente. Nos faltan las malas rutinas y el vicio teológico medioeval que tanto pesan sobre las naciones que están por cerrar su ciclo en la historia humana; tenemos, en cambio, el pie ligero para encaminarnos hacia eras nuevas y ocupar un

puesto de avanzada en la cultura humana, que los siglos renuevan sin descanso.

No tendremos el trabajo de olvidar: lucha agotadora para los que viven del recuerdo. De la experiencia científica contemporánea tomaremos todo lo que sirva, desechando cualquiera filtración dogmática que la contradiga; lo que sea futuro, en el mundo de la experiencia y del ideal, podremos sembrarlo en nuestra virgen mentalidad, libre de ideales muertos que nos impidan sembrar ideales vivos.

Cuando esa hora llegue—que llegará en años ó en siglos—, las nuevas razas americanas tendrán sistemas de ideas generales propios é inconfundibles; y serán sus filósofos aquellos genios que sepan expresar el sentido nuevo de los problemas que siempre estuvieron implicados en toda filosofía: de la nueva experiencia americana saldrán ideas é ideales que constituirán la filosofía propia de estos continentes.

La cultura general de la Humanidad, además de variar de siglo en siglo, se intensifica y especializa diversamente en unos ú otros pueblos; su centro de mayor irradiación nunca ha sido fijo, emigrando de raza en raza, de nación en nación. Los intereses creados en cada sociedad madura se han convertido siempre en obstáculo para el

florecimiento de los intereses nuevos; la verdad imperfecta de ayer se opone á la verdad de hoy, que se opondrá á su vez á la verdad menos imperfecta de mañana. Por eso las sociedades de más reciente formación son las más propicias á los nuevos progresos de la cultura y al advenimiento de los nuevos «sistemas de ideas».

Los problemas de la filosofía son hablados por cada época en un idioma nuevo. Las razas viejas, y sus filósofos, tienen ya su idioma enmohecido y siguen pensando en él; las nuevas, que aun no tienen definido propio, aprenden á pensar en el de su época. En la continuidad de la reflexión humana sobre los grandes problemas filosóficos, que son el coronamiento de la experiencia científica, las razas viejas no consiguen pensar con un idioma nuevo; si lo hacen, no pierden el acento originario, y van pasando la antorcha simbólica á las razas jóvenes, que lo adoptan más fácilmente y en él expresan sus nuevas maneras de pensar, hasta conformarse á un tipo nuevo y crearse «sistemas de ideas» más conformes á la experiencia de su época.

Ninguna sociedad humana ha conservado perennemente la hegemonía de la cultura. La historia de la filosofía remonta hasta las civilizaciones primitivas, toma grandes nombres en Orien-

te, se detiene en Grecia, observa en Roma y asiste al crepúsculo transitorio en que se constituyen las teologías medioevales; renace con el espíritu y los métodos de las ciencias, ora en Italia, ora en Francia; se desenvuelve con solidez en Inglaterra y se abstrae confusamente en Alemania, hasta encontrar un homogéneo equilibrio en la Europa occidental contemporánea, inquietada por el conflicto entre las teologías medioevales que aun perduran y las ciencias modernas que comienzan á consolidarse.

Pero un hecho fundamental aparece en la historia de la civilización en los últimos siglos. Dos grandes corrientes emigratorias de razas blancas europeas consiguen arraigarse en el continente americano, ocupando sus zonas templadas; los europeos blancos desalojan á los indígenas de color é inician la formación de razas y nacionalidades nuevas, confinando poco á poco á las razas autóctonas en las regiones intertropicales. Esos dos gajos de la civilización europea, adaptados á nuevas condiciones del medio, engendran variedades de las razas blancas originarias; variedades que andando el tiempo se definirán como nuevas razas americanas.

Primera en constituirse, la septentrional crea en los Estados Unidos un poderoso centro de ci-

vilización, con una nueva manera de pensar, con nuevos «sistemas de ideas» que caracterizan una nueva cultura y contienen implícitamente los elementos de una nueva filosofía. Con el cetro de la civilización blanca recogen ellos la antorcha simbólica; su raza en formación encuentra «sentidos nuevos» á los problemas filosóficos: con Emerson la religión naturalista del ideal moral, con James la adaptación de la verdad en función de su tiempo y de su medio social, etc.

Hay también otra raza blanca en formación, distinta de ella, en la zona templada de la América meridional. Cuando haya afirmado sus características, hoy apenas esbozadas, ¿por qué no dará algún «sentido nuevo» al pensamiento humano, planteando ó resolviendo originalmente algunos de los problemas filosóficos que en todo tiempo han inquietado á la Humanidad?

En las nuevas razas americanas no han arraigado gérmenes seniles; sus manos están libres para, en la hora oportuna, asir la antorcha de la cultura venidera. Cuando ellas lleguen á consolidar su nuevo tipo de cultura, elaborando nuevos sistemas de ideas generales, habrá en sus doctrinas, á no dudarlo, algo nuevo y que les será exclusivo: el espíritu «americano», en el que podrán distinguirse matices particulares según

los climas y las nacionalidades, que serán variedades de adaptación á las diferencias del ambiente natural y social.

No quiere esto decir que todo podrá ser original en el tipo de su cultura y en el pensamiento de sus filósofos: significa, simplemente, que toda nueva raza ó sociedad plantea constantemente problemas que le son propios y modos de ver que la distinguen, fundándose en las peculiaridades inherentes á su experiencia propia. No hay, sin duda, una ciencia europea y otra americana, una verdad distinta para cada raza, una cultura y una síntesis filosófica específica de cada continente; el conocimiento sintético de la naturaleza en que vivimos y la elaboración de ideales humanos como resultado último de la experiencia, son una obra de progresiva integración, en la que se suma el esfuerzo de todas las razas de todos los tiempos. Pero los aspectos experimentales é ideales de la cultura humana se presentan diversamente, según el punto de vista desde donde se los observa; su función es distinta en cada medio, é impulsa desigualmente á plantear y resolver problemas que en cada raza ó sociedad son distintos; por eso cada una, al constituir su mentalidad propia, al construir su «sistema de ideas generales», orienta en algún

sentido nuevo la común sabiduría de su época. Concebimos, pues, los «ideales americanos» como el sentido nuevo que las razas blancas nacientes en estas partes del mundo podrán imprimir á la experiencia y á los ideales de la Humanidad.

IV.—DIRECCIONES GENERALES DE LA FILOSOFÍA CIENTÍFICA

Las nuevas nacionalidades que se están formando en América se encuentran en condiciones favorables para asimilar la cultura científica; constituídas al acentuarse la declinación del feudalismo europeo, pueden adoptar en la dirección de sus altos estudios un criterio filosófico radicalmente distinto del europeo que se formó en la Edad Media.

Las Humanidades clásicas tendían á ejercitar el ingenio en una elegante gimnasia espiritual; juego de imaginación y de retórica que se desarrollaba principalmente en el comentario y la glosa del pensamiento, llamado clásico, de los antiguos. Ese culto de lo que otros hombres pensaron en otro tiempo y en otro medio impedía hacer de nuevo lo que ellos habían hecho: construir el saber sobre las ciencias de su época. Y

el objeto esencial de ese viejo humanismo no era enseñar á pensar bien, observando y experimentando, sino enseñar á hablar bien sobre lo que otros pensaron, sin pensar por cuenta propia, sin observar ni experimentar.

Los problemas de la Naturaleza y de la sociedad, que las viejas Humanidades planteaban con sofismas y resolvían con palabras hábilmente evasivas, pueden hoy plantearse y resolverse con otros criterios y con otros métodos. Las ciencias físicas, sociales y biológicas han renovado toda nuestra concepción del Universo, de la sociedad y del hombre; los problemas, planteados ahora de muy distinto modo, exigen ser estudiados por espíritus científicos, es decir, por hombres que tengan un sentido de la verdad fundado en la experiencia, que deseen conocerla de manera clara y exacta, y que sepan utilizar los métodos menos inseguros para alcanzarla en cada dominio.

Este nuevo tipo de cultura consolidará necesariamente una filosofía esencialmente científica é imprimirá nuevos caracteres á la Universidad, permitiendo unificar las ideas generales de las ciencias y restaurar las síntesis filosóficas de conformidad con los resultados de la experiencia actual.

Esa renovación es indispensable para ordenar eficazmente los dominios particulares de la Universidad, representados por sus Altas Escuelas Técnicas y sus Facultades. La nueva orientación general, el nuevo «sistema de ideas» es lo esencial; de otro modo, las partes procurarán en vano ir hacia adelante, mientras el conjunto se mueve hacia atrás ó permanece estacionario.

Cuando hablamos de un nuevo tipo de cultura como base de una nueva organización de la Universidad, nos referimos á principios generales bien definidos. Las palabras «filosofía científica» implican una afirmación de criterios, de métodos y de ideales absolutamente distintos de los profesados por las filosofías especulativas, místicas ó literarias de todos los tiempos. Y sería absurdo seguir diciendo que una Universidad debe ser el reflejo de una idea ó de un pensamiento general, mientras no se comience por afirmar netamente cuál es la idea ó el pensamiento que debe servirle de base y de armazón.

La nueva filosofía que surge del desarrollo científico contemporáneo está llamada á transformar el concepto, el plan y el método de la precedente. En la actualidad sería absurda la pretensión de cultivar la filosofía ignorando los resultados generales de las ciencias; por tal ca-

mino la convertiríamos en estéril gimnasia dialéctica ó en pura fantasía literaria.

La cultura moderna, al cambiar los fundamentos de la antigua filosofía especulativa, no niega sus grandes faenas: los plantea de otra manera. No cierra los ojos ante las cuestiones insolubles: se acerca á ellas por caminos más seguros. No busca las verdades lejanas de la experiencia siguiendo métodos falsos y guiada por premisas indemostradas: concibe la filosofía *sobre* las ciencias, y nunca *fuera* de las ciencias. Y si á sus problemas y cuestiones conviniera reservar el nombre de metafísica, la filosofía científica aspiraría á constituirse como una simple y pura metafísica de la experiencia.

Las conclusiones más generales de la experiencia científica son la premisa natural de toda elaboración filosófica; los datos de las ciencias físicas, biológicas y sociales nos permitirán transmutar radicalmente los géneros clásicos de la filosofía.

La formación de ideas generales en una raza ó en un filósofo es un resultado natural y progresivamente adquirido. La experiencia no se improvisa, ni pueden improvisarse sus conclusiones: ella pone sus bases en la observación y el experimento, que han permitido la constitu-

ción de las ciencias de la Naturaleza desde que los renacentistas se emanciparon del dogmatismo teológico. Los ideales — faros de toda evolución cultural — son anticipaciones hipotéticas sobre los resultados de la experiencia venidera, tanto más legítimos y eficaces cuanto mayor es su fundamento en la presente. Un ideal es un esfuerzo imaginativo hacia la perfección, y ésta es aquella parte del presente que sobrevive para seguir evolucionando en el porvenir.

Afirmamos el valor de los métodos científicos para dar una inseguridad cada vez menor á nuestro conocimiento del medio en que vivimos; y donde las ciencias no llegan, partiendo de sus últimos resultados, procuramos explicar lo desconocido imaginando hipótesis legítimas, es decir, que no contradigan la experiencia.

Sabemos que los métodos científicos no permiten resolver todos los enigmas que tientan nuestra curiosidad; cada problema resuelto equivale á cien nuevos problemas planteados. Pero el resuelto queda, y cada día sabemos algo más que el anterior, aunque no agotemos el conocimiento de las cosas. Es de ignorantes repetir que nada se progresa en la solución de los grandes problemas en que otrora distraían sus ocios los filósofos. Cuando sobre la mecánica del Uni-

verso se dice que el antiguo Oriente conocía la topografía celeste lo mismo que nosotros, se afirma una cosa falsa, revelando no haber visto una carta astronómica antigua y una moderna, pues en ésta figuran mil veces más estrellas. Lo mismo ocurre con el problema del alma y la estructura del cerebro: antes se sabía que éste constaba de dos hemisferios reunidos por su base y surcados por circunvoluciones; pero hoy conocemos en detalle la topografía de las células y fibras que componen la más pequeña zona de esos órganos maravillosos y hemos aprendido que de esa estructura dependen las funciones del entendimiento.

Las ciencias de la Naturaleza abarcan todos los «problemas reales» que se refieren al Universo, al planeta que habitamos, á la vida, á la función de pensar, á la evolución de la Humanidad; los abarcan aunque no los resuelvan; sus métodos indican el camino más recto para resolverlos; sus resultados permiten imaginar hipótesis legítimas que los exceden, sin contradecirlos. En cambio, las ciencias nada saben de los «problemas verbales», planteados durante veinte ó cincuenta siglos por filósofos forzosamente ignorantes, magüer fuesen geniales; sus falsos problemas se resuelven demostrando que están ab-

surdamente planteados, por ignorancia de ciertas premisas elementales.

El rastro más hondo que ha dejado la cultura teológica medioeval en la moderna cultura científica es la división entre las «ciencias naturales» y las «ciencias morales». ¿Quiere, con ello, significarse que estas últimas no son «naturales»? ¿Podrían ser, acaso, «artificiales»? ¿O la moralidad constituye un orden de fenómenos ajenos á la Naturaleza? Basta formular claramente estas preguntas, para comprender que la división sería absurda si pretendiera ser real; es, simplemente, una división nominal, conservada de la filosofía antigua en abierta oposición con los resultados de la experiencia moderna.

Fácil es prever que los nuevos estudios sobre los géneros clásicos de la filosofía determinarán una transmutación radical de los mismos y darán una «nueva arquitectura» á los sistemas filosóficos elaborados conforme al espíritu y los métodos de las ciencias. La psicología, la lógica, la moral y la estética se refieren á procesos mentales individuales y colectivos, abarcados hoy totalmente por la psicología y la sociología. Todos ellos se concretan á estudiar aspectos diversos de la experiencia individual y social, cuyo estudio, conforme al método evolutivo y genéti-

co, constituirá el problema fundamental de las nuevas «Humanidades» y transformará definitivamente las ciencias morales en ciencias naturales.

Sabemos ya que el hombre es un ser viviente y que todas sus funciones mentales son resultado de su actividad biológica en función del medio; esa concepción naturalista obligará á tomar los datos de las ciencias biológicas como fundamento de la psicología. La correlación entre las formas y las funciones es ya un principio cardinal de todas las disciplinas biológicas; la función de pensar se desenvuelve en los seres vivos en la exacta medida en que se complican los órganos y tejidos correspondientes; la fisiopatología experimental y la anatomía patológica nos enseñan que las perturbaciones funcionales corresponden siempre á lesiones desintegrativas de los órganos; las reacciones químicas de los tejidos alterados nos son ya familiares bajo el microscopio. Todo ello nos permite comprender que los antiguos misterios del «espíritu» eran una simple consecuencia de nuestros imperfectos métodos é instrumentos de observación. La psicología, reemplazando sus antiguos «problemas verbales» por «problemas reales», ha ascendido al rango de una ciencia natural que estudia la formación de la experiencia.

En la nueva arquitectura de la filosofía científica su rango jerárquico variará radicalmente con relación á los tres géneros filosóficos que estudian las experiencias particulares y elaboran sus ideales respectivos. La lógica, la moral y la estética son dominios especializados dentro de la experiencia humana, cuyo conjunto es abarcado por la psicología.

Cuanto mayor sea la actual experiencia lógica, más segura será la tabla ideal de valores que oriente las creencias del individuo y las verdades de la cultura colectiva; la más honda experiencia moral contribuirá mejor al advenimiento de la dignidad en el hombre y la justicia en la nación; una mayor vastedad de la experiencia estética pondrá emociones más duraderas en la belleza que el artista forja, y aumentará la armonía que sienten las razas dentro de su naturaleza.

La legitimidad de esos ideales, para los individuos y para las sociedades, depende de su correlación con la realidad futura, que es perfección de la presente. En un nuevo sistema, que llamaríamos «idealismo fundado en la experiencia», esta última sería el fundamento de los valores ideales que la exceden.

La sistematización de estos valores, que so-

brepusan la experiencia posible, constituiría la explicación verosímil de lo que en cada época permanece inaccesible á las ciencias: es decir, una metafísica de la experiencia, fundada en ella como los otros cuatro géneros filosóficos.

Reconstruídos así el plan y la arquitectura de la filosofía, subvertida la jerarquía clásica de sus géneros, renovados sus métodos, suprimidos sus problemas falsos, excluídas sus preocupaciones tradicionales, en ella tendrán los filósofos un campo más fecundo para ejercitar su pensamiento: conocer mejor á la Humanidad y al mundo en que ella vive, para inducir orientaciones propicias á su mayor bienestar. Saber es prever.

Las ciencias son impersonales. El principio de autoridad no puede ya imponer errores; la aplicación de los métodos científicos impedirá que el pensamiento futuro incurra en nuevos dogmatismos que obstruyan el camino de la experiencia ó del ideal.

«La filosofía científica—hemos escrito—es un sistema de hipótesis fundado en las leyes demostradas por las ciencias particulares para explicar los problemas que exceden á la experiencia actual ó posible.»

«Es un sistema en formación continua. Tiene métodos; pero no tiene dogmas. Se corrige ince-

santemente, conforme varía el ritmo de la experiencia.»

«Elaborada por hombres que evolucionan en un ambiente que evoluciona, representa un equilibrio inestable entre la experiencia que crece y las hipótesis que se rectifican.»

«Partiendo de la experiencia, la imaginación elabora creencias acerca del humano devenir. Al antiguo idealismo dogmático, constituido por «ideas» rígidas y aprioristas, la filosofía científica opondrá un idealismo experimental, compuesto de «ideales» incesantemente renovados, plásticos, evolutivos como la vida.»

Esta orientación es impersonal, como las ciencias mismas. No es una esquema, es un camino. Por él marcharán generaciones durante siglos.

V.—EL NUEVO PLAN DE LA UNIVERSIDAD MODERNA

¿Cuál es el camino para alcanzar prácticamente ese resultado? Sería, sin duda, prácticamente imposible reorganizar fundamentalmente, por decreto, las Universidades existentes, pues sus Facultades tienen intereses que nadie se atrevería á remover. Por otra parte, además de su función profesional, cada Facultad tiene su mentalidad propia, fundada en diferencias naturales que no podrían borrarse, ni convendría hacerlo

aunque se pudiera; lo pertinente es infundirlas el espíritu común de la época y del medio, haciéndolas converger hacia los nuevos métodos y direcciones científicas. Sin necesidad de una subversión brusca, puede efectuarse una evolución gradual, no sujeta á un plan definitivo ó inmutable; á medida que se realice, la experiencia sugerirá las variaciones convenientes; después irá adaptándose á su medio social (que varía constantemente) y á los adelantos científicos (que son incesantes).

En síntesis: creo que los Institutos existentes pueden y deben usarse para ir dando á las Universidades una nueva arquitectura espiritual, conforme al nuevo sistema de ideas generales.

Paso á explicarme. Cada Facultad consta actualmente de dos clases de estudios: los técnicos ó profesionales y los generales ó científicos.

La distinción es fácil: en las Facultades jurídicas es profesional el derecho de minas y es general la sociología; en las médicas es profesional la anatomía topográfica y es general la fisiología; en las físico-matemáticas es profesional la resistencia de materiales y es general la física; etc.

Cada Facultad especial puede tener dos órdenes consecutivos de estudios y puede expedir dos clases de títulos: el uno habilita para el ejercicio

profesional (abogado, ingeniero, médico, etc.) y el otro constituye el doctorado respectivo (en Ciencias Jurídicas, Biológicas, Físico-Matemáticas, etc.).

Para el primero basta cursar un plan técnico establecido por cada Facultad; para el segundo, además del perfeccionamiento en los estudios propiamente científicos de la Facultad propia, creo que sería indispensable cursar las materias generales de las otras Facultades.

Según este modo de ver, cada carrera profesional sería organizada por su Facultad respectiva; pero los doctorados de altos estudios serían organizados por la Universidad. Las Facultades prepararían técnicos en un dominio especial; la Universidad, hombres de ciencia sólidamente preparados por una cultura general en las otras disciplinas científicas.

Este primer aspecto del problema, cuya practicabilidad no puede ponerse en duda, necesita complementarse con otro, que, en mi concepto, es fundamental.

El verdadero instrumento científico de la nueva Universidad, adaptada al tipo de cultura moderno, debería ser una Facultad que existe ya en muchas Universidades y que podría organizarse sin derogación sensible en las que aun no la

tienen: la Facultad llamada de «Ciencias Morales», de «Humanidades» ó de «Filosofía y Letras».

Donde actualmente existe—no lo ocultemos—, es una Facultad de lujo; sus profesores son prestados por las otras Facultades; sus alumnos escasean; su función es casi nula. Con buen propósito, algunas Universidades han optado por convertirlas en Institutos superiores de pedagogía.

Esta Facultad representa, sin embargo, la arquitectura esencial de la Universidad antigua; pero hoy se ha hecho inútil y es una prolongación de la cultura medioeval entre las otras Facultades especiales que procuran difundir la cultura científica moderna. Su concepto filosófico (prescindiendo de algunas cátedras especiales que se le incorporan sucesivamente en todas las Universidades, rompiendo la unidad de su vieja arquitectura) es todavía el antiguo: estudiar la filosofía independientemente de las ciencias y en relación estrecha con las disciplinas históricas y literarias.

Es en este dominio particular de las llamadas «ciencias morales» donde puede efectuarse la transubstanciación de la Universidad.

Tal como puede estudiárselas actualmente, las disciplinas filosóficas no suelen tener de

ciencias mas que el nombre y merecen el que justamente suele dárseles de «ciencias de papel». En efecto; son historias, glosas, críticas, comentarios de los sistemas de ideas generales propios de otros siglos y de otros medios, que fueron la filosofía del saber de entonces; pero que ya no tienen nada común con la filosofía contemporánea, que es propiamente «científica» con relación al saber moderno y «social» con relación á las necesidades de las naciones.

Lo más importante en la reorganización de las Facultades de Filosofía consistirá en transformarlas en organismos destinados á la síntesis de las ideas generales que excedan los dominios particulares de cada Facultad profesional.

Para este objeto, los estudios de Filosofía—además de los históricos y literarios que siempre le serían propios—debieran cursarse en las diversas Facultades científicas, comprendiendo las materias generales de todas ellas, con exclusión de las técnicas ó profesionales.

El doctorado de Filosofía se obtendrá cursando las materias generales de las Facultades de Ciencias físico matemáticas, jurídico-sociales, médico biológicas, etc. No se trataría de enseñar todos los detalles particulares de cada ciencia y todos los aspectos técnicos de las distintas pro-

fesiones, sino de suministrar sistemáticamente los grandes resultados de las ciencias, formando un criterio general y adquiriendo un método que más tarde podría ser aplicado á los campos de investigación científica ó filosófica que cada cual desee explorar. Se enseñaría, de esa manera, á mirar la realidad y á inferir los posibles perfeccionamientos de la adaptación de la vida humana á la Naturaleza, haciendo trabajar la imaginación sobre la base de la experiencia.

Daríamos así á la Universidad el espíritu de generalización y de síntesis, del que tienden actualmente á apartarse las Facultades profesionales, al mismo tiempo que reemplazaríamos los restos agónicos de la Filosofía medioeval por los resultados ilimitados y siempre renacientes de la Filosofía científica.

Los problemas esenciales de la Filosofía serían estudiados con criterios y métodos actuales.

El problema del Universo y de la materia se comprendería con el auxilio de las disciplinas físico-matemáticas, únicas que pueden ayudar á resolverlo.

El problema de la vida en general, y de la humana en particular, sería abordado con los métodos de las ciencias biológicas; y las funciones todas del hombre, considerado como un ser

vivo que se adapta á un ambiente físico, encontrarían en ellas su punto de partida natural.

El problema de la vida social, con todos sus aspectos innumerables y siempre variables en cada particular sociedad humana, sería estudiado con los criterios modernos de las disciplinas sociológicas, cuyos horizontes se renuevan sin cesar.

Esas bases son indispensables para que los estudios filosóficos dejen de ser una inútil prolongación de la Filosofía medioeval. Con ello se evitará la situación ridícula de las actuales Facultades de Filosofía, en que se discute del Universo sin saber astronomía, de la materia sin saber física, de la vida sin saber biología, del hombre sin saber antropología, del alma sin saber fisiología y del ideal sin conocer lo real.

Hombres que sepan sociología, biología y física—para usar palabras representativas de las «ciencias de la Naturaleza»—serán más útiles á la sociedad que hombres únicamente ilustrados en las viejas «ciencias de papel», que apartan de toda experiencia y obstruyen todo progreso cultural.

La ciencia no es un deporte de lujo, sino un instrumento de economía social. La cultura no es un adorno de pocos elegidos, sino la prepara-

ción para el ejercicio de una función social. La Filosofía no es una técnica para disputar sobre lo que se ignora, sino un proceso de unificación de ideas generales para iluminar el campo de lo conocido. La Universidad no es un cónclave misterioso de iniciados, sino el vehículo para aumentar la capacidad del hombre y de la sociedad frente á la Naturaleza, contribuyendo á la felicidad de los hombres sobre la Tierra.

En este sentido, la renovación de la Universidad es un problema de moral y de acción. Hará más dignos á los hombres, poniendo en sus manos más verdad; hará más justa á la sociedad, apartándola de errores contrarios á la solidaridad humana.

Ignoro si transcurrirá un año ó un siglo antes de que las Universidades se organicen según esta nueva arquitectura filosófica; es ya un síntoma alentador que las primeras palabras pronunciadas en esta asamblea científica de naciones jóvenes enuncien el problema teórico y sugieran una solución práctica. Cuando estas ideas lleguen á convertirse en realidad, la Universidad comenzará á existir como síntesis de las Facultades especiales, de igual manera que la Filosofía existe como síntesis de las Ciencias.

JOSÉ INGENIEROS

LETRAS CATALANAS

EL POETA JUAN MARAGALL

Señoras y señores: Por primera vez en el año se reúne la Sección de Literatura, y, ante todo, debo expresar mi agradecimiento á los socios de este Ateneo por haberme elegido para presidirla. Hasta ahora, en verdad, esta Sección (y recabo toda la responsabilidad) no se ha mostrado muy activa en el presente curso, quizá por justificar mejor su denominación de literaria. De literatos es pensar grandes cosas y realizar muy pocas. Prometemos enmienda, y aunque lo realizado no llega á la magnitud de nuestros grandes proyectos, procuraremos acercarnos cuanto sea posible.

Esta primera sesión es en honor del altísimo poeta ibérico Maragall. Ya veis que no digo catalán ni español. Yo sé que á su noble espíritu ninguna otra calificación halagaría tanto.

Catalán era Maragall, y muy catalán, y bendito sea por ésto y benditos sean todos los que, como él, aman á su patria; que sólo por amor á nuestra patria, por chica que sea, y Cataluña es patria grande, sólo por el amor á nuestra patria, digo, podemos comprender el amor de los demás á la suya, como sólo por el amor á nuestra madre, y á nuestros hijos, y á nuestros hermanos, podemos comprender cómo los demás hombres pueden amar á los suyos. Desconfiad de esos que por amor á la Humanidad, dicen ellos, se desentienden de lo que más debiera importarles por más cercano. ¡Ay! Es tan fácil poner nuestros amores en los extraños.

Ese amor por las abstracciones ni molesta, ni exige sacrificios, ni responde con ingratitudes. Lo difícil es amar muy cerca: á los que unas veces son alegría y otras muchas dolor; á los que si alguna vez nos consuelan, muchas nos entristecen; á los que si tal vez nos aligeran la carga de la vida, otras veces son pesadumbre.

Los que no aman cerca y pretenden hacernos creer que aman muy lejos, me hacen el efecto de

esas malas mujeres muy sensibles de corazón, que acaban de pelearse con su madre y de insultarla, y se echan á llorar porque leyeron en el folletín alguna mala andanza de Fanny ó de Emma.

Odioso es el regionalismo cuando es disputarse prebendas, y actas, y sueldos del Estado, y privilegios en perjuicio de otras regiones.

Pero si el regionalismo es amor y deseo de justicia, no puede nunca separar á unas regiones de otras, sino unir las estrechamente en una misma aspiración.

Sólo sobre ideales, estribaderos de la inteligencia y del sentimiento, puede tenderse con firmeza el puente material que salve espirituales distancias.

Que cada uno ame á su patria chica. Lo único que debemos pedir es que ese amor sea grande, verdadero..., y el ideal de ese amor no será si quiera España, será algo más: será Iberia... Un Imperio Ibérico, en que se unirán para siempre Cataluña, Castilla y Portugal, cuando catalanes, castellanos y portugueses amen á su patria con verdadero amor.

¿Y qué será preciso para ésto? ¿La fuerza? Sí, la fuerza; la única que está sobre todo. La del amor á la justicia.

Unidos en la misma aspiración á realizarla, ¿quién podrá separarnos?

Honremos al poeta ibérico y soñemos con él y aspiremos con él á esa gloriosa Iberia.

Y no importa que antes sólo amemos en nuestro nido, por pequeño que sea. Sólo en su calor hallaremos fuerzas para volar más alto. Ave que vuela antes de tiempo, cae pronto.

Hay quien por volar muy alto con la inteligencia, por volar más ligero, deja caer el corazón.

Hay quien dice: Amo á la Humanidad, y no supo nunca dar amor á sus hermanos.

Hay quien pretende amar el mundo entero, sin haber amado á su patria.

El amor, ni se busca ni se encuentra cuando no se lleva. Si de nuestra casa salimos sin él, sin él iremos por el mundo. Y si Dios no está en nuestro corazón, nunca estará para nosotros en el cielo.

¡Oh, poeta, tú que fuiste cristiano y patriota de dentro á fuera, en claridad de entendimiento hermano de *Goethe*, en calor del corazón hermano de San Francisco de Asís, panteísta y cristiano, llama de hogar y sol del mundo, asiste á este homenaje, que es abrazo de amor! Y en testimonio, yo, que mal puedo inspirar recelos, con

todo mi corazón ofrezco este homenaje á Cataluña. Y en Cataluña, con el espíritu del poeta, veo á la ideal Iberia de sus sueños, unida un día para glorificarle, como hoy le glorificamos nosotros.

JACINTO BENAVENTE

POESÍAS DE MARAGALL

ENERO DECRECE

Como una primavera en el invierno,
así hoy el cielo, así la luz y el aire,
abre de par en par puerta y ventanas
y nos llena el hogar de claridades.
Gloria á la vista el cielo, al pecho el aire
son ahora. — Parece á cada instante
que han de reverdecer las ramas secas,
que han de hervir golondrinas en el cielo
y que se ha de asomar toda la tierra.
¿No sientes frenesí, mujer? Responde:
¿no hay primavera en tus entrañas?
Sal, ligera á la calle; si te encuentro,
en plena boca he de estamparte un beso,

en presencia de todos, sin vergüenza
de besar en tal día, y que me besen.
En pleno invierno estamos: heló ayer,
y mañana habrá nieves en la sierra.
Esta primavera está lejana, duerme
arrebujada en el mantón del tiempo;
pero un día como hoy nos la promete.
Si prometida tú me fueras, niña,
ya no existiera para mí el invierno,
ahora, después, ni nunca, porque tienes
en el mirar la primavera eterna.

LA VACA CIEGA

Topando de cabeza con las rocas
y caminando al agua por instinto,
viene la vaca solitaria. Es ciega.
Demasiado certera, una pedrada
del rabadán la saltó un ojo; el otro
se lo esconde una nube. Y así es ciega.
A abrevarse vendrá como solía;
pero sin aquel aire decidido
de entonces; sin amigas; viene sola.
Sus hermanas por cuencas y vertientes,
por los prados y orilla de los ríos
hacen sonar la esquila, mientras pacen
de la yerba al azar... Ella caería.

Da con el belfo en el pilón gastado
y recula espantada; pero vuelve
y baja la cabeza y bebe á sorbos.
Bebe con poca sed. — Luego, levanta
al cielo, enorme, la testuz armada,
con un gran gesto trágico; moviendo
las dos pupilas muertas parpadea
y se aleja por fin, calmosa, huérfana
de luz, en medio de aquel sol que abrasa,
vacilando al andar y sacudiendo
con languidez la macilenta cola...

LA CANCIÓN DE SAN RAMÓN EN LABIOS DE UNA RUSA

«La Virgen Maria — un rosal plantaba.»
La inmóvil doncella — cantaba encantada,
los ojos atónitos — de la propia hazaña
en labios esclavos — la miel catalana.
«Del santo rosal — nacía una rama.»
Cantaba canciones — de mi madre anciana,
que cuando era niño — ya me las cantaban,
y ahora que soy hombre — las canta la esclava.
«Nació en San Ramón — nació en Villafranca.»
Si sabe qué dice — no sabe á qué alcanza
y canta indecisa — la canción extraña,
quemada del fuego — que prende en las almas.

«Confesor de Reyes — de Reyes y Papas.»

La canta de cerca — parece lejana,
lejana la veo — siempre más lejana
la veo perderse — por la estepa blanca
con su «San Ramón — nació en Villafranca.»
«La Virgen María — un rosal plantaba.»

LA MUJER HERMOSA

La presencia de la Mujer hermosa
te hace humilde y leal contemplativo.
En la presencia de la Mujer hermosa
hay como un reposar definitivo.
La partida de la Mujer hermosa
te deja hermosamente iluminado.
En la partida de la Mujer hermosa
hay un rastro de luz que se ha apagado.
El recuerdo de la Mujer hermosa
te deja triste y fácil á soñar.
En el recuerdo de la Mujer hermosa
hay un intenso y suave meditar.
El olvido de la Mujer Hermosa
es muerte, despertar, resurrección.
En el olvido de la Mujer hermosa
hay una perennal renovación.

TRAD. DE E. MARQUINA

JUAN GARÍN

I

En la montaña milagro
leyendas han florecido;
leyendas de Juan Garín
tentado por el Maligno.
Fray Juan hace penitencia,
solo, en encumbrado pico.
Lleváronle una doncella
presa de malos espíritus.
Montserrat, montaña santa,
montaña de los cien picos.

II

Fray Juan dentro de la cueva
rezaba con gran fervor:
preséntasele Riquilda
vestida de tentación.
Fray Juan los párpados cierra
y al trasluz la ve mejor.
En Montserrat todo es bruma:
Riquilda es rayos de sol.

III

Después de tan gran peado
Garín de bruces se encuentra.

Despeñada está Riquilda;
Montserrat, limpia de niebla.
Fray Garín ve los abismos
y flaquéanle las piernas.
De manos en tierra cae
cada vez que alzarse intenta.
Juan Garín ya no es un santo
ni un hombre: tornóse fiera
de los campos; en los campos
de Montserrat se apacienta.

IV

A rastras va muchos años.
Voz de inocencia le llama:
«Levántate, Juan Garín;
tu penitencia se acaba:
vuelve los ojos al cielo,
que ya la tierra los harta.»
Juan Garín se alza de manos,
como un oso se levanta.

TRAD. DE E. DÍEZ-CANEDO

NOTICIA AUTOBIOGRÁFICA DE MATEO ALEMÁN

Las tres *trazas* que siguen son las de los tres *prólogos* que Mateo Alemán—criado del Rey nuestro Señor, y natural y vecino de Sevilla—puso á su admirable libro *Aventuras y Vida de Guzmán de Alfarache, Atalaya de la Vida Humana*. Los copio sin más intromisión ni explicaciones, porque ellos, por sí, dicen más y mejor que cuanto yo dijese por ellos. Es otro hueso que doy al vulgo y á la sapiencia, para que la sapiencia lo roa y el vulgo se chupe los dedos tras él. Si en algo contradijesen estas noticias de Mateo Alemán á lo que de Mateo Alemán se sabe, puede el cuidadoso hacer las notaciones y salvedades de rigor, en lo sabido. A la alta crítica cervantina nada le digo, puesto que, batida por mí en sus baluartes, sin que haya opuesto

una razón á negar lo que yo afirmo, se escuda ahora en este subterfugio: «La traza no existe porque es imposible que exista; pero, si es posible que exista, y existe, daca la clave!»

Encastillese la crítica en ese donaire, y quédese en él encastillada hasta que el *vulgo necio* venga á darle nuevas de lo ridículo, que es la intransigencia abroquelada en una negación sistemática.

Al vulgo.

Este prólogo lo escribí de manera que poniendo las letras en una nueva forma se leerán muy curiosos discursos. Un amigo á quien quiero, hubo, estando preso, moverme á ocultar así, en este prólogo, todas aquellas cosas que no deben ignorar las edades futuras, y que enseñan quién hiciere el bien y quién el mal y todo cuanto se ofrezca y mereciere tu afán. Toda mi vida cumplí mis obligaciones con la patria; hube de temer á Dios; tuve la desgracia de vivir entre pordioseros; tuve faltas de mozo, de cuyo pecado estuve en la cárcel con trabajos; nunca tuve quien se ocupase en mi daño; fuí pobre; no tuve el talento de colocarme junto de un Mecenas que me socorriese; no me quejo de nadie ni estoy

arrepentido de nada. Las causas por que estuve en la cárcel no significan que yo fuese un delincuente, ya que hubo un juez que condenase á un inocente sin que se probase en la causa el error ni dejase discurrir el tiempo que se concede. Fué injusto en sus vanos desdenes y tan arbitrario y duro en la pena, que hube de ser sentenciado á muerte, lo cual pude obtener me perdonase Su Majestad el Rey Felipe Segundo, que pasara la vista por la causa. No murmuro ya que pude impedir tan injusta sentencia; pero el año de horrorosa prisión, me ciega. Si volviese otra vez ante este juez huraño, desde ahora su pasada acusación me asusta, pues sé que no dudará en condenarme. Me desespera que una rutinaria y dura ley pueda desoir al delincuente sus pruebas. Detesto sus daños; confieso con gusto mi alarde y atrevimiento y la serenidad de que hice gala en el estrado. En él osé atreverme á su autoridad, ya que me condenase sin testigos este juez. Creo esto hijo de un error, ya que no parece celo. Me afean que le hube criticar con ligereza.

Yo vuelvo sustentar mi inconformidad puesto que supe sus desdenes hacia mí. Tampoco hubo encontrado ninguna prueba entre tantas divagaciones. Del asesinato horroroso y desdi-

chado acusaron antes á sus verdaderos, alevosos é infamados autores.

* * *

Esto es de la cárcel: me encuentro preso en la trama de mi larga obra *Guzmán de Alfarache*, y siento decirlo, pero desde que mi amigo me la aplaudiera sin tasa más me pesa todavía. Lo inesperado de este alarde no vino á forjar ilusiones que no podrán ser seguramente realidades. Lo pasmoso será si yo, á pesar de no ser nada, saliese otro novelista tan alto como el ingenioso D. Antonio Urtado de Mendoza, á quien respeto. El riesgo ya está corrido; si la lisonja que el preso empleare no tuviera razón de ser, lo cual puedo creer sea cierto, la culpa será suya, que tal consiguiera de un desgraciado preso que vivía alegre y ajeno á todo lo que no fuere la causa de su encarcelamiento. Si, lo que no espero, la novela de *Guzmán de Alfarache* fuera razonable, quisiera que los honores que mereciere se le llevaran á él. No lo espero, ni puedo creer un suceso de tal estimación. Todo mi libro debiera estar escrito desta manera, desde la cruz á la fecha; pero la muerte de mi hermano Félix, dejó hecho pedazos mi corazón. Pronto

sabré lo que fuese, puesto sé lo haran desdenes los famosos Lope de Vega y Alfonso Alvarez de Soria, escritores maldicientes de talla. La mortaja de mi hermano está aún sangrando.. Si ellos se excedieran, cuando esta situación desesperada acabe, todo estará dispuesto.

Al discreto lector.

Esto es lo que agrava en mi daño la situación: hube confesar pasease de suerte que ningún transeunte me viese ni oyese mis pasos cuando el grave, desdichado y horroroso homicidio cometido.

He sufrido una última declaración en que fui burlado hasta el extremo de pasar declarando en la Audiencia, sobre una misma pregunta, un día entero, sólo con el objeto obligarme á descubrir lo que supiese. En ninguna manera se me halló culpable. El daño que se me hace, es mucho. Estoy muy molesto. No lloro de vergüenza. Si fuese libre me vengaría de los que me ofendieron é injuriaron. Todo esto es muy fuerte, y si siguiese este error bárbaro, detestaría la civilización, desdeñando desde ahora mismo tan abusivo modo de anular al inocente. No hallo bueno aquello que pudiese ser funesto

para el logro del culpable. La buena justicia debe hacerse sin que ninguno fuese objeto de mal trato, ni permitir el abuso horroroso de pedir sea atormentado ni se atente de ninguna manera, con exceso innecesario, á la dignidad del reo. Creo expresé en la apelación no debe el juez celoso ser implacable ni artero, sino suave y afectuoso. En la cárcel se atrevió el juez á ofenderme, y allí, con la venia y en presencia de la Audiencia, tal me defendí, que nunca hubo propasarse en lo más mínimo.

Esto es de mi vida: que espero acabar en buen orden y tranquilidad. Creo necesario decir todavía estoy en un severo encarcelamiento. Hube de fracasar debido á la esposa del muerto, que no contenta con que un inocente pague, no se digna venir á un eficaz reconocimiento, y vuelve retrasar de nuevo mi salida en este lugar inhumano, ya que sólo en esto espero tanto que pretendo quedar en libertad enseguida. Hace un año me pusieron preso en la cárcel de Sevilla, y fuí puesto en la misma galera en que se ve Miguel de Cervantes, y sólo á sus consejos debo que en un año no me quejase, ya que se pasaron los días de vituperio en la más agradable intimidad que cabe en esta horrorosa cárcel. Miguel, cogido en una trampa, y yo cogido en otra, como si hubié-

semos asesinado ó hubiésemos robado el «Quijote» y «Guzmán de Alfarache», en que se retrata con todo el arte y gusto que se debe la sociedad que se erige en juez que encubre y no descubre el hecho que persigue. No acierto, acaso, si existe el ejercicio de la ley, ó si el temor con que se ve todo lo que parezca ofensa ó se conoce como tal, burla la verdadera misión. El muerto por el que yo hube ser recluso era de esa casta de gente rígida y merecedora se les hable con el sombrero en el pecho y el artificio y gusto con que se debe hablar á la grandeza.

Esto es de mi vida: alejado del mundo, hecho objeto curioso, cansado, extenuado y hastiado de sus buenos pensamientos... Conozco que no hube aprovechar la ley que me ata de pies y manos en una aleve ignominiosa galera de la cárcel entre tanto bruto que envidian el procedimiento, alejado de todo lo que amo.

Aborrezco el abuso y la ofensa que se cometen á solas en daño del que no sabe, pues no puede acusar nunca aunque se le ofendiere en presencia de la Audiencia. Esto es horroroso y grave, y augura algún día se armarán los pueblos contra el que resulte responsable de semejante ceguedad. Las cortes no se celebran mas que cuando los príncipes las necesitan. Lo mejor

será celebren muchas asambleas los pueblos, hasta que vean logrados sus buenos deseos; y auguro que tengan la dignidad y el trato que se merezcan.

Declaración para el entendimiento de este entendimiento.

Esto es increíble: tanto tiempo de asistir á mi patria, primero con las armas, y desde que quedé anulado en el combate de Las Dunas, en el que hube buscar la muerte y sólo conseguí apurar un fuerte hasta se rindiese con toda la guarnición, como paje de Su Excelencia el Arzobispo, que acaba explicar mi participación en el crimen por el que me acusan. Supo, afortunadamente, el abuso y burlas cometidos con su «page» y hubo adivinar todo el rigor de mi prisión severa y triste. Sin esperar, se adelanta á todo y pone su empeño en aclarar y estudiar las apariencias, dando ejemplo feliz de su tacto y del amor que me profesa. Algunos excesos de los que se hubieron cometido abusando de la soledad en que me hallo desde hace un año se hubieron suspender tan luego los hallaran. Ahora sólo deseo me diga si aun hay duda de mi inocencia. Los famosos moralizadores no lo po-

nen en duda: todo su ingenio se emplea en perseguirme y practicar todos los erróneos fueros y privilegios con que pretenden atacar mi pobreza alardeando de abrumarme, intentando elevar el castigo y adivinando todo el misterio del crimen; pero poco han de adelantar. Desde la prueba se vió á Su Excelencia, muy sosegado, estudiar el juego, que á poco se vuelve sonsaca. De testó la adivinación, por ser una práctica de los moros árabes.

* * *

Esto es de mi vida: no vivo esperando la libertad. El crimen fué descubierto gracias á la habilidad de S. E. el Arzobispo, que ha acertado de manera que se celebra como si hiciese una cosa nunca vista. Ningún temor, dolor ni enojo reservo en esto: sólo pido, después de tantos sufrimientos, cesen los desdenes con que se agrava la culpa y se envuelve al que, como yo, no supiera el daño que se hace con lo mismo que yo pude ir al patíbulo. Estas torpezas corroen y envenenan. Cuando yo me vi sin quien se opusiera á que yo no declarara, hube decir al Juez

todo lo horroroso é indigno que era quedarse indefenso un reo al que no se advierte debe ser ayudado y defendido.

Mateo Alemán.

Por la transcripción,

ATANASIO RIVERO

Madrid, Octubre 1916.

Ante el sepulcro de Concepción Arenal

En los últimos términos del paisaje agreste se destacaba, emocionante y severo, el cementerio de Vigo. Los arreboles del crepúsculo le envolvían, y lo blanco de las tumbas adquiría un extraño prestigio fantasmal. Lloraba, con voz plañidera, el esquilón de una ermita. Las ráfagas otoñales llevaban, en sus alas, á las hojas, que iban danzando una triste zarabanda. Sobre el frondal, dorado por otoño, los cipreses del camposanto se erguían inmóviles, místicos, agudos, como góticas agujas de una quimérica catedral de ensueño; y dominando las cúpulas y las cruces suplicantes de la necrópolis, una esfera dorada, remate de un sepulcro, parecía flotar so-

bre todo, y, reflejando las luces del véspero, fulgía, fulgía como un sol.

Al cementerio, la otra ciudad que tienen todas las ciudades, el otro pueblo que tienen todos los pueblos, la otra aldea que tienen todas las aldeas, y que, quizá, son los verdaderos ciudad, pueblo y aldea de todas partes, conduce una carretera que se alarga como un deseo de aventura, y que aquella tarde estaba llena de viandantes y de coches, que iban y venían de esa feria de vanidades que anualmente se celebra en el segundo día del brumoso Noviembre.

La carretera se ensancha bruscamente en una plazoleta, que se abre como un remanso de paz y de quietud, y cuyo fondo cierra la verja florecida del cementerio, dejando entrever lo blanco de las tumbas y lo verdinegro de los cipreses. Hay que atravesar la plazoleta, poblada de árboles, que iban desnudándose de hojas que cubrían el suelo con una alfombra, que dijérase sensible y dolorosa, para llegar á ese campo de la muerte que tiene algo de lecho y algo de jardín.

En un ensoñado rincón de esa mimosa costa de Galicia, que parece abrazarse eternamente con el mar, está ese cementerio, guardador de un sepulcro glorioso, el primero que se presenta

al trasponer la puerta de entrada, y se destaca y surge, elevándose entre todos los demás, como un templo.

De granítica piedra es todo él; su estilo, severo y sencillo: una ancha base y una grandiosa cruz; gruesas guirnaldas de laureles por únicos motivos ornamentales. En el centro, un medallón de bronce, con el alto relieve de un busto de mujer, ya de edad y de semblante austero, de líneas firmes y enérgicas, de ancha y noble frente. El monumento funerario está rematado por una esfera dorada, la misma que, á la distancia, veíamos fulgir como un sol. ¿Ha adivinado el lector de quién es esa tumba? Sus símbolos y el medallón con el noble retrato de mujer, cuyo semblante es familiar á todos los que han saludado las ciencias sociales y la literatura, le hubieran dicho ya, al primer vistazo, antes de leer la inscripción que se muestra en lo alto y que contiene esta leyenda: *A una vida consagrada á la ciencia y á la virtud*, y la reproducción autográfica, que, grabada en un tarjetón de bronce, hay en la base, y que ostenta este nombre, cual pocos esclarecido: CONCEPCIÓN ARENAL.

Estábamos ante el sepulcro de la egregia escritora y penalista, gloria de su sexo y de su siglo.

El cementerio yacía sumido en una suave penumbra. Alguna lamparilla agonizaba trémula ante una lápida. Y el rumor de los rezos y de las plegarias, de los responsos y de las preces resonaba con una cadencia apagada y confusa, que parecía venir de muy lejos.

Era una cadencia mística y dolorosa. Nuestra alma, abierta á la emoción de la hora, se fundía con el alma de la tarde otoñal. Y al influjo evocador de ese instante, la vida entera de la ilustre escritora se erguía en nuestra mente como un armonioso y firme monumento espiritual de ciencia y de amor.

¡Cuán honda y sentida emoción la que emanaba de ese sepulcro glorioso! El parecía llenar los ámbitos del camposanto y ser el ara, el templo tutelar de la comarca. Ridículos nos parecían las coronas y cruces de flores de trapo, las tarjetas, los cintajos dorados con purpurina, que una piedad, muchas veces fingida, pone sobre las tumbas en un determinado día del año; las salmodias, las liturgias, las oraciones, los responsos mercenarios, todo lo que es falso, todo lo que es artificioso. Allí dominaba sólo lo eterno y perdurable, el alma de la Naturaleza y el alma que forjó la obra cordial é ideológica de la mujer excelsa, cuya envoltura terrena yacía en

el sarcófago ante el cual, viajeros de un ideal remoto, nos detuvimos reverentes, mientras los recuerdos de una existencia fecunda cantaban en nuestro espíritu un poema humano y estético á la vez.

* * *

En una época angustiosa de luchas, de inquietudes, de desorientaciones, nació Concepción Arenal, en El Ferrol, el día 30 de Enero de 1820. Su figura surgió triunfante, como un símbolo de regeneración, en aquel desquiciamiento, en aquella crisis de la sociedad española que sobrevino después de la invasión napoleónica. Hija de un héroe de la Independencia, en su sangre bullía el fermento guerrero; mas lo que en su progenitor fué lucha armada por la Patria, en ella fué esfuerzo dulce y pacífico por la Humanidad que sufre. Dueña de uno de los más firmes y poderosos entendimientos, desde niña se armó del estudio para la lucha que iba á emprender. Hay una leyenda muy bella y verosímil que la hace pasar, en su primera juventud, disfrazada de hombre por las aulas de la Universidad Central de Madrid. Considerando, como todo espíritu superior, su obra deficiente,

comparada con los tesoros que guardaba su alma, quemó sus primeros trabajos. A pesar de sus arraigados hábitos de estudio, de la vigorosa y varonil disciplina de su talento, ella, tan humana, y mujer ante todo, no tardó en rendirse al amor, y así, en 1847, contrajo matrimonio con don Fernando García Carrasco, abogado, y también escritor. Entonces publicó sus primeras obras: una novela titulada *Historia de un corazón*, y un libro de fábulas en verso. Algunos años más tarde murió su esposo, retirándose ella, velada la noble faz con las tocas de viuda, á su querida tierra de Galicia, y ya no vive sino para la ciencia y para el amor de sus hijos y de los desgraciados. Así llega á forjar su obra literaria, y, sobre todo, su grandiosa obra criminalista y penitenciaria, que, traducida á los principales idiomas de Europa, es universalmente considerada como un aporte inapreciable para la formación del moderno Derecho penal, sin descuidar, por ésto, el ejercicio de la más sublime de las virtudes, la caridad, que practica con un uncioso fervor, con una sublime abnegación de santa antigua, visitando los hospitales y las prisiones, fundando diversas obras benéficas que aureolan, con luz de amor y de sacrificio, su recuerdo imperecedero. Cuando estalló la guerra

carlista organizó una ambulancia de la Cruz Roja, y por sus hospitales pasó, piadosa y blanca, como una visión. Durante muchos años desempeñó, con suprema abnegación, el puesto de Visitadora general de prisiones de mujeres, cargo en el que ha dejado una huella honda y perenne. A los Congresos penitenciarios de Stokolmo, Roma y San Petersburgo envió trabajos luminosos, que merecieron de los sabios en ellos reunidos calurosos mensajes de felicitación y la expresión unánime de su sentimiento por no verla ocupando un escaño entre ellos. Esta mujer, excepcional y única, murió en Vigo, el 4 de Febrero de 1893, legando á su Patria y á la Humanidad, junto con el ejemplo de sus sublimes virtudes, un ingente caudal de obras, de las cuales una sola bastaría para consagrar un nombre y todas para representar, como en efecto representan, y brillantemente, á una nación, en el generoso movimiento progresivo que en los últimos tiempos se ha iniciado en las ciencias sociales: en la audaz y vasta trayectoria del Derecho penal hacia los más modernos, científicos y humanitarios ideales, España puede, con orgullo, señalar, en primer término, el nombre esclarecido de una mujer: Concepción Arenal.

A la muerte de la excelsa pensadora, la inte-

lectualidad peninsular y la del mundo entero sintió un estremecimiento doloroso y tejió una corona de alabanzas; varias ciudades de España se disputaron por guardar los restos de Concepción Arenal; pero Vigo no consintió que le fuera arrebatado el tesoro de esas cenizas, y para depositarlas construyó ese monumento funerario. Después las ciudades de El Ferrol y de Orense han erigido estatuas á Concepción Arenal, y en estos mismos días, La Coruña, la hermosa capital gallega, acaba de tributarle, en mármoles y bronces, idéntico homenaje; mas el verdadero monumento de tan extraordinaria mujer está en sus obras imperecederas.

Dejando aparte su obra literaria, la que, acaso, estudiemos en otra ocasión, tratemos de fijar el lugar que ocupa, dentro del marco de la moderna Ciencia del Derecho penal, la autora insigne de los *Estudios penitenciarios* y de *El visitador del preso*; de *Cartas á los delincuentes* y de *El derecho de gracia ante la justicia*; de *Estudios sobre el pauperismo* y *El visitador del pobre*; de *El delito colectivo* y el *Ensayo sobre el Derecho de gentes*.

La reacción natural de la sociedad ofendida por el delito, reacción que se encuentra, en forma instintiva, aun en el fondo de la conciencia de las sociedades más rudimentarias, y que es la que engendra el Derecho punitivo, que no es, en último término, sino la regulación de esa reacción, de conformidad con positivas normas legales, ha tenido, como casi todas las demás ciencias jurídicas, un proceso evolutivo, por demás lento y doloroso, que arrancando del fiero instinto de la venganza privada, que descargaba su furor de una manera ciega y brutal, ha llegado hasta las más saludables doctrinas que se contienen en la moderna Ciencia penal, consagrada de la individualización de la pena y de la rehabilitación del delincuente, proclamando que «únicamente debe pensarse lo que consienta y necesite pena; que penar no es vengarse ni producir males sin medida ni tasa, bajo la impresión del miedo y de la ira; que la dignidad de la naturaleza no puede ser desconocida y ultrajada en la reacción que la función punitiva implica; que ésta, por tanto, ha de sujetarse á límites, de conformidad con la índole del sujeto pasivo de la pena y la condición jurídica propia de la pena misma.»

Hasta llegar á este resultado, ¡qué viaje tan

angustioso y en tinieblas el de la Humanidad! Durante siglos ha sido un viacrucis de dolor interminable, en el cual, marcando trágicamente sus etapas, se alzan, lúgubres é implacables, el patíbulo, las hogueras, las cadenas. el potro del tormento. Sólo á partir del siglo XVIII, en que se levantó el primer grito humanitario dado por el marqués de Beccaria, la senda se aclaró y la marcha se aceleró, enderezándose hacia los serenos dominios de la ciencia rectificadora y de la piedad humanitaria.

En el ciclo de su desenvolvimiento, el Derecho penal ha encarnado diversas fases, las cuales no se han sucedido lógica, progresiva y armoniosamente, sino que aparecen atropelladas, entremezclándose, lo mismo en el campo de las teorías que en el del derecho positivo; de tal manera, que aun hoy, en la legislación científica del siglo XX, aparecen, como manchas de sangre, disposiciones crueles y arcaicas, resabios monstruosos de legislaciones bárbaras.

En los primeros tiempos, cuando la sociedad civil empieza á esbozarse, adoptando las primitivas formas de familia, clan, tribu, la reacción contra el delito provenía directamente de la parte ofendida y se descargaba, de modo ciego, como rechazo instintivo y fatal, de parte de la

víctima ó de sus parientes; y como la casi segura correlación de estos dos actos violentos provocaba otro y otros, de aquí la forma de lucha perpetua en que se manifiesta la vida de las sociedades más antiguas y que fué la causa de la desaparición de gran número de agrupaciones humanas. La forma legal que aparece es la bárbara ley del Talión.

Fuerte ya el Poder público, toma para sí el derecho de castigar los delitos; pero como en aquellos oscuros y medrosos tiempos la idea religiosa era la que predominaba, siendo el nervio de todas las instituciones, no lo ejerce en su nombre, sino en el de la Divinidad, de la que se creía representante. El delito, en aquella época, es, ante todo, un pecado, una transgresión religiosa que exige un holocausto para aplacar á dioses armipotentes y vengativos. Este bárbaro é inhumano concepto de la penalidad está cristalizado, como en un enorme rubí de sangre, en la ley mosaica, cuyos cinco libros se guardan, como en un arca hermética y misteriosa, en el fondo del Antiguo Testamento.

Más adelante, la pena, sin perder su tinte vengativo, se impone por el Poder público, invocando la tranquilidad social, la que se quiere mantener por medio del terror de penas y tortu-

ras horripilantes, fruto de las alucinaciones sádicas de aquellos siglos febriles. Es la época del apogeo del tormento, de la mutilación, de la horca, de la hoguera, del martirio. La justicia está posesada de un afán vengador, tocada de un morbo sanguinario. Todo, hasta las faltas más leves se castigan con penas cruelísimas y desproporcionadas. La justicia, la igualdad, la ejemplaridad, la proporcionalidad, todo lo que después llegó á constituir las características de la pena en el Derecho moderno, se involucra y se desconoce en la legislación penal de ese entonces, obsesionada por castigar á toda costa, arrancando, por medio del tormento, la confesión á los presuntos reos, que, aun siendo inocentes, sometidos á tan salvaje procedimiento, por salvarse, aunque sea momentáneamente, de la tortura, se declaraban culpables de cuanto se les acusaba.

Todo el que pasaba por esa criba horrorosa salía condenado irremediablemente.

Ni aun la falta de ley, por la cual es hoy imposible toda condenación, detenía á aquellos jueces implacables, que, á pesar de ello, imponían tremendos castigos, que no se detenían en el condenado sino que eran trascendentales á sus descendientes; formándose así castas de parias, de

miserables, de oprimidos, que caminan por los siglos como rebaños de dolor.

Humanizada la humanidad, se opera una reacción contra la venganza particular y colectiva, que estaba disfrazada de ley penal. Comienza una saludable renovación del sentimiento, que se orienta hacia el humanitarismo: la sangre ya no se derrocha como antes, los martirios se atenúan, aunque en pequeña parte, porque más no lo consienten la dureza de los tiempos, la crueldad de las leyes y la rigidez de las costumbres. Las penas de reclusión, que hoy predominan y que antes tenían apenas aplicación, comienzan á ejercitarse, con conocimiento de su eficacia, racionalidad y buenos resultados, como base para el mejoramiento moral del que las sufre. Esta tendencia humanitaria fué obra del tiempo, de la ley del progreso, que se cumple á pesar de todo. Comenzó á latir en la conciencia universal y tardó aún en renovar el aire enrarecido de la ley con sus ráfagas vivificadoras. Como toda gran reforma, pasó primero por ese período de gestación, en el que iba elaborándose, de manera lenta, callada, en la mente de los grandes filósofos de aquel tiempo, que ya empiezan á señalar, entre los fines de la pena, la enmienda del delincuente. Después, los enciclopedistas, al formular los

nuevos principios que fijó con sangre la Revolución francesa, protestan contra la barbarie de las leyes penales é insinúan los perfiles de la reforma. Y, cuando el ambiente está preparado para recibir ésta, aparece el Marqués de Beccaria con su obra *Dei delitti e della pena*, libro que es como la aurora de la Ciencia penal, ya que en él están contenidos, en germen, los principios que informan el espíritu y la letra del moderno Derecho represivo. En ese libro se declara que el derecho de castigar no corresponde á los individuos, sino á la sociedad; se condena la pena de muerte, los castigos corporales é infamantes y se consignan los derechos inalienables de la persona individual, aquellos que fijan el límite humano que nadie puede traspasar. El grito generoso de Beccaria repercutió en todos los ámbitos del Mundo, con la enorme resonancia que á todas las grandes ideas prestó la Revolución. Impulsó luego grandemente este movimiento regenerador Howard, el principal apóstol de la reforma penitenciaria, y quien, después de haber recorrido muchas prisiones de diversos países europeos, publicó su sensacional libro *State of prisons*, en el que describe el horror dantesco de los penales de los países más adelantados del Mundo y clama por la radical reforma de los regímenes pe-

nitenciarlos, atendiendo al mejoramiento del preso, que debe salir de la condena rehabilitado para ser un miembro útil de la sociedad. Después, Concepción Arenal aportó al movimiento en pro de la reforma penitenciaria elementos preciosísimos, emanados de su maternal corazón y su luminoso cerebro de pensadora.

Los admirables descubrimientos hechos ya, en nuestros días, por las ciencias antropológicas, han producido una profunda transformación en la esfera del Derecho que nos ocupa, variando completamente sus conceptos fundamentales. El Derecho clásico antiguo prestaba atención primordial al delito y casi ninguna al delincuente, que era considerado de un modo abstracto, de tal manera, que á un mismo delito correspondía siempre la misma pena, sin tener en cuenta las características del culpable ni las circunstancias especiales de cada caso. Antes, el delito era todo, y nada el delincuente; ahora, por el contrario, todo lo es el delincuente, y nada el delito. Basado en estas consideraciones, el Derecho moderno, en vez de tratar á los delincuentes de una manera general, no sólo los divide en grupos, en los que distingue delincuentes ocasionales, delincuentes profesionales y delincuentes patológicos, sino que va más allá, hasta el indi-

viduo sujeto á la pena, estudiando en él, de una manera objetiva y científica, sus particularidades para llegar, en esta especialización, á determinar el tratamiento que exactamente le corresponda, atentas la corrección del culpable y los legítimos fueros de la sociedad ofendida. Así, la *Unión Internacional* del Derecho moderno ha venido á declarar: «que la criminalidad y los medios de luchar contra ella deben considerarse tanto desde el punto de vista antropológico y sociológico como desde el punto de vista jurídico». En el Derecho positivo de muchos países se han realizado ya estos principios en forma de preceptos vigentes; y este avance progresivo sigue y seguirá cumpliéndose, á pesar de la tremenda crisis que actualmente padecen todas las conquistas del Derecho humano.

En la formación de la nueva Ciencia penal, desde Beccaria hasta nuestros días, si Europa presenta nombres tan ilustres como los de Gro-lán, Berner, Fuerbach, Berig, Fingen, Meyer, von Liszt, Romagnosi, Rossi, Ortolán, Pessina, Carrara, Manzini, Garofalo, Lombroso, Ferri, España puede pronunciar, muy alto, el de Concepción Arenal; nombre tan insigne, por lo menos, como el del admirable inglés Howar. Antes, apenas si Pacheco y algún otro se habían ocupa-

do de estos estudios en la Península. Después han venido Valdés Rubio, Pedro Dorado, Aramburo y Zuloaga, Fructuoso Carpena y otros.

* * *

La mortecina claridad del crepúsculo se había apagado en un suspiro de luz. Las últimas lamparillas, agonizando ante las tumbas, hacían más medrosas las tinieblas, que todo lo envolvían con sus sutiles gasas negras, de las cuales, emergiendo triunfante, blanco, armonioso, sereno, se erguía, como una afirmación de inmortalidad, el sepulcro más glorioso que guardan esas galaicas costas. ¡Cuánto tiempo permanecemos allí!...

Por fin, salimos, volviendo á tomar la carretera que se alargaba, prendiendo en la nocturna sombra sus dos filas de puntos ígneos, como quimeras que, en vano, anhelan confundirse. Nos placía caminar, á la luz de las estrellas, por una senda de peregrinación. Pero ¿mejor no se estaría allá, en el campo sacro, acostados para siempre en el regazo de la *Madre Eterna*, bajo el imperio de la *Reina Silencio*?...

CÉSAR E. ARROYO

NUEVOS SONETOS

O A R I S T O S

¡Oro, Lujo y Salud!... ¡La Primavera
infinita! ¡Viajes! ¡Días lentos!..
¡Nuestro nombre lanzado á cuatro vientos!
¡Noches tibias de amor... Tal la Quimera.

¡La sombra! ¡La pobreza que exaspera!
¡De la mujer los falsos juramentos!
¡Corred mapas! ¡Bostezos somnolientos!
Así la Vida corre y nos lacera.

¡Sueños de vaguedad siempre soñamos!
Unidos al azar por siempre estamos!
Mas a pesar de todo, el alma, una

ventura sueña aún... Ensueño vano!
Tal como un niño cuya rósea mano
quiere alcanzar un rayo de la Luna!

TRISTÍSIMA

En tu perfil de Arcángel torturado
flota siempre una nube de tristeza
que me hace sufrir más por la certeza
de que este triste amor te la ha causado.

Tal vez tu corazón desconsolado
viendo al mío tan pobre de belleza,
sienta el vago dolor de quien empieza
á despertar de un sueño albirrosado.

¿Hiriéronte mi amor, viejos abrojos?
¿Tienes sandades de algún bien ausente?...
¡Señor, si su tristeza proviniera

de haber con nuevo afán vuelto los ojos
al sendero, por donde, sonriente
el amor á su lado me trajera!

HORA PERDIDA

Moribunda la Hora, ya curvada
hacia el abismo, dijo dolorida:
yo que de rosas vine á ti ceñida,
pasto de abrojos negros, coronada!

No te vi dar limosnas, ni á tu amada
besar, ni presidir regia comida...
¿Qué hiciste, dime, de mi pobre vida?...
De mí que expiro, ¿qué te queda? —¡Nada!

Cuando llegue el final de tu carrera,
y á tu encuentro se acerque, muda y triste,
de mis pobres hermanas la postrera,

¡oh, quién pudiera entonces revivir
aquella hora que sin ver perdiste,
para poder amar..., y hasta sufrir!

EL RIO

Alguien que el mundo entero ha recorrido
hablóme de un azul río africano,
líquida imagen del deseo humano,
que corre vanidoso y presumido.

Mas cuando cerca ya, escucha el ruido
del anhelado y líbico Oceano,
da en un desierto amarillento y plano
por cuya sed inmensa es absorbido.

Decidme, si en el mundo habéis hallado
algo que más fielmente haya copiado
al hombre, de mezquina y negra suerte,

cuyo ideal remoto, que le ciega,
llega muy rara vez, y cuando llega,
se lo anuncia el heraldo de la Muerte!

EL MEDALLERO

De aquella amante rubia y soñadora
que fué á la negra tumba en pleno Abril,
al regio y numismático perfil
su amor consagra una medalla ahora.

Consumado escultor, trabaja y llora,
modelando entre lágrimas, febril,
la dócil cera, donde la gentil
sonrisa de la muerta es una aurora.

Sin tener más modelo que la viva
sombra que en su memoria está presente,
busca fijar, temblando de fervor,

de su perfil la línea fugitiva...
y si un trazo se escapa de repente,
cierra los ojos para ver mejor!

LA MONEDA DE ORO

Para mi avaro dueño, fuí de día
el sol, y por la noche fuí el luar...
Sin esposa y sin hijos que adorar,
cual si ambas cosas fuera me quería.

Perdiéndome el avaro alcanzaría
algún lecho de virgen donde amar;
goces sin fin... Mas por querer guardar
mi brillo, á todo, heroico, resistía!

Por obtener de un beso la primicia,
casi estuve en las manos del Amor...
Mas él, que el corazón tuvo de hierro,

defendióme, temblando de avaricia...
Ayer, al fin, murióse mi señor,
y le serví para pagar su entierro!

LA COPA DE BALTASAR

Los Reyes Magos por la lejanía
con sus camellos fuéronse al luar...
Sus presentes, de brillo singular,
á guardar San José se disponía.

Un pastor codicioso, en su porfía,
no se cansaba allí de codiciar
la áurea copa en que el negro Baltasar
traído la mirra y el incienso había.

Jesús entonces, para demostrarle
que el oro vale menos que el aroma,
y que riquezas de esplendor inmenso

sólo en el alma existen, quiso hablarle...
Temblando oyó el pastor: —La copa toma,
pero deja la mirra y el incienso!

EL ACEITERO

«Para conseguir recursos
que le permitieran viajar
por el Egipto, Platón se
hizo vendedor de aceite.»

PLUTARCO.

I

Sorís era escultor, el más nombrado
de Heliópolis! Ni Melas le excedía
en la gracia y vigor con que batía
el bronce y el glacial mármol helado.

Fino poeta, dulce y delicado,
si una nereida tímida esculpía,
trocábase feroz en su osadía,
modelando, convulso, un Dios airado.

Una vez, trabajaba decidido,
cuando Kamá, su dulce amor, llamó
á un aceitero griego que pasaba.

Entró el griego en la estancia, y suspendido
como una estatua en el umbral quedó
viendo la estatua que Sorís labraba!

II

Habló: —Aun antes que esta vida obscura,
vivimos otra vida más radiosa,
donde entre dioses nos fué concedida
contemplar la belleza eterna y pura.

Ciegos llegando á patria de amargura,
lentamente, en el alma encandecida,
cobramos la memoria adormecida
de cuanto contemplamos en la altura.

Del divino prodigio en los terrenos
sueños, poco quedó, y una infinita
ansia de claridades nos inflama...

De recordar los páramos serenos
viene el raro calor que nos agita
cuando á las almas la Belleza llama—.

III

Así habló el griego, y Sorís, rendido,
dejó de cincelar su Hermes ligero:
—¿Quién eres, que tu voz, noble extranjero,
de un fulgor sideral mi pecho ha henchido?...

—Platón me llamo. El oro no ha encendido
en mi triste hemisferio su lucero!...
Para poder viajar, me hice aceitero,
y los misterios de las almas mido!—

A Kamá mide el griego su óleo blando,
y piérdese en la lumbre vespertina...
Kamá sigue sus pasos con deleite...

Surge el luar; Sorís queda pensando,
y de Platón la voz clara y divina
vibró á lo lejos, pregonando aceite!

EUGENIO DE CASTRO

LETRAS PORTUGUESAS

“Á MUSA LOIRA”

Eduardo de Barros Lobo, que firmó sus escritos con el seudónimo de «Beldemonio», fué uno de los más brillantes prosistas de la generación de Fialho d'Almeida, inclinado á la sátira, por su alto amor á la justicia.

Rendido constantemente á las necesidades de la vida, no pudo legarnos obra en tomo. Sin embargo, sus numerosos artículos y las notabilísimas traducciones de los *Rougnon-Macquart* y de *Sapho*, especialmente esta última, demuestran hasta qué punto consiguió hacer maleable á la lengua portuguesa.

En los últimos años de su accidentada existencia de bohemio coleccionó en un volumen

pequeños cuentos magistrales, pequeñas impresiones, obras maestras de observación y de estilo. A ese número pertenece *A Musa Loira*, de la cual publicamos un cuento. Esta obra tiene por objeto el análisis psicológico de la infancia, como el reciente libro de miss Shinn (*The Biography of a baby*) y las primeras páginas de *Pierre Nozière*, de Anatole France.

Tales cuentos representan la última fase intelectual de «Beldemonio», aquella en que el espíritu crítico del autor, despojándose de su carácter subjetivo, se dió á investigaciones naturalistas en el más amplio y noble sentido de esta palabra.

Así y todo, la tristeza de no poder realizar sus ambiciones, la amargura de verse preterido siempre por la chusma de los mediocres, lo acompañaron hasta la muerte.

Silva Pinto, el polemista incansable, consagra algunas páginas de sus más recientes obras á la memoria de Barros Lobo. Son de él, en la *Moral de Joao Braz*, las siguientes líneas:

«Decía una vez «Beldemonio» al pequeño Marius, á propósito de pretender la madre de éste castigarlo por una falta de limpieza:

—¡Deja hablar, Marius! Dile á tu madre que por muchas faltas de limpieza que cometas, serás

siempre más *limpio* que los *hombres de hoy*.»

Esta envenenada frase de escéptico, tal vez creada por Silva Pinto para darnos en síntesis el carácter de *A Musa Loira*¹, muestra claramente la índole de la obra y la torturada vida de «Beldemonio».

MANUEL CARDÍA

BEBÉ ELOCUENTE

Amanece. La vida nocturna de las calles, artificial, insalubre, tiene en esa hora el cabecear irresistible y fatigoso del que se sumerge inertemente en el sueño. Se hizo el silencio universal: un aniquilamiento del mundo. Deja de oírse el rodar noctámbulo de los carruajes. Dentro de algunos minutos resonará el grito de la primera golondrina: frescura ideal de música en la ideal frescura del aire.

Compás de reposo. Se puede escuchar el silencio, pesado, casi concreto. Anda á lo lejos, tenuísimo, imponderable, algo así como un derramamiento de vapores en una exhalación de aromas. La alborada tiene un imperceptible matiz blanco, como si la albu-
ra de unas cuantas gotas de leche se hubiese disuelto y arrastrado á lo largo del Oriente.

Un débil murmurio canta en el ambiente la sordina misteriosa de la savia y de la tierra que entra en la sagrada faena de crear. El rumor de un paisaje que despierta al día con vacilaciones adorables derráma-

se en la albura del crepúsculo. En sus nidos las aves despiertan, desperezando las alas y haciendo balancear los árboles. El picotazo de un pajarito en un castaño derrama en el espacio un *tring-ling* musical de gotas de rocío rebotando entre el follaje. Una hoja de acacia, muerta durante la noche en los brazos de su madre, cae al romper el día sobre la tierra, que tiene hasta los confines del horizonte un cabecear de toro amarrado por las astas. Despierta el mundo, y parece que en el aire sentimos diluirse en pálidas vibraciones la dulce penumbra de un formidable mugido.

* * *

Entonces Bebé, madrugador y sano como un rayo de sol, despierta al arrullo amoroso de una tórtola que en los aleros del tejado canta su amor al cielo que empieza á anaranjarse. Y de espaldas, inmóvil, muy abiertos los grandes ojos negros y húmedos, escucha atentamente. Enfrente, en el hueco de las cortinas de la ventana, la jaula azul y blanca de su jilguero pende como una esfera armilar invertida. El pajarito duerme con la cabeza oculta en las alas. Y Bebé mira, profundamente interesado por aquel espectáculo, que duerme mientras él vela. En ese momento un resplandor, en el que relucen al mismo tiempo el oro, el rosa y la plata, incendia un canto de la ventana... El jilguero despierta, desespereza alternativamente las alas, sostenido en un solo pie.

Bebé se siente acompañado en aquella alcoba donde hasta entonces velara solo, entre dos respiraciones que le humedecían las mejillas. Su pecho, que aún no abulta en las ropas, lanza un suspiro de satisfacción: el jilguero es su protector, un hermano más viejo.

Y blandamente, sin mover el cuerpo, vuelve la cabeza hacia la derecha. Su mirada sonríe; su boca sonríe. Dice para sí: —*¡He ahí á mamá!*—balbucea bajito, muy bajito, en secreto.

—«Mamá».

No sabe aún otra palabra; por eso la repite sin descanso. Mas en su pequeño cerebro de nueve meses fulgura de pronto la claridad de una idea. Toda su fisonomía toma de repente un aire grave y atento: *He aquí el...* ¿Quién? ¡Ah! Bebé no sabe decirlo. Bebé sufre; sufre por no saber... Vuelve todo el cuerpo con un gran esfuerzo para no estremecer el lecho; ¡sería para él el despertar de un mundo! Mira henchido de una reflexión que arruga su frente y contrae sus labios. Siéntese lleno de una inmensa afección orgullosa por aquella fuerte criatura de grandes bigotes que todos los días le besa y le sonríe, que todos los días le habla con entonaciones de voz enternecida, que no son entonaciones habituales, y á quien él apenas sonríe... Quería hablarle también, decirle alguna palabra como *mamá*; esa palabra que al salir de sus labios era siempre festejada con clamores de júbilo. ¡Y no sabe! ¡Bebé no sabe!

Extiende mansamente una de sus manecitas, que para en mitad del camino; iba, en una tentación inocente, á pasarla con mimo por aquella faz de hombre que dormía á su lado. En el silencio, atravesado por un rayo de aurora, sus ojos anuncian de repente una dilatación triunfal. Recuerda, como si un eco lejano lo hubiere repetido en su memoria. Y balbucea bajito, muy bajito, en secreto:

—¡Pal...

Mas sus labios traicionan su voluntad. No se escapa de ellos sino aquella sílaba muda que Bebé adivina inexpresiva, fría como un beso dado sin gusto. Su triunfo, su victoria, cae en un desaliento de vencido. Siéntese consternado. En tan horrible impotencia, su boquita se afila para llorar, y en sus párpados hay una titilación de lágrimas. A pesar de todo, Bebé se rehace, quiere acabar, quiere acabar de recordar...

Y vuelve de nuevo á su inmovilidad, á su embebecida reflexión, delante de aquel rostro de hombre que duerme á su lado, y al que tantas veces viere sonreírle. Se forma en su cerebro infantil un trabajo ciclópeo de nociones vagas, que forjan á fuerza de brazo, sudando, jadeante, una idea. Bebé va á descubrir, en un rasgo de genio, la incógnita de aquel problema formidable. Las pupilas, los labios, toda su fisonomía, expresan la concentración de la energía en una voluntad fija, la gestación sagrada del ideal. Repite bajito, muy bajito, en secreto, como para establecer una concatenación de términos:

—¡Pa!...

¡Oh, sí! A pesar de toda su mudez, aquella es la primera nota de música que Bebé siente cantar en un rincón de su memoria, muy lejos, como esas canciones que se reflejan desde la infancia en el cerebro de los viejos, á través de los años que las apagaron. Bebé redobla su concentración. Casi podría cogerse á flor de su frente, tan límpida como un alabastro, la vibración de una cuerda aprisionada de arpa. Y de repente, bajito, muy bajito, en secreto:

—¡Pa!...

Triunfa súbitamente con un grito:

—¡Papá!

Y en todos los tonos cantantes, en un escándalo que hace revolotear al jilguero sorprendido, Bebé repite:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!...

Y el papá despierta de pronto ante aquel clamor delicioso que se funde en el sol ya radiante. Bebé se le ha abrazado al cuello. ¡Qué feliz despertando en pleno sueño de rosas! Hay besos en sus labios y una nube de lágrimas en sus ojos, como si aquella palabra: ¡Papá, papá!, acuñase en el oro fino de su música todo el amor y toda la vida de su alma.

EDUARDO DE BARROS LOBO
(*Beldemonio.*)

EL CANTADOR

¡Qué título augusto, qué nombre ideal para un viviente: el Cantador!

¡El hombre que canta! Este verbo cantar es sagrado; como el verbo florecer ó el verbo resplandecer. La luz, la flor y el canto son modalidades musicales de la Naturaleza. El canto las abraza todas; es la más amplia. Los ritmos silentes del universo se traducen por el son en los ritmos del canto. Cantar es divinizar el sonido. La vida entera es la armonía entera. Los glóbulos de la sangre y los glóbulos astrales se mueven por música. Un sol es un órgano, y la luz una sinfonía esplendorosa. El prisma la descompone; la óptica, la describe; pero sólo la define el canto. El canto, matemática viva, es el revelador de la Naturaleza, la lengua suprema del Universo.

¡El Cantador! ¡Qué nombre ideal para un destino! ¡Ser el Cantador, ser la voz del agua y del viento, de la roca y de la floresta, de los hombres y de los monstruos, de los infusorios y de los soles, de las nebulo-

sas y de los átomos! ¡Cantar la risa, el beso, la mirada, el dolor, la lágrima! ¡Cantar la sangre impetuosa, las savias genésicas, los flúidos radiantes, los mares vitales, las electricidades creadoras! Cantar las formas y las esencias—números que dicen ideas, líneas que describen espíritus—. ¡Cantar la marcha heroica y fúnebre del lodo para el gusano, del gusano para el tigre, del tigre para el hombre, del hombre para el ángel, del ángel para Dios! ¡Cantar el Gólgota del Ser, la Pasión del Vivir, la cruz eterna y formidable que la Naturaleza lleva sobre los hombros. Cantar, en fin, el Cristo-Universo, engendrado en el dolor y redimido por el amor. Y el Cristo-Universo cantarlo al Universo entero, desde la ceniza de la planta hasta el polvo de los astros infinitos.

¡Ser el Cantador! No tener otro nombre, ni madre, ni hermanos, ni padre, ni patria, ni albergue, ¿quién eres? ¡El Cantador! ¿Quién te creó? La vida inmortal. ¿Dónde naciste, dónde moras? En la vida inmortal. ¿Qué haces? Soy el Cantador, canto la vida inmortal. ¡Y el último suspiro mandarlo á la vida inmortal en el último canto!

* * *

¡Ah, cómo te envidio, mi pobre y humilde Cantador de Setubal! Tú has sido, en tu ignorancia, el alma lírica y luminosa de los desheredados y de los simples. Fuiste el eco risueño de sus alegrías, la voz amorosa y dulce de sus desalientos y pesares.

Canto de cuco, siempre el mismo canto, sincero y monótono... ¿Qué importa? La raíz chupa del lodo la flor que nace en las ramas. Tú, del lodo de la vida, extrajiste la canción, que es la flor en música. Pero la flor nace de año en año y tú andas florecido hace más de medio siglo. ¡Qué primavera tan continuada! ¡Eres el Cantador! Hace más de medio siglo, al ritmo de tu mazo martillando en el escoplo, aparejaste barcos y canciones: barcos llevando esperanzas y miserias, canciones llevando lágrimas y risas. ¿Y qué son los barcos sino armonías flotantes? Unos en aguas cristalinas se deslizan como idilios; otros, como epopeyas, surcan vorágines y tormentas. Bajo el esplendor de los ocasos otoñales recuerdo haber visto en bahías yermas galeras melancólicas, de contorno sinuoso, con los mástiles desnudos y fugitivos, destacando aéreamente, á la luz ideal, las cuerdas leves y purísimas. No son navíos, me decía; son arpas boyantes, arpas gigantes que flotan. Arpas de sueño, para dedos de sombra y misereres de rayos de luna...

* * *

Pero ahora me percató que, sin darme cuenta, estoy cantando y tú no percibes mi canto. He de hablarte con simplicidad para que me entiendas. No sabiendo leer ni escribir, eres un gran poeta, mi ignorante é ignorado Cantador de Setubal. Los grandes poetas son los grandes hombres, y la grandeza humana, á los ojos de Dios, se mide por la virtud, por la

inocencia, por el juicio verdadero de nuestra alma; por la ternura infantil de nuestro corazón.

Tu bondad, viejo mío, se exhala de tus canciones sin arte, como un aroma delicioso de un rosal inculto que nació entre piedras. El vicio no te manchó; el crimen no te deshonoró. Ganaste, con el sudor de tu frente, el pan de cada día; con el alma en Dios, abriste la mirada á todas las auroras, y todas las noches, tranquilo, te has dormido en la misericordia del Señor. Te arrancaron lágrimas piadosas los tormentos del Mundo: guerras, hambres, martirios, desastres, miserias, iniquidades. Has maldecido á la soberbia, y escupiste en el mal y en la tiranía.

Bondad ingenua, santa pobreza, clara alegría, son el resumen simple de tu vida. Bien pocos mortales en su última hora podrán decir lo que tú dices:

Nunca fui mal procedido,
 Nunca fiz mal a ninguém.
 Se acaso fiz algum bem,
 Nao estou d'isso arrependido.
 Se mau pago tenho tido,
 Sao defeitos pessoas;
 Todos seremos eguaes
 No reino da eternidade;
 Na balança da egualdade
 Deus sabe quem pesa mais.

Sí. En la balanza invisible del amor y de la igualdad, acaso pesarán más tus canciones de analfabeto

que muchos poemas ya consagrados por la historia.

Más grande que yo eres tú, sin duda alguna. Más grande, porque eres mejor. Tú fuiste bueno continuamente; y yo, queriendo serlo muchas veces, pocas lo fui en realidad. Te venero. Venero en ti la belleza única: la belleza moral. ¡Cantador humilde, viejo cantador, en pago de mi afecto, mándame desde lejos tu bendición!

GUERRA JUNQUEIRO

ARTE ESPAÑOL

LOS MÍSTICOS

I

El ocaso de Murillo.—El ideal artístico de Taine.

En un catálogo inglés de pintura he leído esta fría y lacónica calificación: «Murillo, pintor para el vulgo.»

Algún tiempo después encontré en un famoso crítico contemporáneo (Salomón Reinach) este juicio: «Murillo es un dibujante débil y sin acento; sus Vírgenes, tan admiradas, son, en el fondo, vulgares...»

Este criterio no es mas que reflejo de la corriente antimurillista iniciada en estos últimos años.

Con la tardía exaltación del Greco ha coincidido la *decadencia* de Murillo.

¿Es justo este criterio?

¿Qué ha encontrado esa crítica para derribar al ídolo?

¿Es fruto de una revisión de valores seria y concienzuda?

¿Es *snobismo*? ¿Es capricho de la moda? ¿Puede la obra de un genio estar sujeta á las fluctuaciones y vaivenes del momento?

¿Hizo mella en la fama de Cervantes la crítica que por boca de un *intelectual* llegó á decir que el *Quijote* era «la obra de un viejo decadente y deshonorado?»

¿Disminuiría un ápice la grandeza de Shakespeare el ambiente iconoclasta creado por Tolstoy, aun cuando media Europa siguiera al escritor ruso?

Vamos á revisar la obra de Murillo á la luz de la autorizada crítica de Taine:

«La obra de arte—dice Taine—tiene por objeto manifestar algún «carácter» esencial ó saliente de un modo más completo, más claro de como lo hacen los objetos reales. Por esto el artista se forma la idea de dicho «carácter», y, merced á esta idea, transforma el objeto real.»

Entre las ideas que los artistas imprimen en su obra, ¿hay alguna que sea superior á las de-

más? ¿Puede indicarse un «carácter» que valga más que los otros?

La cuestión es clara y terminante. Según Taine, el objeto de la obra de arte es hacer que domine un *carácter notable*.

Cuanto más se aproxime á este objeto una obra artística, será tanto más perfecta; cuanto más se cumplan con exactitud las condiciones indicadas, más alta se colocará en la escala del mérito.

El crítico ha puesto los cimientos del *ideal artístico*, y sobre él va á levantar su edificio.

¿Qué es el «carácter»?

Es la índole, condición ó circunstancia con que se da á conocer una cosa, distinguiéndola de las demás.

Es el modo de ser peculiar y privativo con que una persona ó un conjunto de personas se diferencia moralmente de otras.

Contemplemos el cuadro de los «Borrachos», de Velázquez.

¿Cuál es aquí el «carácter» dominante?

Ved cómo el conjunto de rasgos y circunstancias nos expresa claramente el carácter del vicio.

Podremos ignorar, en este caso, todos los demás pormenores de la vida de esos personajes.

No sabremos qué oficio tienen, ni qué condición social ostentan; pero lo que sabemos de un modo cierto é indudable es que son *borrachos*... y borrachos en grado heroico; el modo de ser peculiar y privativo de esos tipos, lo que les diferencia y distingue de otros es éste, y está de tal modo expresado, que aunque no viéramos el vino que brilla en las tazas, aunque desapareciera el tonel y el dios Baco, bastaría ver esos expresivos rostros abotargados, donde los estigmas del vicio dejaran profunda huella, para afirmar rotundamente: «son borrachos».

Ahora bien; Taine establece diferencias y grados de importancia entre diversos «caracteres».

Entre dos «caracteres» expresados con la misma fuerza—el de un bufón, de Velázquez, y el del noble conquistador de Breda—, la *importancia* del segundo supera en mucho al primero.

¿Cómo distinguir la importancia de los caracteres?

Taine se vale para ello de clasificaciones ya establecidas.

Tanto en la planta como en el animal, se reconocen ciertos caracteres como más importantes que los otros; éstos son los menos variables, y todas las clasificaciones de la botánica y de la

zoología han sido construídas sobre el principio de subordinación de los caracteres.

Lo *menos variable*: he aquí lo *fundamental*.

Taine aplica este principio al hombre, al hombre moral y á las artes que le toman por objeto.

¿Cuál es, en este caso, el orden de *importancia* de los «caracteres», y cómo comprobar sus diversos grados?

La historia nos suministra un medio seguro.

El tiempo araña y agujerea en nosotros como un cantero en el suelo, y manifiesta nuestra *genealogía moral*.

«En la superficie del hombre están las *costumbres*, que duran tres ó cuatro años; son las de *moda y del momento*.

Basta ausentarse algunos años de una capital para encontrar las *costumbres superficiales* variadas. Las variaciones de las *toilettes* miden las variaciones de estas costumbres efímeras.

De todos los caracteres del hombre éste es el menos estable.

Por debajo de esta capa existe otra más sólida: dura veinte, treinta, cuarenta años á lo sumo.

La tercera capa, más sólida y duradera, dura todo un período histórico (el Renacimiento, el feudalismo, la época clásica).

Por debajo de esta última capa se extiende un cimiento más sólido y fundamental, que los períodos históricos no pueden remover.

Considerad los grandes pueblos desde su aparición hasta la época presente: encontraréis siempre en ellos un grupo de aptitudes sobre el cual las revoluciones, las decadencias, las civilizaciones han pasado sin alterarlos.

Este es el *granito primitivo*. Dura lo que la vida de un pueblo, y sirve de asiento á las capas sucesivas.

Si buscáis más abajo todavía, encontraréis fundamentos más profundos; allí están los *estratos gigantescos*. Son los caracteres de las razas.

Ciertos rasgos generales que acusan viejos parentescos entre naciones de genios diferentes.

Ni las emigraciones ni los crecimientos ni las transformaciones del temperamento han podido despojarlo de ciertas aptitudes filosóficas ó sociales, ciertas maneras de concebir la moral, de comprender la Naturaleza, de expresar el pensamiento.

En fin, más hondos todavía se encuentran los *caracteres propios de toda raza superior*, dotada de una aptitud para las *ideas generales*, que es el mayorazgo del hombre.

En esta capa se encuentra el *sentimiento religioso*.

Así, descendiendo de las superiores á las profundas, se puede medir su importancia por su *estabilidad*.

A esta escala de valores morales corresponde, escalón por escalón, la escala de valores literarios y artísticos.

Vamos á ver cómo las diversas etapas de «geología moral» comunican á la obra artística que la expresa su grado de valor y duración.

Existe, en primer lugar, una literatura y un arte que pudiéramos llamar de moda.

En el teatro, son esas revistas de actualidad que constituyen el éxito de una temporada, y que luego caen en el foso del olvido para no resurgir más.

Es la canción de moda que corre de boca en boca, y que pasada la efímera efervescencia desaparece para no volver.

Y la multitud de escritos, versos y críticas de actualidad, que no tienen más razón de ser que el momento actual.

Hay otras producciones que corresponden á caracteres un poco más duraderos.

Los artistas que pintan con exactitud los caracteres superficiales de una región, los tipos de

una época, los que interpretan los gustos y costumbres de un momento determinado, suelen tener un gran éxito; mas luego se marchitan como flores que dieron su aroma ó como hojas que adornaron el campo durante una estación.

Así el valor de la obra crece ó decrece, según el valor del carácter expresado. Escritores hay que entre multitud de obras, todas bien trazadas, de indiscutible mérito literario, dejaron sólo una para la inmortalidad.

Para llegar á la cumbre de la duración, es forzoso haber escarbado en lo más profundo del corazón humano y haber sacado el oro puro de las líneas fundamentales del alma.

Así, Shakespeare será eterno, porque llegó á lo más profundo. Pintó las pasiones que han animado á todos los hombres de todos los tiempos, de todas las razas... *Otelo*, *Sylok*, *Hamlet*, son más actuales hoy que el día en que fueron creados.

Nuestro *Don Quijote* se asentó en la cúspide de todas las literaturas porque es fiel retrato del alma humana en lo que tiene de fundamental.

La concordancia es, pues, completa; y los caracteres llevan consigo en la obra de arte el valor que tienen en la Naturaleza.

Hemos seguido á Taine, paso á paso, procurando sintetizar su pensamiento.

Su concepto artístico es elevado, su visión extensa, como de quien contempla las cosas desde una altura; su teoría estética es sólida é indestructible.

Del pensamiento de Taine se deduce que la obra de un pintor será tanto más sólida y perfecta cuanto exprese con más fidelidad un «carácter», y se elevará y colocará más en la cumbre cuanto que este carácter sea más fundamental.

¿Expresó Murillo un «carácter»?

¿El «carácter» expresado por Murillo es fundamental?

Personalidad de Murillo.

El rasgo peculiar del arte de Murillo está en el milagroso enlace entre el realismo y el idealismo.

La unción religiosa del Beato Angélico, la gracia ingenua de los primitivos, se unen á la más fuerte expresión de la verdad.

Murillo es realista, sólidamente realista. Ved los tipos picarescos de sus cuadros de costumbres; contemplad los chiquillos tiñosos del cuadro de *Santa Isabel* y el mendigo de *Santo To-*

más de Villanueva; admirad el *San Juan de Dios*, de la Santa Caridad, en cuyo rostro, de soberana energía, late la misma vida, y, sobre todo, deteneos ante el inmenso *San Antonio*, de la Catedral de Sevilla. El ambiente, la perspectiva aérea finge distancias que parecen reales; el aire, libre y transparente, flota en torno del Santo, igual que en el cuadro de las *Meninas*; esa finura de retina para apreciar y expresar milésimas de tono con absoluta justeza, que es lo que fija los valores y coloca cada plano en su sitio, esa admirable *visión del conjunto* que marca las distancias y el ambiente, todos los secretos de la técnica y todos los problemas de la visión, están resueltos maravillosamente en el *San Antonio de Padua*, de la Catedral de Sevilla.

Pero, además de esto, Murillo fué místico.

El "carácter" dominante.

Vamos á contemplarlo en el cuadro de Santa Isabel.

No es esta Santa una figura espectral; Santa Isabel es muy humana; su alma ha penetrado en los misterios del Evangelio... y nada más. Sus ojos han contemplado las figuras de las divinas parábolas, y la sublime silueta del *herido del ca-*

mino de Jericó, la de Lázaro, el mendigo y el paralítico de la piscina Probática han llenado su alma de perfumadas flores de sacrificio. Por eso ha dejado las suntuosas estancias de su palacio, y acude, solícita, adonde hay dolores que consolar, lágrimas que recoger, hambres y miserias que aliviar.

Es que ahí, tras esos harapos, ve ella la divina faz del Crucificado. Ved con cuánto amor y respeto inclina la cabeza hacia el menesteroso. Notad cómo esas manos parecen dos blancas palomas que revolotean en torno de la ensangrentada Corona de Espinas. Es el amor el que ha triunfado, como siempre, de las leyes de la materia; el amor el que ha acercado esos dos extremos: de un lado, una Reina; en el otro, un mendigo.

Se han aproximado de tal suerte, que parece haber transmutado los valores.

La Reina es la que sirve. El mendigo es el Señor.

Murillo acumuló en esta escena toda la filosofía de la Cruz.

Hizo que convergieran hacia el centro del «carácter» todos los efectos de la composición.

¿A qué ignotas regiones de lo extrahumano ha ido á buscar el artista esa sobrenatural belleza? No está el encanto en la línea.

El rigor de una estética severa tal vez encontrará vulgar el semblante de la Reina. La belleza parece brotar de lo interior.

Es como luz que nace de lo hondo del alma, y florece en un divino gesto de éxtasis.

Hay tanta distancia de esta espiritual belleza á la fría hermosura de la línea como de la tierra al Cielo.

El fuerte contraste entre el realismo de los mendigos y la espiritualidad de la Santa hace resaltar más el encanto de la belleza.

Y ahora dejemos á Taine que llegue, con su indiscutible autoridad artística, ante el cuadro de Santa Isabel; que estudie y aquilate sus valores. Taine encontrará, seguramente, que el «carácter» de Santa Isabel es de los que se encuentran en la *capa* más honda, más general, menos variable; es de los que subsisten á través de todas las diferencias de raza. Es el «carácter» *fundamental* que expresa el sentimiento religioso.

Y colocará el «carácter» de Santa Isabel en la cúspide de la escala de los valores, en un cielo superior donde residen los reveladores, los salvadores y los héroes. En la cumbre donde el hombre, transfigurado, consigue toda su amplitud.

Santa Isabel—y con ella toda la obra mística de Murillo—quedará clasificada entre las obras de arte sublimes y sinceras que han llevado «su idea» sin inclinarse bajo su peso.

“El milagro de las aguas.”

Henos aquí delante del *Milagro de las aguas*. No es un cuadro, es un mundo.

Ved: todo un pueblo sediento se congrega en torno de la peña de Oreb. Ha sufrido muchas horas de terrible tormento á través del desierto; ha murmurado de Moisés; se ha arrepentido de haberle seguido, y ha renegado del momento en que abandonó á Egipto. Olvidó todos los prodigios que presenciara..., olvidó la protección de Dios. Desesperado y triste, ha llegado á sentir la muerte sobre la caldeada arena, presa de la horrible mordedura de la sed.

Pero la vara de Moisés se ha levantado, hirió la roca, y de la peña viva brotó el agua cristalina y abundante...

¡Notad cómo se avalanzan á la fuente; con qué actitudes de animales sedientos aplican los labios al agua; cómo llenan sus odres; cómo se empujan y atropellan!

En la asombrosa composición están admira-

blemente combinadas las figuras, con tal armonía de conjunto, que en algunos metros de tela están contenidas centenares de personas.

Yo he visto ese cuadro á un metro de distancia y he quedado asombrado de la prodigiosa técnica de Murillo. Parece pintado con el pensamiento más que con el pincel; se ve en todo el extenso cuadro la mano segura y firme del maestro, sin que las dificultades del color, del dibujo y de la factura hayan puesto el más ligero obstáculo á la idea creadora.

En un extremo, una madre da de beber á dos niños; cuatro manos ansiosas rodean la taza que contiene el deseado líquido; uno de los niños, más afortunado, aplicó ya los sedientos labios al agua. Sus secas fauces se han refrigerado, y en su semblante se expresa el consuelo; en el rostro del otro está profundamente marcada la señal del tormento que sufre.

Más abajo un perro y un hombre se lanzan al espumoso torrente que corre entre las piedras; perro y hombre tienen la misma actitud. Sobre los lomos de un caballo cargado de ánforas, un rapazuelo de rostro picaresco ríe satisfecho, mostrando el manantial. Este llegó entre los primeros, y bien revela que ya bebió hasta hartarse.

Es un rebaño movido por instinto.

Han visto un milagro, y nadie admira, nadie agradece. Sólo Moisés junta las manos y eleva los ojos al cielo en acción de gracias. Sólo Aarón mira con expresión de asombro la sublime faz del taumaturgo. ¡Qué fielmente expresado está el carácter de ese pueblo de dura cerviz y de corazón incircunciso, el pueblo de los grandes privilegios y de las inmensas ingratitudes!

Evolución pictórica.

Murillo señala el punto culminante de una evolución pictórica.

La franca y rotunda derrota del academismo pedante y artificioso, ante el *descubrimiento* de la belleza de *lo real*. Las figuras han perdido por completo el empaque académico; dejan de ser modelos colocados en violentas y afectadas actitudes.

Contemplad una figura cualquiera de nuestro Luis de Vargas ó de su maestro Rafael: el pintor ha puesto el modelo en actitud teatral y declamatoria, con las caras dengosamente torcidas, los pies en equilibrio inestable, y todo el cuerpo tan amanerado, que si cualquier hombre

afectara ese gesto en la vida haría el más soberano ridículo.

El buen gusto y la delicada intuición de los artistas españoles del Siglo de Oro dieron al traste con la enfadosa afectación clásica.

Murillo supo arrancar de la vida las actitudes *naturalmente artísticas*; plasmó lo eternamente bello de la armonía humana.

Murillo amaba al pueblo y su alma de artista buscó en las fuentes de la vida popular la base plástica de sus figuras y de sus composiciones.

¡Cuántas veces se detuvo ante la puerta de la iglesia de la Caridad, de Sevilla, para estudiar los mendigos y la picaresca hampa de pilluelos que acudían á recibir el socorro de la hospedería de Mañara! Allí eligió muchos de sus modelos; de allí arrancó los mendigos tiñosos de *Santa Isabel*, y el de *Santo Tomás de Villanueva*, y de la gallofa del muelle del Guadalquivir, ese pícaro hamponillo que ríe con descaro desde lo alto de un caballo en el *Milagro de las aguas*.

Murillo, colorista.

Nuestros grandes pintores clásicos pueden dividirse en dos grupos: los que pudiéramos

llamar de *sombra oscura* y los de *sombras coloreadas y luminosas*.

Ribera pertenece al primer grupo. Velázquez y Murillo, al segundo.

Los del primer grupo se empeñaban en hacer resaltar la fuerza de la luz en la parte iluminada por el fuerte contraste de grandes plazas de sombra que dan una gran dureza al conjunto. Los segundos *vieron* que la luz se refleja también en las sombras, y tuvieron el acierto de *iluminar* con reflejos de color la parte oscura, dando, con ello, una gran transparencia al colorido.

Pero aun dentro de este grupo, Murillo tiene de personal lo que pudiera denominarse *color sentimental*.

El solo acorde de color, la dulce armonía de unas notas combinadas produce emoción...

Hay acordes muy bellos, muy impresionantes; pero muy arbitrarios, ó muy ajenos al pensamiento fundamental del asunto.

Hay notas de color que cooperan á sugerir un pensamiento; que se unen y se funden con la línea y la composición, y realzan y avaloran la idea del cuadro.

Las espléndidas orgías de color de los festines de Rubens, la brillantez de las gamas, la

suntuosidad de las telas, las rosadas encarnaciones de los semblantes dan una sensación de alegría, de lujo, de fastuosidad que completa y realza el pensamiento del autor.

¿Os causaría la misma impresión un festín pintado por el Greco?

Murillo no fué un colorista á la manera del Tiziano. No combinó nunca esos grandes acordes majestuosos, graves, solemnes, fuertemente cálidos con que Velázquez deslumbra, domina y se impone. No.

Murillo, atraído por el pensamiento que intenta expresar, sugestionado por la idea, quiere sólo que el color *sirva á su idea*, coopere á sugerir, procure á emocionar.

Por eso cuando el asunto es sutil y delicado, el acorde es acariciador; por eso cuando el asunto es fuerte—como en el *San Juan de Dios* de la Caridad—, la sombra y los grises ayudan por contraste á que resalte la expresión del rostro del Santo—sorprendido de que un ángel le sostenga el pobre que lleva á cuestas—. La luz dorada contribuye á iluminar sus rompimientos de glorias, y el *color virginal* de alguna de sus Vírgenes, es excepcionalmente inspirado.

En la Virgen del *San Félix de Cantalicio*, el color del semblante es de una blancura lumino-

sa que supera á la nieve, albura inmaculada con destellos de algo purísimo y eternamente nuevo, algo no empañado jamás por las sombras de la tierra.

Ningún pincel humano acertó nunca á expresar tan elocuentemente la pureza celestial de la Madre de Dios!

LUIS LEÓN DOMÍNGUEZ

SINFONÍA

EL RÍO

Mira cómo corren las aguas del río
que, en estrecho cauce, cantando, se abisma,
esa trova extraña que es el murmurio
del chocar del agua con el agua misma.

Esa trova extraña que tiene en sus notas
de besos y risas cantor manantial,
esa trova extraña que forman las gotas
igual que martillos de fino cristal.

Mira cómo corren las aguas tranquilas
con coqueterías de mujeres malas...;
poniendo en su espejo las pardas pupilas
garguean las aves abriendo las alas.

Tienen esos ecos del agua corriente
ruido de promesas en reinos de amores,
sonidos de besos y un dejo riente
de citas de enanos en cáliz de flores.

Deja que la vida siga vacilante
con paso cansado, prosaico y frío...
Es lo que ves ahora más interesante...
¡Mira cómo corren las aguas del río!

* * *

Parece que dicen palabras secretas
de un lenguaje raro, músico y diverso
que sólo comprenden los que son poetas,
y es porque esas aguas nos hablan en verso.

Mira aquella onda de suspiros nicho...
Escucha... Ya pasa... Oyela con calma...
Algo ha murmurado... ¿Sabes lo que ha dicho?
Yo he sentido un beso dentro de mi alma.

Otra que se acerca delirante y loca
choca en la ribera como un combatiente...
¿Sabes de qué ha muerto?... Al dar en la roca
una de sus lágrimas salpicó mi frente.

Aquella suspira, la siguiente gime,
y la que precede su cauce rebasa...
Dime si miraste nada más sublime
que la cabalgata del agua que pasa.

De la poesía tienen el secreto
y, estrofas y rimas, hablan sus cristales;
con catorce gotas dicen un soneto
y ellas son catorce bellos madrigales.

Olvida un momento la Humanidad llena
de falsas pasiones, de prosa y de frío...
Esas pequeñeces no valen la pena...
¡Mira cómo corren las aguas del río!

* * *

¿Ves aquella onda que avanzando inquieta
hace avanzar algo que parece pluma?
Va buscando el féretro.. Suicida violeta
envuelta en un blanco sudario de espuma.

Igual que amadora loca que en su mente
tan sólo ilusiones y quimeras fragua
y ve el desengaño, estoicamente,
lo mismo que Safo, se arrojó en el agua.

Caen sobre las ondas las excelsitudes
de solares rayos que, al llegar temblantes,
dan forma á las almas de siete virtudes
en el arco iris de siete cambiantes.

El sol hechos rayos las manda un tesoro
de luces; la luna sus claros retrata;
por eso de día tejen mantos de oro
y al llegar la noche túnicas de plata.

Perlas y brillantes remedan las gotas
y nadan rubíes, carbunclos, topacios,
en donde las luces, al hallarse rotas,
fingen arabescos de rotos palacios.

En la margen crecen juncos y espadañas
y gigantes chopos de firme lineaje,
y moles rocosas de altivas montañas
que, de río afuera, forman el paisaje,
y que se reflejan sobre la corriente
que, apresada, sigue su curso en el tajo,
formando el reflejo paisaje viviente...

Pero es un paisaje que mira hacia abajo.
Lo mismo que el ave que en lo alto se agita,
cuando, sobre el río, retrata su vuelo,
finge un pez alado que en la onda palpita
de espaldas al agua y el vientre hacia el cielo.

Y siguen sonando canciones galanas
en el secreteo de su murmurio...
Olvida las pobres miserias humanas...
¡Mira cómo corren las aguas del río!

* * *

Escucha, poeta; verás cómo siente
tu oído la rima que en tu alma se fragua...
Escucha, poeta, que es esa corriente
la propia poesía que vive en tu mente
deshecha en estrofas de gotas de agua.

JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

TRIUNFO DE SOL

Todo se ve. Hasta el vello que cubre la corteza de los árboles. Las hojas transparentan su tejido.

La línea lejana del horizonte arde en un vapor de polvo. Las montañas se recortan negras sobre el cielo y el verde de la explanada está inundado de luz. El río—oro y plata—como una serpiente de metal, va lento bajo el sol implacable. No hay vaguedades ni misterios, se ve todo; y las sombras son recortadas y negrísimas y del mismo tamaño de los objetos, como incrustaciones ó maqueados. El paisaje parece elevado á un éxtasis que dura horas enteras. La luz es brutal, indiscreta. Las plantas flacidecen al beso cínico del sol; por las cortezas de los árboles rueda la resina brillante como una lágrima por la mejilla arrugada de un viejo endurecido...

Es la tristeza infinita... La poesía no ha venido aún.

MANUEL MACHADO

BIBLIOGRAFÍA

LUIS CASTILLO LEDÓN.—**Lo que miro y lo que siento.**—(Madrid, 1916).—Poeta mejicano es el autor de esta colección de versos. Como el señor Castillo Ledón confiesa en la dedicatoria á D. Isidro Fabela, trátase de ensayos juveniles que ahora el autor recoge y selecciona, urgido cariñosamente por la voz insinuante de la amistad.

El libro se lee con agrado, y en él se encuentran apreciables bellezas, no comunes facultades imaginativas, y, en particular, una ternura muy fina, un romántico sentimiento de la vida, que es el atractivo mayor de este pequeño volumen.

Aunque se conoce que el Sr. Castillo Ledón no se ha ejercitado incesantemente en el ejercicio de la rima y del ritmo, hay en la colección composiciones de factura espontáneamente bella y estrofas de gallardía y donaire.

Este literato tiene innegables dotes poéticas que

parece haber abandonado para dedicar sus talentos á trabajos de mayor seriedad y empuje. En *Lo que miro y lo que siento* se saborean poemas gráciles y breves, como «Los ojos», «El alma de la Fuente» y «Tengo tres novias», que en nuestro concepto valen más, artísticamente, que otras obras largas y un tanto artificiosas que contiene el florilegio de este poeta que se ha divorciado ahora, voluntariamente, de los versos.

* * *

ISIDRO FABELA.—**La tristeza del amo.**—Madrid, 1916.—Es este libro una colección de cuentos regionales, llenos de aromas campestres y de melancolías provincianas. La vida de la *hacienda mejicana* está retratada, con mucha fidelidad, por un observador sensitivo, que sabe ver las cosas á través del prisma irizado y claro de la ternura. Y mejor que vistas, están sentidas estas fábulas que producen la impresión de una realidad que, frecuentemente, es más dolorosa que amable. El autor pinta, con mucha delicadeza y mucho cariño, escenas rústicas, que tienen un sabor exótico, y, á veces, delicioso, de égloga primitiva. El primer cuento, que da título al libro; el que lleva por nombre «En el Establo», y el que se llama «Justino y sus mujeres», son muy bellos cuadros bucólicos, palpitantes de vida y naturaleza.

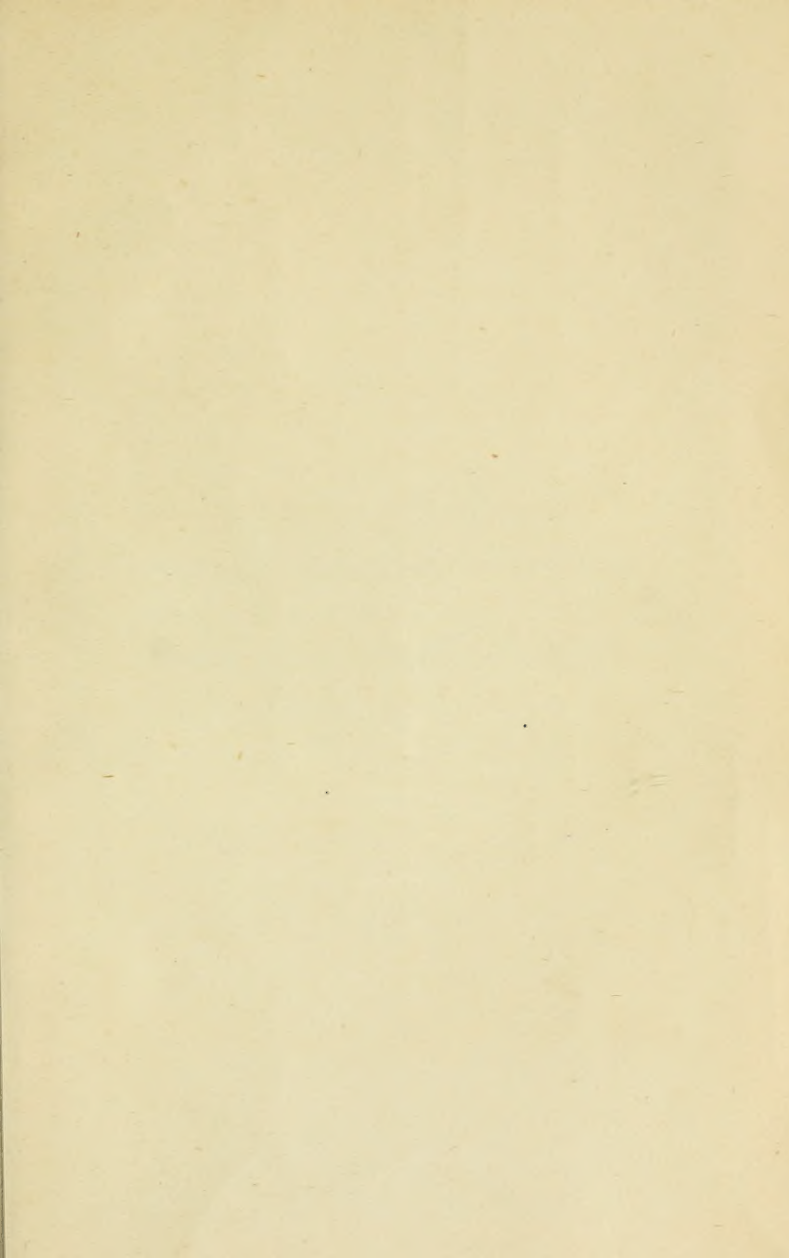
El estilo, sin ser de pureza académica, es bastante límpido, sobrio y expresivo. Hay en el libro descrip-

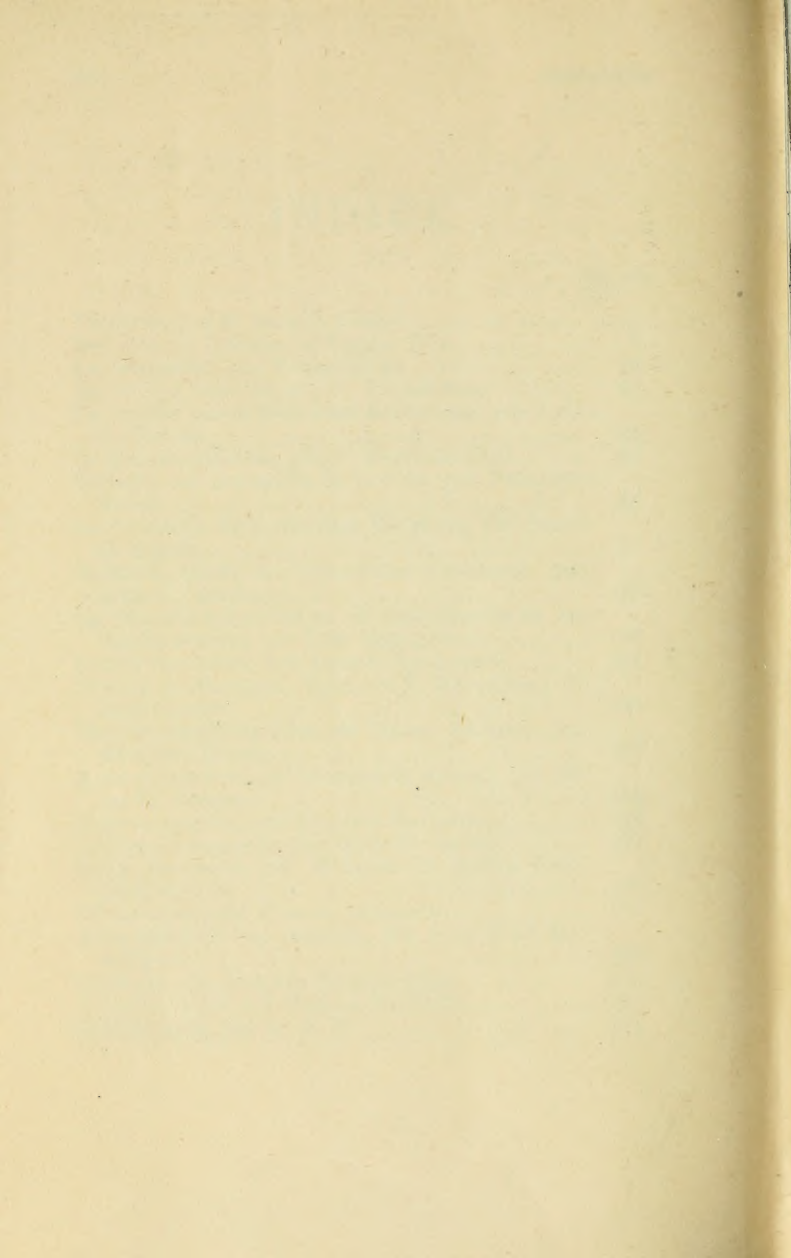
ciones muy pintorescas y muy vivaces diálogos. Un soplo de juventud orea sus páginas; y aquí y allá, el amor, la ilusión y el ensueño esplandecen como piedras preciosas. Toda la obra es una bien lograda tentativa de literatura vernácula, que busca y que comienza á hallar, en cada país hispano-americano, la variedad dentro de la unidad de la raza y del idioma. Una labor como la del Sr. Fabela, de arte verdadero, es, por todos conceptos, digna del aplauso y del estímulo. ¡Ojalá que en ella persevere el notable literato mejicano!

L. G. U.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Palabras, por S. Ramón y Cajal.....	1
Del «Diario Intimo» de Vargas Vila.....	3
La tempestad, por Felipe Trigo.....	20
La cartuja interior, por F. Villaespesa.....	28
La última visita: Don José Echegaray, por Luis G. Urbina.....	33
La España católica, por J. Martínez Ruiz.....	53
Trilogía del evangelio de la vida, por Pompeyo Gener.....	56
La confesión de la princesa Borghese, por Pedro de Répide.....	77
Apuntes, parábolas, proverbios y cantares, por Antonio Machado.....	83
La filosofía científica en la organización de las Universidades, por José Ingenieros.....	86
Letras catalanas, por Jacinto Benavente.....	121
Poesías de Maragall. Trad. de E. Marquina y E. Diez-Canedo.....	126
Noticia autobiográfica de Mateo Alemán, por Atanasio Rivero.....	132
Ante el sepulcro de Concepción Arenal, por Cé- sar E. Arroyo.....	142
Nuevos sonetos, por Eugenio de Castro.....	159
Letras portuguesas, por Manuel Cardia.....	167
Bebé elocuente, por Eduardo de Barros Lobo (Beldemonio).....	170
El cantador, por Guerra Junqueiro.....	175
Arte español: Los místicos, por Luis León Do- minguez.....	180
Sinfonía, por Joaquín Dicenta (hijo).....	199
Triunfo de sol, por Manuel Machado.....	204
Bibliografía, por L. G. U.....	205





AP
60
C4
1916
agosto-
oct.

Cervantes; revista hispano-
americana

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
